CRIATURAS IMPOSIBLES

EL REY ENVENENADO



«Primero fue Tolkien, luego llegó Pullman, y ahora es el turno de Katherine Rundell».

MICHAEL MORPURGO

KATHERINE RUNDELL

DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Mapa

Primera parte. El castillo

- Advertencia previa
- El dragón jáculo
- Te necesito con urgencia
- Rumbo al pasaje
- Naravirala
- La princesa de Dousha
- El archipiélago de Glimoria
- La gramática de las aves
- El patinazo de Anya
- Una educación palaciega
- La pringosa belleza de una gagana recién nacida
- Asesinato
- El baile más espléndido de los últimos años

Rabia
A la caza del veneno
La doctora Ferrara
El regente
Los aposentos del rey
Quemados
Antes del amanecer
Corriendo
El vuelo de una esfinge
Las propiedades curativas de la leche de centícora
Mal
Manantial de agua dulce

Segunda parte. Dragones

El islote de Glimt
El longma huérfano
Un festín y un plan
Palacio-refugio
Los dragones de alas rojas
La cueva
Arach
El locuilán
La puerta secreta
La biblioteca descubierta
El libro prohibido
Se descubre que las ostras parecen y saben a moco
La posibilidad de un antídoto
La quimera a medianoche
El inmenso e irresoluble problema del amor

Mantícora
Reflejo del sol en la obsidiana
La torre bajo las estrellas

Tercera parte. Venganza

Siempre Adelante
Los colores del cielo y del fuego
Los unicornios alados
Ballesta
El sabor del veneno
Christopher en el bosque
El funeral
Acusación
La princesa imposible
Venganza
Argus
Dousha
El escupefuego azote de la injusticia
Fidens Nighthand, Irian Guinne
El final de nuestra búsqueda
La justicia de los dragones

El bestiario del guardián

Al-miraj
Avanc
Ratón batracomiomaquiano
Borometz
Pájaro caladrius
Carbúnculo

Centauro
Centícora
Quimera
Dragón
Dríade
Pájaro de fuego
Gagana
Grifo
Arpía
Hercinia
Hipocampo
Jorogumo
Kanko
Karkadann
Kludde
Kraken
Lavellán
Longma
Mantícora
Sirena
Náyade
Nereida
Peritio
Fénix
Ratatoska
Rocho
Salamandra
Esfinge

Tarasca
Twrch Tryth
Unicornio
Unicornio alado

Agradecimientos

Créditos

KATHERINE RUNDELL

CRIATURAS IMPOSIBLES

EL REY ENVENENADO

Ediciones Destino

Para Theodore y Phoebe Rundell,
dos criaturas imposibles de igualar

«El cuervo grazna pidiendo venganza».

William Shakespeare*, Hamlet* (1601)

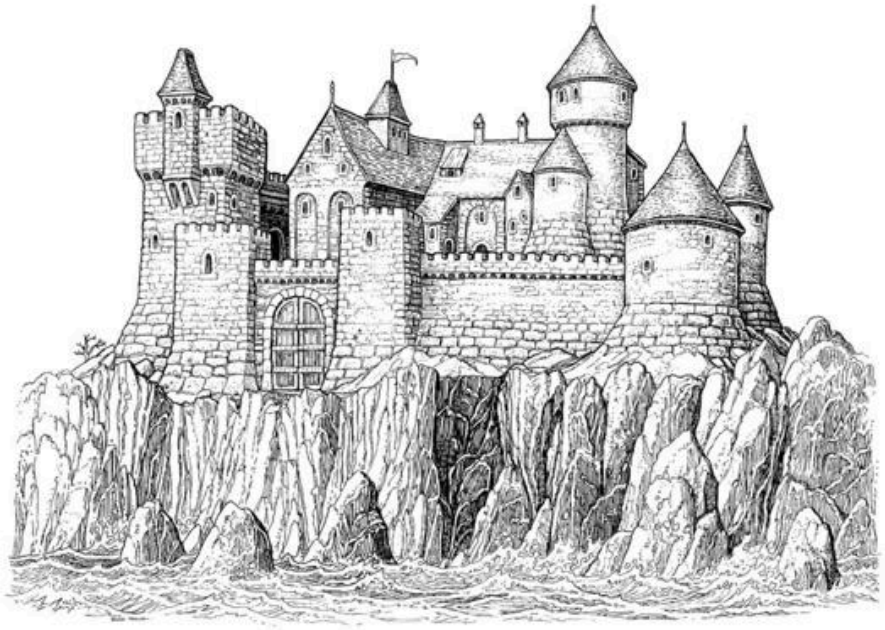
«No existe animal más sabio que el dragón. Su poder no es ilusorio. Puede ser más que pequeño, más que grande, más que alto y más que bajo».

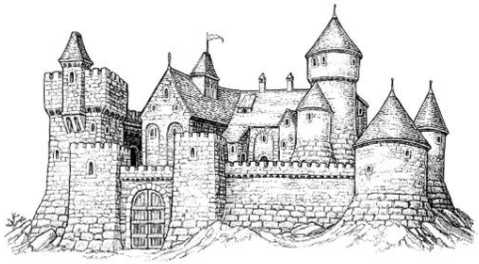
Lu Dian (1042-1102 d. C.)

Láminas


EL ARCHIPIÉLAGO
NUEVA ESCOCIA
GROENLANDIA
FRANCIA
BRASIL

PRIMERA PARTE
EL CASTILLO

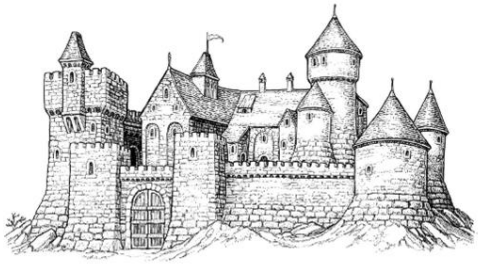




ADVERTENCIA PREVIA

Habrían dicho que era imposible: el caos, el desorden que provocó. Habrían dicho que no tenía lo que hacía falta para provocarlo.

Pero sí que lo tenía. Muy, muy en lo hondo, lo tenía. ¿Qué encontrarías si escarbaras bajo tu casa? Barro y lombrices, seguramente. Quizá un tesoro. O un esqueleto. Vete tú a saber. La chica escarbó en lo más hondo de su corazón. Y allí encontró hambre de justicia. Y sed de venganza.



EL DRAGÓN JÁCULO

Cuando Christopher Forrester se despertó, un dragón le estaba mordisqueando la cara.

Era del tamaño de un gorrión, tan pequeño que habría podido posarse en la falange superior de su pulgar, y de un verde plateado deslumbrantemente bello. Tenía una expresión tan altiva que habría podido fundir una puerta de acero.

—¡Christopher! —exclamó el dragón—. No me ha sido fácil encontrarte.

El chico se incorporó.

—¿Jacques? —dijo. Empezó a temblarle todo el cuerpo, de impresión y de alegría.

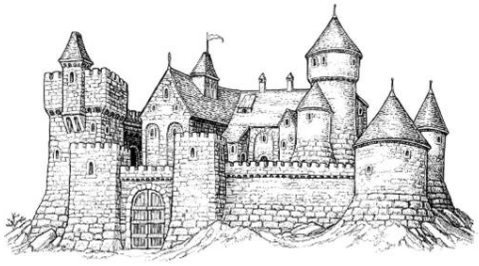
Echó las mantas a un lado y paseó la mirada por su habitación. Tenía los tejanos en el suelo; la ventana daba a una calle de Londres. Todo estaba como antes, y, sin embargo, ya nada era igual, pues había un dragón diminuto sobre su mesilla de noche.

—¡Jacques! —exclamó de nuevo. La criatura era real y estaba ahí, royendo a modo de experimento la bombilla de la lámpara de Christopher—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a llevarte conmigo —dijo Jacques, sacudiéndose para quitarse de encima los trocitos de vidrio—. Ahora mismo.

—¿Adónde? ¿Al Archipiélago?

—¿Adónde si no? ¡Te ordeno que vengas! —Bajo su altivez se percibía una vibración en su voz; era miedo. El dragón voló hasta la mano de Christopher y le pegó un mordisco tan fuerte en el pulgar que le hizo sangre—. Te necesito con urgencia.



TE NECESITO CON URGENCIA

Christopher notó que el corazón le saltaba en el pecho, cada vez más alto, pero intentó disimular la emoción y respirar con normalidad hasta que entendió lo que le decía el dragón. Se apresuró a ponerse los mismos vaqueros que el día anterior.

—Sería todo un detalle que no me trataras como un bufet —le dijo —. Cuéntame qué ha pasado. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Con inmensas dosis de ingenio y esfuerzo. He viajado a Atidina a través del pasaje que conduce hasta el río. Había mucha humedad, y detesto el agua. No me ha gustado nada. Por si esto no fuera ya bastante desagradable, pensaba que te encontraría en Escocia, donde desemboca el pasaje —prosiguió Jacques—. Pero no. Eludí a tu abuelo para venir al sur siguiendo el rastro de tu olor. Me atacaron unas palomas y un cuervo arribista. No podía hacer fuego..., es decir, no quería, para no alertar a los humanos sobre mi presencia, así que comía lo que encontraba en esas grandes cestas de comida podrida que por algún motivo inexplicable tenéis instaladas en vuestras grises calles. Era asqueroso, salvo por los sobrecitos de plástico que contenían un líquido rojo. Esos estaban de rechupete.

Al fijarse mejor, Christopher reparó en que el dragón tenía kétchup bajo las escamas de la barbilla.

—Pero ¿por qué has venido? No estás a salvo aquí, Jacques.

—¿Crees que no soy consciente de ello? No me habría desplazado hasta aquí, volando por encima de vuestras latas asesinas de cuatro ruedas que expulsan gases nauseabundos, sin un buen motivo. No tenía más remedio —añadió, haciendo castañetear los dientes con una expresión de sufrimiento en su pequeño rostro—. Me han enviado.

—¿Quiénes?

Sin embargo, Jacques estaba demasiado alterado para responder. Exhaló y, en vez de una llama, una nube de humo negro muy caliente inundó la habitación. Christopher se abalanzó hacia la ventana para abrirla antes de que se disparara la alarma antiincendios y la agitó sobre sus goznes.

—¡Dímelo, Jacques!

Un torrente de palabras brotó de la boca del jáculo.

—Los grandes dragones se están muriendo a decenas. Nadie sabe por qué.

Un estremecimiento de horror recorrió a Christopher. Había conocido dragones. Había estado lo bastante cerca de ellos para percibir su poder, su inteligencia primitiva y tenaz: no era como la de los humanos, sino infinitamente más grande, salvaje y antigua.

—¿Cómo? ¿De qué especie? —Rezó porque no se tratara de los de alas rojas.

—Seis dragones de hielo del norte; diez dragones amarillos del sur, descubiertos por las aves fénix; dos familias de colas plateadas, que suman una docena. Y hay más, nadie sabe cuántos, pero el número no para de aumentar.

—¿Es por una enfermedad, o es que... alguien los está matando? Aunque ¿qué tipo de criatura sería capaz de asesinar a una docena de dragones? Ni una esfinge posee tanta fuerza; ni siquiera una mantícora.

—¡No lo sé! El caso es que Sarkany, la dragona de alas rojas sobre cuyo lomo volaste una vez, me ha enviado a convocarte. Dice que debo llevarte de vuelta al Archipiélago.

—Pero ¿por qué a mí?

—¡No hay nadie más! —Exhaló humo por la nariz—. Algunos dicen que la causa podría ser una viruela draconiana, así que los dragones grandes no se atreven a juntarse unos con otros. Los asusta el miedo al contagio. Sin embargo, la mayoría cree que los están asesinando, así que no se fían de ninguna persona ni criatura del Archipiélago. Sin embargo, tú eres de las Tierras Comunes. Sarkany confía en ti y solo en ti.

—Pero ¿qué puedo hacer yo...?

Jacques soltó otro resoplido, otra vaharada de rabioso humo negro.

—A los dragones no nos gusta que los humanos nos interroguen. Como me hagas una pregunta más, te achicharro la habitación. ¿Vendrás conmigo?

¿Se iría con él? ¿Qué peligros entrañaba la petición de ayuda del jáculo? ¿Qué podía hacer él que no pudieran hacer los dragones, con tantos años de poderío y conocimientos despiadados a sus espaldas? Por otro lado, una chispa de euforia se encendió en su interior solo de pensar que un dragón lo necesitaba, al imaginarse de vuelta en el Archipiélago para reencontrarse con unicornios, dragones, longmas y kankos, con el glimor, con el país de Mal Arvorian.

—Sí.

Sacó una caja pequeña de debajo de la cama. Dentro, cuidadosamente envuelto en algodón, estaba el diente que le había dado la esfinge. También había una navaja, una cantimplora de metal y algo de comida: tabletas de chocolate, barras de cereales, alimentos no perecederos. Estaba preparado. Había estado esperando, deseando en secreto que llegara el momento en que alguien pronunciara su nombre para convocarlo.

Christopher se guardó en el bolsillo del abrigo el diente, la navaja y la cantimplora junto con todo su dinero y su teléfono. Acto seguido, sacó el móvil, lo apagó y lo dejó junto a la cama; no quería que lo localizaran. Le dejó una nota a su padre: era demasiado temprano para que estuviera despierto.

«Papá, me vuelvo al Archipiélago. Los dragones necesitan mi ayuda. —Solo de escribirlo le subió un hormigueo eléctrico por el brazo—. Siento no haberte pedido permiso. No te preocupes por mí. Estaré totalmente a salvo. —Tachó esta última frase. No tenía sentido mentir. Añadió—: Tendré cuidado. —Sin embargo, eso también lo tachó y, en su lugar, escribió—: Te quiero. Christopher».

—¡Date prisa! —exclamó Jacques.

Christopher vació su mochila escolar, que contenía un trabajo de Geografía sobre el sistema de autopistas de Bélgica que habría aburrido a las ovejas, un calcetín deportivo sin lavar y un plátano supurante. A continuación, se la tendió a Jacques.

Este le lanzó una mirada capaz de marchitar un ramillete de rosas o de derribar un arcoíris del cielo.

—No pienso viajar en esa... excrecencia de saco que desprende un putrefacto olor a pies. Iré sentado en tu hombro, como antaño, cual majestuoso emperador a lomos de su corcel.

—De eso nada. Te vería todo el mundo.

—En ese caso, iré volando entre las nubes, tal como he venido.

—Será más fácil y rápido viajar en tren. —El minúsculo dragón parecía agotado, aunque Christopher se abstuvo de comentarlo en voz alta.

—Pues busca otra opción. La mochila mugrienta queda descartada.

El abrigo de Christopher era largo y grueso, con bolsillos grandes.

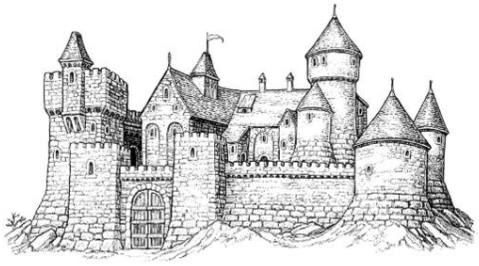
—Puedes ir en el bolsillo libre que me queda.

Jacques inspiró por la nariz.

—Mejor. Apenas me parece tolerable, pero al menos no apesta como un pequeño apocalipsis.

Christopher abrió la cremallera con los dedos, y el dragón entró volando. Tenía las escamas calientes y secas, por lo que el compartimento se caldeó de inmediato.

—Y ahora —dijo el dragón—, en marcha. —Soltó un bufido, y un humo draconiano, esta vez blanco, ligero y casi dulce, brotó del bolsillo en forma de nube olorosa. Christopher pensó en el Archipiélago; en el glimor, en los inmensos cielos moteados de longmas y de aves fénix, y en las islas salvajes y encantadas.



RUMBO AL PASAJE

Era un plan sencillo, pero no fácil de llevar a cabo; una cosa no implica la otra.

Christopher tomó un autobús hasta la estación de Euston, temiendo que lo sorprendieran y detuvieran en cualquier momento. Jacques no ayudó a calmarle los nervios cuando le dio un bocado experimental al chicle que encontró en su bolsillo y acabó enredado en la masa pegajosa. Christopher subió al tren. Como si no se hubiera gastado la mitad de sus ahorros en el billete, Jacques insistió en que le comprara salchichas en el coche cafetería y las bañara en kétchup, y luego procedió alegremente a dejarle perdido el abrigo. El muchacho no dejaba de pensar en los dragones, su enigmática sabiduría y su peligrosa belleza.

En el ferri, Christopher abandonó el asiento de plástico duro para salir a cubierta. El viento y el rocío del mar habían llevado a los demás pasajeros a refugiarse en el interior.

Jacques emergió con aire triunfal y apoyó una zarpa pringada de chicle en el mentón de Christopher.

—¿Qué haces?

—Te exploro el rostro. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocimos en el Archipiélago?

—Casi un año.

—¿Cómo te ha ido con tus nuevos conocimientos, tus nuevas penas y tus nuevos placeres?

Christopher sonrió.

—Sueño con ella. —Aún pensaba en Mal Arvorian todos los días y hablaba con ella en su imaginación—. Pero sé que está ahí, en alguna parte. —Ella le había enseñado que el mundo era más colosal de lo que él se imaginaba. A veces se despertaba en plena noche y, al pensar en el Archipiélago, lo recorría una extraña y refrescante oleada de alegría.

—¿Has tenido noticias de algún habitante del Archipiélago, como Nighthand, Irian o esa ratatoska odorífera de Ratwin?

Christopher negó con la cabeza.

—Intenté regresar, pero me lo impidió mi abuelo, así que debemos procurar que esta vez no nos pille. Y a papá le dará algo cuando descubra que me he marchado. —Al pensar en su cariñoso y desengañado padre, una fuerte punzada de culpa desinfló su entusiasmo—. Los rastros de tu humo draconiano no lo tranquilizarán precisamente.

Jacques resopló.

—Muchos estarían encantados de tener vestigios de la presencia de un dragón en su casa. Debería considerarlo el *summum* del diseño de interiores.

Por último, en medio de un frío y una oscuridad crecientes, Christopher tomó un taxi que apestaba a humedad para ir a casa de su abuelo. El trayecto fue largo y le costó todo el dinero que le quedaba. Cuando la carrera le agotó los fondos, le pidió al taxista que lo dejara allí mismo y continuó a pie.

Tardó una hora en llegar a la verja de su abuelo. Avanzó por el paseo flanqueado de árboles, bajo la oscuridad del follaje. Jacques

cabalgaba orgulloso sobre su hombro, rozándole el cuello con la punta de las alas, como para recordarle que aquello estaba ocurriendo de verdad.

No bien avistó la casa, el chico se ocultó tras un árbol y asomó la cabeza. Cuando vislumbró a su abuelo Frank sentado frente a su escritorio, el corazón le dio un vuelco. Le entraron ganas de correr hasta la ventana, dar golpecitos en el cristal, agitar los brazos..., pero no debía llamar la atención.

Pasó de largo a hurtadillas y subió por la montaña hacia el pasaje, hacia el lago situado en lo alto que lo transportaría al Archipiélago.

Sin embargo, conforme se acercaba a la cima, a la emoción y el anhelo que sentía se sumó un escalofrío de temor. ¿Cómo iba a sobrevivir un humano al enfrentamiento con una fuerza capaz de matar dragones?

Aminoró el paso al llegar a la cumbre. El agua del lago despedía un resplandor verdoso. Jacques emitió una exclamación inarticulada de apremio.

Christopher bordeó el lago. A sus pies, muy por debajo de la superficie, el verde fosforescente brillaba con más intensidad. Se quitó las botas y se las colgó del cuello. No las tenía todas consigo, y Jacques lo notó. Por una vez, no se burló de él.

—O saltas o no, pero no puedes hacer las dos cosas, Christopher —dijo el jáculo—. Tienes que decidirte.

La fe es algo paradójico, pues consiste en creer en la posibilidad de lo imposible. Eso se lo había dicho su abuelo. El muchacho pensó de nuevo en los dragones y en la criatura siniestra que debía de estar dándoles caza. Pensó en el cielo del Archipiélago, aquel azul imposible en un paraje imposible hacia el que había volado Mal Arvorian.

Atreverse es perder el equilibrio; dejar de tener los pies en el suelo. No atreverse es perder todo lo que vale la pena.

—Christopher. —Jacques le hundió las garras en el hombro—. Por favor.

Los dragones no piden las cosas por favor. Christopher se apartó tres pasos de la orilla. A continuación, profirió un alarido, un grito de guerra de amor, de aceptación; giró sobre los talones, arrancó a correr y dio un gran salto hacia el centro del lago.

Sintió en la piel el frío implacable y cortante del agua. Pataleó para sumergirse en las profundidades, donde la fosforescencia se arremolinó en torno a su rostro. Cuando alargó la mano para tocarla, una presión repentina e insoportable le oprimió el pecho al tiempo que lo atrapaba la corriente. Le entró agua en la boca y se atragantó.

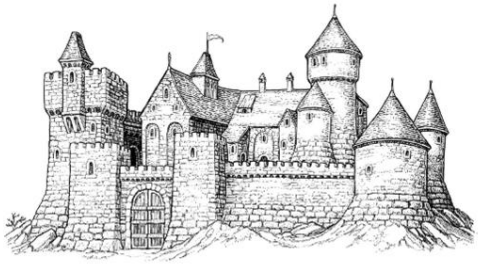
Giraba arrastrado por el remolino, buscando desesperadamente la superficie. Estuvo a punto de vomitar cuando se golpeó la cabeza con una piedra. Se ahogaba; los pulmones pedían aire a gritos. Agitó de nuevo las piernas de forma frenética hasta que su cabeza emergió al aire fresco y entrevió en la penumbra una cara que lo observaba desde una ribera.

Era un rostro leonino y a la vez humano, antiguo y hermoso. El enorme lomo de la criatura presentaba un color pardo rojizo a la luz de la luna, y en sus cuatro patas se trenzaban tendones y músculos. Tenía en la espalda unas alas plegadas, listas para echar a volar. A su lado, sobre la hierba húmeda de rocío, había una espada.

Era una esfinge.

Christopher reconoció esa cara. De pronto, le dio igual que le sangrara la sien y que el agua del río se estuviera tiñendo de rojo. Se aupó a la orilla.

—¡Naravirala! —exclamó.



NARAVIRALA

La esfinge saltó sobre Christopher y lo hizo caer de rodillas de un zarpazo. Inclinada sobre él, le dio un lengüetazo en un lado del rostro.

—¡Bienvenido! —dijo, lamiéndole de nuevo la herida de la frente. Como una gata con uno de sus cachorros, cerró las mandíbulas de león sobre su brazo y lo puso en pie; acto seguido, le propinó tal cabezazo de alegría que el chico estuvo a punto de desplomarse otra vez.

Era como verse asaltado por los antiguos poderes de la sabiduría y la generosidad. Christopher se rio.

—¡Naravirala! ¿Qué haces aquí?

—He venido para llevarte sobre mi espalda hasta Sarkany. —Extendió las alas, de envergadura y belleza extraordinarias—. Jacques fue a suplicarme que lo ayudara.

—Yo nunca suplico —repuso el aludido, que voló hasta posarse sobre la oreja de Christopher. Se sacudió como un perro, y de sus escamas se desprendió una nube de vapor—. Como te atrevas a incluir esa palabra en mi biografía, Christopher, prenderé fuego a tu ropa interior mientras la llevas puesta. Más que una súplica fue una petición señorial.

—Y resolvió un acertijo, como deberás hacer tú —intervino la esfinge.

—¿Y si me equivoco? —preguntó Christopher—. ¿Te negarás a ayudarnos?

—Por supuesto. Y además me plantearé la posibilidad de devoraros —aseveró Naravirala. No se rio, lo que le recordó al muchacho que las esfinges no son humanas y que su lógica no es igual que la de las personas—. Este es el acertijo: ¿qué es lo que solo puedes mantener cuando lo das?

Christopher se quedó mirándola. ¿Dinero? ¿Un... zapato? Entonces volvió la vista hacia Jacques, la alzó hacia el inmenso cielo del Archipiélago y de pronto comprendió.

—Tu palabra —dijo—. Di mi palabra de que protegería las islas.

—Bien —dijo Naravirala—. Eso no debe tomarse a la ligera, aunque los humanos tiendan a hacer promesas como si fueran algo suave y dulce, cuando en realidad son cosas afiladas y brillantes, que deben cortar como un cuchillo y pesar como una piedra.

—Mi acertijo versaba sobre los poderes y las propiedades de los boñigos de dragón —se jactó Jacques—. Adiviné la respuesta a la primera, como ya te imaginarás. Esfinge, ¿estás satisfecha? ¿Emprendemos el vuelo?

—Sí. Sarkany se encuentra en la isla de Edem —dijo Naravirala—, al suroeste de aquí.

—¡Pues vamos allá! —apremió Christopher—. Estoy listo.

—Espera —dijo Naravirala—. Hay algo más; algo que he leído en las estrellas. Al principio no le presté atención, pero estas últimas noches, el mensaje se ha repetido con insistencia. Hay una persona joven en apuros. Corre peligro de muerte. Está conectada de alguna manera contigo y con los dragones.

Christopher notó que se le aceleraba el corazón.

—No te estarás refiriendo a... la Inmortal, ¿verdad?

—No —dijo la esfinge—. Esta niña no tiene nada que ver. Esta otra persona os necesita, y vosotros a ella. Sin embargo, desconozco su ubicación exacta: tendríamos que investigarla. O también podríamos optar por desoír a las estrellas. Es algo que se ha hecho miles de veces, y en ocasiones es lo más sensato.

—Pero ¿quién es ella? ¿Qué peligro corre? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Lo ignoro. Solo sé que es una muchacha que necesita ayuda. Ese es el problema que tienen las estrellas. —La esfinge le dirigió una mirada parpadeante e irónica—. Se pasan de ambiguas.

Jacques soltó un resoplido.

—Detesto la cháchara de las estrellas. Si tienen algo que decir, deberían hacer el favor de utilizar un alfabeto reconocible.

Naravirala hizo caso omiso de ese comentario.

—¿Estás dispuesto a desviarte del camino que lleva a Sarkany? Creo que podría ser arriesgado. No es una orden, solo una pregunta.

—Faltaría más —dijo Christopher—. Si esa chica está en peligro, no nos queda otra opción que acudir.

Naravirala se volvió hacia Jacques.

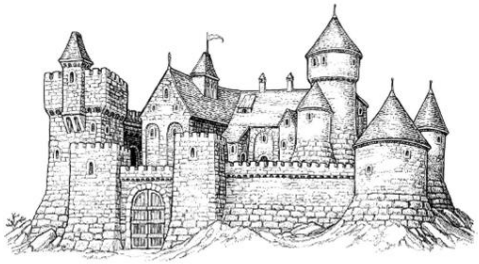
—¿Y tú?

El pequeño dragón, pese a su expresión reticente, expulsó una vaharada de humo blanco.

—Si le hemos pedido ayuda a la esfinge, es de justicia ofrecerle la nuestra.

—Pues entonces, decidido —dijo Christopher—. ¡Sí!

Naravirala se puso de rodillas, y el chico saltó sobre su lomo y se acomodó entre las alas, sentado sobre las piernas dobladas. Con un potente y rítmico aleteo que oponía la fuerza muscular a la testaruda gravedad, alzaron el vuelo.



LA PRINCESA DE DOUSHA

En ese mismo instante, la princesa Anya Phoebe Cornelia Argen, de la isla de Dousha, duquesa de las montañas Plateadas y condesa de los bosques Alados —con las uñas sucias de tierra y el labio ensangrentado—, avanzaba como una flecha por la azotea de su castillo. Una docena de gaganas la sobrevolaba, siguiéndola. Anochecía, y los reflejos de la luna, proyectados por el pico dorado de las aves, se deslizaban sobre la superficie de piedra.

Algo se movió en el recoveco más oscuro de la azotea. Anya se quedó paralizada.

—¿Quién anda ahí? —susurró.

Pero solo era Coren, una gagana joven, con el plumaje alborotado y una seguridad en sí mismo propia de un rey.

—Deprisa. Está subiendo por la escalera.

La habitación de Anya estaba en el rincón más apartado del ala oeste: desde ahí era posible escabullirse por la ventana a las almenas para tender la mirada sobre los señoriales jardines, desplazarla por los tejados y el bullicio de la ciudad y detenerla en el mar, donde se bañaban los unicornios alados.

Pero esa tarde Anya no había ido a disfrutar de las vistas, sino a impedir que muriera alguien.

Gallia la había puesto sobre aviso. La vetusta ave había entrado volando por la ventana de su alcoba solo unos minutos antes, graznando con un tono de pánico acuciante que Anya nunca le había oído.

—¡Anya, el huevo! ¡Viene a llevarse el huevo!

Un guardia de los jardines —un desconocido al que Gallia no había visto nunca— había abatido a una gagana con una ballesta. Era algo sin precedentes: las gaganas reales estaban protegidas por ley.

Asintiendo satisfecho, el soldado se había vuelto hacia su acompañante.

—Y ahora, ve a por el huevo. Para eso nos paga.

¿Quién podía estar tan ansioso por conseguir un huevo de gagana como para matar por ello? ¡Era inconcebible! Las gaganas no solo eran aves, sino también las mejores amigas de Anya y sus compañeras más queridos. Eran tan sabias como cualquier humano; mucho más que la mayoría, de hecho, en su opinión. En un castillo regido por normas y reglamentos, llenaban el aire de luz, cantos y batir de alas.

El huevo pertenecía a Felin, cuyo cuerpo yacía inerte, oculto a las miradas, a la orilla del lago del castillo. Aunque Anya no la conocía bien, sabía dónde anidaba: en lo alto de una chimenea que le proporcionaba calor, al fondo del patio occidental.

Agachada, avanzaba lo más rápido que podía por la vertiente del tejado de pizarra que daba al jardín. Nunca había corrido por allí, y el estómago le dio un vuelco mientras sus pies buscaban dónde apoyarse.

—Ten cuidado —advirtió Gallia. La anciana gagana, que volaba por encima de su cabeza, descendió hasta posarse sobre ella—. ¡Ojo con la teja!

Demasiado tarde. Anya puso el pie sobre una teja suelta y se tambaleó cuando esta se desprendió y cayó al suelo con gran estrépito. Pero las horas que había dedicado a practicar una buena postura no habían sido en vano. Anya Argen era capaz de hacer piruetas con un libro sobre la cabeza; poseía un equilibrio a toda prueba. Recuperó la estabilidad y se puso en cuclillas.

—¡Deprisa! —la apremió Coren—. ¡Ya viene!

Anya continuó avanzando a gatas, y ahí estaba el huevo: pequeño, de un color blanco plateado y frágil como el vidrio soplado. Lo tomó con tanta delicadeza como si estuviera hecho de la porcelana más valiosa del mundo, y el alivio le inundó el corazón. Dio media vuelta para regresar corriendo a sus aposentos.

La trampilla del tejado se movió y, con un chirrido, empezó a abrirse.

Anya dejó escapar un gritito y se echó cuerpo a tierra, apretándose contra la piedra. Las sombras la cubrían, pero no era suficiente. El hombre la pillaría y le arrebataría el huevo.

La portezuela se levantó del todo. Anya soltó una palabrota. Apareció el rostro del soldado, que empezó a recorrer el tejado con la mirada.

Ella esperó a que la cabeza entera asomara por la trampilla.

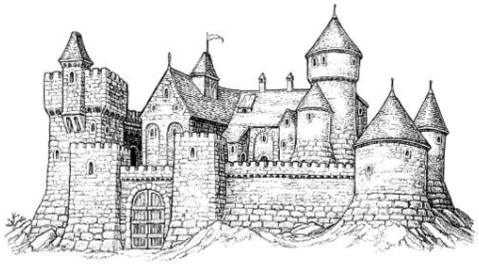
—¡Al ataque, Coren! —exclamó entonces. Con un chillido estridente, la gagana arremetió contra los ojos del hombre, que pegó un alarido, sobresaltado—. ¡Todos juntos! ¡Ya! —rugió Anya, y las gaganas que volaban a su alrededor se elevaron para formar una nube antes de lanzarse en picado hacia él. Con un bramido, se parapetó tras la portezuela, y Anya aprovechó la ocasión para correr de vuelta a su cuarto, sujetando el huevo contra el pecho con una mano.

Acurrucada en la cama, examinó con ansia cada milímetro de la cáscara. Estaba intacta, sin una sola grieta.

Aferrando el huevo contra sí, lo calentó con el aliento. Se dijo que se lo contaría a su padre en cuanto quedara libre de sus compromisos reales. Adoraba a las gaganas. Él sabría qué hacer, como siempre.

Anya se llevó los dedos al colgante: un disco de plata que pendía de una cadena. Lo había heredado de su madre, fallecida diez años atrás, y lo llevaba siempre puesto. Tocarlo la reconfortaba; cuando era pequeña y le estaban saliendo los dientes, lo había usado como mordedor. Ahora se lo acercó a la boca y le dio un mordisco suave en el borde.

En el castillo de Argen estaba pasando algo horrible. Lo sucedido era una prueba más de ello.



EL ARCHIPIÉLAGO DE GLIMORIA

Anya vivía en el soleado extremo meridional del Archipiélago de Glimoria.

En dicho lugar habitan treinta y siete especies de dragones, así como sirenas con resplandecientes colas de siete metros. También hay bégimos en el mar, capaces de zamparse a una docena de personas de un bocado, y esfinges en la península (llamada, de forma muy poco imaginativa en opinión de Anya) de las Esfinges.

Estas, valiéndose de las garras, realizaban inscripciones en las rocas relacionadas con las matemáticas, la astronomía, la historia o incluso chistes, en su mayoría intraducibles.

Uno de los textos históricos versaba sobre la isla de Dousha y la casa de Argen, la última familia real que quedaba en el Archipiélago.

La isla de Dousha llevaba más de mil años gobernada por un miembro del linaje de Argen. Ellos habían construido el castillo al principio de su reinado y lo habían revestido de plata; los herreros habían batido el metal hasta dejarlo fino como el papel y luego habían chapado cada ladrillo a martillazos. Según las crónicas, era un edificio de una belleza sobrecogedora. Sin embargo, no resultaba práctico. La luz del sol, al reflejarse en la superficie pulida del metal,

quemaba la hierba y les churruscaba las plumas a las aves de los jardines.

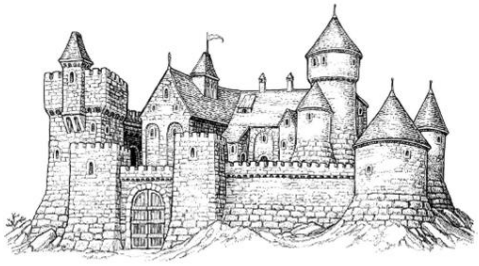
En la actualidad, buena parte del enchapado había desaparecido, por obra de la lluvia y de los ladrones. Sin embargo, los muros todavía estaban moteados de plata, y, visto desde lo alto, a vuelo de fénix, el castillo aún relucía bajo la luna.

Había sido un año fuera de lo común. El ejército se había engrosado, y los soldados se alineaban a lo largo de las calles como nunca antes. Se suponía que era primavera, pero la nieve llevaba demasiado tiempo instalada en la isla de Dousha. El cielo parecía inquieto. La gente decía que la nieve no auguraba nada bueno.

El rey actual, Su Majestad Halam Argen, acababa de cumplir los setenta años. Tenía una mandíbula severa, unos labios delgados y unas arrugas que evidenciaban una vida de escepticismo y orgullo.

Anya Argen —con cabello del color de la luna sucia, ojos castaños y arañazos de gaganas en cada uno de los dedos y por todo el antebrazo— era su nieta.

Aunque mientras acercaba el huevo a la chimenea para calentarlo no lo sabía, su vida estaba a punto de cambiar..., por completo y para siempre.



LA GRAMÁTICA DE LAS AVES

Anya no siempre había vivido en el castillo. De hecho, si le hubieran dado la oportunidad y unas cerillas, le habría prendido fuego.

Hasta el año anterior, había residido con su padre en una casa de arenisca en medio del vasto bosque que se extendía detrás del castillo de Argen. Unicornios alados sobrevolaban las copas de los árboles para abrevarse en el gran lago. De pequeña, había intentado acariciarlos una vez, pero nunca más: solo la intervención de Gallia, que se la había llevado de allí tirándole del pelo, había evitado que sufriera una cordial y elegante muerte a cornadas.

Anya siempre iba acompañada de gaganas reales, con su pico dorado, sus garras plateadas y su plumaje negro iridiscente. En algunas ocasiones, iba sola con Gallia, que nunca se separaba de ella; en otras, la rodeaba media docena de aves jóvenes, con las plumas del cuello y de la cabeza aún suaves y esponjosas. Una vez, llevado por el entusiasmo del momento, Coren le había arrancado de un mordisco la puntita de la oreja. Se había negado a pedirle perdón. «¿No crees que tengo derecho a un trocito de tu oreja a cambio de mi amistad? Era un pedazo muy pequeño». Por la noche, la bandada entera, conformada por treinta gaganas, había acudido a posarse en el borde de su cama y en la barra de las cortinas.

Eran criaturas complicadas. Necesitaban que las ventanas estuvieran abiertas en todo momento, incluso cuando nevaba. Además, Anya no podía negar que despedían cierto olor. A pesar de todo, eran las mayores fuentes de alegría de su vida. Como por aquel bosque no se dejaban caer muchos niños, esas aves habían sido sus mejores amigas desde su más tierna infancia. Eran los seres vivos por los que sentía más cariño, después de su padre. Y ellos, a su vez, la querían con locura, a la manera de los pájaros. El pico de Coren hacía las veces de despertador, y Gallia le recortaba las puntas del cabello a bocados, de modo que no necesitaba peluqueros.

Y lo mejor de todo: las gaganas eran sus profesoras.

Su padre les había dicho: «Quiero que Anya reciba una educación distinta de la mía, lo más alejada posible del afán de riquezas de la corte real. ¿Podríais darle clases?».

Las aves le enseñaban historia, filosofía, matemáticas y los antiguos cantos de las gaganas, gorjeos jubilosos y salvajes.

«Nunca me ha hecho falta ir al colegio —opinaba Anya—. Tengo a los pájaros». Gallia la educó contándole relatos gagánicos sobre castillos, dragones y venganzas, los ingredientes fundamentales de las grandes historias. Por más que sus últimos profesores de dicción se habían empeñado en corregir su marcado acento gagano, no lo habían conseguido. Su aspecto tampoco era muy distinto del de las aves: tenía las manos y los pies largos y flexibles, y los ojos alertas.

Argus Argen, su padre, era el primogénito y heredero del rey. Sin embargo, su sueño era convertirse en un experto en botánica. Era alto y de sonrisa fácil, y cuando hablaba, parecía resplandecer. Durante toda su vida, Anya lo había ayudado a hacer injertos y a cuidar los nuevos híbridos, como una rosa-ortiga con hermosos pétalos urticantes o una boca de dragón capaz de arrancarte la punta del dedo de un mordisco. Cultivaban capuchinas que hacían

crecer el cabello dos centímetros al día y una variedad de madreselva que podía untarse directamente en las tostadas. En cuanto Anya empezó a dar sus primeros pasos, su padre dejó que le echara una mano, pero de verdad, lo que significaba que no la limitaba a mirar, como hacen algunos adultos, sino que le permitía podar, cortar y plantar. Juntos cruzaron treinta y siete plantas para crear la hierbarrana, que permitía a quien la consumiera respirar bajo el agua durante nada menos que diez minutos, aunque ella había descubierto de forma dolorosa que, si se ingería más de una vez al día, salían pústulas por todo el culo.

Argus protegía a todos los seres vivos que pasaban por el jardín. Se negaba a matar incluso a los caracoles. «La vida nos envuelve —decía—. Todo lo que está vivo es sagrado».

Anya y su padre intentaban cultivar el rascovnic, una hierba silvestre que poseía la capacidad de abrir cualquier puerta o cerradura. Tenía la forma de un trébol de cinco hojas y solo crecía de forma natural en la isla de Dousha.

—¡Ojalá encontráramos la manera de extraerle semillas, Anya, y sembrarlas por todo el Archipiélago! ¿Y si no solo sirviera para desatrancar puertas, sino también arterias o corazones obstruidos?

Claude, su hermano menor, había alzado los ojos al techo.

—Los cerrajeros de la ciudad no te lo agradecerían, Argus.

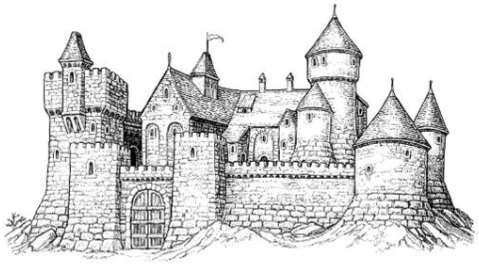
Por toda respuesta, él se había reído; quería a su hermano, pero no acababa de verlo como un adulto hecho y derecho. Claude era tres años más joven y, por lo general, era considerado el guapo de los dos. Anya, que veneraba las grandes cejas, la nariz torcida y las manos enormes y delicadas de su padre, discrepaba en redondo.

Sin embargo, ni el rey ni Claude iban al bosque a menudo, por lo que Argus había disfrutado de libertad para experimentar, y Anya para brincar, silbar y nadar. Había sido una época esplendorosa,

salvo por un mes al año. Anya siempre pasaba todos los abriles en el castillo, por exigencia del rey. «Hay que evitar que acabe convirtiéndose en un marimacho, sin una idea clara de lo que se espera de ella por su posición», decía.

Aquellas visitas le resultaban deprimentes. A los siete años, le habían prohibido bajar las escaleras del castillo sola, sin un adulto que la tomara de la mano, no fuera a caerse. ¡Siete años! A esa edad, Anya Argen podía trepar hasta la copa del árbol más alto del bosque, guiada por veinte gaganas posadas en su cabeza, su espalda y sus manos.

Ella sabía que, tarde o temprano, su padre tendría que regresar al castillo, cuando el abuelo muriera y él subiera al trono. Pero el rey Halam tenía solo setenta años. Habrían podido vivir por lo menos diez años más en el bosque, de no ser por el patinazo de Anya.



EL PATINAZO DE ANYA

Ocurrió durante el mes de abril, cuando tenía once años y la llevaron a un concierto en la sala de música del castillo, moteada de plata. Habían contratado a un cuarteto de centauros —a un precio exorbitante— para que tocaran en honor del rey. Se sirvió vino elaborado por dríades. Algunos se preguntaban entre cuchicheos de dónde había salido de repente ese dinero; otros preferían no saberlo.

Entretanto, a Anya, que lucía un vestido de seda verde que llegaba hasta el suelo y una trenza que formaba una corona de color rubio oscuro, la habían llevado ante su abuelo, el rey, que estaba sentado en el trono con aire vigilante. Ella le había dedicado una profunda reverencia. Le habían enseñado a ejecutar este gesto cuando contaba dos años. Le parecía absurdo (los hombres no estaban obligados a inclinarse), y se le notaba en la cara.

Su tío Claude, sonriente, le murmuró algo al oído al rey, que asintió con la cabeza.

—Sí. Excelente idea. Anya pronunciará un discurso de agradecimiento —dijo.

Ella sabía que en el mundo había personas con facilidad para expresarse, que no tenían que exprimirse la mente en busca de las

palabras adecuadas o atraparlas en el aire mientras revoloteaban en torno a su cabeza. Anya no era una de ellas. Hablar con su padre y con las gaganas era pan comido. Con los desconocidos le costaba más. Un sonrojo terrible le subía por el cuello y las mejillas hasta el nacimiento del pelo; no había forma humana de evitarlo.

Se le empezó a acalorar el rostro.

—No puedo, abuelo.

—Claro que puedes. —Como ella permanecía inmóvil y callada, añadió—: Princesa Anya: un discurso.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo Argus, tomándola de la mano.

—Quiero oírla hablar —sentenció el rey.

Los ojos de la corte entera se clavaron en ella. Notaba el escozor de sus opiniones en la piel.

—Por favor, abuelo —susurró—. Me está mirando todo el mundo.

—¡Pues claro! —El rey empezaba a enfadarse. Ella sabía reconocer su ira: era una bestia de sangre fría—. Eres una princesa. Las princesas existen para que las miren, las contemplen, las admiren, las codicien, las envidien y las adoren. En eso consiste tu trabajo: en que te miren. Es tu única obligación. ¿Te ha quedado claro?

El rubor de Anya le ascendió hasta los ojos, pero ella guardó silencio.

—Argus. —El príncipe Claude se volvió hacia su hermano mayor—. ¿No puedes controlar a tu hija?

—Deja en paz a mi niña —replicó su padre con brusquedad—. Papá, bebe un poco de vino.

Anya dirigió la mirada hacia Claude, cuyo rostro era muy parecido al de su padre, pero más enjuto y anguloso.

—¿Le estás pidiendo que me controle? ¿A mí?

—Eso es, sí. A los críos desobedientes hay que controlarlos.

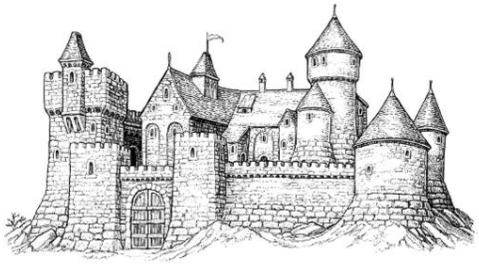
De pronto, toda la rabia y la frustración que la embargaban cuando estaba en el castillo estallaron, echó la cabeza hacia atrás y escupió a los pies de su tío.

El salivazo formó un pequeño charco de insolencia en el suelo. Todos los miembros de la corte se quedaron mirándolo.

—Argus, querido hermano —dijo Claude—, si tu hija se empeña en comportarse como una vulgar chiquilla de la calle, habrá que hacer algo al respecto.

El rey suspiró.

—Que se vaya a la cama. Ya hablaremos mañana.



UNA EDUCACIÓN PALACIEGA

Lo que «se hizo al respecto», pese a la fiera resistencia de Anya, fue ordenar que ella y su padre abandonaran el bosque y se instalaran en el castillo.

—Tal vez no sea tan terrible —había opinado él.

Resultó ser peor. Allí le enseñaban las cosas que decían que debía saber una princesa: diplomacia, danza, urbanidad, etiqueta, historiografía, cartografía, geografía... Acabó por aborrecer todo lo que terminaba en «-ografía».

Al principio se resistió. Cuando se presentó la profesora para impartirle las clases de etiqueta, se encontró con que su alumna se había descolgado por la ventana. Cuando se le pedía a Anya que hablara ante jefes de Estado, se ponía roja como un tomate y no despegaba los ojos del suelo. Sin embargo, al final se salieron con la suya.

«No nos dejarán regresar al bosque a menos que demuestres que eres capaz de hacerlo», dijo Gallia.

Así que, poco a poco, Anya se convirtió en la princesa perfecta. Cuando caminaba, parecía flotar en el aire. Bailaba valses y se pasaba una hora al día sentada con una tabla correctora detrás de la espalda para perfeccionar la postura, con los tobillos cruzados y la

punta de los pies hacia delante. Cultivó el encanto de la mano de una profesora de Litia. Aprendió las veintiuna sonrisas oficiales y los cinco tipos de risa que se consideraban apropiados: de satisfacción, divertida, cortés, de advertencia y reprimida. Le enseñaron las frases que debía repetir, como «Ha sido muy amable al venir. ¿Qué tal el viaje? Hace un día precioso, ¿verdad?».

El rey quedó complacido, pero no le permitió volver al bosque. «Ahora es una baza para nosotros —declaró—. No puede irse».

Cada vez que Anya contemplaba su vida de adulta, veía un largo túnel de procesiones, apretones de manos y gestos de saludo. Entonces desviaba la vista y le estampaba un beso especialmente violento a Gallia. Tenía que haber una manera de salir de allí, pero no se le ocurría ninguna.

Fuera adonde fuese, siempre estaba vigilada por institutrices, asesores, consejeros o el personal de servicio. Allí no era una persona, sino el futuro, algo que había que moldear y supervisar. Casi no se relacionaba con otros niños; los hijos de los cocineros y las hijas de los escribientes tenían prohibido jugar con ella. Aunque el castillo era enorme, todas aquellas miradas clavadas en ella hacían que le pareciera muy pequeño.

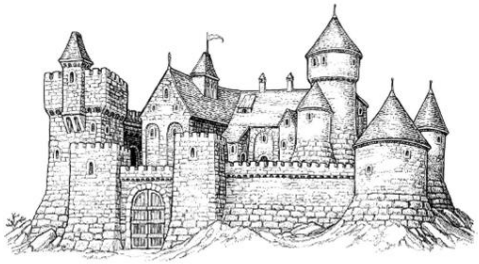
La añoranza por su padre era un dolor cotidiano para ella; aunque él se alojaba en el castillo, estaba siempre tan ocupado que apenas podía escaparse media hora al día para verla. Siempre que le era posible, le llevaba regalos: una pluma de fénix, galletitas para que las compartiera con las gaganas y, en una ocasión, tres hermosos tallos de su rascovnic. «Guárdalos bien, Anya».

Solo había dos aspectos de su vida en ese sitio que no detestaba: uno de ellos era la ropa, exquisitamente confeccionada con seda marina. Antes nunca le había preocupado la cuestión de la indumentaria, pero en el viejo castillo de piedra, donde le parecía

que todos iban de gris y negro, los colores representaban un soplo de aire fresco. Después de que las gaganas le hicieran jirones los hombros de dos vestidos, había tenido que convencer a las costureras de que se los reforzaran con retazos de cuero escondidos bajo la tela.

Y, en segundo lugar, descubrió una serie de pasadizos secretos. Por el momento, había encontrado siete puertas ocultas por tapices. Había una detrás de una estantería en el ala norte que daba al lavadero, y otra detrás de un cuadro de una sirena con una sonrisa bobalicona en el ala este que salía a la vuelta de la esquina del salón Ámbar. En el interior de los pasadizos el aire estaba mal ventilado, y el suelo, cubierto de polvo. Había jorogumos diminutas: arañas que despedían un brillo plateado que iluminaba la oscuridad. Algunas podían llegar a ser grandes como una casa, pero las pequeñas resultaban inofensivas, al menos si no se las tocaba.

Anya no le comentó a nadie lo de los pasadizos, ni siquiera a su padre, por temor a que le prohibiera utilizarlos. Así pues, optó por guardar discreción y se volvió más reservada, más observadora y más atenta a los detalles; una niña llena de amor y rabia que esperaba y esperaba y esperaba a que algo cambiara.



LA PRINGOSA BELLEZA DE UNA GAGANA RECIÉN NACIDA

En su habitación, Anya sostuvo el huevo de gagana en la palma de la mano. Era tan hermoso que le costaba apartar la vista de él. Allí donde le daba la luz, la cáscara plateada se tornaba traslúcida y se alcanzaba a entrever la diminuta silueta del polluelo hecho un ovillo en su interior.

El huevo empezó a vibrar con suavidad.

—Eso significa que está a punto de romper el cascarón —le explicó Gallia—. Prepárate, jovencita.

Anya improvisó con rapidez un nido delante de la chimenea con una bufanda, calcetines y medias, y colocó el huevo en equilibrio en el centro.

—Necesitará comida en cuanto nazca —le dijo a Gallia—. ¿Qué hay que darle?

—Verdura cruda, fruta e insectos. Tendrás que dárselos masticados; no puede digerir alimentos sólidos.

—No pienso masticar insectos. —Ni siquiera por un pájaro.

—Pues entonces pescado. Y en grandes cantidades. Date prisa. No queda mucho tiempo.

Anya fue corriendo a las cocinas, con las gaganas volando a su lado. El baile anual de los Argen tendría lugar esa noche, y ella se quedó mirando asombrada las cuatrocientas copas de vino dispuestas sobre una mesa de caballete en la recocina, en espera de que les sacaran brillo. Fundidas en oro vivo por centauros, emitían un resplandor apagado y constante. Estaba convencida de que hacía un año los Argen no tenían esas copas, y así se lo comentó a Gallia.

—Concéntrate —siseó el ave—. Estás aquí para hurtar comida. No te entretengas.

En rigor, Anya no tenía permitido entrar en las cocinas; como el rey Halam se enterase de que había estado allí, la castigaría. Ella confiaba en que el personal no la delatara, pero si la veía el tío Claude, sin duda informaría al monarca.

Agazapada tras la media puerta, espió a los cinco cocineros del castillo; tres mujeres y dos hombres, todos fuertes, corpulentos y más que capaces de arrojarle cucharones si la pillaban robando. Siguiendo las instrucciones que les había susurrado, Coren y Gallia comenzaron a entrar y salir volando de la cocina con una tajada de pescado, un cacho de zanahoria, una manzana silvestre y una porción cuadrada de pastel de vainilla.

—Las gaganas recién nacidas no comen dulces —dijo Gallia.

—Pero nosotros sí —repuso Anya, y lo compartió con los pájaros mientras regresaban a toda velocidad a su habitación. Iba a atajar por el pasadizo situado detrás del cuadro de la sirena bobalicona, pero su tío estaba en el pasillo, estudiando, al parecer, el rostro de la sirena, con la mano apoyada en el marco. Se sobresaltó cuando ella dobló la esquina. Sus miradas se encontraron unos instantes, y él soltó el cuadro de golpe, como si quemara.

—¡Anya! —le gritó a su paso—. ¿Qué haces aquí?

Ella le dedicó media reverencia mientras corría, pero no se detuvo para oír su reprimenda.

La habitación de Anya era muy pequeña. Le habían asignado uno de los dormitorios principales —amplio como la sala de un juzgado, situado en el ajetreado corazón del castillo—, pero ella había luchado por hacerse con aquella otra. Las escaleras que conducían hasta ella eran tan estrechas y empinadas que muy pocas personas intentaban subirlas: solo su padre, madame Elena y ella. Era el único lugar donde no se sentía vigilada.

Había pintado árboles en las paredes del diminuto baño contiguo para que diera la sensación de estar en un bosque, con majestuosas gaganas posadas en las ramas (y si no parecían aves de verdad, daba igual, porque ella era la única que las veía).

En la habitación apenas cabían un sillón grande, un armario, su cama individual y una lata de bombones en la que ahora guardaba los regalos que le llevaban los pájaros: botones, monedas y otros objetos pequeños y brillantes.

Cuando Anya regresó, el huevo se movía. Vrano, la gagana más venerable, de plumaje gris, la esperaba.

—Llegas justo a tiempo —dijo.

Anya se sacó la comida que llevaba en los bolsillos y que resultaba menos apetitosa, ahora que la manzana silvestre estaba revuelta con el pescado.

El huevo dio una sacudida hacia un lado y estuvo a punto de rodar hasta el fuego; se oía un picoteo frenético en el interior; la cáscara se resquebrajó, y la aguzada punta de un pico dorado asomó por la grieta.

Anya se agachó sobre el huevo.

—Sí —le susurró—. ¡Eso es! Tú puedes, chiquitina.

El golpeteo se volvió más lento y suave hasta que cesó por completo. Anya esperó, con la nariz casi tocando la cáscara, pero los picotazos no se reanudaron.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Gallia.

—Se ha cansado. Le está costando salir.

El pánico se apoderó de ella.

—¿Qué hago? ¿Rompo el cascarón para ayudarla?

—No, eso la mataría.

—Pero ¡morirá si sigue así!

—Cógelo con las manos ahuecadas, para que sienta latir tu pulso.

Anya rodeó el huevo con la palma. Los golpecitos volvieron a sonar, esta vez al compás de los latidos de su corazón. Una diminuta garra plateada apareció en la grieta, que se ensanchó. Un trozo de cascarón cayó al suelo y, de repente, el huevo se partió y Anya sostenía entre las manos un polluelo pringoso.

A ojos de la mayoría, una gagana recién nacida no posee una belleza clásica. Tienen cientos de plumas diminutas, pero demasiado pegadas a la piel por la humedad, y sus párpados permanecen pegados como con cola durante varios días. Su cabeza es demasiado grande en comparación con el cuerpo, y el pico, de oro puro, aún no brilla, pues está recubierto del líquido del huevo.

Pero los ojos de Anya no eran como los de la mayoría.

—Es perfecta —dijo.

Le parecía de una belleza abrumadora: las uñas plateadas, finas como agujas, ya estaban formadas del todo. Cuando le frotó delicadamente el pico con el pulgar, vio que el oro relucía.

La gagana hizo un ruido; el primer sonido que emitía en este mundo, todo vocales, con una mezcla de hambre y alegría.

—¡Iiia! —dijo.

—Exacto —corroboró Anya—. Eso es. —El polluelo se puso de pie con dificultad y dio unos pasos a ciegas—. Bravo, pequeña gagana.

«Bravo». Ella sabía que eso era lo que se decía al final de una gran actuación. A veces acudían al castillo cantantes de ópera para ofrecer un recital, y ella oía a su padre gritar esa palabra. ¿Acaso la salida del cascarón no había sido un acto de creación extraordinario? Se necesita valor y estilo para empezar a vivir.

Se volvió hacia Gallia.

—¿Qué es? ¿Chico o chica?

La vieja gagana le dio un empujoncito a la cría con el pico, la puso patas arriba y asintió.

—Es macho.

El pajarillo, con los ojos aún cerrados, se puso a lanzar picotazos a Anya, que se rio.

—Me está devorando.

—Eso es justo lo que hará como no lo alimentes. Dale un poco de pez fuego y de manzana. Pero no te pases, no hay que malcriarlo.

Después de triturar el pescado con las muelas, Anya formó con él una bola del tamaño de una uña y lo dejó caer en la boca abierta del pájaro, que soltó un graznido de gusto y pidió más. Ella le introdujo un trozo de manzana ácida masticada en el pico, que cerró con tanta voracidad que por poco no le hizo sangre. Después de seis raciones, tenía el estómago inflado como un globo y, en vez de gritos para exigir comida, emitía un ronroneo de satisfacción.

Siguiendo las instrucciones de Gallia, Anya lo llevó hasta el lavabo, donde lo secó con una toallita hasta retirarle todo el líquido amniótico. Le sopló sobre las negras plumas, que se ahuecaron para formar una gran melena en torno a su cabeza. Era más suave que un patito recién nacido; parecía una pelota de tenis negra.

—Crecerá sano y fuerte —aseguró Gallia—. Está hecho un glotón optimista. Se desarrollará deprisa; dentro de pocos días aprenderá a volar. Y ahora, vístete para el baile, rápido, o enviarán a alguien a arreglarte.

De mala gana, Anya se enderezó.

—¿Qué nombre le ponemos?

Coren, que había contemplado la escena con una expresión de distante superioridad, bajó volando hasta posarse en la cabeza de Anya.

—Koo —dijo.

La venerable madame Elena acudió para peinar a Anya. De sangre náyade por parte de abuela, era incluso más bajita que la propia niña.

Llegó armada con decenas de peines y horquillas, para tironearle y cepillarle el cabello, que le llegaba hasta el suelo cuando se lo soltaba, para luego hacerle una trenza y fijársela en torno a la cabeza como una diadema.

—Hace un frío que pela aquí dentro. No entiendo por qué nunca cierras esa ventana. —Madame Elena le pegó otro tirón en el pelo—. Estate quieta, Anya.

Como se trataba de un baile de gala, el rey ordenó que la princesa fuera engalanada «como mandaba la ocasión», es decir, con una flamante gargantilla de rubíes tallados en forma de flor —regalo del monarca— y unas pulseras a juego.

—Quítate el collar de tu madre —le indicó madame Elena—. No puedes llevar ambas cosas; te daría un aspecto descuidado.

Anya no se quitó el collar —nunca lo hacía, pues le encantaba cómo reflejaba los rayos de luz y parecía multiplicarlos por tres—,

sino que lo ocultó debajo de su vestido.

Madame Elena sacó la tiara de piedra lunar de Anya. Era de una belleza exquisita, pero le quedaba grande, así que tuvo que prendérsela en el pelo. Los extremos angulosos se le clavaban implacables en el cuero cabelludo. Anya se apartó con brusquedad.

—¡No te muevas! Cualquier otra muchacha estaría agradecida solo de ver una joya tan magnífica.

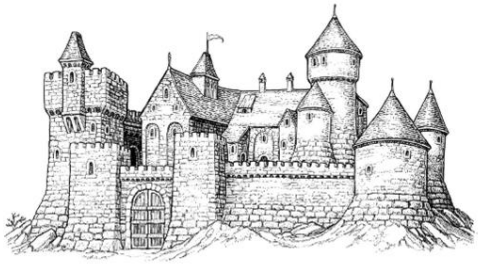
—Pero si la llevo puesta, no la puedo ver...

—Ni falta que hace. Son los invitados quienes deben verla.

—No quiero que me miren, sino ser yo la que observa.

—Anda, vete. Ya están aquí. Sabes que para el rey la impuntualidad es tan grave como el asesinato.

Lo que resultó ser bastante irónico.



ASESINATO

En otra parte del castillo, estaban asesinando a un hombre.

Mientras los cocineros daban los últimos toques a los canapés para el baile; mientras, por toda la isla, los hombres sacaban brillo a sus zapatos y las mujeres se ajustaban las joyas, en una habitación de aquel grandioso edificio moteado de plata, una vida estaba a punto de acabar de forma violenta e ilegal.

El rey había estado sentado, no en un trono (los tronos no son asientos cómodos ni prácticos), sino en un sillón de caoba de respaldo ancho frente a un escritorio taraceado en madera de cerezo. Al cabo de unos minutos, dejaría a un lado la pluma a fin de prepararse para el banquete.

La habitación estaba en penumbra. El monarca, que no se había molestado en encender el quinqué, escribía a la luz del fuego.

De pronto, la puerta se abrió y un hombre entró sin llamar, algo totalmente inaudito. Llevaba una gruesa capucha que sumía la mitad superior de su rostro en la sombra. Su expresión, medio oculta por la capa, destilaba voracidad; una voracidad insaciable, como la de un abismo.

Sin vacilar, el intruso cruzó la estancia en dirección al anciano, que lo reconoció con agrado y, por tanto, no gritó.

—¿Sí? —dijo el rey.

El intruso sujetaba con cuidado un vaso en una mano enguantada. Lo depositó sobre el escritorio y vació en su interior un vial que contenía un líquido rojo. Una salpicadura le manchó los guantes. Le tocó la mejilla al rey.

—¿Qué haces? —preguntó el monarca.

—Bébetelo. —El intruso le puso el vaso en la mano.

—Ni hablar. ¿A qué viene esto? ¿Por qué...?

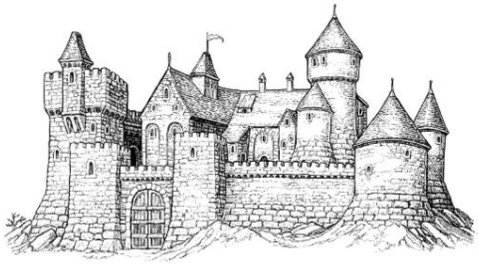
«Por qué» fueron las últimas palabras del venerable rey.

El hombre más joven tiró con brusquedad de su cabeza hacia atrás y vertió en su boca, abierta por la impresión, unas gotas de sabor amargo.

La sustancia obró efecto de inmediato. El soberano comenzó a respirar con dificultad.

El asesino aguardó a que el rey se quedara inmóvil. Con extrema precaución, envolvió el vial de veneno en un pañuelo, asegurándose de que no le tocara la piel ni la ropa. Se lo guardó en el bolsillo. Se acercó al fuego para arrojar los guantes, pero cambió de idea —pues las llamas ardían con poca fuerza y tardarían demasiado en consumirlos— y los escondió en un recoveco de la chimenea. Después de colgar en un armario la capa —que, de hecho, pertenecía al rey—, se marchó.

Cualquiera que hubiera observado al hombre mientras abandonaba el aposento del soberano habría notado que, durante solo diez segundos, respiraba como si hubiera corrido mil vueltas alrededor de la muralla del castillo. Luego consiguió dominarse. Si alguien se hubiera cruzado con él, su sonrisa le habría parecido del todo aceptable y apropiada. Un hombre puede sonreír de oreja a oreja sin dejar por ello de ser un villano.



EL BAILE MÁS ESPLÉNDIDO DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

Anya, con Gallia sobre el hombro, se puso de puntillas para mirar por una de las altas y recargadas ventanas de la fachada del castillo. Al otro lado de la verja se oía el ajetreo de las llegadas: carruajes, caballos y un solitario pegaso semisalvaje al que habían puesto a pastar en el huerto. Un longma ensillado soltó un bramido gutural para exigir comida.

—Da la impresión de que han invitado a toda la isla.

—Me gustaría saber cómo puede pagar todo esto tu abuelo —dijo Gallia—. Hace solo unos años, no había dinero ni para un nuevo mozo de cuadra. Y ahora, ya lo ves: copas de oro para el vino y soldados por todas partes.

Anya se disponía a responderle cuando un puñado de soldados con un uniforme de gala pasó por el pasillo, sin despegar la vista de ella. Al acordarse de Felin, los fulminó con la mirada. Les dirigió una inclinación de la cabeza e irguió el cuello, lo que quería decir «sí», y luego la ladeó ligeramente en diagonal hacia la derecha, lo que significaba «qué vergüenza, qué horror». Las gaganas tienen un lenguaje basado en movimientos de la cabeza, y se lo habían

enseñado a Anya, que sabía decir cien cosas distintas con un simple giro o cabezada. Solo noventa y cuatro de ellas son publicables.

Se aproximó a las puertas del salón Ámbar, donde se celebraban los grandes eventos: bailes, coronaciones, funerales y bodas. Caminaba tal como le habían enseñado: con la espalda recta, el mentón en alto, la boca cerrada pero distendida y las manos metidas en los bolsillos de seda del vestido.

—Las manos revelan demasiadas cosas —le había dicho el rey.

—Por eso las gaganas están encantadas de no tenerlas —había dicho Gallia con altanería—. Las garras son enigmáticas.

La puerta de dos hojas se abrió de golpe. Al otro lado, había gente bailando. Muchos de los vestidos de seda de las mujeres tenían largas colas que revoleaban como pájaros tras ellas cuando giraban. Anya contempló fascinada las combinaciones de colores: topacio y carmín, verde jade y azul celeste. Lucían piedras preciosas en el cuello y en las muñecas. La estancia estaba engalanada con flores —lirios y rosas tempranas—, e iluminada con una lámpara de araña nueva, cada uno de cuyos brazos despedía un rayo de fuego salamandrino. El salón estaba iluminado con un brillante resplandor color oro.

La música llegó a su fin. El mayordomo mayor se aclaró la garganta, y un cornetista sopló con fuerza en su instrumento.

—Su Alteza Real la princesa Phoebe Cornelia Argen, duquesa de las montañas Plateadas y condesa de los bosques Alados, segunda en la línea de sucesión al trono.

Todos los presentes, una gran masa de rostros, envueltos en satén, seda, plumas y diamantes, se volvieron hacia ella, que estaba de pie, enmarcada por la puerta. Los hombres le dedicaron una inclinación, y las mujeres, una genuflexión, formando una ola ante ella.

Anya dio un respingo. Era absurdo que le afectaran tanto las miradas de la gente. Eso era lo que tenían que hacer. No obstante, cada ojo que se fijaba en ella era como un cigarro que se apagaba contra su piel. Sintió una punzada de nostalgia por el bosque, por su padre, alto y cariñoso, por el barro que le ensuciaba las mangas y las botas.

Sin embargo, nadie lo habría sospechado al verla. Anya Argen se inclinó hasta el suelo en una reverencia, tal como había aprendido en sus clases. A continuación, alzó una pequeña mano enguantada, y las mujeres se irguieron, los hombres se enderezaron, la música se reanudó y el rumor de la conversación se hizo más intenso.

Anya recorrió la sala con la vista. Su abuelo debería estar sentado al fondo, en el trono tallado en roble, y su padre, a su lado. Ella quería hablarles de Felin. Era urgente, pero ninguno de los dos se encontraba allí.

El rey nunca llegaba tarde. Acercó la mano a la cabeza de Gallia, que le mordisqueó el dedo con suavidad.

Su tío Claude, en la otra punta de la estancia, se reía de algo que había dicho una mujer bonita que estaba junto a él. En cuanto avistó a Anya, atravesó el salón hacia ella a paso veloz. La niña reparó, complacida, en que el hombre tenía una mota de polvo y lo que parecían hebras de telaraña en la ceja. Se molestaría cuando lo descubriera, pues siempre lucía un aspecto impecable.

—¿Cómo estás, Anya? ¿Te estás portando bien?

¿Qué podía responder a eso? Siempre le entraban ganas de decir: «¿Y tú?». Sin embargo, antes de que pudiera contestar, se abrieron las puertas y entró su padre a toda prisa. El mayordomo mayor lo anunció:

—Su Alteza Real Argus Magus Argen, conde de los lagos Meridionales, gran senescal de los bosques Alados y heredero al

trono.

Todas las mujeres descendieron hasta el suelo en una genuflexión; todos los hombres se doblaron por la cintura. Él ejecutó una reverencia a su vez y elevó la mano para indicarles que se levantaran, pero fue un gesto mecánico; parecía agobiado.

Tardó un rato en llegar junto a Anya, pues tuvo que saludar a un diplomático de Caruta e inclinarse ante un teniente general. Cuando al fin se acercó a ella, le posó la mano en la mejilla.

—Siento haber llegado tarde, Anya. ¿Dónde está tu abuelo?

—Tienes suerte de que papá no haya llegado, Argus —dijo Claude —. Pero me alegro de verte. —Estrechó contra sí a su hermano con efusividad, y Argus, riendo sorprendido, le devolvió el abrazo.

—Perdona, Claude. He recibido un mensaje que me solicitaba que acudiera a la biblioteca del ala este. Se suponía que era urgente.

—¿La biblioteca? —dijo Anya. Esa estancia se encontraba junto a los aposentos de su abuelo, pero estaba cerrada y las luces se apagaban todas las tardes a las seis—. ¿Quién te lo ha enviado?

—No lo sé —dijo él—. Cuando he llegado, no había nadie. Supongo que no será nada, pero debería informar al rey. —Miró alrededor—. Por cierto, ¿dónde está?

Se estaba ejecutando una pieza de baile en la que los violines tocaban notas agudas y dulces, y a lo largo del perímetro de la sala había pequeños grupos formados por dignatarios, estudiosos, adivinos y duques, además de tres centauros con los ojos fijos en el heredero de la corona. Argus se volvió hacia un criado.

—Por favor, envía un mensajero a los aposentos del rey.

El criado se encaminó hacia las puertas..., pero no llegó a cruzarlas. Se produjo un revuelo repentino, una oleada de consternación cuando la gente alzó la mirada hacia un ave que

descendía en picado por el aire. Era Coren. Entró volando por una ventana alta que estaba abierta.

—¡Muerte! —graznó con un chillido que Anya jamás olvidaría.

La música se interrumpió. Las grandes puertas se abrieron de golpe. El general de la guardia y su lugarteniente irrumpieron en el salón. La tez del militar, habitualmente morena, estaba teñida de rojo por un sentimiento amargo: miedo o ira. En la mano sostenía una copa que contenía un líquido rojo. Se acercaron al padre de Anya.

—Milord, el rey ha muerto.

La sala entera prorrumpió en exclamaciones de espanto, un terrible clamor de gritos y bufidos. Anya sintió que el suelo daba un bandazo. Su padre la tomó de la mano y la atrajo hacia él.

—Lo han envenenado.

—¿Envenenado? —Su padre miró en derredor, desesperado, como buscando alguna señal de cordura o sentido común. A continuación, dictó una orden—. Cerrad las puertas exteriores del castillo. Aseguraos de que no salga nadie.

—Ya nos hemos ocupado de ello. —Aunque el general parecía indispuesto, hablaba con voz firme. Para eso se había entrenado—. Con vuestro permiso, haremos venir a los pájaros de fuego.

—Por supuesto. Que acudan de inmediato.

—¡Dese prisa! —dijo Claude.

«Abuelo», musitó Anya. No podía estar muerto. Era imposible. Intentó recordar qué era lo último que le había dicho. Esperaba con toda su alma que fueran palabras amables.

Argus la abrazó por los hombros.

—No te preocupes, amor mío —le susurró—. Estoy aquí.

Los pájaros de fuego vivían en el bosque. Sus plumas ardían con una llama constante. Tenían los sentidos muy agudos; su olfato

estaba tan desarrollado que eran capaces de percibir el aroma de una seta a media floresta de distancia.

Eran seres feroces y rebeldes, pero un rey de antaño, por miedo a los Estados y soberanos rivales, los había adiestrado para que detectaran el más leve olor a veneno. Ahora mandaron llamar a un grupo de ellos para que examinaran los vinos enviados por los gobernadores de otras islas. Se los conocía como la Bandada Antiveneno.

—Señoras, caballeros, les pedimos que permanezcan donde están —dijo Argus—. Debemos llevar a cabo un registro antes de que puedan marcharse. Los pájaros de fuego detectarán el más mínimo rastro de veneno.

Las puertas se abrieron, y cincuenta pájaros rojos entraron volando, dejando tras de sí una estela de chispas. Se pusieron a dar vueltas por la estancia de techos altos soltando graznidos, mientras la gente gritaba y se agachaba para intentar esquivar las brasas que caían sobre su piel. Dos hombres se abalanzaron sobre los soldados que obstruían la puerta para intentar salir. Los guardias desenvainaron la espada.

—¡Por favor, mantengan la calma! —pidió el general—. Los inocentes no tienen nada que temer.

Las aves volaban de un invitado a otro, posándose solo un segundo sobre cada uno antes de pasar al siguiente. Anya vio que una mujer se echaba cuerpo a tierra cubriéndose la cabeza con las manos y luego se estremecía cuando unas garras ardientes aterrizaron sobre su pierna. La doctora Ferrara, médica del castillo, se le acercó y se arrodilló a su lado.

Los pájaros sobrevolaban a Claude sin prestarle atención. Él observaba la escena con los ojos desorbitados. Cuando Anya empezaba a recuperar el aliento y el mundo comenzaba a girar con

menos violencia, las aves prorrumpieron en chillidos —un ruido furioso, estridente, que desgarraba el cielo—, y una de ellas se lanzó en picado, introdujo el pico en el bolsillo de Argus y sacó de él un vial con un líquido oscuro.

La expresión severa y vigilante del general se transformó en una mueca de horror. Destapó el vial.

—Doctora Ferrara. —Se lo entregó a la médica, que se puso pálida de inquietud.

—¿Qué es eso? —Argus alzó la voz con un tono de pánico que Anya nunca le había oído—. ¡No es mío!

La doctora Ferrara miró alternativamente el vaso y el vial.

—Argus..., es el mismo líquido que hay en el vaso que mató a tu padre.

Claude clavó la vista en su hermano.

—Argus...

—¡Claude, jamás había visto ese vial!

—Hermano, ¿qué has hecho?

—¡No he hecho nada! ¡Es mentira! —Se dirigía a Anya, a Claude, a todos los presentes en la sala, que se habían sumido en un silencio lívido—. ¡Decidme que me creéis!

—¡Papá! —Anya salió de su parálisis y se arrojó hacia él, ansiosa por abrazarlo, por tocarle la muñeca y la cara, pero los soldados la retuvieron—. ¡Yo te creo, papá!

El general se aproximó con unas cadenas plateadas en las manos.

—Milord Argus Argen, me veo obligado a deteneros por el asesinato del rey Halam IV.

—Lo he visto en el ala este —dijo de pronto un camarero joven, como por reflejo—. Cerca de la puerta de los aposentos del rey.

—¡No dejes que te encierren! —Anya se zafó de los soldados y se precipitó hacia él, gritando—: ¡Resiste, papá! ¡Huye! —Pero de

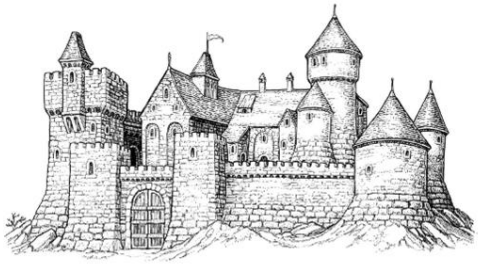
nuevo la agarraron y la levantaron en volandas. Notó la fuerza brutal de los soldados mientras pataleaba, escupía, mordía e intentaba arañarles los ojos para regresar junto a su padre—. ¡Soltadme! ¡Es una orden! ¡Soy la princesa! ¡Os lo ordeno!

Pero la multitud abrió paso a los soldados, que se llevaron a su padre de la sala.

Antes de salir, se volvió hacia ella.

—¡Valor, Anya!

Las puertas se cerraron tras él.



RABIA

Rabia. Muchas personas viven toda su vida sin experimentar rabia de verdad. Nadie se escapa de la ira, la envidia, el orgullo o la pena, pero la rabia auténtica y sin diluir es algo muy distinto. Te devora por dentro.

Anya no sentía el cuerpo; había desaparecido, y en su lugar ardía una furia pura y abrasadora.

Era como una osa escapada del foso, como una leona salida de un montacargas pequeño: metro y medio de altura, toda garras. Era vagamente consciente de que estaba clavándoles las uñas y rasgándoles la ropa a las personas que la sujetaban; de que reinaba el caos, del roce de la gente que la adelantaba corriendo por un pasillo, de los susurros que se oían. Cuando recuperó la plena consciencia, advirtió que estaba en su habitación, sentada en la cama, resollando como si hubiera dado la vuelta al mundo a la carrera, y madame Elena se encontraba de pie frente a ella, con aire adusto y nervioso.

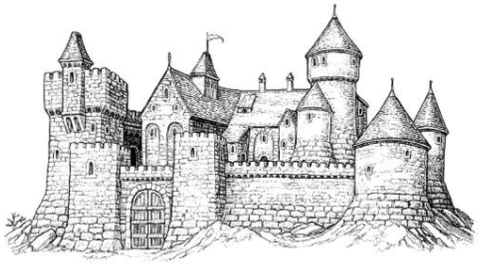
—Mi padre es inocente —jadeó—. ¡Es inocente! —Su padre, tan gracioso, bueno y afable en sus gestos y palabras, era incapaz de matar un ser vivo. En el bosque se había negado incluso a desalojar

a un joro de su telaraña—. ¡Por nada del mundo cometería un asesinato!

Madame Elena emitió sonidos tranquilizadores.

—Tengo un remedio de las dríades para el insomnio —dijo. Tras sacarse del bolsillo un manojo de hojas de somulenta secas, se tapó la boca y la nariz con un pañuelo.

Las hojas del árbol de somulenta inducen un sueño inmediato. Madame Elena prendió fuego al manojo y lo sujetó bajo la nariz de Anya. El humo de olor dulce que desprendía le provocó una sensación repentina de mareo y agotamiento. Lo último que vio fue una bandada de gaganas que acudió a través del humo para posarse en su lecho.



A LA CAZA DEL VENENO

A la mañana siguiente, Anya despertó a la nueva realidad de la muerte.

La garganta le ardía una barbaridad a causa de la sed. Nunca había conocido un dolor físico comparable.

Tendió la mirada al mundo —a través de la ventana, hacia los jardines donde se arracimaban los soldados— y notó que la desesperación se apoderaba de ella.

«Papá», susurró.

Regresó a la cama, se acostó y se tapó con las mantas hasta la cabeza.

Las gaganas tenían otros planes. Son seres que nunca se hunden en la miseria, porque viven mucho tiempo. Han visto demasiados comienzos como para creer en algo tan definitivo como un final.

Las gaganas no eran corteses o amables. Dos docenas de ellas aterrizaron en su cama entre destellos de sus picos dorados y retiraron las mantas con sus garras plateadas.

—Arriba —dijo Gallia—. Levántate, Anya.

—No puedo.

—Tienes que levantarte.

—Estoy demasiado cansada. —Le dolía todo el cuerpo, como si le hubieran pegado una paliza.

—No estás cansada. Estás aterrada, enfadada, asustada y perdida. Y seguirás estándolo hasta que te levantes y hagas algo. Entonces solo estarás enfadada y asustada.

Así que Anya se levantó. Fue al baño y bebió directamente del grifo, lo que no alivió el ardor de su garganta. La sed que tenía no podía saciarse con agua. Las lágrimas amenazaron con brotar, pero ella las reprimió.

—No es el momento —masculló—. No hay tiempo.

Se dirigió hacia la chimenea, donde se encontraba el polluelo Koo, con los ojos aún bien cerrados, aunque despierto. Le dio de comer un trozo de anchoa.

Parecía mentira que hubiera salido del cascarón hacía solo un día. Anya lo cogió entre las manos y sintió la suavidad de sus plumas y el latido rápido de su minúsculo corazón contra la yema de los dedos, lo que le infundió algo parecido al valor. Sujetándolo contra su pecho, se sentó frente al fuego con las mandíbulas apretadas y trató de pensar.

—Gallia.

—Jovencita —respondió el ave, con un graznido más afable de lo habitual.

—Mi padre no mató a nadie. No es posible.

—¿No es posible? —repitió Coren—. ¿Estás segura?

—Cállate. ¡Tú no tienes derecho ni a preguntar eso!

—Anya...

—No tienes derecho ni a pensar, ¿estamos? Si no puedes evitarlo, tendrás que regresar al bosque.

Era lo único que la animaba a seguir adelante. Necesitaba aferrarse a esa certeza como a un clavo ardiendo.

—Si estás segura, nosotros también —dijo Coren.

—Nunca había estado tan segura de nada en toda mi vida. —Estaba tan convencida de ello como de que el fuego quemaba y el hielo helaba—. Le han tendido una trampa. Alguien se la ha jugado.

—¿Quién? ¡Lo encontraremos y le declararemos la guerra! —Coren era aún lo bastante joven para que se le encresparan las plumas del cuello y de la nuca cuando se exaltaba.

—Pero ¡es que no sé quién ha sido! —Eso era lo más terrible. Retorció la cadena de su collar de plata, tensándolo tanto que parecía a punto de romperse—. Anoche había más extraños que nunca en el castillo. Cualquiera de esas más de cien personas podría ser el culpable.

Durante el año en el que se había visto obligada a vivir en la corte había visto lo suficiente para comprender que su abuelo no gozaba de una gran popularidad. Era un hombre hosco. Hosco, pero justo, habría dicho él; hosco sin más, habrían opinado otros. Por otro lado, había más dinero desde que su tío, con su atuendo impecable y sus ojos penetrantes, se había hecho cargo de la tesorería. Esto había ocasionado que los pasillos del castillo se vieran recorridos por oleadas de un respeto poco entusiasta.

—Gallia. —Anya se colocó a Koo en el hombro, dobló las rodillas contra el pecho y se las rodeó con los brazos—. ¿Qué dice la gente? ¿Has salido ahí fuera?

—Kava se ha dado una vuelta por el castillo con el oído puesto —respondió Gallia. Ella misma se había negado a apartarse del lado de Anya mientras dormía, pero no lo dijo.

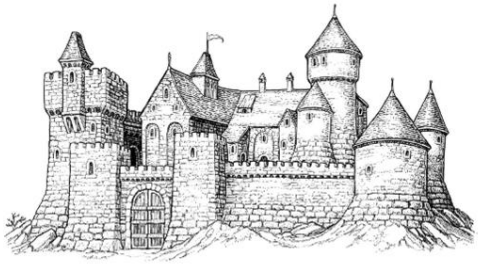
Kava, una hembra joven, asintió con la negra cabeza.

—He escuchado lo que decía la doctora Ferrara. Al principio creían que había sido un ataque al corazón, porque es lo que parecía, pero

han encontrado veneno en su bebida, en su boca y en el cuello de su túnica. Según la doctora, despedía un olor amargo y metálico.

—Entonces la clave está en el veneno —dijo Anya. Se mordió la rodilla a través del camisón. El dolor la ayudaba a pensar. Le aclaraba las ideas—. Tenemos que hablar con la doctora Ferrara y preguntarle de dónde salió el veneno. Si conseguimos averiguarlo, podremos deducir quién tenía acceso a él, ¿no? —Asintió al estilo gagana, subiendo la cabeza dos veces: «sí», «vamos» y «ahora».

Las gaganas que la rodeaban soltaron un graznido de conformidad y se apiñaron en torno a aquella muchacha menuda y temblorosa, con el corazón desbocado y llena de rabia: la niña furiosa a la que habían jurado proteger.



LA DOCTORA FERRARA

Anya se vistió con esmero. Si quería hacer preguntas sin despertar sospechas, debía presentar un aspecto dulce y agradable. Eligió un vestido de seda azul hilada por sirenas, ceñido por la cintura, cuya falda rozaba el suelo. Es más difícil que la gente se dé cuenta de que estás ardiendo de rabia por dentro cuando llevas una prenda de seda de color cielo.

—Y ahora, el cabello —dijo Gallia.

Anya se lo fijó con saliva y espuma de hilandera de mar antes de hacerse dos trenzas que se echó a la espalda. El peinado no era perfecto —le había quedado irregular por detrás y con mechones sueltos por delante—, pero tenía un pase.

Se contempló en el espejo. Parecía más joven y adorable. Le dedicó una reverencia a su reflejo.

—Enhorabuena, Anya —la felicitó Gallia.

«Enhorabuena». Como la vetusta ave rara vez la felicitaba por algo, a Anya se le llenó el corazón de cariño por ella.

—Pareces a punto de ponerte a recitar versos infantiles —añadió Gallia—. Ahora, vete.

Se necesitaba valor para bajar las escaleras desde su habitación y enfilar los corredores, pero de eso precisamente no le faltaba. Todos

los habitantes del castillo y sus alrededores —aristócratas, contables, cocineros, mayordomos y guardias— parecían estar en los pasillos, comentando entre susurros la tragedia de la noche anterior.

Anya se aproximaba a las escaleras que ascendían al estudio de la doctora Ferrara cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre y se escondió detrás de la estatua de mármol de un unicornio. Se trataba de dos hombres mayores, ambos con ropa negra de luto formal, a los que ella conocía de vista; formaban parte del grupo de consejeros del rey.

—¿Qué será de la princesa Anya? —preguntó el más corpulento.

—La enviarán a un internado, supongo... Tal vez en Litia. —Tenía el rostro fino y una voz a juego—. Puede que sea lo mejor, ¿sabes? Se pasa el día con esos pájaros apestosos. Dicen que se está convirtiendo en una niña muy rarita.

—El príncipe Claude la meterá en cintura, ahora que es regente.

Al notar que Gallia se estremecía de indignación, Anya le acarició las oscuras plumas. Irguió la cabeza y luego la movió hacia los lados, lo que significaba «nunca».

—Jamás me imaginé que acabaría arrodillándome ante Claude Argen —dijo el hombre mayor.

—Solo gobernará hasta que la niña cumpla dieciocho años. Entonces la coronarán reina, supongo, si declaran culpable a Argus.

Anya aferró a Gallia con tanta fuerza que le hincó los dedos en las costillas.

—Así que la regencia de Claude durará cinco o seis años, hasta que la princesa tenga edad de reinar. Es tiempo suficiente para que todo cambie para siempre en la isla. Ya lo verás. Se acabarán las contemplaciones. Las cosas serán muy distintas.

Estas palabras removieron un pensamiento en la cabeza de Anya, pero se desvaneció antes de que pudiera atraparlo.

—Vamos —le dijo a Gallia. La conversación había aumentado su sensación de urgencia—. Tenemos que encontrar a la doctora Ferrara.

Petra Ferrara era una mujer alta, de espalda ancha, complexión robusta, manos expertas y cabello entrecano. Había atendido a Anya años atrás, cuando esta se había zampado una cosecha entera de setas silvestres. La muchacha aún recordaba el profundo alivio que le había proporcionado la presencia de la doctora... y la tremenda vomitona.

Cuando llamó a la puerta, la médica estaba inclinada sobre una muestra del veneno, examinándola a través de un artilugio de cristal. En respuesta al interrogatorio de Anya, movió la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, pero no puedo decirte de dónde ha salido el veneno, Anya, ni tampoco qué es.

—Pero ¡tiene que decírmelo! —exclamó ella en un tono imperioso y suplicante a la vez. Se acercó a la doctora—. Por favor, debo saberlo.

—No es que no quiera, Anya, sino que no puedo. Es una toxina desconocida. He contactado con más de treinta especialistas en venenos y ninguno había visto nada parecido. No se trata de glándula de karkadann, ni de saliva de lavellán, ni de ponzoña de peluda.

—¿Peluda? —graznó Gallia—. ¿Y eso qué es?

Anya se alegró de que lo preguntara.

—Habitan en el oeste —explicó la doctora Ferrara, cuya tez, por lo general muy oscura y tersa, estaba reseca por el agotamiento—, sobre todo en las islas no humanas. Son más bien pequeñas,

escupen fuego y tienen decenas de tentáculos. Es poco probable que quieran leerte un cuento antes de dormir. Pero la sustancia tóxica no procede de ellas. Tampoco es saliva de hidra, ni cálamo de mantícora, ni uno de los centenares de venenos derivados de plantas que existen, como la belladona letal, la manzanilla de la muerte o...

—Pero ¿cómo puede saber que algo es desconocido? —inquirió Anya. Paseó la vista por los libros que recubrían las paredes revestidas de roble del estudio, y por los instrumentos médicos y los viales de líquido. Sin duda, debía de haber alguna pista ahí..., o no —. ¿Cómo puede estar segura?

La doctora Ferrara abrió las manos a los lados con la frente arrugada.

—Las toxinas son mi especialidad. Para serte sincera, creía que conocía todas las recetas de veneno de las treinta y cuatro islas —declaró—. He estudiado venenos indetectables, venenos que tardan una semana en hacer efecto, venenos que matan en el instante en el que alguien los toca... —Señaló con un gesto las innumerables hileras de frascos que abarrotaban sus estanterías—. He analizado toxinas capaces de matar a una quimera o de acabar con una manada de longmas. No existen sustancias que puedan quitar la vida a un dragón, pues son demasiado resistentes, pero he visto algunas cuyos vapores bastan para dejar tiesa a una mantícora.

Observó con detenimiento a Anya, que se encontraba de pie en medio de la habitación, con el cuerpo rígido de impaciencia, preocupación y añoranza. Estaba muy pálida. La mujer hizo ademán de tocarle el rostro, pero se detuvo.

—Te escribiré una receta para una pócima reconstituyente, Anya. —Se dirigió hacia su escritorio—. Contiene leche de centícora, que es muy nutritiva.

La princesa no escuchó esto último. La había asaltado una idea que no resultaba muy alentadora.

—Dice que conoce todos los venenos de las islas —señaló—. ¿Y si procediera de fuera del Archipiélago?

La doctora Ferrara giró la cabeza, sorprendida.

—Es posible —dijo despacio—. ¡Anya, esa podría ser una explicación!

—Pero ¿cómo habría llegado hasta aquí? —objetó Gallia—. Todos los pasajes están vigilados por guardianes, ¿no? Los de Japón, Zimbabue y demás. Es imposible introducir algo de forma clandestina.

La doctora Ferrara asintió.

—Así solía ser, pero han empezado a comportarse de un modo distinto desde el Vuelo de la Inmortal.

—¿En qué sentido? —preguntó Anya.

—Cuando la Inmortal voló hacia el Somnulum, un gran estallido dispersó glimor por todo el Archipiélago. Las oleadas ocasionaron cambios. Corren rumores de que algunos pasajes permanecen abiertos todo el año. Sé que es verdad, al menos en el caso de los portales de Escocia y de Nueva York.

—¿Dónde están?

—El de Nueva York comunica con la isla de Paraspara. Muy poca gente sabe el lugar exacto. Por el lado del Archipiélago lo vigila una quimera que no va pregonando por ahí su ubicación.

—¿Y el otro?

—En la actualidad el portal escocés se abre a Atidina, y está custodiado por un humano de las Tierras Comunes. —La doctora Ferrara esbozó una sonrisa con mucha historia detrás—. Conocí a Frank Aureate, el guardián actual. Vino solo una vez al Archipiélago. Lo recuerdo bien.

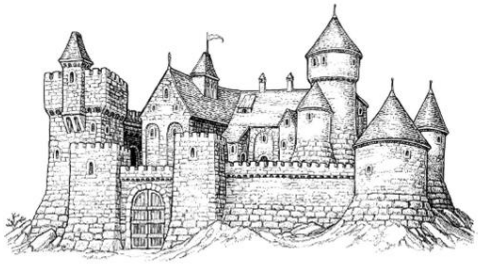
—¿Cómo era?

—Avispado, burlón y valiente. Es uno de los mejores hombres con los que me he cruzado..., pero eso fue hace mucho tiempo. Además, sin duda habrás oído lo que cuentan de su nieto, Christopher Forrester. Las sirenas cantan canciones sobre él.

—Entonces ¿es posible que alguien haya introducido de extranjis un veneno de las Tierras Comunes? —dijo Anya con el pulso acelerado.

—No lo sé. Frank Aureate era un guardián riguroso, hasta donde yo sé..., pero te estoy hablando de cuando el pasaje se abría solo una vez al año. Quizá ahora sea demasiado trabajo para una sola persona. También es posible que le haya sucedido algo al guardián del pasaje de Nueva York. Debería pedirle a alguien que lo investigue. A una ratatoska, tal vez.

Anya salió del estudio de la doctora Ferrara cargada con el peso de la nueva información. Si el veneno procedía de las Tierras Comunes, ¿cómo iba a rastrear su origen? Y, si no podía rastrearlo, ¿cómo iba a salvar a su padre?



EL REGENTE

Anya necesitaba ver a su padre. El ardor que sentía en la garganta se había vuelto insoportable y anhelaba sentir su mano, cálida y firme, sobre la suya. Tenía que contarle lo que había averiguado. Él sabría qué hacer.

Pero no se lo permitirían. Corrió hasta el ala sur, en lo más profundo de cuyos muros estaban empotrados los antiguos calabozos, y un guardia le cerró el paso, horrorizado.

—¡No deberíais estar aquí, princesa!

—Pero ¡tengo que verlo!

—Es un criminal, Alteza. No se le permite recibir visitas.

—¡Es mi padre! ¡Y es inocente! —Se hurgó en los bolsillos y sacó unas monedas de oro—. Mira, te doy esto, o lo que me pidas. Tengo más en mi habitación. ¡Por favor! Solo quiero verle la cara.

Una expresión fugaz le cruzó el rostro al soldado. ¿Era de compasión, o de tentación? Sin embargo, mantuvo un tono frío.

—Nadie puede verlo sin la autorización del regente.

—¿De quién?

—De vuestro tío.

Claude se encontraba en su estudio cuando irrumpió Anya. Era una suntuosa estancia de techo elevado, desde donde una lámpara de araña finamente labrada en plata iluminaba la mesa. Estaba con Rillian Gerund, el viejo ministro del Tesoro, tres hombres más y una mujer que llevaba un uniforme militar de alto rango.

—¿Cómo progresa el nuevo cuartel, Melza? —le preguntó su tío a uno de los hombres.

La puerta rebotó, y Anya, que estaba cruzando el estudio, se detuvo a medio camino. Claude alzó la vista.

—¿Qué ocurre, Anya?

—Tengo que ver a mi padre —respondió ella. A los presentes pareció turbarlos verla ahí, con la vieja ave de mirada acusadora posada en su antebrazo. Rillian Gerund dio un respingo visible.

—Anya —dijo Claude—, creo que ya eres lo bastante mayor para entender por qué no puedo permitirte eso.

Ella era consciente de que no estaba actuando bien. Para alcanzar su objetivo, pensó, tenía que representar su papel de forma más concienzuda y cuidadosa. Sabía que el disfraz más sencillo era el de niñita adorable. Nadie se molestaba en escarbar detrás de esa fachada. Para eso servía toda la formación que había recibido.

Bajando las pestañas, desplegó la sonrisa oficial número siete —la encantadora—, y Claude relajó el gesto.

—Perdona que te interrumpa... Lo que pasa es que necesito verlo, de verdad —pidió.

—Mi dulce chiquilla —dijo su tío—. Te entiendo, pero es imposible. Tu padre es un hombre peligroso.

Anya se quedó mirándolo.

—¿Peligroso?

«Como vuelvas a decir eso, te destrozo la cara a mordiscos y te arranco las orejas», pensó.

—No voy a entrar en la celda —objetó—. Solo quiero hablar con él. Por favor.

—Anya, mi querida sobrina, que veas a tu padre es tan impensable como que veas a tu abuelo. De hecho, ni siquiera deberías estar en el castillo. Estoy haciendo gestiones para que te manden a un internado mientras se soluciona todo esto.

«No puedo abandonarlo a su suerte. Me enfrentaré a todas y cada una de las personas que intenten obligarme. Las mataré».

—Eres muy amable, pero no quiero ir a un internado. Solo ver a mi padre.

Claude paseó la mirada por los soldados que lo observaban con atención.

—Ven, Anya. Vamos a hablar en privado.

La guio hasta una estancia más pequeña, con un escritorio cubierto de papeles y libros.

—Escúchame bien, Anya —dijo—. Debes tratar de olvidarlo. ¿Serás una niña buena, dulce y ejemplar, y te esforzarás por aceptar lo que no podemos cambiar? Si te portas bien, yo cuidaré de ti.

«Antes me bebería un océano entero de mocos tuyos. Preferiría besar a un karkadann».

—Conozco a mi padre —dijo—. Sé que quería tanto a mi abuelo como yo a él.

—Querer a alguien y matarlo no son acciones compatibles. —Anya no estaba segura de si el espasmo que le cruzó el rostro a su tío fue producto de su imaginación—. Las pruebas contra él son bastante contundentes.

—¡Esa es la cuestión! —exclamó Anya—. ¡No lo son! ¡He estado hablando con la doctora Ferrara, y cree que alguien pasó ese veneno de contrabando desde las Tierras Comunes! Sabes que hace más de

un año que mi padre no sale de la isla, ¡así que no puede haber sido él!

—Anya, eso son solo conjeturas sin base científica.

Claude estaba apoyado en su escritorio, y Anya advirtió que, a su espalda, sus manos hacían un movimiento rápido y tenso para tapar a medias con unos papeles un pequeño libro negro.

Le estaba ocultando algo.

El librito le habría cabido en la palma de la mano. De entre sus páginas sobresalía un pedacito de papel. Anya alcanzó a ver en él dos letras: AR.

De pronto le vino un pensamiento a la cabeza. ¿«AR» era por Argus, el nombre de su padre?

—Lo siento, tío Claude —dijo—. Ya me voy. ¿Puedo darte un abrazo?

—Por supuesto, querida —concedió Claude, tendiéndole la mano enfundada en un guante blanco.

Ella alzó el mentón y se echó a sus brazos. Él le acarició el cabello. Ella reparó en su cara de satisfacción.

—Buena chica. Harás lo que se te diga, ¿verdad?

No se dio cuenta de que ahora Anya tenía en la mano un diminuto libro negro. Cerró los dedos sobre él.

—Las gaganas me están llamando —dijo ella.

Antes de darse la vuelta para marcharse, vio que Claude se sacudía los guantes blancos bordados, como si considerara que Anya estaba un poco mugrienta, como si le diera un poco de asco.

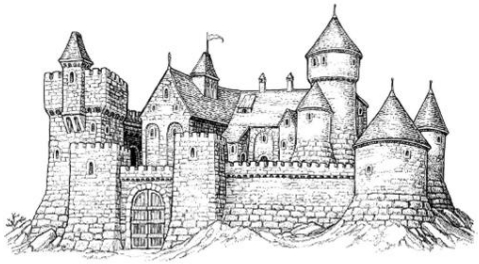
Cuando llegó a su habitación, se llevó una amarga decepción. Aunque el corazón se le había llenado de esperanza, el libro no le reveló nada. Estaba encuadernado en algún tipo de piel de

serpiente, y el texto se encontraba escrito en unas runas que ni siquiera el viejo Vrano reconoció.

—¿Quieres que me lo coma? —preguntó Coren—. Para borrar la prueba del robo.

El trozo cuadrado de papel que tan prometedor le había parecido rezaba: «EST HIC LIBER MUSEI METROPOLITANI ARTIUM». No tenía nada que ver con su padre. Decía «Artium» (significara lo que significara eso), no «Argus».

Sin embargo, las palabras de su tío le habían inspirado otra idea. «Que veas a tu padre es tan impensable como que veas a tu abuelo». Iría a ver al único testigo del crimen.



LOS APOSENTOS DEL REY

El cadáver de su abuelo yacía en la capilla ardiente, intacto sobre su cama, donde permanecería exactamente setenta horas. El funeral se celebraría a la hora número setenta y uno. Era una costumbre real que se remontaba cientos de años atrás y permitía que el espíritu se despidiera del cuerpo.

—Voy a colarme en el dormitorio del abuelo —anunció Anya—. En busca de pistas.

Decidió utilizar los pasadizos secretos para que nadie la viera levantada a esas horas. Se alumbraba con el resplandor de una pluma de fénix partida que, una vez rota, despediría luz durante bastante tiempo. Además, de ella emanaba un agradable aroma a hoguera. Le bastaba con el brillo de la pluma y de las arañas para orientarse en el laberinto; estaba agradecida por su presencia, aunque las telarañas se le enredaban en el cabello y en la cara.

Salió con paso furtivo y sigiloso de detrás del cuadro de la sirena, justo antes del recodo del pasillo que conducía a los aposentos del rey.

Había un guardia apostado frente a la puerta. Anya lo reconoció: era el hombre que había disparado a la gagana. Tenía una sombra de barba en las mejillas. Por lo general, los guardias iban bien

afeitados, por lo que ella supuso que ese hombre llevaba mucho tiempo ahí.

—Necesito que lo distraigáis para poder entrar, ¿entendido? —les susurró a las gaganas—. No me importa cómo lo hagáis. Cualquier cosa que se os ocurra me vale. —Ya no había reglas en ese castillo que pudieran detenerla.

Gallia croó y comenzó a formular posibles estratagemas en voz baja. Mientras ella estaba sumida en las sutiles elucubraciones de una astuta estratega, Coren se golpeó la cabeza contra el candelabro del pasillo.

Las velas se balancearon violentamente hasta que se apagaron. El pasillo quedó a oscuras. Los cristales rotos cayeron en cascada al suelo, al tiempo que Coren profería agudos graznidos de desesperación.

—¡Socorro! ¡Estoy herido! ¡Ay de mí!¡ ¡Una gagana real, herida! —Como el guardia lo miraba pasmado, añadió—: ¡Te digo que estoy herido! ¡Ayúdame!

El hombre se acercó corriendo para asistirlo, y Anya aprovechó para intentar abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Se hurgó en el bolsillo a oscuras y se sacó la espiga de rascovnic que llevaba. Tras aplastarla con los dedos, como había visto hacer a su padre, la introdujo en el ojo de la cerradura. Percibió un intenso olor a tierra, seguido de un chasquido suave, y a continuación entró con cautela, seguida por Gallia y Vrano.

La habitación le resultaba familiar. Echó un vistazo rápido alrededor, jadeando. Era grande y suntuosa, con cortinas de terciopelo y una cama grande con dosel. No faltaba nada, y todo estaba en su sitio.

Su abuelo yacía bajo una sábana. Conteniendo el aliento, ella la retiró.

Lo había querido; a pesar de sus defectos, le habían enseñado a quererlo. Cuando bajó la mirada hacia el anciano, todo su cuerpo se estremeció. Nunca había visto un cadáver, y su rostro delataba que su vida no había tenido un final apacible. El terror creció en su interior, en aquella habitación oscura, a solas con la muerte. Tuvo que dominarse para no dar media vuelta y salir corriendo.

«Valor, Anya», susurró. No era más que un cascarón vacío; su alma había volado a otra parte. Debía buscar con cuidado.

Flotaba en el aire un olor que ella nunca había percibido antes, metálico y acre. El hombre, que aún llevaba puesta la ropa con la que había fallecido, tenía una gota de color morado rojizo en el cuello de la túnica y otra en la barba: manchas de veneno.

Ella cogió unas tijeras que estaban sobre el escritorio y recortó el trozo de tela del cuello salpicado por aquella sustancia. Todas las fibras de su ser se rebelaron; le temblaban las manos por estar tan cerca del rostro angustiado del anciano. Sin embargo, hasta una cantidad ínfima del veneno podía ayudar a identificarlo, y, una vez que supiera de qué sustancia se trataba, estaría más cerca de averiguar quién había cometido el asesinato. Tras guardarse el trozo de tela en el bolsillo, miró de nuevo a su abuelo a la cara.

«Lo siento mucho», musitó. Si antes solo pensaba en su padre, ahora su mente se desvió hacia el rey, con sus largas y hermosas manos, su semblante severo y obstinado y el peso de su autoridad. Muerto presentaba un aspecto venerable que ella no recordaba que tuviera en vida.

Quería dedicarle una muestra de cariño a aquel hombre que ahora parecía estar completamente solo. Después de dudar unos instantes, se agachó y lo besó con delicadeza en la frente, como una madre a su hijo. El gesto tuvo un efecto potente. El aire gélido de la

habitación pareció entibiarse, y la oscuridad se le antojó un poco menos negra. Pronunció su nombre.

—Buen viaje, abuelo —dijo antes de taparlo de nuevo con la sábana.

Vrano emitió un graznido grave y prolongado.

—Date prisa, muchacha.

Anya inició la búsqueda, acelerada y ansiosa.

Abrió los cajones de las cómodas bajas que había a los lados de la cama; echó un vistazo en el gigantesco armario tallado en roble; se asomó al interior de la chimenea, donde le entró hollín por la nariz. Estaba a punto de apartarse cuando vislumbró una cosa blanca encima de su cabeza. Alzó el brillante haz dorado de la pluma de fénix hacia el hueco de la chimenea.

Arriba, entre las piedras y lejos de su alcance, había un par de guantes de piel con bordado de oro en los puños. Alcanzaba a ver en los dedos unas manchitas de un líquido morado rojizo: el veneno.

A Anya se le paralizó el cuerpo entero. El corazón y los pulmones se le inmovilizaron en el pecho; la sangre dejó de correrle por las venas. Conocía bien esos guantes. Los había visto cientos de veces.

Pertenecían a su tío.

Lo comprendió todo tan de golpe que tuvo que agarrarse para no perder el equilibrio mientras las náuseas le subían por la garganta. «Claude», jadeó.

El segundón, el que nunca llegaría a ser rey. El hijo que siempre había estado más unido al viejo Halam, que había engatusado al anciano con su encanto para ganarse su confianza. El que veía con desprecio las cosas que entusiasmaban a su hermano mayor.

Había asesinado a su propio padre. Había traicionado a su hermano. El corazón de Anya volvió a latir, pero esta vez inflamado de rabia.

Recordó cómo su tío había abrazado a su padre en el salón de baile, así como la expresión de sorpresa y alegría de este. Sin duda Claude le había introducido disimuladamente el vial de veneno en el bolsillo en ese momento. A ella no le cabía la menor duda.

—¿Te has fijado en su cara? —le susurró Vrano a Gallia—. Nunca había visto una expresión así en el rostro de un niño.

Ella recordó que había visto a Claude junto al cuadro de la sirena, justo al lado del pasadizo que comunicaba el salón de baile con el ala este. Seguro que lo había utilizado. No quería que lo vieran cerca de los aposentos del rey, pero de ese modo podía desplazarse hasta allí en secreto. Por eso tenía hilos de telaraña en la cara.

Tenía que hacerse con los guantes. Eso lo cambiaría todo. Eran la prueba que necesitaba para liberar a su padre.

Saltó con los dedos extendidos y trató de cogerlos. Le faltó un palmo para llegar hasta ellos.

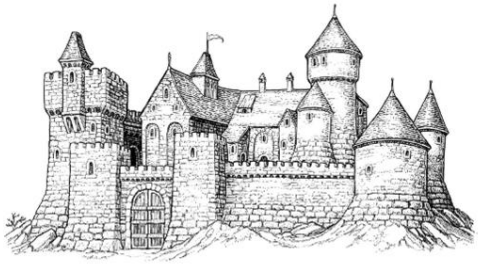
—Déjame a mí. —Gallia ascendió volando por la chimenea, pero bajó de golpe con un chillido—. El veneno —gimió—. Huele muy fuerte. —Hizo ademán de subir de nuevo, pero Anya la retuvo.

—¡No, no lo hagas! —dijo Anya—. ¿Y si te entra en el pico? ¡Podría matarte! —Intentó apoyar manos y pies contra las paredes para trepar por la chimenea, pero el hueco era demasiado ancho y no lo abarcaba. Corrió hacia el fondo de la habitación a por una silla. ¡No tenía más que alcanzar esos guantes!—. ¡Ya está! La prueba que necesitábamos —le dijo a Gallia.

Pero de repente se oyeron voces fuera, una enfadada y otra apaciguadora. La segunda pertenecía al guardia. La primera, a su tío.

Anya se volvió hacia Gallia. Avistó su reflejo en el espejo: la luna teñía de gris su rostro aterrado.

El pomo de la puerta comenzó a girar.



QUEMADOS

La puerta se abrió, y la luz del pasillo inundó la alcoba.

Los dos hombres entraron. La habitación estaba vacía.

—¿Lo veis, Alteza? —dijo la voz del guardia—. Aquí no hay nadie.

—Retírese, capitán Roegan —ordenó la voz de Claude—. Quiero estar a solas con mi padre.

—Pero..., las setenta horas... La tradición...

—Le he dicho que se vaya. Se está jugando que lo degraden por haber abandonado su puesto.

—Pero, milord... Se supone que debe descansar en soledad..., por el bien de su alma.

—¿Quiere que lo aparte del servicio? Puedo asegurarme de que no vuelva a encontrar trabajo en todo el Archipiélago y de que su familia pierda todo lo que posee. Puedo ordenar que recluten a sus hijos y que sus hijas caigan en deshonra. ¿Es eso lo que quiere?

—No, milord —contestó Roegan—. Por supuesto que no.

Fuera, en el balcón, Anya se apretó contra la pared.

Desplazó la cabeza ocho centímetros a la izquierda para poder echar una ojeada al interior. Vio que su tío alargaba los brazos por la chimenea y sacaba los guantes.

A continuación, cogió unas cerillas que estaban en la repisa y se agachó para encender el fuego.

En cuanto prendió, parpadeante, Claude arrojó los guantes a las llamas, con una expresión de sombría satisfacción.

La sensación que embargó a Anya la aterró: era un odio abrasador que le recorrió el cuerpo. Ese hombre había asesinado a su propio padre y había quemado la única prueba de su fechoría. Tenía ganas de matarlo.

Claude se dirigió hacia la cama y levantó la sábana. Bajó la mano y palpó el borde recortado del cuello de la túnica. Una expresión de desconcierto le asomó al rostro..., y de pronto, girándose, recorrió la habitación con los ojos.

—Tienes que huir —croó Vrano—. Ya.

Los aposentos del rey estaban en el segundo piso. Tres metros más abajo había otro balcón.

—Salta —la animó Gallia.

Anya pasó la otra pierna por encima del antepecho y, tras quedar suspendida unos instantes, se dejó caer hacia el balcón de abajo. Se torció el tobillo, pero no gritó. Con Gallia volando a su lado, se precipitó de nuevo, esta vez hasta el suelo, donde rodó hacia un lado tras el impacto. Arrancó a correr sobre la grava, maldiciendo en voz baja los escandalosos crujidos que sonaban con cada paso, y se ocultó tras el tronco de uno de los árboles cercanos.

Su tío salió al balcón. Paseó la mirada por el jardín, y a Anya le pareció ver un brillo fugaz en sus ojos cuando se fijaron en el árbol tras el que se escondía. Sin embargo, pasaron de largo y continuaron reconociendo el terreno. Ella esperó, temiendo que en cualquier momento profiriera una voz, un rugido, una orden a los guardias para que la capturaran.

Al final, Claude volvió a entrar en la alcoba. No obstante, la expresión que Anya había visto en su cara bastó para que el corazón se le encogiera más y más, hasta quedar reducido al tamaño de un puño.

Regresó corriendo a su cuarto en la oscuridad. Al doblar una esquina, se topó de frente con alguien que avanzaba en la dirección contraria. Anya soltó un agudo chillido de pánico..., pero no era más que la doctora Ferrara. Con una mirada cálida y firme, la médica agarró a la princesa por los hombros y la puso de pie.

—¡Doctora Ferrara! —dijo la muchacha, llena de alivio—. Tengo que hablar con usted.

Pero la mujer no estaba sola. Anya tardó un segundo en percatarse de que dos guardias la seguían a un paso de distancia. Se quedó mirando a la doctora: era plena noche, llevaba puesto un salto de cama y tenía el semblante tenso de ira.

—¿De qué se trata, Anya? —dijo la doctora Ferrara.

—¡Tengo que hablar con usted a solas, ahora mismo!

La mujer volvió la vista hacia los guardias que tenía detrás.

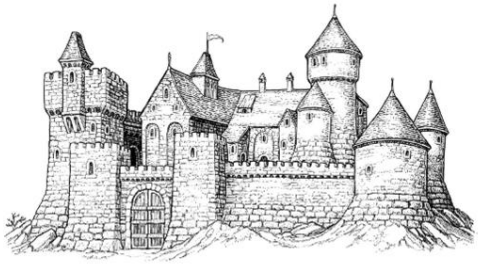
—Estos caballeros me han pedido que vaya a hablar con el regente. Quieren interrogarme sobre el veneno. Les he preguntado si podíamos dejarlo para una hora más razonable, pero al parecer tu tío quiere conocer los resultados de mis investigaciones.

—¡Por favor, se lo ruego! Es muy importante, de verdad.

Los guardias se acercaron un poco. La doctora Ferrara echó un vistazo a los ojos desorbitados de la chica, el hollín que manchaba su cabello suelto y las espadas a juego de los guardias. Respiró hondo para serenarse.

—Iré a verte a primera hora de la mañana, Anya. ¿Me has oído? Me reuniré contigo al alba, y entonces escucharé lo que tengas que decirme y encontraremos una manera de solucionarlo todo.

Sin embargo, cuando la doctora Ferrara acudió por la mañana, la cama de Anya estaba vacía y las gaganas habían desaparecido.



ANTES DEL AMANECER

Anya se fue a la cama con la imagen de los guantes grabada a fuego en la mente. Yacía rígida bajo las mantas, con los pensamientos arremolinándose en su cabeza. ¿Cómo iba a demostrar la culpabilidad de su tío? A lo mejor podía intentar acorralarlo, arrancarle una confesión a punta de navaja. ¿Y si montaba una obra de teatro sobre un hijo segundón que asesina a un rey, con la esperanza de que acabara delatándose a sí mismo? No, qué ridiculez.

Justo cuando se le cerraron los ojos, notó que alguien la zarandeaba para despertarla. Aún estaba oscuro; seguramente no habían pasado más de un par de horas. Por un momento maravilloso le pareció que la figura inclinada sobre ella era la de su padre, pero entonces se le aclaró la vista y comprobó que se trataba del ministro del Tesoro, Dilliand Gerund, que sujetaba una lámpara de fuego salamandrino. Le temblaban las manos y la mandíbula, y su cabello cano parecía haber encanecido aún más durante la noche.

—Tienes que levantarte, muchacha. Van a enviarte a un internado —dijo el ministro Gerund—. En Litia.

—¿Un internado? —Anya se incorporó y miró a su alrededor en busca de las gaganas. Gallia voló hasta posarse a su lado y

acurrucarse contra ella—. Pero es que no quiero... Tengo que quedarme aquí, con mi padre.

—No puedes. No estás a salvo —dijo él con voz temblorosa y entrecortada—. Corren rumores de que pueden estallar disturbios en la ciudad. Y tu padre va a ser juzgado. Este no será un lugar apropiado para una niña.

—¡No! ¡No puedo irme! Ministro, escúcheme...

Se disponía a revelarle a Gerund todo lo que sabía: lo de los guantes, lo de su tío... Sin embargo, él no le dejó continuar.

—Será lo mejor —zanjó el hombre—. Su Alteza el regente está convencido de ello.

—Pero usted también cuenta con poder de decisión, ¿no? ¡No tiene que hacer todo lo que diga mi tío! ¿Por qué lo obedece?

El ministro Gerund la miró..., o más bien miró en su dirección, pero evitó el contacto visual. A Anya se le cayó el alma a los pies. Comprendió que no serviría de nada hablarle de los guantes.

—Tienes diez minutos para vestirte. Unos soldados te escoltarán hasta el muelle y te dejarán al cuidado de un profesor del internado. El barco zarpa dentro de dos horas.

—No pienso ir —dijo ella, aunque le falló la voz.

—Es una orden del regente. Harás lo que se te diga.

Cuando el ministro se retiró, Anya se quedó sentada, estupefacta y rodeada de gaganas. Una cosa es decir que no piensas hacer algo y otra muy distinta, resistirte de verdad.

—Supongo que más vale que vayamos a ese internado y luego nos escapemos en cuanto podamos —le dijo a Gallia— que no que les plantemos cara a sabiendas de que pueden llevarnos por la fuerza.

Pero tenía que llevarse consigo a Koo. Aún no se le habían abierto los ojos; no podía dejarlo en ese lugar donde no apreciaban a las

gaganas. Le acarició las minúsculas y aterciopeladas alas para armarse de valor. No había nada en el mundo más suave que una cría de gagana, pensó.

Se puso a toda prisa el vestido de seda azul que llevaba el día anterior. Bebió a grandes tragos del grifo, pero la sensación de ardor y aspereza que tenía en la garganta no se le pasó; de hecho, había empeorado.

Vació su lata de regalos de las gaganas y le hizo varios agujeros con un punzón. Recogió los calcetines y el pañuelo del nido de Koo, cortó un poco de lana de su abrigo y, tras forrar con todo ello el interior de la lata, instaló dentro al polluelo, que pio en señal de aprobación, con el plumaje tan esponjado que su forma era totalmente esférica.

A Anya le quedaban dos de sus preciados tallos de rascovnic; también los metió en la lata, debajo del nido.

—No te los comas —le indicó al pájaro—. Tal vez me hagan falta.

Ató un cordel a la lata y se la colgó en bandolera como un bolso. Quedaría bien oculta bajo el abrigo. Dio un bocado a una manzana que encontró en el alféizar, lo masticó y se lo escupió en la mano para alimentar con él a Koo.

—Qué rico —le dijo—. ¿A que te gusta? —Intentó mantener un tono cálido y alegre mientras colocaba la tapa. No quería asustar al pajarillo ciego.

El ministro Gerund en persona acudió para acompañarla hasta las puertas del castillo, donde la esperaban tres soldados. Era noche cerrada. Aún faltaban horas para que amaneciera. Había empezado a nevar. Estaban bien abrigados contra el frío. Anya reconoció a uno de ellos: era Roegan, el guardia al que habían apostado frente a la puerta de su abuelo. Portaba una ballesta. No conocía a los otros dos, uno rechoncho y de grandes carrillos, y otro alto y seguro de sí

mismo. Los habían alistado hacía poco, eran nuevos en la isla y tenían un aspecto despiadado.

Iban a caballo, y el más alto —se hacía llamar Samvel— aupó a Anya y la sentó detrás de él. Ella se negó a agarrarse a su cintura; se inclinó hacia atrás y apoyó las manos en los ijares del animal. Gerund se despidió con un gesto breve. Ella no se lo devolvió.

Suponía que atravesarían las murallas del castillo y enfilarían la carretera que conducía al muelle, hacia las luces brillantes de la ciudad, el ajetreo y el barullo de la multitud y de las criaturas.

En cambio, torcieron a la izquierda, hacia el bosque.

—El camino al puerto está cerrado —informó Samvel—. Tendremos que atravesar la arboleda y dar un rodeo.

Se adentraron en el bosque. Cada hombre llevaba un farol colgado de la silla de montar, y la luz proyectaba sombras titilantes, danzarinas y extrañas.

Se detuvieron bajo los árboles.

—Desmontad, princesa —dijo Samvel.

—¿Por qué? —Se le erizó el vello del cogote de inmediato. No había ningún motivo para parar ahí.

—Tengo que revisar la silla.

De mala gana, Anya se bajó del caballo. El aire gélido por la nieve le quemaba la nariz.

Tras hacerles una señal con la cabeza a los otros dos soldados, Samvel metió la mano en su alforja y extrajo una petaca y un vaso largo y estrecho.

—¿Tenéis frío, Alteza?

Ella asintió.

—Tomad un trago. Esto os hará entrar en calor.

—¿Qué es?

Era zumo concentrado de fresa, su bebida favorita. Sin embargo, por debajo del dulzor, se percibía algo más. No le cabía la menor duda: era el mismo olor metálico que despedía el cuello de la túnica de su abuelo. De pronto comprendió lo que ocurría y se sintió mareada de la impresión.

—No —dijo—. No tengo sed.

—Bebéoslo.

—¿Por qué? —Pero ya sabía la respuesta. Tenía el corazón desbocado; le entraron náuseas.

—¡Que te lo bebas! —El soldado rechoncho desenvainó una espada.

—¡No! —espetó Samvel—. ¡Su cadáver debe quedar intacto! Tiene que parecer que se le paró el corazón, como si hubiera intentado regresar corriendo a su casa del bosque, pero los disgustos de los últimos días acabaron con ella.

—¡Pues oblígala! —dijo Roegan.

El soldado rechoncho le acercó la punta de la espada a pocos centímetros del rostro.

—Bebe, princesa. No tienes elección.

Iba a morir. El contenido de la petaca estaba envenenado. Les habían pagado para que la mataran.

En el bosque, con Gallia en el hombro y la nieve cayendo suavemente alrededor, Anya comprendió lo tonta que había sido.

Él no se conformaría con la muerte de su abuelo ni con la condena de su padre. Cuando ella cumpliera dieciocho años, ascendería al trono. Era la heredera. Se interponía en su camino. Su tío nunca sería rey mientras ella viviera.

Por eso había decidido quitarla de en medio. Necesitaba que los tres, el abuelo, el padre y la hija, murieran.

Uno, dos, tres, y la corona sería suya.

Roegan la agarró, empuñando la espada.

—¡Atadla! —dijo Samvel—. Ya la desataremos cuando la hayamos despachado. ¡Y cargaos a ese pájaro! —exclamó, porque Gallia de pronto había pasado volando muy cerca de su cara.

El tercer soldado acometió con la espada a la gagana y la golpeó con la cara de la hoja. Ella cayó al suelo, pero consiguió echar a volar con dificultad y desapareció en la espesura.

Anya intentó soltarse de Roegan y huir, pero los tres soldados la asieron, armados con una cuerda delgada. Después de atarle los tobillos y las manos, la tiraron al suelo de rodillas bajo los árboles. Los copos de nieve caían sobre su rostro vuelto hacia arriba.

La valentía es una bestia impredecible. El animal humano suele sobrecogerse ante su cobardía inesperada e insospechada. Pero, una o dos veces en la vida de cada persona, nos sorprende nuestro valor. El pajarillo asustado que era el corazón de Anya dejó de latir a toda prisa y se convirtió en un animal lento, de vista aguda, leonino.

Alzó la mirada hacia ellos. Sus ojos se encontraron con los de Samvel.

—Soldado —dijo—. ¿Tan fácil sería para ti matar a una niña?

Ellos dejaron de moverse y se quedaron mirándola.

—Si mi tío ha ordenado mi muerte, sé que no tengo la menor posibilidad de sobrevivir.

Por primera vez, el pánico pareció apoderarse de ellos.

—Pero si he de morir, dejad que sea por mi propia mano.

Samvel negó con la cabeza; Roegan soltó un gemido.

—Así no cargaréis con el peso de la culpa.

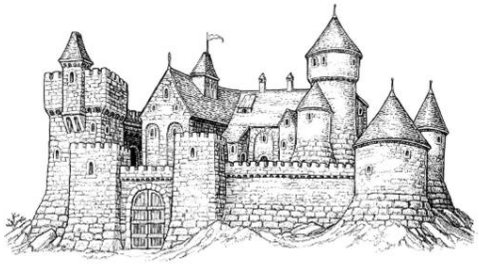
Se pusieron a deliberar, llevados por un ansia repentina. Alzaron la voz. Al final, Samvel le liberó las muñecas, pero le dejó los pies atados.

—Ayudadme a levantarme —pidió ella.

Roegan la tomó de las manos y la ayudó a erguirse. A continuación, le entregó la petaca y el vaso.

Antes de que él pudiera apartarse, Anya rompió el vaso contra el cuero reforzado que le cubría el hombro y, con un solo movimiento, le estampó el borde afilado en la cara. Con un alarido, el capitán cayó de rodillas. Ella le agarró la espada de la funda y cortó con ella las cuerdas que le sujetaban los tobillos. La hoja se llevó un trozo de piel de los zapatos y estuvo a un pelo de hundirse en su carne, pero no había tiempo para repeluznos: los dos soldados se dirigían hacia ella a través de la nieve.

Anya echó a correr.



CORRIENDO

Se abalanzó hacia los árboles: corría a toda velocidad, más rápido que nunca, y su familiaridad con el bosque jugaba a su favor, pero era una niña, y ellos, hombres adultos. El soldado rechoncho alargó la mano para agarrarla del pelo, que ondeaba tras ella.

Presa de una furia desesperada, Anya se volvió hacia él y levantó la espada hacia un lado. Habría podido hacerle un tajo en la mano, pero, en su lugar, bajó el arma de golpe y se cortó limpiamente un palmo de trenza. El hombre se apartó, dando un respingo, y en ese momento se oyó un chillido en lo alto, un grito aviar de amor y furia, y de pronto el cielo se llenó de plumas —plumas negras, garras plateadas y picos dorados—, y el soldado se dio la vuelta para defenderse a espadazos de la bandada de veinte gaganas que lo rodeaban, invocadas por Gallia.

—¡Huye! —gritó esta—. ¡Yo te seguiré!

Al ver que el soldado caía de rodillas, Anya reanudó la huida.

Samvel, que llevaba una armadura de cuero, guanteletes y yelmo, corría más deprisa y con más furia. Anya oía sus pasos, que la seguían a solo un metro de distancia. No lo habría conseguido si el bosque no hubiera estado de su parte. Anya había vivido entre sus criaturas y había dejado en él el olor de su piel y de su aliento.

Lanzó una voz y el bosque escuchó su llamada. Mientras avanzaba a la carrera, una pequeña manada de al-mirajes, liebres con un cuerno dorado en la cabeza, se despertaron e irguieron la cabeza. Eran bestias dóciles, pero sus cuernos tenían la punta afilada.

Entre agudos chillidos animales, acometieron a Samvel con los cuernos bajos, como lanzas. Intentando esquivarlos, él desenfundó la espada. Esto le dio a Anya unos segundos para pensar.

Allí la espesura era más densa: ¿debía esconderse? ¿Seguir corriendo? A su izquierda había un árbol con ramas bajas y acogedoras. Dejó caer la espada y se encaramó a él, buscando dónde agarrarse a la débil luz del amanecer, trepando y trepando hasta llegar a lo más alto de la copa. Muchos metros más abajo, los al-mirajes se retiraron y Samvel, con un resoplido, comenzó a escalar tras ella.

—Estáis atrapada, princesa. Rendíos. Podemos llegar a un acuerdo.

Ella no podía bajar; tampoco subir más, pero sí desplazarse hacia los lados. Las ramas de cada árbol se extendían hacia las del siguiente, entrelazándose con ellas. Anya salvó de un salto la distancia que la separaba del tronco vecino y se aferró a él con la respiración agitada. La corteza le raspó la piel de las palmas, pero no tenía tiempo para limpiarse la sangre. Se lanzó de nuevo en brazos del árbol siguiente; como no había otros lo bastante cerca, descendió balanceándose por las ramas, se dejó caer los dos últimos metros y arrancó a correr de nuevo. Samvel, que seguía en lo alto de la copa, soltó una palabrota y se dispuso a seguirla.

Ella salió del bosque a paso veloz en dirección al gran lago, y al castillo que se alzaba al otro lado, con el ruido de pisadas a su espalda. Si conseguía acercarse lo suficiente para que alguien la oyera gritar, para atraer testigos, no se atreverían a hacerle daño.

Llegó a la orilla del lago, que tenía el borde congelado. Para su horror, oyó que Samvel salía de la espesura tras ella.

Al volverse, vio un destello del alba en el metal cuando Samvel desenvainó la espada. Roegan apareció tras él con la cara ensangrentada y jadeando de rabia. Llevaba la ballesta.

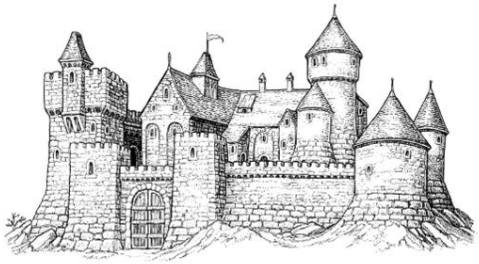
De pronto, cuando ella creía que todo había terminado, ocurrió algo nuevo. Algo se acercaba volando por encima del lago.

Era de color amarillo leonado, un despliegue de potencia muscular. La primera idea delirante que asaltó a Anya fue que se trataba de una nube de tormenta alada. Pero entonces la vio con claridad.

Era una esfinge; con unas alas tan anchas como la vela de un barco y garras como guadañas.

Y, sobre su lomo, un chico. Una expresión de triunfo le iluminó el rostro cuando la vio.

La esfinge aterrizó en la gruesa capa de nieve que cubría la hierba de la orilla del lago y se volvió hacia ella.



EL VUELO DE UNA ESFINGE

—¡Ayúdame, por favor! —gritó Anya.

—La ley de las esfinges exige que planteemos un acertijo antes de prestar ayuda —dijo aquella gigantesca cara de león.

Anya respiraba con dificultad.

—Todo el mundo está intentando matarme ¿y tú pretendes que resuelva una adivinanza?

El muchacho que iba montado a lomos de la esfinge soltó un sonoro quejido.

—Teniendo en cuenta que están a punto de atraparla o matarla, ¿no podríamos dejarlo para más tarde?

La esfinge no se inmutó.

—Imposible —dijo con una voz que destilaba ingenio, serenidad y paciencia infinita—. Es mi obligación. Le plantearé un acertijo sencillo.

Roegan se había quedado petrificado de asombro, pero de pronto reaccionó, descolgándose con torpeza la ballesta para cargarla.

—¿Qué es aquello que los pobres poseen, los ricos necesitan y causa la muerte a quienes lo comen? —dijo la esfinge.

Anya se quedó mirándola.

—¡No... no sé! —De pronto, dio una sacudida al caer en la cuenta, y exclamó de nuevo—: ¡Nada! ¡La respuesta es nada!

La esfinge inclinó la descomunal cabeza, esbozando algo parecido a una sonrisa.

—Muy bien.

A la orden de Samvel, Roegan apuntó con la ballesta, no a la esfinge, sino a Anya.

Los soldados, la esfinge y la princesa conformaban las tres puntas de un triángulo.

—Dispararé al primero que se mueva —advirtió Roegan. Anya comprendió que estaba compensando el error de haberla dejado entrar en los aposentos del rey.

—Si me quedo quieta, moriré de todos modos —replicó ella.

—Por lo tanto —dijo la esfinge—, esa amenaza no resulta especialmente persuasiva, señor. ¡Ahora, muchacha!

Tras vacilar tan solo una fracción de segundo, Anya se lanzó como una flecha hacia la esfinge. En ese momento, Roegan colocó el dedo en el gatillo, y la esfinge saltó sobre él. Le arrancó la ballesta de las manos junto con lo que parecía un pulgar y arrojó ambas cosas a unos arbustos.

El chico se inclinó sobre la enorme espalda de la esfinge.

—¡Ven, te ayudo!

Anya le dio la mano, y el muchacho tiró de ella hacia arriba hasta que quedó sentada delante de él. Las alas de la esfinge se elevaron a ambos lados y, por un momento, la niña no vio más que el movimiento borroso de las plumas de color amarillo dorado mientras alzaban el vuelo.

—Agárrate fuerte —dijo la esfinge, batiendo las alas—. Hunde bien las manos en mi pelaje.

Sonó un silbido estridente, y Anya pegó un chillido cuando la saeta de una ballesta pasó rozándola y se clavó en el muslo de la esfinge.

Naravirala profirió un rugido.

—Quítamela, Christopher.

—Tiene púas. Si te la saco, te haré daño.

—Hazlo.

Se oyó un sonido desgarrador, y Christopher acabó con las manos empapadas en sangre de esfinge.

—Perdona —dijo—. Uf.

Soltó la flecha y observó cómo caía dando vueltas. Abajo, el lago se hacía cada vez más pequeño, y los gritos, más tenues. Poco después se encontraban entre las nubes.

La esfinge no disminuyó el ritmo de su aleteo.

—¿Estás herida? —le preguntó Anya—. ¿Te duele?

—Sí, pero podré sanarme cuando aterricemos. Así pues, el dolor es irrelevante, dado que pasará antes de que el día llegue a su fin, y por tanto no siento temor. Tú debes hacer un gran esfuerzo y, como yo, optar por no tener miedo.

Agarrándose a los costados de Naravirala con las rodillas, Anya giró el tronco para mirar al chico.

—¿Quién eres? —preguntó.

El muchacho, que tenía un par de años más que ella, se arremangó para mostrarle los brazos cubiertos de arañazos de animales.

—Me llamo Christopher —dijo—. Christopher Forrester.

—Y yo Anya —se presentó ella. Él asintió, como si ya lo supiera.

Se elevaron aún más, y el sol del amanecer le iluminó el rostro al chico. Ella advirtió que llevaba una espada al cinto y un dragón diminuto sobre el hombro.

—Según la tradición, el dragón debería devorar a la princesa —intervino la criatura—, pero como detesto los clichés, te perdono la vida.

Ella se rio. La invadió un alivio glorioso y mareante. Apretó el rostro contra la espalda de la esfinge. Sintió en la mejilla el tacto áspero y cálido de su grueso pelaje, que olía a montañas.

—Cuidado —dijo el muchacho en un tono despreocupado y alegre —. Tienes una perseguidora.

Allí, tres metros por debajo de ellos, estaba Gallia. Aunque volaba a una velocidad agotadora para ella —Anya notaba lo mucho que le costaba cada batir de alas—, no había perdido de vista a la esfinge ni un momento.

—¡Gallia! —Anya extendió los brazos, y, con un último gran esfuerzo, la gagana se acercó y se posó en ellos.

—Ya te dije que te seguiría —jadeó el ave—. Siempre te seguiré.

Anya estrechó a su vieja compañera contra su pecho. Ambas murmuraron las palabras de amor que se intercambian los amigos de verdad. Echó un vistazo a la lata: Koo estaba acurrucado en un rincón, magullado y helado, pero ileso. Lo sacó y se lo puso bajo la ropa, en contacto con el calor de su piel, junto a su corazón.

—Estamos vivos —susurró.

—Cuéntame qué ha pasado —dijo Christopher.

El sol se elevaba sobre el horizonte en un estallido naranja y carmesí. Anya le refirió todo lo relativo al veneno, los guantes de su tío y su padre.

—Tengo que volver para liberar a mi padre —concluyó. Al cerrar los ojos, vio la cara de Claude—. Debo arreglar las cosas.

—Lo sé —dijo Christopher—, pero han estado a punto de asesinarte. —La miraba no como a una niña pequeña ni como a una princesa, sino como a una persona—. Así que no puedes regresar así por las buenas. Necesitas un plan.

—Ya lo sé —respondió ella. Tenía la cabeza llena de planes, pero casi todos eran imposibles de llevar a cabo. Quería empuñar una espada y arremeter contra Claude; le apetecía luchar a muerte con él. Sin embargo, ella era pequeña, y él tenía un ejército a su disposición.

El viento arreció, y el rugido del cielo, sumado al de las alas de la esfinge, resultaba casi demasiado ensordecedor para hablar. Anya y Gallia se comunicaban por señas.

«¿Ha resultado herido alguien?», preguntó Anya. Ocho centímetros a la izquierda y en diagonal hacia arriba.

«De gravedad no».

«Quiero matarlo. A Claude».

«Calma, muchacha».

La esfinge ganó altura. Penetraron en un banco de nubes, y de pronto el mundo se volvió de un blanco brillante, opaco y húmedo como la lluvia. Todo estaba más silencioso allí arriba.

—¿Eso es un lenguaje? —inquirió Christopher.

—¡Sí! —contestó Anya—. Es gagano. Se basa sobre todo en los ángulos de inclinación, en los ojos y en movimientos rápidos de las alas..., aunque yo uso las manos, claro. Algunos signos son sencillos: arriba significa «sí», abajo significa «no». En cambio, otros tienen múltiples significados: dos movimientos hacia arriba y dos hacia abajo pueden querer decir «te admiro mucho», pero también «estás en peligro de que te ataque un rebaño de ovejas que merodean por aquí». Dos movimientos hacia abajo y a la derecha es la peor palabrota que existe en gagano.

Tras surcar las nubes, salieron a la luz del día.

—¡Mira! —dijo Christopher, señalando con el dedo—. ¡Unicornios alados!

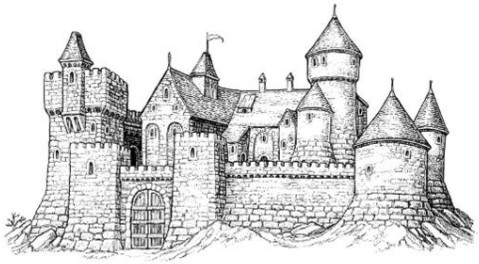
Miles de años atrás, una manada de unicornios de la isla de Dousha se había apareado con una manada de pegasos, y las crías habían nacido con un cuerno dorado y alas con plumas del mismo color. Vagaban relumbrantes por el campo en busca de hierbas, menta y sargazos con los que alimentarse.

—Mi padre cultivaba hierbabuena expresamente para ellos —recordó Anya.

Más de un centenar de unicornios voladores se aproximaron a Naravirala para avanzar a su lado entre estridentes aleteos. Anya observó que poseían una precisión envidiable; pese a que eran multitud, no chocaban entre sí, y sus alas ni siquiera se rozaban.

—¡Potrillos! —advirtió Christopher.

Anya vislumbró a los pequeños y dorados unicornios jóvenes que seguían el ritmo a la manada. Se le antojó un buen augurio, una inyección de suerte.



LAS PROPIEDADES CURATIVAS DE LA LECHE DE CENTÍCORA

Quizá fue por el frío que hacía en el cielo de la mañana, o quizá por sus pensamientos sobre su padre, y el decaimiento que siguió a la subida de adrenalina desde luego que tuvo algo que ver, pero el caso es que, al cabo de una hora, a Anya le entró un temblor. Al principio no era más que un castañeteo de dientes, pero poco después empezaron a temblarle brazos y piernas, y ella intentó agarrarse con más fuerza a los mechones de la esfinge para no precipitarse al vacío.

—Vamos a hacer una parada para beber agua —anunció Naravirala—. Tengo que hidratarme. He perdido sangre. Y tú no aguantarás mucho tiempo más. Estamos sobrevolando un promontorio de Edem. Es una zona salvaje y montañosa donde viven pocos humanos. Podemos descansar un rato ahí.

Descendió describiendo una curva hasta posarse en la cima de la ladera rocosa que se alzaba desde el mar, salpicada de flores verdes y amarillas.

—Estirad las piernas —dijo Naravirala—. Aún nos queda un trecho por recorrer.

Cuando desmontaron, Anya se tambaleó. Andaba con paso inseguro.

—¿Estás bien? —le preguntó Christopher.

Ahora que se encontraban en tierra firme, volvía a tener dificultades con las palabras.

—Sí, creo que sí.

—A ver, es obvio que no. ¿Por qué ibas a estarlo? Pero estás a salvo, y eso es un buen comienzo.

Se volvieron de golpe al oír unos balidos procedentes de las peñas que se levantaban tras ellos.

—¡Centícoras! —exclamó Christopher. Eran unos seres ágiles, parecidos a cabras, con largos cuernos que giraban en todas direcciones mientras saltaban sobre las rocas.

Anya asintió.

—A veces, en verano, se dejaban ver por el bosque en el que vivía antes. —Siempre las había adorado por su lustroso pelaje pardo y su expresión salvaje. Sin embargo, imaginar a su padre esperando, encadenado, le impedía disfrutar de la inmensa belleza que la rodeaba.

—Yo nunca había visto una —dijo Christopher, con el rostro resplandeciente—. Pero leí sobre ellas en el *Bestiario del guardián*. Dicen que su leche tiene propiedades curativas. Espera. —Se acercó a las criaturas silbando con suavidad. Para el asombro de Anya, ellas, en lugar de dispersarse, dejaron que se les aproximara, observándolo sin parpadear—. ¿Me permite? —le preguntó a la centícora. Le dedicó una reverencia, y el animal apoyó la barbilla en su mano. «La trata como si perteneciera a la realeza», pensó Anya.

Christopher se sacó un termo del bolsillo y, después de abrirlo y colocarlo bajo la criatura, procedió a ordeñarla con movimientos enérgicos y seguros.

—¿Cómo, en el nombre de la Inmortal, aprendiste a ordeñar una centícora? —quiso saber Anya.

—Una vez vi por la tele a un hombre ordeñar una cabra.

—¿Por la te... qué?

—Me llevaría demasiado tiempo explicártelo. Pero fíjate. —Le hizo una demostración—. Pellizcas por arriba y luego tiras hacia abajo. ¿Quieres probar?

No era sencillo, y Koo no facilitaba las cosas al treparle por los hombros a ciegas para intentar ayudarla, pero consiguieron llenar el termo. Christopher ejecutó otra reverencia, y la centícora, después de propinarle un fuerte topetazo, se alejó brincando ladera arriba.

—Ten —dijo el chico, entregándole el termo a Anya—. Lo necesitas. Creo que te ayudará. —La leche era dulce, cremosa y, en ese momento, lo mejor que había probado desde hacía tiempo. Una sensación cálida se extendió por sus manos entumecidas y por sus piernas doloridas.

Entonces le dirigió a Christopher una mirada escrutadora y tuvo que obligarse a no desviar la vista cuando él se la devolvió.

—Has mencionado el *Bestiario del guardián* —apuntó—. ¿Cómo sabes lo que dice?

Él intentó cambiar de tema.

—Déjame beber un trago de leche. ¿Crees que las bayas de esos arbustos serán comestibles?

Anya advirtió por primera vez que él tenía una pequeña marca en forma de manzana en la parte superior de la mejilla. De pronto, cayó en la cuenta.

—¡Ya sé quién eres! ¡Eres el guardián! ¡Las sirenas cantan sobre ti! —Esa marca era la del beso de la Inmortal.

Treinta expresiones distintas desfilaron por el rostro de Christopher con demasiada rapidez como para interpretarlas..., y al

final él le sonrió.

—Ese soy yo, supongo.

—Pero ¿por qué estás aquí? Creía que tenías que custodiar el pasaje.

—He venido porque los dragones se están muriendo y nadie sabe por qué.

—¡Perdona, pero eso es una mentira cochina! —El dragón diminuto subió volando hasta aterrizar sobre la cabeza del chico—. Has venido porque yo te he convocado.

—He venido porque Jacques me ha convocado —se corrigió Christopher con una carcajada—. Me dirigía a la isla de Edem, donde viven los grandes dragones de alas rojas, para hablar con Sarkany. Hemos dado un rodeo para encontrarte, pero ahora debo proseguir mi camino.

Anya lo miró con escepticismo.

—El guardián que aparece en las historias es un héroe. Mide más de dos metros y es invencible.

—Los detalles suelen distorsionarse con el boca a boca.

—Las sirenas son demasiado dadas a la hipérbole —comentó Jacques— y a poner a la humanidad por las nubes. Cuando se publique mi aclamada biografía (Christopher es mi amanuense), mi papel quedará claro. Se titulará *El dragón y su olorosa mascota humana*. Por cierto, yo también tomaré un poco de esa leche. —Zambulló la cara en el termo y, cuando la sacó, la tenía toda blanca.

—Pero los relatos te describen como un guerrero, y no eres más que un adolescente de las Tierras Comunes. Además...

Él la miró, arqueando una ceja.

—Además ¿qué?

—Llevas calcetines rosas.

Christopher bajó la vista.

—¿Qué pasa? Me gustan mucho.

Llevaba unas robustas botas de cuero, un abrigo de lana bellamente confeccionado con muchos bolsillos —uno de ellos manchado de una sustancia roja pringosa— y una espada. El arma era de un metal que Anya no reconoció, de un blanco plateado que resplandecía bajo la luz.

—Los calcetines rosas y los dragones, supongo —dijo ella.

—A mí no me lleva puesto —protestó Jacques—. No soy un sombrero. En todo caso, yo lo llevo puesto a él.

—Pero si tú eres el chico guardián... —Anya se mordió el labio—. ¿Conociste a la Inmortal?

Christopher se llevó la mano a la cicatriz de la mejilla.

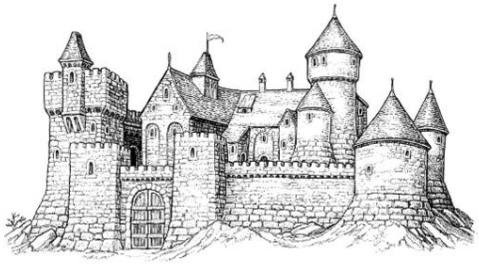
—Sí. La conocí.

—¡Ah! —Mil preguntas se agolparon en la cabeza de Anya. Todos los niños del Archipiélago sabían la historia de la Inmortal. Su alma eterna, brotada de la primera manzana del primer árbol, renacía en una nueva vida tras cada muerte, sin olvidar jamás lo que había visto. ¡Conocer a un alma inmortal! Seguro que eso dejaba un recuerdo digno de atesorar para siempre, pensó Anya.

Pero le fallaron las palabras. Se limitó a decir:

—Pues qué suerte tuviste.

—Así es —dijo Christopher. Sonrió—. La quería. Quería a Mal.

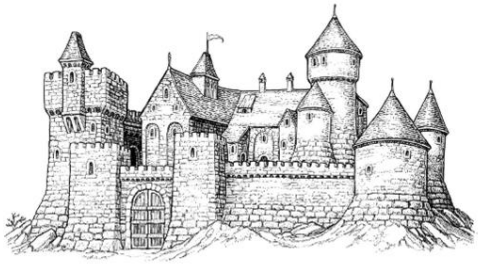


MAL

Anya contempló el semblante de Christopher. Hacía mucho tiempo que no pronunciaba en voz alta el nombre de Mal. Obraba en él el mismo efecto que una palabra mágica: era un nombre evocador que hacía arder en su interior la esperanza de volver a verla algún día.

El ser humano puede parecer una criatura simple. Al observar a alguien pelar una naranja o tropezar mientras sube una escalera resulta muy fácil olvidar lo extraña e infinita que es esa persona por dentro. Si coges por la muñeca a un humano, estarás sujetando un pozo de anhelo inagotable.

Sin embargo, cuando Anya le escrutó el rostro a Christopher, le dio la impresión de que su anhelo y su esperanza estaban sorprendentemente a la vista. Aunque tenía la cara sucia y las uñas ensangrentadas, sus ojos denotaban con tanta claridad como si él mismo lo hubiera dicho que era un muchacho que buscaba algo..., o, según le pareció a Anya, a alguien.



MANANTIAL DE AGUA DULCE

Jacques observaba a Anya mientras esta contemplaba a Christopher. Dio un bostezo tan grande que se le desencajó la mandíbula y tuvo que recolocársela con un ligero chasquido.

—¿Habéis terminado con vuestras sensiblerías humanas? No me gusta que se me ignore. ¿Estás listo? ¿Reanudamos ya el vuelo para reunirnos con Sarkany?

—Tal vez —dijo Christopher—, pero ¿no habíamos acordado echar una mano?

—Así es. Y eso es justo lo que hemos hecho. La princesa tendrá que arreglárselas sola a partir de aquí.

—Pero no puede regresar a Dousha. La matarán. He estado pensando... en Nighthand e Irian. ¿Sabes dónde están?

El dragón suspiró.

—Pues resulta que sí. El berserker y la nereida se encuentran en el islote de Glimt. Se lo oí decir a las ratatoskas.

—Ellos podrían ayudaros, Anya —dijo Christopher—. A ti y a tu padre.

—Harías bien en acudir a ellos —terció Jacques—. El berserker tiene el carácter de una explosión volcánica, pero ambos te ofrecerán su amistad si estás sola.

Anya se quedó perpleja al oír esto. Nunca había estado sola; siempre, siempre había tenido a su padre, con la seguridad que este le infundía y su sonrisa fácil. Y, por supuesto, ni siquiera en aquel momento se encontraba sin amigos. Se volvió hacia Gallia.

—¿Qué opinas?

La anciana ave reflexionó.

—He oído hablar de esos dos. Si te proporcionan refugio mientras decidimos cómo rescatar a tu padre, deberíamos ir.

Anya tendió la vista hacia la ladera y vio que Naravirala subía a saltos hacia ellos. Aunque aún tenía el pelo apelmazado en torno a la herida, ya no sangraba.

—En marcha hacia Glimt, entonces —dijo.

Pero primero había que conseguir agua. Naravirala había rechazado la leche.

—Las esfinges necesitamos agua. —Miró a Anya—. Tú también tienes sed. —No le faltaba razón. A pesar de la leche que había bebido, el ardor de la garganta no le daba tregua. Había aparecido en el momento en el que habían apresado a su padre, y desde entonces le quemaba con cada respiración—. Sígueme.

Naravirala la guio a través de los peñascos hasta un manantial. Un carbúnculo joven de gato montés de reluciente pelaje estaba bebiendo allí, pero en cuanto los avistó, se esfumó entre la maleza.

—Es aquí. —Encontraron una charca en la que borbollaba el agua que manaba de unas rocas cubiertas de musgo. La esfinge agachó la cabeza y bebió a lengüetadas—. Te toca.

Anya se arrodilló sobre las piedras, recogió agua con la mano y se la llevó a los labios; permaneció unos minutos agachada junto a la

charca. Al poco rato, tenía el estómago a reventar de tanto líquido, pero aún le ardía la garganta.

—Sigo teniendo mucha sed —dijo—. El agua no me alivia.

Naravirala asintió con su enorme cabeza.

—Entonces lo que tienes no es sed de agua, sino de otra cosa.

—¿De qué?

—De la verdad, me imagino. —Clavó una mirada penetrante en Anya, en las bolsas oscuras que tenía bajo los ojos y en el brillo que despedían—. Y de algo más. Algo oscuro. Ten cuidado, muchacha, de no dejar que se te abrase el corazón hasta que no te quede más que una cicatriz chamuscada.

Secándose la boca, Anya miró a los grandes ojos leonados de la esfinge.

—No lo haré —aseguró.

Sin embargo, las palabras de la esfinge le habían ayudado a comprender qué era lo que ardía en su interior.

La sed de venganza.

«Tengo que matar a mi tío».

Era la única manera de vengar a su abuelo, salvar a su padre y proteger su propia vida. No podía ni quería vivir en un mundo en el que también estuviera Claude Argen.

No disponía de armas, iba vestida con una prenda de seda rasgada y ensangrentada, llevaba una cría de pájaro bajo la ropa y era una niña. Pero todo eso daba igual. Alzó la muñeca, y Gallia se acercó volando para posarse en ella. Al contemplar el rostro de la chica a la que tanto quería, el ave se estremeció. Reflejaba amor, añoranza y muerte.

Primero sobrevolaron montañas, y luego, praderas y bosques. Al anochecer, empezaron a vislumbrar las luces de las aldeas, pueblos y ciudades de Litia. De vez en cuando, Naravirala descendía en picado para evitar las nubes, y entonces Anya veía calles, restaurantes, o alguna feria repleta de niños entusiasmados.

Por fin pasaron encima de una gran ciudad en la costa occidental. Sus miles de luces brillaban en lo alto de agujas y altas torres construidas a lo largo de un entramado de canales.

—Es la Ciudad de los Académicos —informó Naravirala—. Ya estamos cerca.

Los vientos del mar soplaban con fuerza, y la esfinge aprovechó una corriente para extender las alas y planear. Anya miraba hacia abajo mientras volaban sobre el litoral hacia una diminuta mancha oscura y sólida situada en medio de una albufera.

—Ese es el islote de Glimt. Si las ratatoskas están en lo cierto, ahí encontrarás a Fidens Nighthand y a Irian Guinne.

No había más luz que la de las estrellas. Desde arriba, daba la impresión de que solo había un edificio en la isla, una vasta construcción con torrecillas que se alzaba al este de una pequeña floresta.

Naravirala tocó tierra en un claro del bosque.

—Esperadme aquí —dijo—. Voy a buscarlos.

Anya y Christopher permanecieron varios minutos juntos en la oscuridad. Ella se acuclilló con la espalda contra un árbol, sujetando con fuerza su collar de plata e intentando refrenar su corazón para que no le perforara el pecho.

Oyeron un rugido seguido de graznidos de pájaros, y Naravirala regresó rápidamente con una paloma en la boca.

—No hay nadie.

—¿Nadie? ¿No están? —A Anya se le cayó el alma a los pies. Estaba agotada. Ladeó la cabeza dos veces hacia la derecha.

Gallia le propinó un picotazo.

—No seas grosera.

—He hablado con una ratatoska —prosiguió la esfinge—. Me ha dicho que Irian Guinne regresará por la mañana. Así que duerme, y cuando te levantes trazaremos un plan. —Se dirigió a grandes zancadas hacia un frondoso roble—. Puedes acostarte junto a mí para calentarte —añadió. A Anya estaban a punto de fallarle las rodillas; se dejó caer despacio hasta el frío suelo. Christopher se tendió al otro lado de la esfinge, que los tapó a ambos con las alas.

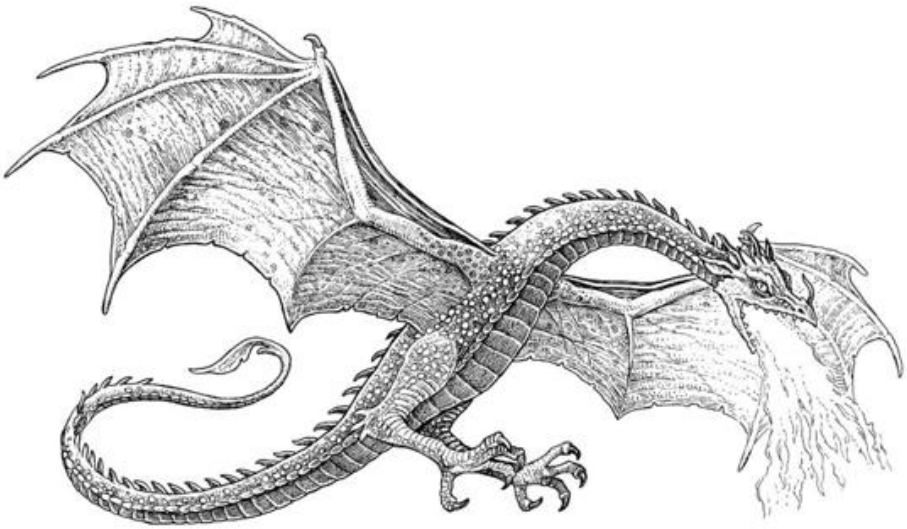
De inmediato, un calor de lo más agradable envolvió a Anya. Se arrimó más, hasta que su mejilla entró en contacto con el espeso pelaje del costado de la esfinge.

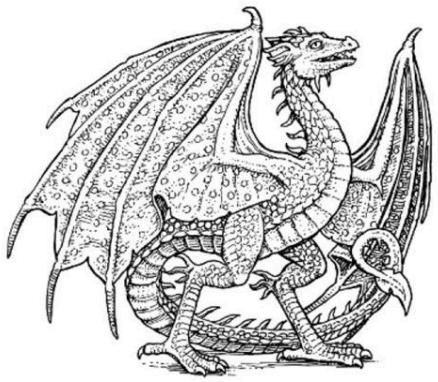
En vez de dormir, Naravirala montó guardia. Las esfinges llevan vidas largas y complejas, y ella tenía cientos de años por delante para descansar, si así lo deseaba.

Se levantó un viento frío, y ella exhaló con suavidad sobre el rostro dormido de Anya y luego sobre el de Christopher. Contempló a los dos jóvenes y alzó la vista al cielo, que conocía bien y sabía interpretar de maneras que los humanos no eran aún capaces de imaginar. Si alguien hubiera visto su semblante, habría advertido que rezumaba determinación, compasión y orgullo.

A continuación, bajó de nuevo la mirada hacia la tierra y se zampó la paloma de un bocado.

SEGUNDA PARTE
DRAGONES





EL ISLOTE DE GLIMT

A la mañana siguiente, Anya se despertó porque Koo estaba correteando arriba y abajo por su nariz, y pellizcándole con el pico la frente, las narinas y una ceja.

—¡Ay! —Se apartó hacia un lado con brusquedad, de modo que el pájaro cayó sobre su pecho y se quedó ahí sentado, piando en señal de protesta—. No eres un despertador muy relajante, Koo.

Se incorporó. Estaba tendida en el suelo de un bosque, rodeada de hierbas altas aplastadas. Koo se tragó el pelo de la ceja y soltó una piada de asco.

—Hombre, ¿qué esperabas? Las cejas no son alimento. Debería haberte avisado —dijo Anya. Cogió al pajarillo con delicadeza entre las manos—. Supongo que habrá que buscarte algo de comer.

—Iiia. —Por fin, Koo abrió sus pegajosos párpados, y lo primero que vio fue a Anya Argen con la cabellera rubia cubierta de una suciedad gris, magullada, ensangrentada y con un hambre atroz en la mirada.

El momento en el que cualquier ser vivo abre por primera vez los ojos para contemplar el mundo es un día estupendo, tanto si se trata

de un bebé humano como de un cachorro minúsculo. Pero esto es aún más cierto en el caso de las gaganas; la personalidad que irradiaba Koo se hizo patente en el acto. Era todo picardía y adoración, de la cabeza a la punta de las alas. Entre revoloteos y caídas, Koo acabó sobre la rodilla de Anya y tomó posesión inmediata, plena y jubilosa de ella. Pronunció su primera palabra con un graznido:

—Mía.

Anya se rio.

—Sí —dijo—. Ni más ni menos.

Se lo subió al hombro y, contoneándose con satisfacción, él se acurrucó en el hueco de su clavícula.

—Mía —dijo otra vez—. Mía, mía.

Algo se movió en la espesura. Anya se levantó de un salto, lista para luchar..., pero solo era Christopher, con Jacques volando por encima de su cabeza. Sin perder un segundo, el muchacho le preguntó qué tal había dormido y de inmediato se le fue la mirada hacia Koo.

—¡Ha abierto los ojos! —exclamó.

—Así es —confirmó Anya, con el orgullo de una madre primeriza —. Y ya habla también.

—Koo —dijo Koo, haciéndole cosquillas en el cuello al agitar las diminutas alas—. ¡Koo!

—¿Ya sabe cómo se llama? —preguntó Christopher.

—Sabe muchas cosas —dijo Anya—. Las gaganas reales rebosan glimor.

Gallia expresó su aprobación con un graznido bajo.

Jacques soltó un bufido, y un humo blanco le brotó de las fosas nasales.

—Christopher ha insistido en que viniéramos a por vosotros antes de ir en busca de algo para desayunar —comentó—. Los dos tenemos hambre. Le he propuesto que nos comiéramos un trocito de ti mientras dormías, pero se ha negado.

—Le he señalado que eso no quedaría bien en su biografía —puntualizó el chico.

Anya sonrió de oreja a oreja.

—¿Dónde está Naravirala?

—En el bosque —respondió Christopher—. Cazando. Dice que para poder seguir volando tiene que comer. Creo que está más dolorida de lo que quiere reconocer.

—Entonces debemos alejarnos cuanto antes —dijo Gallia—. No conviene estar cerca de una esfinge mientras está de caza, a menos que quieras que intente atraparte a ti.

Sobre la hierba aplastada se veían las pisadas que Naravirala había dejado la noche anterior. Las siguieron a través del bosque.

Anya sujetaba a Koo contra su cuerpo. Como no quería asustarlo, no dijo en voz alta las palabras que le atronaban en el corazón. Ya había alguien intentando darle caza. Pensó en los soldados y asesinos de su tío, que se habían dispersado por el Archipiélago en su busca. Su padre debía de estar esperándola, cada día más desesperado. ¿Qué le habrían contado sobre ella? ¿Que había desaparecido sin más? ¿Qué estaba muerta?

Se detuvo entre los árboles y apretó la cara contra la corteza de un gigantesco roble hueco para aspirar el aroma de la floresta. «Valor, Anya».

—¿Estás bien? —preguntó Christopher.

—Está olisqueando un árbol —comentó Jacques—. Claro que no está bien.

Ella sonrió.

—Ahora sí —dijo. Se armaría de valor, pues. Valor y fe. Valor y amor—. Vamos. Me parece haber visto agua. —El follaje se hizo menos denso. Los pájaros cantaban, y un joven lebrílope los pasó de largo con su andar de pato, sus cuernos relucientes y su cuerpecito de conejo. Salieron del bosque a una extensión de hierba que descendía hasta el borde del agua.

—¡Ahí! —dijo Christopher, señalando a la tierra firme de Litia, en la orilla opuesta—. La Ciudad de los Académicos. Apenas se vislumbraba en la lejanía el contorno borroso de los elevados chapiteles rodeados de colores rutilantes.

Pero Anya no respondió, pues tenía la mirada fija en otra parte. Ante ellos se extendía un paseo flanqueado de árboles: robles, cedros y hayas. Al final se alzaba un edificio descomunal de una belleza incomparable. Construido en piedra de color ámbar, contaba con dos torres, numerosas torretas y altas ventanas arqueadas. Era un palacio, concebido no como fortificación, sino con fines recreativos.

—El palacio de Glimt —jadeó Gallia—. Había oído hablar de él.

Avanzaron por el largo paseo hacia el edificio. En lo alto de la fachada que se erguía ante ellos, un reloj de sol azul y dorado relucía por encima de la puerta doble de roble y hierro.

—¿Hola? —vociferó Christopher mientras caminaban—. ¡Irian! ¡Nighthand!

No hubo respuesta. Se oían ruidos procedentes de todas direcciones, del bosque, incluso del agua: un graznido, un susurro de hojas, un balido, voces jubilosas, pero no humanas.

De pronto, una mujer les salió al paso. Alta, de tez morena y un rostro que a Anya le pareció hermoso y cincelado en forma de miles de ideas, buscaba algo con la mirada. Llevaba la larga cabellera recogida en largas trenzas que le caían por la espalda.

—¡Irian! —la llamó Christopher—. ¡Irian Guinne!

Ella se volvió. Soltó un grito de alegría, y una docena de pájaros echó a volar desde el bosque y comenzó a dar vueltas en torno a las torres del palacio, graznando sobresaltados y ofendidos. Irian arrancó a correr por el paseo hacia ellos y estrechó al muchacho entre sus brazos.

—¡Christopher! ¿De verdad eres tú?

No parecía dispuesta a soltarlo. Al final, lo apartó de un empujón para echarle un vistazo.

—Ya eres más alto que yo. Estás estupendo. —Daba gusto oír su voz, grave y cantarina como una campana.

El chico se rio.

—¿Ah, sí? —Su rostro entero se había transformado al verla, lo que lo hacía parecer mayor y más joven a la vez.

—Bueno, no. En realidad, estás hecho un asco: apestas a viajero y a cabra. Pero te veo... bien. —Le tocó con el dedo la cicatriz en forma de manzana que le surcaba la mejilla, y de pronto asomaron lágrimas a sus ojos.

Una ratatoska con cara de ardilla, cuernos verdes y movimientos ágiles apareció de repente a su lado.

—Menos saludos y más papeo —dijo.

Christopher se rio.

—¡Ratwin! ¡Qué gusto verte!

—¿Qué haces aquí? Me llena de gozo y de alborozo, claro, pero es que es la hora del desayuno.

—Irian, Ratwin, quiero presentaros a una persona. Se llama Anya Argen, y es princesa de la isla de Dousha.

Entonces Irian se volvió hacia Anya. Esta se percató de que, al encontrarse en un mundo tan nuevo para ella, estaba haciendo de forma automática lo que le habían enseñado: enderezar la espalda y

esconder las manos tras ella. Estas revelan muchas cosas: en aquel momento, la manera en que se retorcía los dedos habría delatado que se sentía cohibida. Notó que se le ruborizaban las mejillas, una sensación que conocía bien.

La esfinge no le había dado miedo, pero aquello era distinto: tenía ante sí a una mujer adulta —Anya conocía a muy pocas— a la que Christopher trataba con deferencia.

—Anya —dijo Christopher—, te presentó a Irian Guinne. Es una experta en el océano. Si conoces las canciones que las sirenas cantan sobre mí, habrás oído lo que dicen de ella.

—Dicen que eres mitad nereida —intervino Anya. Entonces reparó en que en el cabello oscuro de la mujer brillaban los mechones plateados propios de los pueblos acuáticos.

Irian asintió.

—¿Y tú eres la nieta del rey Halam? Siento mucho el momento tan difícil que estás pasando. Las ratatoskas nos trajeron la noticia de su asesinato.

—Mi padre está encerrado por ello..., pero es inocente. Mi tío...

—Un momento. Para. Quiero oírlo todo. Pero antes tenéis que entrar, asearos y comer. Los dos estáis muy sucios.

—¡No puedo! —objetó Anya—. Por favor, ¡no hay tiempo! Mi tío me quiere matar..., y tengo que...

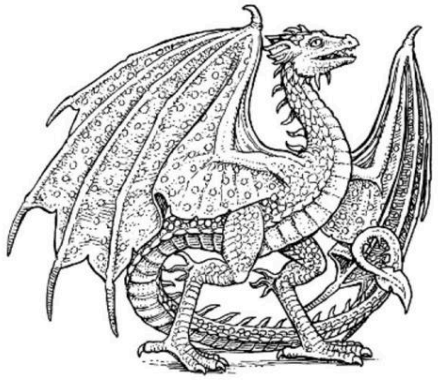
—Tienes que comer, o no conseguirás nada. —Se fijó en la expresión desesperada de Anya y en el temblor de sus dedos, que tenía junto a los costados—. Además, tenemos que hablar y elaborar un plan.

—¿Dónde está Nighthand? —preguntó Christopher.

—En una misión de búsqueda clandestina ultrasecreta de tapadillo —informó Ratwin.

—¿Qué es lo que busca?

—Eso es algo entre él, Irian y yo, pero nos ha mandado decir que venía de vuelta; ya debería estar aquí.



EL LONGMA HUÉRFANO

Irian Guinne los guio por el paseo arbolado hacia el palacio.

—El edificio es de piedra de esfinge —dijo Irian—. Una mujer llamada Anja Trevasse falleció hace seis meses. Había cierto misterio en torno a su muerte. Unos dicen que la asesinaron; otros, que se suicidó, y otros más, que sufrió algún tipo de accidente.

—¡¿Anja Trevasse ha muerto?! —se sorprendió Christopher.

—Pues sí —respondió Irian sin suavidad ni regocijo en la voz—. No era una buena persona. Hizo mucho daño en vida, pero en la lectura de su testamento se reveló que le había dejado a Fidens Nighthand el islote de Glimt en su totalidad; palacio, terrenos y bosques incluidos.

Llegaron ante la enorme puerta de roble. Anya examinó con detenimiento la fachada del palacio; en los bloques amarillos había símbolos matemáticos, palabras, imágenes, grabados con una garra de esfinge que dejaba trazos profundos. Tocó la piedra con la mano. Pese al frío que hacía, resultaba cálida al tacto y emitía una ligera vibración.

Al advertir su sorpresa, Irian se rio.

—¡Sí! Yo también me quedé asombrada cuando lo descubrí. Así es la piedra de esfinge. Es casi como si estuviera viva.

—Esta isla no aparece en el mapa de mi abuelo —observó Christopher—. Lo sé porque hice una copia y la colgué encima de mi cama.

—No es propiamente una isla —explicó Irian—, sino un islote. No hay muchos. Antes formaba parte de la tierra firme de Litia, pero un príncipe costeó la construcción de un canal. Anja lo usaba como un palacio de verano al que invitaba a políticos de todo el Archipiélago. Nighthand no tenía ni idea de qué hacer con él.

Ratwin soltó un hipido de gusto.

—Dijo: «¿Para qué quiero sesenta habitaciones y diez invernaderos con flores?».

—En efecto —confirmó una voz tras ellos—. Solo me gustan las plantas que se comen.

En ese momento, el hombre más corpulento que Anya había visto en la vida dobló la esquina del palacio. Profiriendo un rugido, embistió a Christopher como un toro. Lo levantó en volandas y lo estrechó contra su pecho.

—¡Christopher! Dichosos los ojos que te ven.

Dejó al chico en el suelo con tal violencia que se le doblaron las rodillas, y acto seguido se volvió hacia Anya con cara de no saber muy bien qué era, por lo mugrienta y manchada de sangre que estaba.

—Una... ¿criatura?

—Una dríade —señaló Ratwin—. De ahí la suciedad.

—No. Nighthand, salta a la vista que es una chica humana —dijo Irian con ojos risueños—. Creo que busca justicia.

—Ah, pues muy bien. ¡Bienvenida, muchacha! ¿Sabes que hueles a gagana? Y no lo digo como un cumplido.

Gallia y Koo, sentados cada uno en un hombro de Anya, erizaron las plumas a la vez, ofendidos.

—A ese, ni caso —dijo Ratwin—. Nighthand es un berserker. No conoce el miedo, así que no tiene filtro. Por eso una vez le dijo al presidente del tribunal supremo de Bryn Tor que era un memo con cara de esfínter de bégimo.

—Es que lo era —se limitó a replicar el hombretón—. Creí que debería saberlo.

—Estabas en prisión, Nighthand. No era el mejor momento.

De pronto, el berserker se fijó en el dragón, que estaba posado en el hombro de Christopher.

—¡Jacques! —exclamó—. ¿Es posible que hayas crecido?

La diminuta criatura lo fulminó con la mirada.

—No, no he crecido. Tengo este tamaño (el tamaño perfecto) desde hace cientos de años. De hecho, los demás jáculos me consideran especialmente corpulento. Más alto de la cuenta, incluso.

—¡Pues bienvenido seas, mi amigo de gran estatura! —Cuando miró a Irian, una inseguridad repentina pareció apoderarse de él, y le tendió la mano—. Irian —dijo—. Me alegra haber regresado.

—Y yo me alegro de que estés en casa, Nighthand. —Le estrechó la mano y, en el instante en el que sus dedos se tocaron, un rubor encendido empezó a subirle al hombre por el cuello hacia la frente. Apartó la mano con brusquedad, como si se hubiera quemado. Irian tragó saliva y sonrió.

—¡En fin! —El gigantón intentó sacudirse el aturdimiento—. ¡Es hora de que comáis algo! He fracasado en mi búsqueda una vez más... —Irian le lanzó una mirada fugaz—. Y, en esas circunstancias, mis dos opciones son ponerme furioso o ponerme las botas. Elijo la comida. —Se encaminó hacia la puerta con grandes zancadas—. Bueno, bienvenidos al palacio de Glimt.

Anya se encontró en una amplia sala con ventanas por las que entraba una deslumbrante luz blanca. El suelo era una cuadrícula de mármol blanco y un material de un rojo y un verde intensos: se agachó para tocarlo.

—Granate y esmeralda —explicó Irian—, cortados en forma de láminas largas y finas. Tienen cientos de años de antigüedad. El gasto debió de ser exorbitante.

Anya imaginó que, en otro tiempo, en aquella estancia los criados recibían y servían vino a las visitas, sentadas en sillones mullidos junto al fuego. Ahora parecía vacía salvo por la cegadora luz del sol.

Bueno, no del todo.

Cuando sus ojos se acostumbraron al resplandor, a Anya se le escapó un gritito de alegría.

En el rincón más alejado, hecha un ovillo, había una silueta verde similar a la de un caballo, que se levantó con dificultad y comenzó a caminar hacia ellos con paso vacilante. Tenía los ojos y las orejas grandes, y las patas largas y delgadas: saltaba a la vista que era un recién nacido.

—¡Un longma! —exclamó Anya.

El potrillo agitaba al andar sus alas verdes cubiertas de escamas, pero no se elevaba del suelo. La niña permaneció inmóvil mientras el longma se acercaba y le daba un golpecito en el pecho con la cabeza verde y brillante, primero a ella y luego a Christopher. Tenía los ojos de un color castaño profundo.

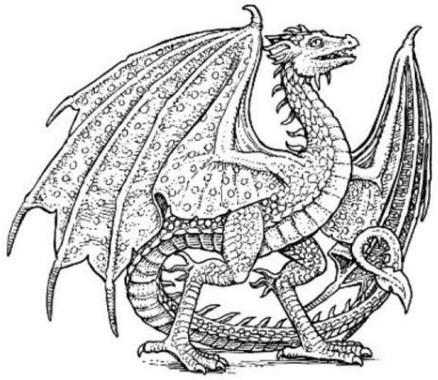
—Cree que lleváis comida —dijo Irian.

—¿Por qué está aquí dentro? —preguntó Anya.

Koo saltó de su hombro y desapareció aleteando entre la maraña de su pelo. Gallia, por su parte, subió volando hasta la enorme lámpara de araña y se quedó observando desde allí. Los longmas tenían fama de comer pájaros.

—Vivirá aquí hasta que sea lo bastante fuerte para salir. Nació hace solo tres días. —El longma frotó con suavidad el morro contra el costado de Irian, que hurgó en su bolsa y sacó un biberón de leche con una tetina de goma—. Las longmas paren a sus crías en pleno vuelo. Esta nació con las alas demasiado pequeñas y cayó al mar. Pero seguidme. Debéis asearos. Ya hablaremos luego.

—Yo no necesito lavarme —objetó Jacques—. Los dragones somos autolimpiables y siempre olemos a la verdad. De todas formas, acompañaré a Christopher. Así podremos charlar sobre los títulos de los capítulos de mi libro.



UN FESTÍN Y UN PLAN

Anya fue llevada primero a un dormitorio suntuoso con una decoración exquisita, pero descuidado —las cortinas y la colcha eran de terciopelo a juego, pero estaban apolilladas—, y desde allí, a un baño. En el papel de las paredes había pintadas imágenes de hipocampos, y las patas de latón de la bañera tenían forma de garra de dragón.

Anya abrió la ventana de un tirón para que Gallia pudiera entrar y salir.

—A juzgar por tu aspecto, necesitarás tres baños por lo menos —observó la gagana—. Más vale que empieces ya.

Anya llenó la bañera con el agua más caliente que podía soportar. Después de quitarse el collar y las botas, se metió completamente vestida, jadeando por el vapor. Se frotó la ropa y luego la piel. El jabón olía a rosas, y el agua se tiñó de marrón rojizo al instante. Se quitó el vestido empapado —seguía manchado de sangre, pero al menos ya no apestaba—, lo escurrió y, después de tenderlo frente a la chimenea encendida de la habitación, volvió a llenar la bañera con agua limpia. Se sumergió y dejó que el calor aliviara los dolores de

su cuerpo, cubierto de arañazos y magulladuras. Luego mojó a Koo, que estaba posado en el borde de la bañera, para lavarlo también. El pajarillo no protestó; era tal su devoción que no se habría quejado ni aunque lo hubiera tirado al agua.

Gallia chasqueó el pico.

—Las gaganas nos bañamos con la lluvia. Lo vas a malcriar.

—Es muy joven —repuso Anya—. Ya se aseará así cuando tenga al menos una semana de vida.

Koo se sacudió para secarse las plumas y desplegó las alas.

—A volar —dijo—. ¡Arriba, arriba!

Para asombro de Anya, el animalillo saltó desde el borde de la bañera y, en vez de caer a plomo sobre las baldosas del suelo, alzó el vuelo, arriba, arriba, hasta lo alto de la puerta del baño, y luego descendió describiendo un círculo en torno a su cabeza antes de darse un chapuzón en el agua.

—¡Bravo! —lo felicitó Anya, y Gallia, dejando a un lado su severidad habitual, emitió un afable graznido de aprobación.

—Bien hecho, jovencito —lo alabó.

Koo echó a volar de nuevo y comenzó a entrar y salir por la ventana sin orden ni concierto. Le llevó regalos a Anya: una hoja mordida, una concha y una luminosa pluma de fénix.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó ella—. ¿Estaba en el jardín?

Pero Koo se limitaba a decir: «¡Mía!».

Anya se lavó el cabello, que ahora tenía dos longitudes distintas porque se lo había tajado con una espada. Las burbujas se arremolinaban a su alrededor. Las empujó con el dedo para formar figuras: un cuchillo, una flecha y un vial de veneno. Clavó las uñas en la pastilla de jabón, imaginando que era el corazón de Claude.

Su vestido quedó casi seco, pero arrugado y raído. Pero eso daba igual, se dijo mientras se trenzaba el pelo mojado. Era un pensamiento liberador; por primera vez en mucho tiempo, a nadie le importaba su apariencia. Nadie la fiscalizaba. Lo único que importaba era su padre.

Justo cuando estaba terminando, Irian llamó a la puerta y la guio de vuelta por los anchos y largos pasillos.

—La cena está lista —anunció—. Comeremos en la bodega. La sala de banquetes está ocupada en estos momentos. Pasa. Christopher ya está ahí.

Se trataba de una estancia pequeña y perfectamente circular con una docena de ventanas por las que entraba la luz a raudales, un fuego abrasador en la chimenea y, cerca de ella, una mesa redonda tan repleta de comida que no se alcanzaba a ver la superficie de madera.

Anya no era consciente de lo muerta de hambre que estaba. Según sus cálculos, era martes, lo que significaba que hacía más de un día que no tomaba una comida decente. Durante unos minutos no dijo ni una palabra, pues estaba engullendo lo más rápido posible.

Había pescado fresco frito con una salsa tan delicada como la espuma de mar, empanadillas rellenas de langostinos y un pan tan suave que casi parecía bizcocho. Había unos tomatitos rojos y dulces, casi tan pequeños como la uña de su meñique. Se los zampaba a puñados. Untó en el pan una capa de mantequilla tan gruesa como su pulgar y añadió un trozo de un queso dulce y de olor intenso.

—Ha cocinado Nighthand —dijo Irian—. Gracias. —Miró con cariño al hombre, que se puso del mismo color que los tomates y bajó la vista a su plato, en el que había una docena de empanadillas.

—No ha sido nada —replicó con rudeza—. Tú tienes que ocuparte de las criaturas, así que al menos deja que te cuide yo.

Ratwin, sentada a la mesa, comía un sabroso pastel de piñones, zanahoria y nueces preparado expresamente para ella.

—Es un hombre-chef excelente, este Nighthand; lo descubrí hace tiempo. Pero ya sabéis que los de su especie no saben de miedo, temblores ni dudas, y la experimentación intrépida en la cocina no siempre da buen resultado.

Nighthand asintió con una expresión que rezumaba sabiduría.

—Una vez preparé un suflé de mermelada y sardinas. Sabía como si un payaso se hubiera tirado un pedo en el mar. Seguramente no volvería a hacerlo.

Al final, cuando Christopher se terminó su segunda ración de pescado y Anya, Gallia y Koo habían devorado más de diez empanadillas, Nighthand sacó de un aparador una pila de platos decorados con flores rosas y cubiertos con campanas.

—¡El postre! —anunció—. En mi opinión, el postre debe comprender por lo menos la mitad de una comida; quizá las dos terceras partes. —Destapó los platos: en uno había profiteroles rellenos de helado casero de leche de centícora y chorreante salsa de chocolate; en otro, rosquillas espolvoreadas con lo que parecían piedras preciosas diminutas y luminiscentes—. Cristales de azúcar —informó Nighthand—, hechos con saliva de kanko. —El tercero era una enorme tarta de nata blanca coronada con racimos de uvas azules, del color de la noche—. Y ahora, contádnoslo todo —dijo, y, tras tragarse una rosquilla entera, le pasó la tarta a Anya—. Ambos tenéis algo que explicarnos.

Con algunas interrupciones por parte de Gallia, Anya les habló del asesinato de su abuelo, el arresto de su padre, el veneno y la traición de su tío.

—Conozco a esa clase de hombres —dijo Irian—. Son peligrosos. Nunca se sienten culpables, porque se han entrenado para ello. Pero hay que tener un plan. No podemos actuar de forma temeraria. Sería desastroso.

—No estoy de acuerdo —objetó Nighthand—. Admiro la temeridad. Propongo que irrumpamos en el castillo a pecho descubierto y desarmemos a los guardias. Rescatamos a tu padre y ya nos ocuparemos de los detalles menores más tarde.

—¡Sí! —vitoreó Anya. Volcó su copa al ponerse de rodillas sobre la silla, presa de un repentino temblor de esperanza—. ¡Eso! ¡Dejad que os acompañe! ¡Quiero luchar!

Pero Christopher negó con la cabeza.

—He estado allí, Nighthand. Hay soldados por todas partes. Hirieron a Naravirala en una pata con una flecha.

—El Ejército real ha triplicado o cuadruplicado su tamaño original. Necesitaríais por lo menos mil efectivos para vencerlos, quizá más —informó Gallia.

Irian miró al berserker con un brillo de afecto en los ojos.

—Ni siquiera tú puedes hacer retroceder un ejército entero, Nighthand.

—Podría intentarlo —dijo él—. Sería una excursión muy bonita.

—Pero no solucionaría nada. Lo siento, Anya. No podemos proceder así.

Con un suspiro, el hombretón destapó otro plato: melocotones recién pelados, con natillas donde debería estar el hueso.

—Comed —los invitó.

—Anya —dijo Irian—, lo meditaré a fondo. Te juro que no perderemos el tiempo, pero nuestra máxima prioridad es mantenerte a salvo. No te acerques al perímetro de la isla. A juzgar por lo que nos has contado, tu tío debe de estar buscándote.

—Lo sé —aceptó Anya—. Y mi presencia aquí os pone en peligro también a vosotros.

—Eso no importa. ¿Dónde está el trozo de tela que recortaste del cuello de la túnica de tu abuelo? ¿Me lo dejas ver?

Anya se llevó la mano al bolsillo del vestido.

—Aquí está.

Irian lo tomó entre las manos..., pero, para sorpresa de Anya, Jacques reculó de repente, como si el pánico se hubiera apoderado de él.

—¡Eso... es maligno! ¡No sé lo que es, pero ningún dragón soportaría estar cerca de ese olor! ¡No, no!

Christopher y Anya intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Qué ocurre, Jacques? —preguntó el chico—. No es más que una gotita, y está reseca. No puede hacerte daño.

En cambio, el dragón se elevó de la mesa, temblando, y se negó a bajar de nuevo hasta que Anya se guardó el pedazo de tela en el bolsillo.

—En fin —dijo el jáculo, al parecer avergonzado por su arrebato, pues las escamas verdes de la mandíbula y de las mejillas se le habían puesto coloradas—. Ahora Christopher relatará su historia. Es una gran historia, porque salgo yo en ella.

Nighthand reveló otro plato, este lleno de dulces que parecían de gelatina.

—Los preparo con moras, bayas de cielo y un poco de vino de las dríades.

Estaban deliciosos, y Anya se comió una docena mientras Christopher contaba su historia de la forma más sucinta posible: la petición de ayuda de Jacques y el rodeo para recoger a Anya. Ella notó que estaba ansioso por partir.

—¿Y de dónde sacaste esa espada? —preguntó Nighthand cuando el muchacho finalizó su relato—. Es una de las más hermosas que he visto.

—Me la dio Naravirala. —Se la tendió al berserker, que deslizó la mano por la empuñadura tallada con aprobación—. Es de obsidiana de dragón.

—¿Obsidiana de dragón? —preguntó Anya. Era de color blanco plateado y relumbrante.

—Pirita antigua, según Naravirala. Roca fundida y moldeada con fuego draconiano —explicó Christopher—. Me contó que con ella se pueden fabricar espadas más afiladas, resistentes, delgadas y ligeras que las de cualquier metal. No solo refleja la luz, sino que multiplica su intensidad por veinte.

—Exacto —confirmó Jacques—. Todo lo draconiano tiene poderío. Yo, por ejemplo, soy uno de los ejemplares más robustos y fieros de mi especie. Podría reducir a cenizas las torres más altas de cualquier ciudad. —Sacudió la cola, que se enganchó en el cuello de la camisa de Christopher, de modo que se cayó de su hombro.

—¡Un momento! —Anya se levantó de un salto; una idea repentina había encendido en su cerebro una luz brillante—. Jacques, qué tonta he sido. ¡Tenemos un dragón! No necesitamos un ejército para enfrentarnos a los guardias de Claude. ¡Tú podrías abrasarlos a todos! ¡Dices que mataste a una mantícora con tus llamas! ¡Podrías liberar a mi padre!

Sin embargo, Jacques estaba mirándose las garras con las alas encorvadas. Exhaló una vaharada cargada de vergüenza.

—No puedo.

—Pero... ¡yo te daría lo que me pidieras! Tengo joyas en casa... —Sabía que los dragones adoraban las joyas.

—He perdido mi fuego —confesó Jacques—. Lo gasté todo en la isla de Arkhé. Hasta echar el aliento me cuesta más que antes.

Christopher se quedó mirándolo.

—Pero ¡si siempre me estás amenazando con carbonizarme!

—¡Sí! ¡Te he mentido! Me imagino que estás familiarizado con el concepto, ¿no? Puedes titular mi biografía *El jáculo caído en desgracia*, o *El patético lagarto canijo sin fuego*, si lo prefieres.

A Anya se le quedó la moral por los suelos con la misma rapidez con la que se le había elevado, pero no fue capaz de decirle nada más a Jacques, que se arrastró entre el salero y el pimentero y se enroscó formando el ovillo más pequeño posible, resistiéndose a mirar a nadie a los ojos.

Nighthand empujó hacia él otro plato de postres.

—Toma, Jacques. Prueba esto. Es pastel de chocolate, pero le he puesto un poco de cebolla para darle un toque picantito.

El jáculo se negó. Nighthand se encogió de hombros y se comió un bocado del tamaño del dragón.

—Muy rico —dijo con aire reflexivo, masticando despacio—. Siempre y cuando te guste el sabor a sobaco.

Ratwin se volvió hacia Christopher.

—¿Y ahora qué, Christopher? ¿Cuál es tu siguiente parada?

—Tengo que ir a Edem, a hablar con Sarkany.

—¡Christopher! —saltó Anya. Su idea anterior cambió y se torció hasta adquirir una nueva forma—. ¡Deja que te acompañe! ¡Si Jacques no puede reducir el castillo a cenizas y rescatar a mi padre, seguro que Sarkany sí!

El chico frunció el ceño.

—¿Sarkany? —Pareció rumiar la idea mientras ella le clavaba una mirada suplicante y esperanzada—. Si consigo ayudarla, tal vez me

devuelva el favor. —Anya pensó que eso sería mejor que esperar a que su tío la encontrara.

—Anya, los dragones no dejarán que te les acerques —dijo Irian —. ¿No es así, Jacques? Tú eres la autoridad en el tema.

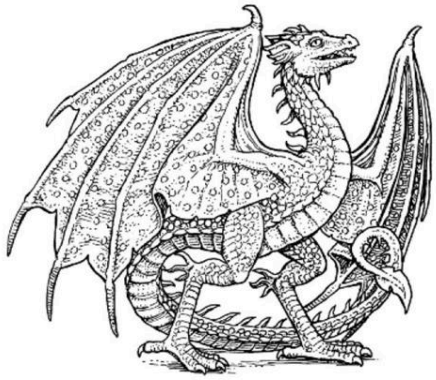
El jáculo se desenroscó y levantó ligeramente la barbilla.

—Pienso que tal vez sí se lo permitirían. Es una niña y viene con Christopher.

—¿Y no sería arriesgado? —preguntó Irian.

—Sí. Los encuentros entre dragones y humanos nunca están exentos de peligro. Ahora mismo vosotros estáis corriendo uno conmigo. Podría devoraros a todos.

Resopló y un trozo de pescado que tenía encajado en un orificio nasal salió disparado hasta impactar en la mejilla de Christopher.



PALACIO-REFUGIO

Necesitaban que la gran esfinge Naravirala los llevara volando a la isla de Edem.

—Iré a buscarla —se ofreció Nighthand— y le suplicaré que nos ayude.

—Y yo os mostraré las criaturas que están bajo nuestro cuidado —dijo Irian—. Quiero que los dos entendáis lo que hacemos aquí.

Cogió un plato de pescado al horno y los guio por un pasillo decorado con cuadros. Todo estaba impecable, aunque aquí y allá se apreciaba algún mordisco en un tapiz.

—Adelante —los invitó Irian—. Este era el salón de baile.

Las paredes de la estancia estaban salpicadas de ámbar, y en el rincón del fondo había un piano de cola. Sobre las tablas del suelo avanzaba pesadamente un águila descomunal, del tamaño de un hipopótamo pequeño.

—Se perdió. Es muy muy joven. —Anya advirtió que tenía ralo el plumaje de las alas, pero que estas eran tan largas y anchas como una mesa de comedor, y sus ojos, desproporcionadamente grandes.

Christopher se rio de pura emoción, y Anya también: era un ser milagroso, enorme pese a que acababa de llegar al mundo.

—Es un rocho —informó Gallia—. Un ave, como yo.

—¡Mío! —Medio volando, medio tambaleándose, Koo bajó del hombro de Anya y se bamboleó sobre sus ansiosas garras plateadas hacia la inmensa cabeza del águila. Anya lo levantó del suelo, temerosa de que el rocho lo confundiera con comida.

Jacques soltó un resoplido.

—¿Esa monstruosidad es un bebé? Qué cosa tan grotesca.

Irian asintió.

—Llegan a ser lo bastante grandes como para llevar un elefante en las garras.

—Y este... ¿vive aquí, sin más? —preguntó Anya. Comparó en su mente la formalidad y el tradicionalismo del castillo de Argen con la belleza de aquel lugar y sus nuevos residentes.

Irian asintió.

—Exacto. Como ya os he dicho, el palacio está construido con piedra de esfinge.

—Cosa que no entendemos —terció Ratwin—, porque una esfinge no aportaría piedras jamás de los jamases para construir el palacio de un dignatario ricachón, malcriado y chocho.

—Así que indagué sobre su historia...

—Yo la ayudé —apuntó Ratwin—. Tengo tres doctorados en filosofías.

—Ratwin...

—Vale, les saqué punta a los lápices con los dientes.

—Y descubrimos que este lugar había sido un colegio, fundado por uno de los últimos reyes académicos, hace más de mil quinientos años. Posee un alma antigua.

—Sin embargo, no tiene bibliotecas —añadió Ratwin—. Hubo una en otra época que era famosilegendaria, pero no la encontramos. Ha desaparecido en la mítica nada.

—¿En serio, Ratwin? —preguntó Christopher con aire escéptico.

Irian se encogió de hombros.

—Es cierto que no hay ninguna biblioteca. En el palacio de Glimt se guardaban algunos de los libros más valiosos del Archipiélago; había uno incrustado de diamantes que, según se decía, valía más que el tesoro de un dragón. Sin embargo, no queda ni rastro. Me imagino que los vendieron todos.

—Yo he oído que los ocultaron bajo tierra, o en el cielo, o en una alacena mágica —dijo Ratwin.

Irian y Christopher se miraron.

—Por otro lado, las ratatoskas no son los narradores más fiables —puntualizó ella.

Christopher deslizó la punta de los dedos sobre los trazos grabados en los ladrillos.

—Siento algo al tocar la piedra. Una especie de vibración.

—Sí —confirmó Irian—. Las piedras de esfinge poseen vida y deseos propios. Por eso queríamos restaurar este palacio, para hacerlo digno de ellas.

—Una vez me comí una piedra de esfinge —declaró Ratwin—. Hizo que la caca me saliera en forma de símbolos matemáticos.

Irian se rio. Se acercó al rocho para quitarle una legaña y abrirle el párpado.

—Me formé como científica de la naturaleza; mi actividad se centra en el parlamento de los no humanos. Por eso hemos entregado el lugar a las criaturas. Espero que más adelante podamos ampliarlo para ofrecer otra clase de protección... — Entonces se quedó callada y sonrió.

El rocho intentó morderle los dedos con un pico tan grande como un recogedor. Irian hizo una bola con el pescado al horno y lo dejó caer en las fauces abiertas del ave, lo que le recordó a Anya el modo como le daba de comer a Koo.

—Somos un refugio —continuó Irian—. Las criaturas heridas, huérfanas, ancianas o marginadas vienen a reposar aquí. —Acarició las plumas del rocho—. Es un buen lugar. Calentito y seco.

—¿Así que vive en el salón de baile? —inquirió Christopher.

Irian movió la cabeza afirmativamente.

—Desde luego. Y hay muchos muchos más.

—¿Como cuáles? —preguntó Anya.

—En la sala de música tenemos un grupo de kankos de avanzada edad, de Caruta, y, en el salón de día, un twrch tryth. El islote entero les pertenece; el bosque y el riachuelo que discurre a un lado de la casa, el huerto de árboles frutales y los jardines formales situados detrás, que llegan hasta la orilla de la albufera. Mirad —dijo, y abrió de golpe la puerta doble frente a la que una escalera de piedra descendía hasta la gran extensión de césped tras la que se divisaba el mar—. ¿Lo veis?

La hierba había crecido de forma descontrolada y estaba bordeada de una profusión de flores tempranas; malvas, vincas y eglantinas. Y, al otro lado del césped, se paseaba tranquilamente un potrillo de unicornio de oro puro.

A Anya se le escapó un grito ahogado. Al volverse, vio caras de asombro a su alrededor.

Un vetusto carbúnculo, que estaba en plena muda de su lustroso pelaje, yacía enroscado en un alféizar, disfrutando del calor que irradiaban las piedras de esfinge. Un borometz lanudo pacía entre las margaritas. Un graznido atrajo la mirada de Anya hacia arriba, y Gallia batió las alas, maravillada, cuando ambas avistaron a la vez

una hembra de fénix posada en las ramas de un árbol. Sus plumas doradas estaban moteadas de blanco.

Koo ascendió volando hasta aterrizar a su lado e inclinó su pico, también dorado, hacia el de ella.

—Mía —croó.

—Se está haciendo mayor —observó Irian—. Pondrá su huevo y renacerá antes de que termine el año. ¡Y fíjate! Los kankos te han encontrado, Christopher.

Los minúsculos zorros de cola bifurcada se acercaron a él y le lamieron los dedos, que enseguida se volvieron luminiscentes a causa de su saliva.

—Sigues ejerciendo esa atracción sobre los seres vivos, por lo que veo —comentó Irian.

Christopher se rio.

—Creo que incluso se ha vuelto más intensa desde mi visita anterior. En el colegio, mis amigos me llaman «la princesa Disney», porque una vez una paloma intentó anidar en mi pupitre.

Anya lo miró, perpleja.

—¿La princesa qué?

—Olvídalo. Es una broma de las Tierras Comunes. Irian, ¿cómo llegan hasta aquí las criaturas? ¿Cómo saben que deben venir a este preciso lugar?

—¿No te lo imaginas?

Una sonrisa del tamaño de Litia se dibujó en el rostro de Christopher.

—Ratwin.

—Exacto —dijo el aludido—. Yo y las otras ratatoskas corremos la voz de que hay un lugar para ellos y los guiamos hasta aquí.

—En el agua hay un antílope branquiado —comentó Irian—. Ha perdido a su manada. Ya le buscaremos otra cuando sea mayor.

También un shachi, un pez grande con cabeza de tigre. Aunque este es muy pequeñito, no siempre lo será, así que, si salís a remar, id con cuidado.

—¡¿Un shachi?! —exclamó Christopher—. Pero son criaturas oscuras, ¿no?

—Es muy joven. Se quedó huérfano hace poco.

Se oyó un aleteo repentino de pájaros asustados, y Nighthand salió a paso veloz del bosque, con la gigantesca mole de la esfinge avanzando a su lado. Esta tenía sangre en las fauces. La viva imagen de dos guerreros, pensó Anya. Solo faltaba que los árboles anunciaran su llegada con una fanfarria.

—Le comentaba a este par que acogemos a todas las criaturas que acuden a nosotros —dijo Irian—, pero...

—¡No es verdad! —saltó Nighthand—. A las mantícoras no las quiero ver ni en pintura.

Naravirala soltó un ladrido que era lo más parecido a una carcajada que podía emitir una esfinge.

Irian le dedicó una reverencia.

—Naravirala, es un honor tenerte aquí.

La esfinge meneó la cola en lo que quizá fue un gesto de satisfacción, pero no perdió un segundo.

—¿Estáis listos para emprender el vuelo? He comido, y mi herida se ha curado, al menos lo suficiente para seguir adelante con la misión. Y no tengo mucho tiempo. Debo regresar con mi clan.

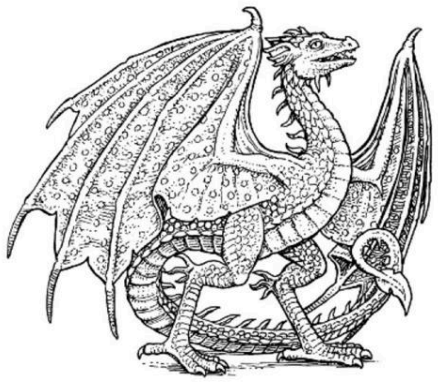
—¿Puedo preguntarte algo? —solicitó Irian—. ¿Por qué decidiste implicarte en esta búsqueda? Por lo general, las esfinges no se llevan muy bien con los dragones.

Naravirala miró a Irian de arriba abajo.

—Fue por miedo. Un miedo prudente. Es verdad que las esfinges no somos aliadas de los dragones, pero aquello que es capaz de

destruirlos a ellos podría asolar el Archipiélago entero, y eso me aterra. Yo no puedo presentarme ante los dragones: me matarían. He abrigado dudas sobre si está bien enviar a un niño y a una niña allí donde ni vosotros ni yo podemos ir, pero al parecer no hay alternativa, así que los acercaré.

Dirigió la vista hacia Christopher y Anya, con las alas ya desplegadas, lista para volar.



LOS DRAGONES DE ALAS ROJAS

La cueva se encontraba en lo alto de las montañas rojas de la isla de Edem.

—Es una de la las islas de los dragones —informó Jacques—. Aquí vive muy poca gente. No son muy hospitalarios con los forasteros. Los evitaremos en la medida de lo posible.

Naravirala aterrizó sobre un saliente rocoso.

—La cueva está a una hora de camino. Si avanzara más, captarían mi olor. Me niego a acercarme a los dragones.

—A excepción de mí —objetó Jacques, y ejecutó una reverencia, torciendo la cola con elegancia—. De hecho, Christopher, mi biografía podría titularse *Jacques el jáculo: bienamado amigo universal de toda la creación*.

—Gracias, amiguito —dijo la esfinge—, pero los dragones que hay en esa cueva son grandes como barcos de guerra, y muchos, así que os esperaré aquí. —Se echó atrás y, retorciendo la cola con todos los músculos en tensión, observó cómo se volvían para echar a andar cuesta arriba.

Ansiosos e impacientes, caminaban lo más rápido que podían sin correr. Se abalanzaron hacia la montaña como si pretendieran comérsela.

Mientras subían, Anya se imaginó volando hasta el castillo a lomos de la dragona más grande. La gente caería de espaldas de la impresión, y Sarkany abrasaría a su tío en el trono, atraparía en sus fauces al carcelero, Anya abriría con sus llaves la puerta de la celda de su padre, quien la estrecharía entre sus brazos, y los dos estarían a salvo.

—Háblame de tu padre —le pidió Christopher, que quizá había leído la añoranza en su rostro—. ¿Cómo es?

Ella se lo dijo. Derramó su cariño en un torrente de palabras que le infundió más fuerzas y seguridad.

—Es alto y gracioso. Él diría que no es guapo, pero a mí sí que me lo parece. Es muy listo; sabe cruzar plantas y ha creado una sanguinaria que sirve para restañar heridas, narcisos rojos que curan la fiebre y manzanas que te hacen silbar como un ruiseñor. No es como los otros habitantes del castillo.

—¿Por qué? ¿Cómo son ellos?

Anya tardó unos instantes en contestar. Le costaba verbalizarlo.

—No piensan más que en el poder. Yo los oía hablar a todas horas de ello: quién lo ostenta, quién lo poseía, quién va camino de alcanzarlo. «Es el ojito derecho del rey», decían.

—¿El ojo del rey?

—Es raro, ¿verdad? Como si pudieran ser una parte de su cuerpo. Y el dinero..., siempre tenían el oro en la boca. Mi padre decía que, si adoras el oro, nunca te conformarás con el que tienes, y vivirás enfadado, débil y asustado hasta el fin de tus días. Según él, desear con todas tus fuerzas algo de lo que nunca tendrás bastante es una maldición terrible. —Recogió una piedra, la tiró ladera arriba y

observó cómo regresaba hacia ellos, rebotando—. Todas esas conversaciones sobre dinero eran un tostón. Pero no aburridas como los deberes. —En su esfuerzo por explicarse, hurgaba cada vez más a fondo en su mente para encontrar las palabras—. Más bien como la muerte.

—Pero algún día tú gobernaras esa corte, ¿no? Tarde o temprano serás reina.

Ella se encogió de hombros y se miró las muñecas, cubiertas de arañazos de gaganas, así como la seda rasgada de su vestido.

—No me queda otra.

La pendiente se hizo más pronunciada, lo que los obligó a usar las manos en algunos momentos para continuar ascendiendo. Aunque las botas le estaban provocando ampollas en los pies, intentó disimularlo para que Gallia no la obligara a parar. De repente, Jacques se elevó en el aire y comenzó a volar en círculo sobre sus cabezas.

—¡Aquí! —dijo—. ¡Están aquí! ¡Puedo olerlos! —Divisaron una extensa llanura de roca rojiza, salpicada de musgo y arbustos de dulce aroma, por la que se paseaba una manada de animales peludos. En una pared se abría la boca de una cueva.

—¡Vamos! —exclamó Anya, echando a correr hacia ella, y Christopher la siguió. Se encontraba a tres metros de la entrada cuando la oscuridad del interior pareció moverse. De pronto, apareció una cabeza enorme en la abertura. Profirió un rugido, un grito lleno de rabia y dolor, y lanzó una llamarada hacia el cielo. Las lenguas de fuego brotaron de sus fauces una y otra vez, formando una columna de veinte metros, tan alta como la torre de un castillo.

Anya se arrojó cuerpo a tierra y sintió la aspereza de la piedra contra la piel. Las chispas que volaban en todas direcciones le chamuscaban el rostro y el cabello mientras se arrastraba por el

suelo, buscando desesperadamente a Koo. ¿Había conseguido huir a tiempo? El aire estaba al rojo vivo por las llamas, ennegrecido por el humo.

—¡Koo!

—¡Está ahí! —gritó Gallia—. ¡En el pedregal!

Anya recogió al polluelo y se lo metió en el bolsillo mientras corría para salir de la humareda.

—¡Detente! ¡No sigas! ¡Somos amigos! —chilló Jacques en todos los idiomas draconianos que conocía, pero el dragón no le hizo caso. Escupía fuego en ángulos terribles e impredecibles, sin previo aviso, sin orden ni concierto, girando y sacudiendo la cabeza—. ¡No es Sarkany! —exclamó el jáculo—. Es un miembro más joven de su clan. ¡Hermano, alto al fuego! —Intentó acercarse volando, pero el dragón no oía nada por encima de sus rugidos.

—¿Cómo es que no ve a Jacques? —se extrañó Anya. Entonces el rostro se volvió hacia ella, siguiendo el sonido de su voz, y comprendió el motivo. El dragón estaba ciego.

Tenía los ojos cubiertos de una gruesa costra roja que solo le permitía torcer el cuello a ciegas y lanzar fuego hacia cada nuevo olor, sonido o movimiento que percibía.

—¡Basta! —dijo Gallia—. ¡Deja de hacer eso ahora mismo!

No obstante, Anya se percató de que el dragón no lo quemaba todo. De pronto, una pequeña manada de lanudas reses salvajes entró en la cueva pasando justo por delante de las rodillas del dragón sin que este les arrojara su fuego.

Anya se quedó contemplando la escena.

—Jacques... Los dragones... ¿tienen vacas como mascotas?

—Como mascotas no —puntualizó el jáculo—. Son reses de las cavernas. Los dragones las dejan entrar y salir a su aire para que se

guarezcan y beban en los lagos. A cambio, de vez en cuando, se comen alguna.

—Bueno, ¿qué hacemos? —dijo Christopher.

Un sentimiento empezó a cobrar fuerza en el corazón de Anya; una especie de valentía imprudente, una sensación de «a por todas, y que pase lo que tenga que pasar».

—Jacques, ¿Sarkany está aquí, dentro de la cueva?

—Desde luego noto su olor.

—Entonces, si consiguiéramos sortear a este, podríamos hablar con ella.

Gallia graznó con impaciencia.

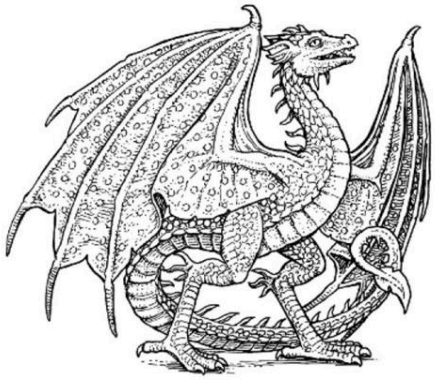
—¿Y cómo piensas entrar? Ya te digo yo que eso es una locura.

—Tengo una idea —terció Christopher—. Es algo que leí en un libro cuando estaba en mi casa, en las Tierras Comunes. —Y procedió a explicarlo.

—¡Ah! Aquí también conocemos esa historia —dijo Anya.

—¿La *Odisea*?

—Bueno, no la llamamos así, pero diría que es el mismo relato. Nosotros lo conocemos simplemente como *El viaje*. Es nuestra, ¿sabes? Ulises navegó por el Archipiélago.



LA CUEVA

Hubo que convencer a las reses para que se dejaran montar. Anya les ofreció toda la comida que llevaba en los bolsillos. Al final, dos lanudas vacas permitieron que se encaramaran sobre su lomo. Anya hundió las manos en su espeso pelaje. Mientras olieran a vaca, el dragón ciego no los detectaría.

Volando con un manojo de hierba fresca en el pico, Gallia se adelantó un poco, sin apartarse de la manada, para guiarlos. Anya tenía el corazón desbocado. La gagana la miró, ladeó la cabeza para preguntarle si todo iba bien, y ella inclinó la suya hacia arriba.

Se aproximaron al dragón, que yacía en la boca de la cueva, y Anya pudo apreciar su colosal belleza. Sus escamas, que de lejos parecían del negro más puro, de cerca despedían brillos de color morado, verde intenso y negro azulado, salvo en el vientre y en la parte inferior de las alas y de la barbilla, donde presentaban el llamativo tono rojo de los rubíes recién excavados.

A medida que acortaban la distancia, el dragón comenzó a olisquear el aire. Anya tensó todos los músculos hasta que, con un

bufido de consentimiento, dejó que las primeras reses entraran a paso lánguido.

Contuvo la respiración mientras su vaca se acercaba a la entrada de la caverna; en el último momento, se agarró a ella con brazos y piernas y se dejó caer por un costado del animal hasta quedar colgando debajo del vientre, asiéndose con ambas manos a su pelaje de olor acre. El dragón pasó la cabeza por encima de la vaca, pero se limitó a suspirar, de modo que una chispa iluminó las paredes de la cueva. Las reses se adentraron por el pasaje, doblaron un recodo y avanzaron por un camino alumbrado por el poco sol que se colaba entre las grietas de la roca, por encima de ellos.

En cuanto perdieron de vista al dragón, Anya se soltó y cayó al suelo con un golpe sordo. Christopher siguió su ejemplo.

—¿Tienes luz? —susurró.

Anya asintió. Se sacó del bolsillo la pluma de fénix que Koo le había llevado y, cuando la partió, el cálamo empezó a emitir un tenue brillo rojizo.

Sin embargo, había olvidado que una pluma de fénix rota no solo despide luz, sino también un intenso olor a fuegos artificiales y hogueras.

A sus espaldas se oyó un fuerte olfateo; una aspiración profunda e inquisitorial.

Y entonces, de improviso, un potente fogonazo se precipitó hacia ellos por el pasadizo de piedra. Con un bramido de espanto, las vacas rezagadas huyeron montaña adentro en medio de un golpeteo de cascos ensordecedor.

—¡Corred! —gritó Jacques.

Y corrieron, impulsándose al máximo con las piernas, tropezando con algunas rocas sueltas mientras rugían las llamas tras ellos. Gallia profirió un chillido.

—¡Gallia! —Anya se giró y le tendió los brazos al ave, que voló hacia ellos.

—Solo estoy un poco chamuscada —croó—. No asada.

Prosiguieron su carrera hacia abajo, hacia las entrañas de la gruta, hasta que llegaron a una bifurcación. El camino de la izquierda era ancho, y el otro, muy estrecho, descendía hacia las tinieblas; seguramente fuera demasiado angosto para que el dragón pudiera seguirlos, pero si se trataba de una vía sin salida, estarían perdidos.

Anya no soportaba la idea de agacharse para internarse en un pasadizo oscuro; estaba poseída por el pánico y por la velocidad. Lo mismo pensaba Christopher.

—¿A la izquierda? —preguntó, y siguieron adelante a toda marcha, rozando las paredes de piedra.

De pronto, salieron a una gruta pequeña. Las reses se habían reunido allí, y se apretujaron entre ellas. El dragón se detuvo, confundido, volviendo de un lado a otro la ciega cabeza para intentar detectar su olor.

Esto les dio algo de margen. Christopher extrajo del bolsillo un objeto alargado, curvo y liso: un diente de esfinge. Ante la mirada atónita de Anya, lanzó un grito, esta vez en la antigua lengua de los dragones de alas rojas.

—¡Espera! —dijo—. Te suplicamos que nos perdones por haber entrado sin tu permiso.

El dragón estaba jadeando, al borde de la locura. Era como contemplar a un perro rabioso con el poderío de un planeta.

—Hemos venido en busca de la dragona Sarkany —prosiguió Christopher en su propio idioma—. Ella me mandó llamar.

—¿Sarkany? —dijo el dragón en un tono siniestro.

—¡Sí! Me ha pedido que venga. Soy de las Tierras Comunes; necesita ayuda y ha recurrido a mí porque no confía en ningún

hombre o criatura del Archipiélago. —Anya le dio unos golpecitos con el codo, impaciente—. Y también he venido para pedirle que nos preste ayuda a su vez —agregó.

—¿Ayuda? —dijo la bestia con asco en la voz—. ¿Pretendéis que un dragón ayude a unos humanos? Os enseñaré la ayuda que merecéis. Seguidme. —Les volvió la espalda, pero, cuando Anya y Christopher echaron a andar tras él, espetó—: ¡No os acerquéis demasiado! No soporto vuestro olor.

El dragón encabezó la marcha, a cuatro patas, con las alas plegadas sobre su gigantesca mole. Ir detrás de él era como seguir un terremoto; el suelo se estremecía a su paso.

Anya advirtió que, de vez en cuando, pasaban por encima de unas pocas monedas de oro desperdigadas.

Jacques también reparó en ello.

—Hermano —dijo, volando hasta el suelo para olisquearlas—. ¿Dónde está tu oro? Los tesoros de estas montañas son legendarios. ¿Cómo es que solo tienes estas míseras monedas?

—Ya lo veréis —respondió el dragón—. No habléis. Seguidme en silencio.

Los guio por un largo pasadizo, que se ensanchó hasta convertirse en la boca de una cueva tan gigantesca que a Anya le pareció que en su interior cabrían mil humanos. El techo presentaba varios agujeros que se abrían al cielo; justo debajo de una grieta en la roca había un pequeño lago.

Allí, en el corazón de la gruta, yacían cinco dragones.

Semejaban esculturas rojas y negras de una belleza indescriptible; las últimas grandes creaciones de un dios perfeccionista. No se movían.

Al principio, Anya no entendía qué estaba viendo; eran tan grandes y estaban tan quietos... Pero, poco a poco, fue

comprendiendo la sombría realidad.

—No —jadeó—. ¡No, no, no, no!

Se encontraba ante el escenario de una masacre.

Era imposible. Dejó escapar un sollozo, y Gallia apretó la cabeza contra su mejilla.

Jacques, que había volado hasta posarse en el hombro de Christopher, temblaba con violencia. Intentó hablar, pero apenas podía articular palabras.

—El olor... —musitó—. El-el o-olor.

Christopher hizo un ruido como si fuera a vomitar. Avanzó hacia los dragones.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —dijo. Anya notó que tenía la voz llorosa.

—Por los humanos —espetó el dragón ciego—. Por la repugnante arrogancia y la codicia de los humanos.

Anya se acercó a los descomunales cuerpos rojos. Unas monedas sueltas tintinearon bajo sus pies.

Eran los restos de algo aterrador, salvaje e imponente. Habían vivido miles de años. Habían sido titanes. Todo su conocimiento y su sabiduría, todo su afán por volar, reproducirse, cazar y perdurar, todo aquello que rebosaba vida les había sido arrebatado.

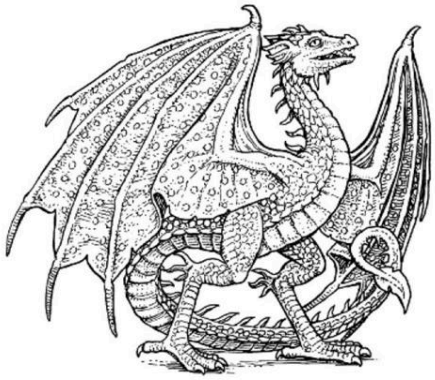
—Tengo que poner fin a esto —oyó susurrar a Christopher—. Soy un guardián.

Con cautela, temerosa de que solo estuviera durmiendo, Anya tocó al más grande de los cadáveres con la punta del dedo... y luego con la palma de la mano. Se quitó el collar de plata y suspendió el disco bajo las fosas nasales del dragón. El metal plateado no se empañó; no había respiración.

—Es Sarkany. Está muerta —dijo el ciego con amargura—. Ya nunca despertará.

La dragona tenía la piel fría y las escamas duras. Anya deslizó la mano por su cuello y contempló su enorme cara escamosa y sin vida. Aunque Sarkany tenía los ojos cerrados, su boca había quedado entreabierta. Los dientes, tan largos como el antebrazo de Anya y afilados como cuchillos, estaban a la vista. Cerca de la boca se percibía un olor acre.

Un olor que le resultaba familiar.



ARACH

El recuerdo la golpeó como un mazazo. Era el mismo olor a muerte que se respiraba en el dormitorio de su abuelo.

De modo que así habían asesinado a los grandes dragones.

—Es veneno —dijo con un hilillo de voz.

—Pero no puede ser —protestó Christopher—. Según Jacques, en el Archipiélago no hay venenos capaces de matar a un dragón.

Corrió hacia el siguiente cuerpo; despedía un olor tenue como una brisa, pero a ella no le cupo la menor duda de que era el mismo. Y ahora que lo había identificado, lo percibía por toda la cueva, incluso a pesar del fuego y del humo resultantes del ataque del dragón ciego.

Christopher se puso en cuclillas a la orilla del lago.

—Anya —la llamó—. Ven aquí.

Ella se arrodilló a su lado. El chico se inclinó sobre la superficie y la olfateó. Hizo ademán de sumergir la mano para llevarse un poco de agua a la boca...

—¡No! —Anya le apartó la mano de una palmada—. ¡Ni la toques! Reconozco ese olor. Es el veneno de mi tío.

—¿Qué? —dijo Christopher.

—La sustancia que utilizó para matar a mi abuelo.

—Pero... ¿por qué?

La rabia se iba acumulando en el cuerpo de Anya.

—Por el oro. —Dijo con un nudo en la garganta—. Durante el último año nos enriquecimos. Antes en el castillo siempre hacía frío. Entonces Claude ocupó el cargo de tesorero y de pronto se celebraban bailes, se encendían todas las chimeneas, obtuvimos ropa nueva, copas de oro, centauros músicos... y soldados. Soldados por todas partes. —Notó que el horror de lo que estaba contando se apoderaba de ambos—. Él envenenó a los dragones para comprarse un ejército.

—¡Mercenarios! —graznó Gallia—. ¡En Dousha! Un ejército de hombres dispuestos a matar por dinero, ¡en mi isla! —Batió las alas en una gran exhibición de desprecio—. Tendría que haberlo imaginado. Quiere la guerra. En tiempos tumultuosos, la gente no clama tanto por las libertades como cuando reina la paz. —Su tono destilaba una rabia que Anya nunca le había oído—. Matar con veneno es de cobardes.

«Una prueba», dijo una voz en el fondo de la mente de Anya. Con un movimiento rápido pero cuidadoso, se arrancó una tira del vestido y la mojó en el lago, procurando no tocar el agua. Tras envolver la tira en otro trozo de tela, se la guardó en lo más hondo del bolsillo.

Christopher iba de dragón en dragón, apretando el rostro contra el de ellos.

—¿Cuándo ocurrió esto? —le preguntó al ciego.

—Hace varias semanas —respondió este—. Vertieron el veneno montaña arriba, en el arroyo que discurre por el corazón de nuestra cueva. No les hizo falta acercarse; si lo hubieran hecho, los

habríamos matado en el acto. Simplemente convirtieron el agua en un arma y esperaron a que mi clan pereciera. Cuando mi familia quedó inerte y en silencio, vinieron unos hombres a llevarse nuestro tesoro. Había oro a espuertas; zigurats, cascadas, montañas de oro. Sarkany poseía riquezas que no imaginaríais: miles de monedas, armaduras del mismo metal precioso, diamantes lo bastante grandes para obstruirle las fauces a una mantícora. —Tras una aspiración profunda y áspera, añadió—: ¿Sabéis por qué los dragones atesoramos oro?

Aguardaron en un silencio expectante. El dragón crispó el rostro antes de continuar.

—No es solo porque nos guste, aunque sí: nos encanta su resplandor, su peso frío. Es porque los dragones hemos vivido mucho tiempo y conocemos el mundo y a la humanidad. No hay que dejar que los humanos hagan acopio de riquezas. Eso los corrompe. Ninguna criatura está a salvo en un mundo en que algún humano posee una cantidad ilimitada de oro. Eso solo conduce al caos, y los dragones mantenemos el caos a raya.

—¿Y a ti qué te sucedió? —quiso saber Christopher.

—Bebí muy poca agua, por lo que no me mató al instante. Me desplomé en el suelo, entumecido y paralizado, incapaz de arrojar fuego. Más tarde me levanté, ciego, y encontré a mi familia muerta. Sin embargo, noto que el veneno aún me corre por las venas. No sobreviviré muchos días más.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Anya.

El dragón inspiró con brusquedad.

—Los dragones somos reacios a revelar nuestro nombre a los humanos. Pero me estoy muriendo, y, aunque mis parientes no pervivirán para transmitir mi nombre a la posteridad, me gustaría

que se recordara: Arach. Los otros se llamaban Sarkany, Lohikäärme, Drache, Drek y Gota.

Christopher se acercó de nuevo a los dragones muertos. Fue cerrándoles los ojos uno por uno mientras pronunciaba su nombre. Arach volvió la cabeza al oírlo, y un sonido grave y ronco brotó de su garganta: un estallido de dolor.

—Sé quién ha hecho esto —dijo Anya—. Lo mataré. —Quería pedir disculpas, pero «lo siento» se le antojaba demasiado suave—. Acabaré con él. Os vengaré.

El dragón ciego inclinó la cabeza hacia ella.

—Acércate, niña humana. Ven.

Anya lo miró con fijeza.

—¡Acércate! No te quemaré, a menos que me desobedezcas y no vengas. Llevas algo en la mano. Lo huelo. ¿Qué es?

—Es solo... un colgante. Un disco de plata. Me lo dejó mi madre.

—No es un colgante. Acércamelo a la boca. Quiero probarlo.

Anya se aproximó, tendiéndole el collar.

Una lengua puntiaguda salió disparada, y Anya notó que estaba rasposa y caliente cuando le rozó la mano para palpar el metal. El dragón soltó un gruñido cavernoso que sacudió las entrañas de la tierra.

—¡Humanos! ¡Vuestra ignorancia me asombra! ¡Nunca sabéis lo que tenéis en las manos! Eso no es plata, sino obsidiana de dragón —dijo Arach—. Es un locuilán.

—¿Un loc... qué? —dijo Christopher.

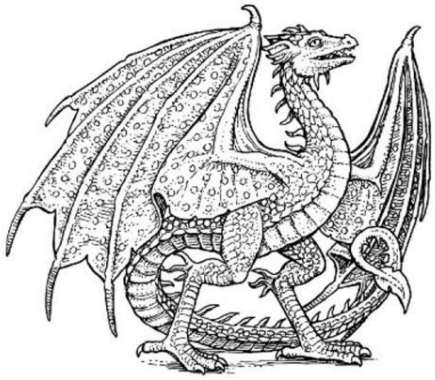
—Un locuilán. Son muy difíciles de encontrar. Te muestran el futuro que deseas y cómo alcanzarlo.

Anya sostuvo su preciado collar familiar bajo uno de los rayos de luz que entraban por las grietas. ¿Había tenido un locuilán durante todo ese tiempo? De pequeña había escuchado historias sobre ellos,

como, por ejemplo, que, cientos de años atrás, una reina de la isla de Dousha se había valido de uno para saber cómo ganarse el corazón de su amado, con el que luego se había casado y había tenido siete hijos. También decían que se habían utilizado para resolver problemas matemáticos muy complejos, encontrar remedios para enfermedades o ganar batallas.

Mientras lo sujetaba en la mano, Anya notó que el ardor que sentía en la garganta se tornaba más áspero e intenso.

—Úsalo —la animó Arach, arrimando la cabeza a la suya, hasta que ella vio el brillo de sus dientes—. Úsalo para vengarnos.



EL LOCUILÁN

Anya aferró su collar con fuerza mientras salían de la caverna convertida en tumba.

—¿Cómo lo ha llamado? —preguntó Christopher cuando emergieron a la luz del día. Ella volvió la palma hacia arriba y le mostró el pequeño círculo que relucía bajo el sol. Estaba empapado de saliva de dragón.

—Locuilán. —Después de limpiarlo con la manga, se lo colgó del cuello. Se preguntó si su madre sabía lo que era... o si también había creído que se trataba de un simple collar—. Te muestra el futuro.

—No, no es así —intervino una voz baja pero tajante—. Eso es una falsedad. —Era Naravirala, agazapada entre los arbustos de la llanura; las vacas la rehuían.

—¡Naravirala! ¿No decías que tenías que mantenerte alejada? —dijo Christopher.

—Tardabais demasiado en volver. Si os hubierais entretenido más, habría entrado en la cueva a buscaros.

—¿Y arriesgarte a que te mataran? —preguntó él.

La esfinge le apoyó una enorme pata en el pecho.

—Sí.

Anya arrugó el entrecejo.

—¿Cómo que los locuilanes no predicen el futuro? —preguntó—. ¡Claro que lo hacen!

—El futuro no está escrito; lo escribimos nosotros. El locuilán muestra uno de los futuros posibles, ese con el que sueña cada uno, y cómo hacerlo realidad. No es el futuro en sí; no hay nada en todo el Archipiélago que pueda predecir lo que vendrá con certeza.

Pero eso a Anya le daba igual. Era buscarle tres pies al gato cuando su cuerpo entero ansiaba entrar en acción.

—Si pudiéramos activarlo y conseguir que me mostrara el porvenir con el que sueño..., ¡me revelaría cómo rescatar a mi padre! ¡Me enseñaría una imagen de mí misma encontrando la prueba de que Claude es un asesino!

Gallia le propinó un fuerte picotazo.

—La adivinación no funciona así, Anya. Más vale dejar los locuilanes al cuidado de los dragones. Pueden hacer enloquecer a las personas al infundirles el anhelo de un futuro que tal vez nunca llegue. Las vuelven brutales en su búsqueda de las cosas que creen que les han prometido. Nadie tiene derecho a un cierto porvenir.

—Pero el dragón me ha animado a que lo use. —Anya alargó la mano para tocar el locuilán y cerró el puño sobre él. Se negaba a soltarlo. En cuanto regresara a Glimt, encontraría la manera de utilizarlo para sus fines.

Naravirala volaba con fuerza y rapidez, sin pararse a descansar. Sus alas se agitaban de forma incesante, hora tras hora, y Anya iba sentada sobre su lomo, con el rugido del viento en los oídos.

Irian y Nighthand los esperaban en el césped, tensos e inquietos. No estaban solos.

Naravirala detuvo su aleteo al ver a la criatura que se encontraba con ellos. Cuando consiguió estabilizarse, descendió planeando con suavidad hasta tocar tierra.

Era otra esfinge. Incluso desde el cielo, Anya pudo ver que era mucho más joven que Naravirala, y que tenía una expresión de rabia e impaciencia.

—Belhib —lo saludó esta mientras avanzaba hacia él sobre la hierba.

El aludido le dedicó una reverencia gatuna, reclinándose sobre sus grandes ancas y bajando el hocico hacia el suelo.

—Madre.

—¿Qué ha pasado? Te avisé de que tenía que ocuparme de asuntos relacionados con humanos y dragones y que regresaría en cuanto...

—¡Tienes que ocuparte de un asunto relacionado con las esfinges, madre! —dijo Belhib, sin aliento, no por el cansancio, sino por la ira —. Ha muerto una esfinge. No en nuestro lado de la montaña, sino en Leodwynn. La han encontrado junto a un arroyo, cerca de una cueva de dragones. Era joven, tenía muchas ganas de comprender lo que ocurre. Creo que fue a investigar la causa de la oleada de fallecimientos que están sufriendo los dragones. Y ahora ella misma ha perdido la vida. Nuestro pueblo clama por tu regreso, pues, de lo contrario...

—Iré —lo interrumpió Naravirala. Se volvió hacia Anya y Christopher—. Lo siento. No puedo quedarme con vosotros. —Lamió las quemaduras que el fuego del dragón había dejado en los brazos y en el rostro de Anya, que quedó maravillada por el alivio inmediato y total que esto le proporcionó. Atender a Christopher le llevó más

tiempo, pues sus quemaduras eran más profundas. Lo miró con severidad antes de decir—: Adiós. Id adentro. Tengo que hablar con Irian y Nighthand.

—¿Por qué? —protestó Christopher.

—Queremos oír —dijo Anya.

Pero la mirada de la esfinge, con un ojo entornado y una torsión del rabo, los hizo callar. La cola retorcida de una esfinge no admite réplica.

Una vez que se marcharon, Naravirala se dirigió a Irian y a Nighthand.

—¿Cómo va la búsqueda? Las esfinges sabemos lo que andáis tratando de encontrar; nosotros también andamos en pos de lo mismo.

Irian negó con la cabeza.

—No hemos encontrado nada. Pero no perdemos la esperanza. Ratwin ha oído murmullos en el este, y corren rumores entre las nereidas.

—Pues entonces os deseo buena suerte. Es fundamental que lo encontréis antes que otros menos escrupulosos.

—Lo sé —dijo Nighthand—. No pienso en nada más.

La esfinge esbozó una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes afilados.

—¿En nada? —Desplazó la vista de Nighthand a Irian antes de posarla de nuevo en él—. Si me entero de alguna noticia, os enviaré un mensaje por las ratatoskas. —La esfinge desplegó las alas—. Cuidad el uno del otro. Las estrellas indican que habrá aún más sangre y caos.

Anya le hizo señas a Christopher para que la siguiera hasta su habitación en el palacio. Una vez allí, fue a sentarse en el banco empotrado bajo la ventana. Tras quitarse el locuilán del cuello, lo observó contra la luz.

—¿Me dejas verlo? —preguntó Christopher. Le dio la vuelta entre los dedos—. ¿Siempre ha tenido esta inscripción?

—¿Qué? —Anya se lo arrebató.

—¡La saliva de dragón! —exclamó Christopher—. Debe de haber limpiado el metal.

En el contorno del disco habían aparecido unos trazos grabados; quizá palabras, aunque no estaban escritas en un alfabeto que Anya conociera.

—¡Tal vez sean instrucciones que expliquen cómo se usa! —exclamó.

—Un momento... ¡A lo mejor consigo descifrarlo con el diente de esfinge! —Pero, por más que Christopher lo intentó, la inscripción continuó siendo ilegible.

Gallia se acercó volando para echar un vistazo.

—Me parece que esa leyenda está en kentaviano —observó—. Es el idioma de los centauros. Preguntádselo a Irian, ella es experta en eso.

Sin embargo, cuando encontraron a Irian en su estudio, no fue capaz de leerlo. Hizo girar el disco entre las manos.

—No creo que sea buena idea utilizar el locuilán, Anya. Mira: estoy elaborando una lista de personas que pueden ayudarnos: magos, dríades, el Senado Volador, presidentes, consejeros...

—¡No! ¡No tenemos tiempo! ¡Hay que usar el locuilán!

Irian suspiró.

—Si te empeñas en utilizarlo, lo que necesitas es un libro, un diccionario de kentaviano. Pero no es fácil de encontrar.

—Para ti la solución siempre está en los libros —exclamó Nighthand—. Si te toparas con una mantícora, seguro que intentarías leerle alguno —añadió, pero con una sonrisa en los labios.

—¿Hay algún diccionario en el palacio? —inquirió Christopher.

Irian negó con la cabeza.

—No había un solo libro cuando llegamos; los que veis aquí los traje yo.

Ratwin se lamió una pata y la frotó contra su cuerno con altivez.

—Os lo dije. La biblioteca de Glimt desapareció sin dejar ni rastro. Las ratatoskas dicen que hay una puerta secreta que conduce a ella.

—Sí —añadió Nighthand—, pero también dicen que una vez me desayuné un karkadann y, aunque me siento halagado por ello, es mentira.

Anya clavó los ojos en la pequeña ratatoska, que le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Yo creo a Ratwin —declaró—. Opino que deberíamos buscar la biblioteca perdida.

—Ya la hemos buscado —repuso Nighthand—. Y no la hemos encontrado.

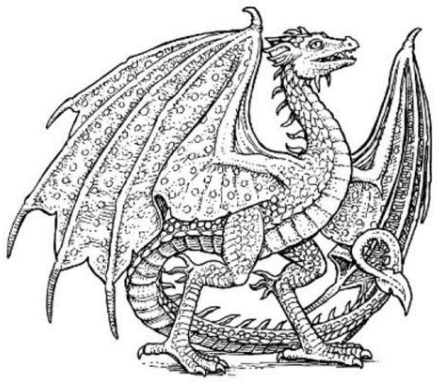
—Pero ¡no contabais con nosotros! —objetó Anya—. No teníais ni a Christopher, ni a un dragón jáculo ni a dos gaganas. Estas aves tienen la vista tan aguda como el pico. Y tampoco contabais conmigo.

Ratwin dio un saltito de júbilo.

—¡Vamos! ¡A la caza de la bibliotecaza! —exclamó—. A ti te gusta cazar, Nighthand.

—Solo cosas que puedo cocinar y comerme. No nací para buscar agujas en pajares, pero... —Dirigió la vista hacia Irian, que lo miró a los ojos y le dedicó una sonrisa fugaz que provocó que se le

ruborizaran la frente y el cuello—. En estas circunstancias, puedo hacer una excepción.



LA PUERTA SECRETA

Anya arrancó a correr con las gaganas anidadas en su cabello; Christopher y los demás la siguieron. Era estupendo estar haciendo algo por fin. Cuando se detuvo, creyó que se ahogaba.

—¿Podemos ir al salón de banquetes primero? —pidió.

Allí había tres enormes mesas de roble y una chimenea tallada en mármol en la que habrían cabido diez Anyas. Dentro había un atizador de hierro, un tenedor para asar y una horrenda estatua de piedra de un caparazón de tortuga erizado de púas.

Anya corría de un enorme cuadro a otro, levantándolos para echar una ojeada detrás de ellos en busca de aberturas. De pronto, pegó un grito: la estatua se había movido, y le habían salido seis patas y una cabeza de león. Echó a andar hacia ella, olfateando el aire con avidez.

—¡Ah! La tarasca —dijo Nighthand. Se abalanzó hacia Anya para interponer su voluminoso cuerpo entre la criatura y ella—. Me había olvidado de que estaba aquí. Perdió la cola en una batalla, y Ratwin nos la trajo.

—Debería haberla dejado allí —dijo la ratatoska—. No me ha dado ni las gracias. Tiene cero modales y educación.

La tarasca se acercó con paso pesado a Anya, que se quedó muy quieta mientras la bestia le olía los pies.

—Pueden ser buenas aliadas, pero son misántropas por naturaleza —dijo Irian.

—En eso nos parecemos mucho —comentó Nighthand—. Y, como yo, comen cualquier cosa, lo que puede resultar útil. Pero a esta la estamos manteniendo apartada de las otras criaturas hasta que aprenda a no enfurecerse por la existencia de otros seres vivos aparte de ella misma.

Con un bufido, la tarasca se encaminó hacia Christopher.

El chico estaba contemplando los retratos de la familia Trevasse. El más reciente tenía un letrero que llevaba escrito en la parte inferior el nombre «Anja Trevasse». Descolgó la pintura y se la entregó a la tarasca.

—La cena —dijo. La criatura se retiró a la chimenea con el cuadro en la boca.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Anya.

—Es una larga historia —dijo Christopher.

—Cuéntamela —pidió ella.

Y él se la contó mientras caminaban por el palacio. Le habló de su primer viaje por el Archipiélago y de Mal Arvorian, la Inmortal. Anya lo escuchaba, y de pronto volvió a sentirse cohibida ante Christopher. Observó cómo cargaba con Jacques al avanzar por el pasillo; su amistad era algo por lo que valdría la pena luchar.

Recorrieron una serie de estancias señoriales.

—La sala de recepción —anunció Nighthand, abriendo una puerta de un empujón. Las paredes estaban cubiertas de tapices, y dos caladrius de plumaje blanco como la nieve estaban posados sobre la

barra de las cortinas, pero no había puertas ocultas—. Son buenos pájaros, los caladrius. Curan a los enfermos, pero solo si ellos quieren. Y no alivian las resacas, eso hace mucho que lo aprendí.

En la sala de juegos, una hercinia radiante que anidaba en el centro de una mesa de billar chasqueó el pico al verlos.

—Ni rastro de bibliotecas secretas —dijo Christopher.

Anya empezaba a desmoralizarse cuando, después de recorrer una decena de estancias, pasaron al salón principal. El sofá estaba ocupado por la figura dormida de un peritio, un hermoso ciervo alado pardo.

A Anya le pareció la estancia más bonita de las que habían explorado hasta entonces. Espaciosa y aireada, tenía las paredes revestidas de seda. En una de ellas estaba colgado el cuadro más grande que había visto en su vida, que representaba un unicornio a tamaño natural que golpeaba con los cascos una puerta en un jardín cercado.

Al examinarlo más de cerca, le trajo recuerdos del jardín de su hogar y de las tardes que había pasado con su padre cavando en la tierra; alzó a Koo para que lo viera.

Gallia aterrizó en lo alto del marco y lo contempló cabeza abajo, entrecerrando sus centelleantes ojos. De pronto, bajó en picado y comenzó a golpetear con el afilado pico la parte del lienzo en la que estaban pintadas las bisagras de la puerta.

—Pero ¿qué haces, Gallia? —dijo Anya—. ¡Para!

La gagana siguió lanzando picotazos a los goznes pintados. Las gruesas capas de óleo empezaron a descascarillarse y a caer al suelo. Debajo se entreveía algo que despedía un brillo metálico: una bisagra plateada.

Anya se quedó mirándola.

—¡Es una puerta de verdad!

Aunque la puerta del cuadro no tenía pomo, cerradura ni llave, el gozne era de plata auténtica, y el lienzo estaba ligeramente hundido alrededor de la cancela pintada.

Sin pedir permiso, Anya clavó las uñas en la tela en torno a los bordes de la puerta. No consiguió abrirla. Christopher insertó la punta de su espada en el hueco e hizo palanca, pero tampoco tuvo éxito.

—¡Espera! —dijo Anya antes de encaminarse a toda velocidad hacia su habitación para buscar la lata en la que había transportado a Koo. Este y Gallia la siguieron, volando a poca distancia de ella en actitud protectora.

Encontró los dos tallos de rascovnic que le quedaban, cada uno con cinco delicadas hojas. Agarró uno y se apresuró a bajar por la majestuosa escalinata.

Mientras corría, iba frotando las hojas con los dedos para extraerles el jugo, de olor tan intenso como un perfume. Era el aroma de la lluvia sobre la tierra caliente, lo que la trasladó de inmediato al jardín de su padre. Tropezó y estuvo a punto de caerse de bruces.

Inclinó la cabeza a la izquierda dos veces, una vez hacia arriba y la torció hacia un lado, lo que significaba «ya voy, papá».

Una vez de vuelta en el salón principal, mientras Nighthand la miraba con escepticismo y Koo con adoración, Anya restregó la planta contra las bisagras y, luego, lo que quedaba contra el contorno de la puerta, desgarrando el lienzo.

—¿Qué te ha hecho el arte para que estés tan empeñada en destrozar mi cuadro? —preguntó el berserker.

Nada ocurrió.

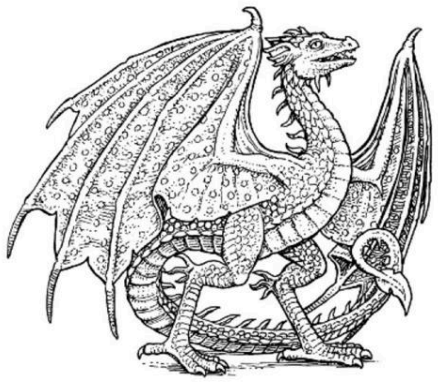
—No ha funcionado —observó Anya con un hilillo de voz. Había estropeado la pintura por su impaciencia, y todo para nada.

Gallia soltó un graznido y giró la cabeza setenta grados a la izquierda, lo que quería decir «esperanza, quizá, tal vez, posiblemente».

—Ni siquiera estoy muy seguro de que haya habido nunca una biblio... —empezó a decir Nighthand, pero lo interrumpió un fuerte estruendo, una mezcla de crujidos y chirridos procedentes de debajo de sus pies.

La puerta se abrió de golpe, rasgando la pintura. Al otro lado había... un vacío. Un techo bajo sobre un inmenso agujero negro.

—¡Agarrarsus, que vienen curvilíneas! —exclamó Ratwin cuando el suelo empezó a temblar.



LA BIBLIOTECA DESCUBIERTA

El techo bajo comenzó a subir, lentamente al principio y luego cada vez más rápido, hasta que unos muros brotaron del agujero a una velocidad de vértigo, disparados hacia arriba en medio de una lluvia de yeso. Se elevaron tres, cinco, diez, doce metros, y al poco rato Anya tenía ante sí la parte interior de una torre, amplia como un salón de baile y con una altura de veinte metros. Al fin, los muros dejaron de moverse, aunque seguían vibrando.

La polvareda hizo estornudar a Ratwin.

—No diré «os lo dije» —declaró—. Pero sí «viva yo y la madre que me parió».

Entraron juntos en la sala. Anya torció el cuello para mirar las paredes, que estaban cubiertas hasta el techo, casi invisible, de...

—Libros —jadeó Irian Guinne.

Había tomos enormes encuadernados en piel marrón, ejemplares pequeños forrados de seda azul y algodón rojo oscuro, lomos con incrustaciones de piedras preciosas y letras doradas, impresos en papel blanco, color crema, plata y verde. Había una decena de

escaleras de mano a lo largo de las estanterías, afincadas en su sitio por medio de sujeciones de latón.

—Así que habéis encontrado la biblioteca —dijo una voz por encima de sus cabezas.

Anya se giró para mirar: en lo alto de la torre, una figura vigilante volaba en círculos lentos.

—La mujer que había antes, que tenía mucho amor por el dinero y muy poca curiosidad, nunca dio con ella. —Quien hablaba descendió de golpe hasta posarse en un estante, por encima de sus cabezas.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Irian.

—La bibliotecaria —respondió la voz cortante—. Custodio los libros.

Sin embargo, Anya ya sabía quién era. La criatura tenía un arrugado rostro de mujer, con el cabello oscuro recogido hacia atrás, ojos penetrantes y severos y labios anchos y rojos. Su cuerpo, en cambio, era el de un ave de plumas castañas y afiladas garras.

—Una arpía —oyó decir a Christopher con voz ahogada, y, por una vez, Jacques se quedó mudo de la estupefacción.

—Podéis entrar —dijo la arpía—. Y también leer, pero no está permitido sacar libros sin mi permiso.

—¿Cómo es posible que esto haya permanecido oculto...? —preguntó Irian.

—La biblioteca lleva más de cien años guardada en las profundidades de la tierra. La familia Trevasse de los primeros tiempos era conocida por sus conflictos internos, su afición a la usura y su estupidez en general. Mis libros poseen un valor extraordinario; llegó a hablarse de venderlos. —Infló las ventanas de la nariz—. Uno de los Trevasse más prudentes llegó a la conclusión de que lo más seguro sería esconderlos, y gastó una enorme cantidad de dinero en construir un mecanismo a tal fin. Una

biblioteca es algo muy valioso que hay que preservar. Desde entonces, la biblioteca y yo hemos estado esperando a que alguien la liberara. —La arpía voló hacia arriba y olfateó uno de los volúmenes. Parecía un general pasando revista a las filas de soldados de papel—. He hecho lo posible por protegerla del polvo, pero me temo que el desprendimiento del yeso habrá causado daños. Me llevará un tiempo restaurarla.

—¿Cómo se llama usted, señora? —preguntó Nighthand.

—Aélope. Yo sé cómo os llamáis vosotros: Fidens Nighthand e Irian Guinne. He estado aquí, observándoos, desde que llegasteis. —Los miró uno a uno con detenimiento—. Debería prohibir la entrada del dragón en mi biblioteca, pero tengo entendido que no puede hacer fuego.

Jacques la fulminó con la mirada.

—Aun así, podría causar estragos, señora. Le aconsejo que no lo olvide.

—Al primero que intente causar estragos en mi biblioteca le arranco el hígado. Y lo mismo va por quien doble las hojas o garabatee notas en los márgenes.

Anya los dejó discutiendo y, paseándose por la sala, deslizó las manos por los estantes sujetando el locuilán en una de ellas. Las filas más bajas estaban a ras del suelo, y los libros, apretujados entre sí, tenían títulos en todos los idiomas que ella era capaz de reconocer y en muchos más: latín, árabe, esfingés, litio arcaico y francés antiguo. Sin embargo, ninguno estaba en la lengua que buscaba.

—¿Puedo ayudarla?

Oyó un ruido a sus pies y apareció una cara de ratón con una expresión de cortesía palaciega y largos bigotes.

—Soy Meridarpax —se presentó—. Ratón batracomiomaquiano y ayudante de biblioteca.

—Yo lo llamo Meri —dijo la arpía—. Me echa una mano con las tareas esenciales, como limpiar o catalogar. A cambio, yo no me lo como.

—Supondría un gran alivio para mí que me permitiera ayudarla, dado que soy ayudante de biblioteca —se ofreció Meri, que hablaba el doble de rápido que cualquier humano—. Anhelo ayudar con bravura, pero se me presentan muy pocas oportunidades. —Olisqueó los pies de Anya y las botas de Christopher, meneando los bigotes y correteando entre los dos—. ¡Y ahora, usted! ¡Ah, tengo una plétora de magníficos textos académicos que podrían interesarle! ¿Le gustaría, por ejemplo, leer sobre las manzanas doradas del árbol Peridexion, que protegen del fuego de los dragones? Puedo traerle un libro que narra la historia de cómo se separó el Archipiélago del resto del mundo después del asedio de Troya. ¿Le muestro un volumen con incrustaciones de diamantes en la cubierta? ¿La receta de un tentador queso azul, tal vez?

Koo, de pie sobre la cabeza de Anya, bajó sus ojos, pequeños y vivarachos, hacia el ratón.

—Mío —dijo.

—No —lo corrigió Anya—. No es tuyo. —Tomó un largo mechón de su cabello y lo enrolló en torno al tobillo de Koo para que no pudiera echar a volar—. Buscamos un diccionario —le dijo al ratón, acercándole el locuilán a la inquieta naricilla—. ¿Reconoces este idioma?

—Creemos que está en la lengua de los centauros —añadió Christopher.

—Es un dialecto del kentaviano —observó el ratón—. Tengo un diccionario bilingüe. ¡Enseguida vuelvo! Los ayudaré con cada fibra

de mi alma.

El roedor se alejó corriendo por el suelo, trepó por una estantería y se situó tras un voluminoso libro encuadernado en piel azul. Empujándolo con todas sus fuerzas, consiguió apartarlo siete centímetros de la pared.

Christopher lo agarró.

—Gracias —dijo—. Ha sido una ayuda genial.

Al fondo de la biblioteca había un asiento bajo una ventana que estaba bañado en luz y yeso desprendido. Llevaron el pesado libro hasta el rincón de lectura.

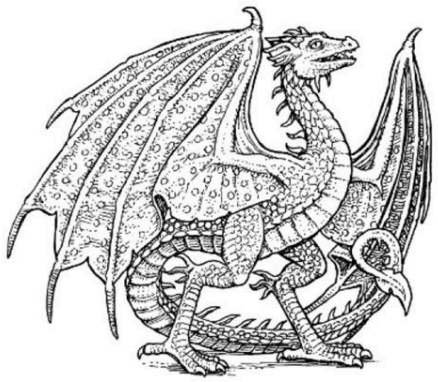
—¿Podrías traernos papel y una pluma? —le preguntó Anya a Meri.

—¡Será un inmenso placer! ¿Papel de celulosa, pergamino de seda pegasiana, un rollo de papiro? En cuanto a la tinta, ¿qué color prefieren? ¿Marrón castaña, negro piedra o escupitajo de kappa?

—El que sea. Escoge tú. —El ratón se marchó a toda mecha, murmurando de gusto, y regresó con una pluma de hercinia luminosa y un cuaderno con tapas de piel.

Les llevó un buen rato traducir el texto grabado en el contorno del locuilán de Anya. Jacques acudió volando a ayudarlos, batiendo las alas con impaciencia. Al final, Christopher leyó en voz alta:

Doce perlas para el mañana,
el tiempo rasgado a corta edad,
ofrezco a hombre y a alimaña
una versión de la verdad.



EL LIBRO PROHIBIDO

Jacques resopló indignado.

—Eso parece una poesía —advirtió.

—¿No te gustan los poetas?

—Bueno, me comí a uno una vez, o sea que, en ese sentido, sí. En el sentido tradicional, no. Ni un pelo. La rima me parece insultante.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Anya.

—Detesto los acertijos —dijo Jacques—. Si la gente dijera directamente lo que piensa, perderíamos menos tiempo y podríamos centrarnos en asuntos importantes.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Christopher, sonriente.

—Como comer. Y abrasar las torres más altas de las ciudades antiguas.

—A ver, léelo otra vez, Christopher —pidió Anya, mientras Irian y Nighthand se acercaban. Cuando él así lo hizo, ella le pegó una palmada al asiento, entusiasmada—. ¡Dice «perlas»! ¡Necesitamos perlas!

—Estupendo —exclamó Christopher—. Iré a buscar el collar que me pongo para las cenas de gala, si te parece.

—¡Perlas! —repitió Nighthand—. ¿Servirían unos dientes? Ya sabes, dientes blancos como perlas. Podría arrancarme unos cuantos. Los de atrás apenas los uso.

Anya se levantó de un salto y agarró el papel y la pluma.

—¡Tenemos que registrar el palacio en busca de perlas!

—¡Un momento! —saltó la arpía—. Ese cuaderno es mío. Si os lo queréis llevar, tenéis que dejar algo a cambio.

—¿Qué quieres que te dé? —preguntó Anya.

—Un libro —respondió Aélope—. Todo aquel que se lleve algo de aquí tiene que dejar en su lugar un libro. O sangre.

—Sangre —dijo Nighthand, desenvainando su cuchillo y arremangándose—. Eso es fácil. ¿Cuánta necesitas?

—¡Espera! —La idea se le ocurrió a Anya justo a tiempo—. Tengo un libro. Ni siquiera sé leerlo, así que puedes quedártelo.

Extrajo de su bolsillo el volumen encuadernado en piel de serpiente negra que se había llevado del estudio de su tío, con las runas estampadas en la cubierta. No había salido muy bien parado de su paso por el baño, pero al menos la tinta no se había corrido.

La arpía descendió volando para examinarlo. De pronto, profirió un chillido terrible, más propio de un ave que de un ser humano. Se elevó como un cohete, derribando con las alas libros y tinteros, que cayeron con gran estrépito en torno a ellos.

—¿Qué ocurre? —le gritó Anya desde abajo—. ¿Algo va mal?

Cuando la arpía descendió de nuevo, su emplumado pecho respiraba agitadamente.

—Dime de dónde sacaste ese libro.

—Es de mi tío. —Anya decidió ser sincera—. La verdad es que se lo robé.

—Es un tomo siniestro. Fue prohibido en el Archipiélago hace siglos.

—¿Prohibido? —preguntó Irian.

—Es un tratado sobre venenos. Lleva la muerte dentro. —Señaló el volumen con la punta de su enorme ala—. Mi dragónico es bastante básico, pero el jáculo podrá leerlo.

Christopher se volvió hacia su diminuto amigo.

—¿Puedes leer esto, Jacques?

Este se estremeció.

—Ni hablar.

—Por favor. Podría ser importante. Hazlo por los dragones, Jacques. Por Sarkany.

El jáculo exhaló una gran nube de humo negro, pero fue volando a posarse junto al libro.

—El título es... —Vaciló antes de continuar—. Está escrito en un dialecto antiguo, pero creo que podría traducirse como: *Sustancia maldita: destilaciones para dar muerte incluso al dragón*.

Anya y Christopher lo comprendieron al mismo tiempo.

—¡Anya!

—¡Este es el libro!

—Aquí es donde tu tío...

—Encontró la fórmula del veneno. ¡Sí!

El dragón había empezado a pasar las páginas frenéticamente, con los dientes. Su cara reflejaba una repulsión que se acentuaba con cada frase que leía. De pronto, se detuvo.

—¡Escuchad! «Hebenon o flagelo de dragones: el único veneno frente al que los dragones están indefensos». —Se volvió hacia Christopher—. ¿Este es el libro que ocasionó la muerte de Sarkany? Y los dragones caídos a lo largo y ancho de las islas, mis camaradas... ¿Este libro fue su perdición?

—Sí.

—¡Pues lo destruiré! No puedo quemarlo, pero sí... —Hizo ademán de destrozarlo con los dientes.

—¡Basta, Jacques! —dijo Irian—. La maldad no está en el libro. No radica en el conocimiento en sí. El saber no puede ser la perdición de nadie. Lo que los hombres deciden hacer con él es lo que deberías temer. Por favor, sigue leyendo. ¿De qué está hecho el veneno? Necesitamos saberlo.

—De cosas espantosas. —Con la voz entrecortada, el jáculo enumeró los ingredientes—: Un filete de ofidio. Un dedo de rana..., pelo afeitado del lomo de un murciélago. La lengua de un kludde. Un ojo de quimera. La cáscara del huevo y la sangre de una gagana recién nacida, asesinada en su primer minuto de vida...

A Anya se le escapó un grito al oír esto. Koo soltó un graznido de consternación, y ella, estrechándolo contra su pecho, pensó en el soldado que había ido a por el huevo. Eso sin duda significaba que Claude estaba preparando el veneno. Habrían matado a Koo por ello.

Le besó las alas y la cabeza.

—Un motivo más para buscar venganza —le susurró.

Jacques continuó leyendo:

—«Si el veneno se ingiere, mata al instante. Por lo demás, es inofensivo al tacto, pero precaución: no hay ungüento o jabón capaz de eliminarlo de las vestimentas o del cabello».

Anya asintió. Recordó la mancha en la ropa y en la barba de su abuelo.

—Una pregunta —le dijo Irian a la arpía—. Cuando dices que fue prohibido... ¿Quién lo prohibió? ¿Y por qué?

—El libro era demasiado peligroso. No era seguro que estuviera en manos de cualquier archipelágico, ya fuera humano o criatura. Un hombre, un matemático llamado Anstruther Magus, lo llevó a las

Tierras Comunes hace unos cien años. Lo dieron por perdido. Ignoro cómo ha regresado aquí.

—¡Espera! —Anya rebuscó entre las páginas del libro hasta sacar el cuadrado de papel—. ¡También tengo esto! «EST HIC LIBER MUSEI METROPOLITANI ARTIUM». No sé qué significa.

—Ah. —La arpía dirigió una mirada siniestra al trozo de papel, entornando sus avispados ojos—. Yo sí lo sé. Está en latín. Quiere decir que el libro acabó en el Museo Metropolitano de Arte de la ciudad de Nueva York, en el país llamado Estados Unidos. En las Tierras Comunes.

—¡Pues entonces mi tío debió de robarlo del museo! —dijo Anya —. La doctora Ferrara me comentó que hay un pasaje que se abre en Nueva York.

—Eso parece. —La arpía inclinó la cabeza—. El museo debería ser más cuidadoso con el material que custodia. Si yo pillara a un ladrón, le...

Pero Jacques la interrumpió con un gritito.

—¡Un antídoto! —Estaba de pie sobre una página llena de glifos y símbolos—. ¡Existe un antídoto! —Rascó el papel con sus diminutas garras, llevado por la emoción—. «Un contraveneno para el flagelo de dragones». ¡Y aquí dice..., dice...!

—¿Qué?

—Dice que el antídoto puede tomarse antes o después del veneno. ¡Antes! ¡Como medida profiláctica, preventiva! Esto lo explica con gran profusión de detalles..., se habla sobre la sangre y el sueño. Algo sobre una... rana de bosque, creo, aunque la tinta se ha emborronado. Pero ¡he aquí la solución!

Christopher, de pronto radiante, se volvió hacia la princesa.

—¡Anya! ¡Podemos elaborarlo ahora mismo!

Ella, en cambio, frunció el entrecejo.

—¿Ahora mismo? ¿De qué serviría? Mi abuelo y Sarkany están muertos. Es demasiado tarde.

—¡No, no lo entiendes! Podemos elaborar el antídoto, Anya, ¡y distribuirlo a todos los dragones del Archipiélago!

—Pero no hay tiempo para eso. Tenemos que encontrar las perlas. Yo debo conseguir que el locuilán funcione. Mi padre...

—Es que yo he venido por los dragones. Soy un guardián. Los dragones son mi responsabilidad.

—Pero ¡no tenemos tiempo, Christopher! —exclamó ella con ganas de zarandearlo—. ¡Mi padre podría morir!

—Y si Christopher no interviene, podrían fallecer cientos de dragones más —dijo Jacques—. ¡Tu padre es un solo hombre!

—Pero los dragones... —intentó objetar Anya.

—Los dragones son un pueblo antiguo —dijo Christopher con suavidad—. Saben cosas que nosotros nunca comprenderemos, Anya. Han visto cosas que nunca presenciaremos. Si los perdiéramos..., sería como perder un país, un continente entero.

—Para un dragón, un hombre no es más que una hormiga. —Jacques la miró sin pestañear—. Y luego está el tema del oro... Si las riquezas de los dragones acabaran en manos de un humano, vuestro mundo entero estaría en peligro. —Exhaló con fuerza, y una voluta de humo brotó de su boca—. Hace miles de años, los dragones vieron lo que ocurría cuando los hombres acumulaban oro. Entonces, asqueados, tomaron medidas. Se apoderaron del oro, valiéndose del fuego cuando era necesario, y lo guardaron ahí.

Anya extendió las manos a los costados.

—Lo sé. ¡De verdad que lo sé! Pero mi padre es... mío. —No sabía cómo explicarlo—. ¡Lo quiero! ¡Lo quiero más que a nada en el mundo! ¡Lo es todo para mí! Por eso tengo que hacer todo lo posible por ayudarlo.

—¿Solo porque es un rey? —dijo Jacques.

—¡No! ¡Odio a los reyes! ¡Es porque es mi padre, y lo quiero! ¡Esa es razón más que suficiente! Y porque juré que lo haría. —Prometió que lo salvaría, juró que se vengaría; hizo demasiadas promesas para alguien con un cuerpo tan pequeño en un mundo tan grande.

Christopher y Anya se miraron, desalentados por su repentino desacuerdo. Habían topado con el problema que subyacía en el corazón mismo de la humanidad: había demasiada necesidad en el mundo, demasiado poco tiempo, y nadie vivía para siempre. Anya lo miraba con hostilidad.

Nighthand dejó caer con brusquedad el libro que estaba leyendo, titulado: *Los berserkers a lo largo de los siglos: una historia brutal*. Se aclaró la garganta. Como no hacía nada de forma discreta, el carraspeo sonó como un golpe de timbal.

—¿Habéis terminado?

Los dos clavaron en él una mirada poco afectuosa.

—Aunque sin duda la combinación de vuestros intelectos es portentosa, ¿puedo señalar que ambos os equivocáis de medio a medio? Además, sois tontos. Os estáis enfrentando al mismo problema. Christopher, Anya necesita pararle los pies a su tío. La vida de su padre, a quien quiere más allá de lo imaginable, depende de ello. Christopher necesita salvar a los dragones. Ha volado a lomos de un gran dragón; ahora forman parte de su alma. Anya, los dragones son los custodios del oro en el Archipiélago, y es urgente que impidas que tu tío se adueñe de él. Por eso también te hace falta que los dragones sobrevivan. —Paseó la vista entre uno y otro —. Bueno, ¿lo habéis entendido, o tengo que explicároslo con una ópera en varios actos?

—Tiene razón —dijo Irian en voz baja—. Ninguno de vosotros llegará muy lejos sin la ayuda del otro. Así es como la humanidad

consigue avanzar poco a poco: colaborando.

Anya y Christopher se miraron con fijeza.

—¿Los dos, entonces? —dijo él.

—Los dos —dijo Anya—. Y juntos.

Antes de que pudieran añadir nada, la arpía, que había observado la escena con ojos astutos y escépticos, voló hasta una estantería.

—Ejem.

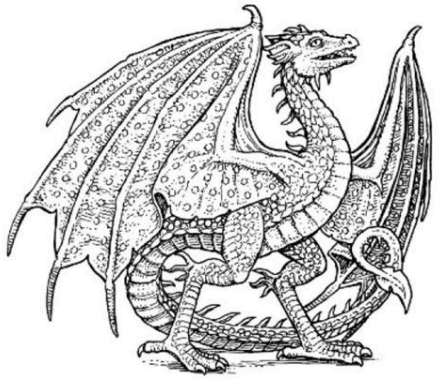
Se posó muy arriba, en el estante más alto, a veinte metros del suelo.

—Leed esto. —Sacó un libro y, después de pasar las páginas con las garras hasta encontrar la que buscaba, lo dejó caer al vacío. Anya se apartó de un salto, justo a tiempo.

Era un tomo ilustrado de criaturas marinas. Estaba abierto por la O de «ostra». Había un dibujo de una perla grande y redonda.

—A veces, muchas, en el fondo de las albuferas del jardín, hay ostrillas —dijo Ratwin—. Pero también hay otras cosas, que te mastican y se te comen viva, así que hay que andarse con ojo.

—Christopher —pidió Anya—. Tú ponte con el antídoto. Yo iré a pescar ostras.



SE DESCUBRE QUE LAS OSTRAS PARECEN Y SABEN A MOCO

Anya cruzó corriendo la rosaleda, donde el unicornio se dedicaba a comer pétalos, y bajó hacia la albufera, cuyas aguas lamían la hierba. Gallia y Koo volaban por encima de ella.

—¡Esto va a dar resultado! —le dijo Anya a Gallia—. ¡Lo noto!

Se quitó el vestido y las botas, se adentró en la albufera caminando entre las rocas y, tras respirar hondo, se sumergió. Bajo el agua, de un azul transparente, vio que un banco de peces pasaba como una flecha por su lado.

De pronto, Anya soltó un grito ahogado y salió rápidamente a la superficie, tosiendo y escupiendo. Una figura más alta que ella, ágil y nervuda, había aparecido como de la nada. Se rio con una carcajada que sonaba a ríos.

Anya la reconoció de las imágenes que había visto: era una náyade, una ninfa de agua dulce. Tenía la piel de un tono azul plateado y llevaba algo que no era ropa propiamente dicho, pues no le tapaba nada, sino unos adornos hechos de conchas enhebradas con juncos. Resultaba imposible saber por el rostro o por el cuerpo

si era macho o hembra; lo único claro es que era salvaje y fiel a su esencia.

Al instante, se unieron a ella seis o siete náyades más, que bajaron por el río hasta su desembocadura en la albufera, para contemplarla.

Se pusieron a nadar en torno a ella. La más pequeña burbujeaba y soltaba gritos agudos de emoción, como un leoncito, pero las que tenían la misma edad que Anya o más guardaban silencio y emitían un tipo de resplandor que ella nunca había visto.

—Estoy buscando perlas —dijo—. Para activar un locuilán. ¿Podéis ayudarme?

Aunque ellas no respondieron, a Anya no le cupo la menor duda de que la habían entendido. Se dieron la vuelta y se alejaron buceando hacia las profundidades. Tras vacilar unos instantes, miró a Gallia, que sacudió la cabeza hacia arriba. «Sí».

Se zambulló tras ellas, pataleando en el espacio azul. Sin embargo, las náyades ya estaban muy por debajo de las olas, ejecutando alegremente giros y cabriolas, y Anya no tenía la menor posibilidad de seguirles el ritmo.

Regresaron con los brazos cargados de ostras, que dejaron goteando en la orilla, y se quedaron mirándola con la cabeza ladeada.

—¡Gracias! ¿Qué puedo ofreceros a cambio?

—Nada —dijo la mayor—. El agua. La tierra. El cielo. Las estrellas. Solo confiamos en cosas que no pueden tener dueño.

—La tierra puede tener dueño —repuso Anya, aunque no quería ser descortés.

—No. Eso es solo lo que la gente cree.

Anya no contestó: «Yo seré dueña de una isla entera cuando suba al trono», pero quizá las nereidas le leyeron el pensamiento, pues

una de ellas dijo:

—¿Cómo puede alguien poseer la tierra del mundo, el barro, la vegetación y el suelo?

Se marcharon tan deprisa como habían llegado, sin vestimentas y sin ataduras, y Anya las siguió con la mirada. Ella se vistió, aunque seguía empapada, y centró su atención en las ostras que le habían dejado.

Gallia insertó una garra metálica bajo el borde de una y la abrió limpiamente con el pico.

Se la entregó a Anya. En el interior vio una almohadilla pegajosa de carne, pero ninguna perla.

—Cómetela —dijo Gallia—. No hay nada más delicioso en el mar.

Anya la sacó con los dedos.

—Parece un moco.

—Que te la comas.

Anya obedeció. Hizo una mueca.

—¡Mías! —exclamó Koo.

—Todas para ti —dijo Anya—. Si no saben a moco, lo disimulan muy bien.

Abrió otra, que Koo engulló, y luego otra más..., y allí, blanca y brillante, había una pequeña perla. Con una exclamación de alegría, Anya la agarró, la lavó y la dejó a un lado, sobre una hoja.

Gallia y ella se apresuraron a abrir el resto: cerca de la mitad contenía perlas blancas, rosadas o negras. Ella eligió las doce más bonitas; el locuilán parecía sensible a la belleza.

Tras desabrocharse el collar, depositó las perlas una a una sobre su superficie plateada. El corazón le latía con fuerza.

El mar besaba las rocas. El sol de invierno resplandecía. Sin embargo, nada cambió.

Anya frotó las perlas contra el metal, de nuevo sin resultado.

—A lo mejor hay que molerlas y restregar el polvo contra la superficie, o algo así —le dijo a Gallia. Miró en derredor y encontró una piedra grande—. Como una pasta de pulir, tal vez.

Las perlas no se dejaban moler. Anya se machacó buena parte del pulgar.

Nighthand se acercó por la hierba.

—He venido a asegurarme de que no te estés ahogando, muchacha —dijo. Se le iluminó el rostro al ver a Anya rodeada de montoncitos de perlas lavadas con agua de mar. Ella le explicó la situación.

—Ya me encargo yo. —Intentó triturar una con los dientes. Se oyó un crujido escalofriante, y el berserker se tragó la perla entera—. La cosa se va a poner fea a la hora de la evacuación —comentó.

Anya se rio.

—Necesitamos un pedernal —decidió Nighthand, y procedió a desenterrar uno de entre las raíces de los árboles. Luego, con toda facilidad, como si moliera granos de pimienta, lo utilizó para reducir las perlas a un bonito polvo centelleante y multicolor.

—¡Gracias! —Anya esparció el polvo sobre la obsidiana. No ocurrió nada.

Gallia y Nighthand intercambiaron una mirada.

—Supongo que había que mojarlo primero —dijo Anya. Mezcló el polvo con saliva y frotó con él la superficie, puliéndola con los dedos, cada vez más rápido, apretando con tanta fuerza que se despellejó el índice. Se concentró en su petición, formulándola en la mente con toda la claridad y energía que pudo, hasta que inundó su alma entera: «Enséñame cómo rescatar a mi padre. Muéstrame mi venganza».

No pasó nada.

—¡No funciona! —Alzó la vista. Nighthand se encontraba ante ella. Concibió un rayo de esperanza: el hombre había viajado por todo el Archipiélago—. ¿Alguna vez has utilizado uno, Nighthand? ¿O vendiste alguno cuando te dedicabas al comercio?

—Lo mío era más bien el whisky y el oro. Pero sé que los locuilanes son extraños. Yo no los tocaría ni con un palo. Me parece imprudente enredar con el futuro. Y sé lo que me digo, que una vez le pegué un topetazo a un rocho adulto; las imprudencias son mi especialidad.

—¡No! ¡Es mi única opción!

Si no la aprovechaba, ¿qué podía hacer?

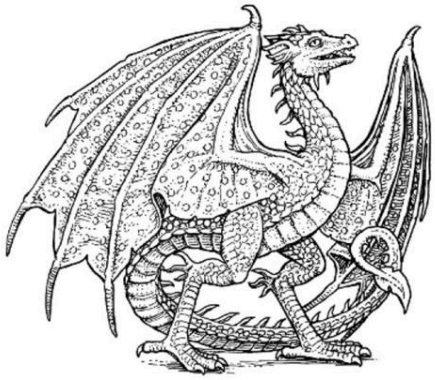
—Recuerdo cuando descubrí que el mal existe —rememoró Nighthand con aire reflexivo—. Tenía doce años. No lo encajé bien. Me parece que salí e intenté desfogarme con unos muros. Perdí varios dientes.

»No permitas que Claude Argen moldee tu visión del mundo —añadió en voz más baja—. Hazle frente, sí, pero mantén la lucha fuera de tu cuerpo, no dentro. La rabia que rezumas se ve a la legua, muchacha. No dejes que hombres que no te llegan ni a la suela del zapato determinen tu forma de ver la vida. Ese camino solo lleva al sufrimiento y a una dentadura rota. —Se puso de pie y, para ayudar a Anya a levantarse, la alzó a más de un metro del suelo—. ¿Te olvidarás del locuilán?

Anya no quería mentirle a alguien tan sincero como el berserker, pero no podía prometerle que renunciaría a utilizar el locuilán. Seguiría probando con todas las variedades de perlas existentes. Pero la aparición de Jacques, que se acercó volando sobre el césped, la salvó de tener que mentir.

—¡Anya! —gritó el jáculo—. ¡Christopher te necesita! —De pronto, inspiró profundamente—. ¿Por qué hueles como una explosión de

pescados muertos?



LA POSIBILIDAD DE UN ANTÍDOTO

Jacques guio a Anya hasta la cocina, donde encontró a Christopher encorvado sobre el libro, con un cuenco al lado.

—Christopher —dijo Anya—. Jacques ha ido a buscarme.

—Te he convocado —la corrigió este—. Cuando hace referencia a un dragón, el verbo correcto siempre es «convocar».

—Jacques acaba de leernos la fórmula del antídoto. Creo que es factible prepararlo.

—Aquí se proporcionan detalles sobre cuándo y cómo hay que tomarlo, y qué efectos tiene —explicó el jáculo—. Dice que nunca se ha probado en humanos.

—Eso lo dejaremos para después —dijo Christopher—. Vamos a administrarlo a dragones, no a personas. ¿Puedes volver a leer la receta, Jacques?

Este fijó los ojos entornados en el libro.

—«Puesto que el veneno se compone de una sustancia inmunda —leyó—, el antídoto se elabora con una luz igual y de sentido opuesto». Me parece que esto es una lista de hierbas y plantas: cuatro hojas de feren, una flor del ocaso y tres tallos de ruda.

—Ratwin, ¿esas plantas se dan aquí? —preguntó Christopher.

—Pues sí. Crecen en cantidad y tan vigorosas que una flor del ocaso llegó a ser tan alta como el sol. —Agachó la cabeza—. Se quemó.

—¿Tan alta como el sol? ¿En serio, Ratwin? —se extrañó el chico.

—Claro que no, Christopher. Pero sí se da aquí.

—¿Podrías ir a buscarnos unas?

—Encantada. Eso está chupado.

—Dice: «una hoja de somulenta recogida a medianoche» —prosiguió Jacques.

—Eso significa que tenemos que hacerlo después del ocaso —dijo Christopher.

—Y luego, «la pluma de un ave sabia, prima del aire».

—Un ave sabia —repitió el muchacho—. ¿Se referirá a un fénix?

Koo hinchó el pecho, ya de por sí bastante abombado.

—¡Yo! —graznó.

Pero Gallia le tiró un bocado.

—Yo os la daré —dijo. Bajó el pico hacia un costado, se arrancó una pluma negra y la depositó en el cuenco.

—«Seis escamas de dragón: un dragón para salvar a otro». Eso es fácil —dijo Jacques. Desplegó un ala, se desprendió unas escamas con los dientes y las trituró sobre el cuenco. Aunque saltaba a la vista que le dolía, no dijo nada.

—«Diez pelos de kanko: la esencia de la buena suerte». —Esto también resultó sencillo, pues los kankos seguían a Christopher a todas partes, y había uno sentado en un rincón. Dejó que le cortaran cinco pelos de cada cola.

—«Agua para lavar: una onza de agua de mar, dos onzas de agua de río, tres onzas de agua de lluvia». —Las dos primeras no representaban el menor problema, por lo que Anya salió corriendo

del palacio, atravesó el césped hasta la albufera y luego hasta el río. Lo del agua de lluvia les parecía más complicado (hacía días que no llovía), hasta que Irian se acordó del abrevadero para el unicornio de la rosaleda.

—Seguro que contiene agua de lluvia —dijo.

Ratwin regresó con hierbas en la boca.

—Las he mascado un poco para sacarles el jugo bueno. Me ha dado asquete.

Jacques, encaramado en el libro, guiñó los ojillos.

—Y este es el último ingrediente: «Un veneno concebido por la humanidad debe ser contrarrestado por su misma especie. La sangre de un ser humano... —dijo, entornando los párpados— de corazón inocente».

Nighthand soltó un resoplido.

—¿Quién tiene el corazón inocente en estos tiempos, tal como va la economía?

—Anya —dijo Ratwin—, tú eres la más joven. Clávate la punta del cuchillo en el pulgar.

La princesa reculó.

—Yo no soy... inocente.

—¿Ah, no? —dijo la vieja Gallia, mirándola con una expresión tan llena de afecto que a Anya le costó permanecer de pie. Tal vez fue por el influjo de aquel palacio tan extraño como hermoso, o por el rostro expectante de Christopher, pero la cuestión es que Anya se atrevió a confesar la verdad.

—Todos los días pienso en matar. Quiero que Claude muera, que sufra. Ansío que me suplique clemencia. No lo entendéis... Estoy obsesionada. —Alzó la voz y comenzó a hablar más deprisa—. Es algo que llevo muy adentro. Nunca me lo quitaré de encima. No sé

qué hacer con este odio. —Y ahora, para colmo, no podrían completar el antídoto por su culpa.

—Ah —intervino Gallia, mirando a su protegida con severidad—. Yo no creo en la existencia de corazones inocentes más allá de la tierna infancia. «Inocente» no es sinónimo de «bueno», «justo», «leal» o «generoso».

Jacques se aclaró la garganta.

—Ahora que lo pienso, la palabra *eroth* 𓂓 tiene múltiples significados. Podría referirse a la sangre de un humano «de corazón inocente»... o «de espíritu valiente».

Koo alzó la vista hacia Anya.

—Tú —dijo. Aunque le profesaba una adoración extrema, en esto no se equivocaba. Se irguió sobre las patas y le dio un picotazo en el dedo. La sangre de Anya goteó sobre el cuenco.

Gallia voló hacia Christopher y le picoteó la mano hasta que le sangró también.

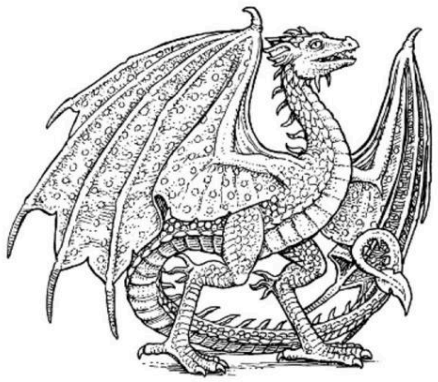
—Tú también —añadió—. Hazlo. Añade tu corazón a la mezcla.

Lo machacaron todo hasta obtener una pasta húmeda que al principio era de color rojo sangre, luego adquirió un tono marrón rojizo y finalmente quedó de un verde profundo.

—¿Cómo sabremos si surte efecto? —inquirió Anya.

—No lo sabremos —respondió Christopher—. Hasta es posible que hayamos creado un segundo veneno. Cuando lo probemos por primera vez, será un experimento.

En aquel momento ignoraban que la prueba no tardaría en llegar.



LA QUIMERA A MEDIANOCHE

Anya no fue capaz de conciliar el sueño a causa del dolor que sentía en la garganta y en el pecho —le ardían con el mismo ardiente ardor —, pero se alegró. Se había ofrecido voluntaria para recoger la hoja de somulenta a medianoche, junto a los cobertizos del jardín y los invernaderos.

—Más vale que me encargue yo —declaró—. De todos modos, no pegaré ojo. —Y, aunque no lo dijo en voz alta, quería demostrar que también le importaba el antídoto, no solo el locuilán. Jacques la recompensó con una reverencia.

Gallia dormía con determinación. Anya echó un vistazo al reloj que había en la repisa de la chimenea: faltaban diez minutos. Se quitó las botas mientras Koo revoloteó hasta posarse en su hombro, liviano como una pelusa, inflamado como el sol.

—¡Sip! —graznó—. Sip, sip. Arriba. Mía.

Tras agarrar una pluma de fénix para alumbrarse, Anya se puso en marcha.

Ahí estaba, marcado con una estaca de madera cuidadosamente rotulada: el árbol de somulenta, con un tronco fino como un palo de

escoba. Las yemas apenas empezaban a abrirse, y había muy pocas hojas.

Impidió que Koo se zampara una.

—¡Mía!

—No, estas son demasiado valiosas —lo reprendió Anya—. Además, seguramente te sentarían mal. Ten. —Cogió una rizada florecilla del arbusto de hojamiel y se la ofreció. Ella misma se comió una y le supo a optimismo.

No sabía qué grado de exactitud implicaba ese «medianoche», pero, por si acaso, aguardó a que el gran reloj de la torre diera la hora antes de arrancar una única hoja y guardársela en el bolsillo.

Sin embargo, no tenía ganas de volver a la cama. Durante el año que había vivido en el castillo, apenas había podido darse el gusto de vagar a su aire; ahora se sentía como si hubiera regresado a su hogar en el bosque. Sus pies estaban ansiosos por caminar sobre la hierba. Con la esperanza de ver al unicornio, se dirigió hacia los rosales..., pero no estaba allí. Pensó que quizá habría entrado en el palacio para dormir; a lo mejor había confundido una de las habitaciones con una caballeriza.

Cuando llegó ante la valla de un jardín, abrió la puerta.

Y se le cayó el estómago a los pies cuando la criatura que había dentro volvió las cabezas. A primera vista, le pareció un león joven, pero con una segunda testuz, de cabra. Cuando se le aclaró la vista, desenfocada brevemente por la impresión, advirtió que tenía una cola rematada en una cabeza de serpiente.

La había visto. Anya se quedó paralizada. La criatura empezó a aproximarse.

—Cómetela —siseó la serpiente—. Deja que le chupe la sangre.

La criatura se detuvo a diez pasos de ella.

—No —respondió la cabeza de león con voz profunda y aterciopelada como la de un actor—. Desprende un olor a voluntad férrea. El aroma del destino.

—Eso no es el destino —repuso la serpiente—, sino falta de higiene.

—Si tú te la comes, yo acabaré bañada en sangre —protestó la cabra, alargando las sílabas—. Así que preferiría que no lo hicieras.

—¡No podéis impedírmelo! —dijo la serpiente.

—Ya lo creo que sí —la contradijo la cabra—. Lo hemos hablado muchas veces, pero me parece que sigues sin entenderlo. Tenemos que estar todos de acuerdo, o, para ser más exactos, la cabeza de león y yo, para que se muevan las patas.

—Así que no puedes comerte a la chica —sentenció el león.

—A menos que se nos acerque lo suficiente —señaló la serpiente.

—Siendo realistas, no creo que lo haga, dadas las circunstancias —dijo la cabra.

—No —confirmó Anya—. No voy a acercarme. ¿Qué sois?

—Una quimera —respondió la cabeza de león—. Nighthand nos trajo aquí. Nuestra madre es la guardiana del pasaje de Paraspara. Dejó de venir a visitarnos. Intentamos ir nosotros, pero nos lesionamos por el camino.

Anya reparó en el vendaje que llevaba en la pata trasera.

—Acércate un poco más, niñita —dijo la serpiente—. Un poco mássss.

—No es tan niña —observó el león—. Ha vivido muchas cosas en los últimos días. Lo noto en su olor.

—¡El olor, el olor! ¡Siempre el dichossso olor!

—Lo que pasa es que estás celosa porque no tienes sentido del olfato —dijo el león—. El mío es muy agudo. Huelo el miedo que destila. Y también lo contrario: su valentía. Su esperanza.

—Qué tontería. La esperanza no se puede percibir con la nariz —se mofó la serpiente.

—Claro que sí —replicó el león. En voz más baja, añadió—: Huele como el alba, como un pájaro recién nacido en pleno vuelo...

—Márchate, muchacha. ¡Has hecho que se nos ponga metafórico! León, te lo advierto: te voy a morder.

Anya empezó a recular.

—¿Nos tienes miedo, niña? —preguntó la serpiente.

Había dejado atrás la fase del susto, y mucho más atrás la de la cortesía.

—Al principio, sí, claro. Tú eres un león, y tú, una serpiente.

La cabra soltó un balido de indignación.

—Eh, que yo también muerdo.

—Pero ahora... —continuó Anya—. No, señor. ¿O es señora? ¿Eres hembra o macho?

—Las dos cosas —dijo la cabeza de león—. La serpiente es hembra.

—Deberías tener miedo —intervino esta enfurruñada—. Es de mala educación. Somos impresionantemente aterradores y sabios.

A Anya le vino un pensamiento a la mente.

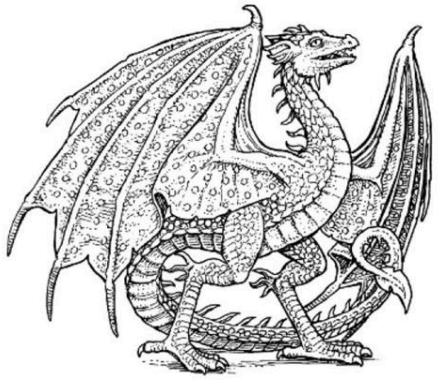
—Si tan bueno es tu sentido del olfato, ¿puedes decirme qué es esto? —Se sacó del bolsillo los dos trozos de tela envenenados, el de su abuelo y el del lago de los dragones, y se los tendió a la criatura.

La serpiente echó la cabeza hacia atrás; a la quimera se le enredaron las patas de horror.

—¡Sea lo que sea, llévatelo de aquí! ¡En esos trozos de tela hay rastros de ojo de quimera! ¡En los dos!

Para Anya, esto supuso una confirmación de que se trataba del mismo veneno: el del libro, el de su palacio y el de la cueva. Un

veneno estaba filtrándose por toda la isla, en la vida rebosante de magia del Archipiélago.



EL INMENSO E IRRESOLUBLE PROBLEMA DEL AMOR

En el pasillo, cuando iba de regreso a su habitación, Anya oyó voces. Eran Nighthand y Ratwin. El berserker llevaba un saco; había estado dando de comer a las criaturas nocturnas.

Anya se disponía a llamar su atención, pero lo oyó hablar con tal vehemencia que cambió de idea.

—No sé qué hacer, Ratwin. Creo que me voy a volver loco.

Por temor a avergonzarlos, Anya se escondió tras un arcón bajo.

—En los últimos meses solo he pasado una noche aquí de cada vez, para luego marcharme al día siguiente —continuó—. Cada vez que vuelvo, planeo quedarme más tiempo, pero entonces la veo y siento que el estómago se me convierte en hierro fundido y que se me inflaman los pulmones, así que me vuelvo a marchar. En una misión de búsqueda.

—¿Y eso es un problema?

—La cara se me pone de un horrible color rojo purpúreo cuando estoy delante de ella.

—Es lo que los humanos llaman ruborizarse, Nighthand.

—No pienso más que en mirarla. Cada vez que cierro los ojos, no veo otra cosa que su rostro.

—¿Y qué? Eso no tiene nada de raro. Me imagino que muchas personas sienten lo mismo por Irian Guinne —opinó Ratwin.

—¿Qué me pasa? Me encuentro... mal.

—¿Qué sientes?

—No puedo respirar —explicó—. Siento como si alguna criatura me hubiera mordido el corazón, me lo hubiese arrancado de la cavidad torácica y lo hubiera dejado en el suelo, sangrando. ¿Será el cólera?

—Es amor, Nighthand —dijo Ratwin.

—¿Amor? —No le hizo falta preguntar: «¿Por quién?».

—Amor. Habrás oído hablar de él, supongo.

—¡Los berserkers no conocemos el amor!

—Lo sé. Y, sin embargo, ahí está, ¿no?

—¿Qué hago? —preguntó.

—Supongo que podrías intentar cargártelo. Matarlo poco a poco, dentro de ti. Ir rebanando con un cuchillo cada gramo de amor.

—Bien pensado. Sí, eso voy a hacer.

—Te llevará tiempo. No se puede realizar de golpe y porrazo, y eso suponiendo que sea posible. Lo que te deja patidifuso del amor es que no se apaga, sino que perdura.

—¿Y qué hago mientras siga vivo este sentimiento?

—Armarte de valor.

—Nunca me ha hecho falta armarme de valor. Simplemente lo he tenido. —Le explicó a Ratwin que no sabía cómo enfrentarse al dolor, a la duda y a la añoranza; al deseo de estar cerca de la mujer de largas piernas, espesa cabellera oscura, mente el doble de ágil de lo normal y una serena sensatez que hacía que los desastres parecieran asuntos cotidianos—. Podría morirme —concluyó.

—No me seas melodramático. Los hombres mueren y acaban como papeo de gusanos, pero no por amor.

—¿Me dejas decirte una cosa sobre ella, sobre Irian? No le gustan las multitudes. Le parecen peligrosas. Pues, aun así, se sumerge en ellas.

—Ya lo sé.

—Y luego está su trabajo... Dedica el tiempo a sus criaturas, a su ciencia y a sus estudios del mundo vivo hasta bien entrada la noche, cuando ya está agotada. No le deja a su mente ni un momento de descanso. Se pone pimienta en la lengua, o la inhala por la nariz, para permanecer despierta. Existen formas de valentía que ni siquiera había imaginado.

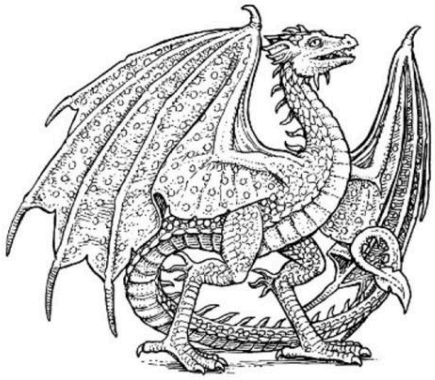
Anya se acurrucó mejor detrás del arcón al advertir que se acercaban. Estaba estupefacta. Pensó en Irian, en las miradas que le dirigía al berserker y en el modo como él la miraba a ella.

—Díselo —le aconsejó Ratwin. Estaban tan cerca que Anya casi habría podido tocarlos—. Cuando el amor es correspondido, se produce uno de esos momentos para los que se creó el ancho y rotundo mundo.

—No puedo —dijo Nighthand—. Un berserker no puede amar. El amor es aliado del miedo, y no puedo permitirme albergar ninguno de los dos.

Anya se fue de puntillas hasta su habitación, incapaz de sacarse de la cabeza lo que había dicho el berserker. Era verdad, ella lo sabía: el amor y el miedo estaban estrechamente unidos. Sin embargo, ella estaba dispuesta a asumir el miedo a cambio del amor que sentía por su padre. Lo llevaba consigo bajo la piel; le proporcionaba

alimento, bebida, calor y cobijo en medio de la inmensidad del mundo.



MANTÍCORA

A la mañana siguiente, Anya y Christopher estaban en la cocina, inclinados sobre el antídoto, añadiendo la hoja de somulenta, cuando Irian y Nighthand entraron juntos.

Tenían prisa: Irian aún llevaba el cabello cubierto con un gorro de dormir de seda, y Nighthand se había grabado sin querer un relámpago en la barbilla al afeitarse. Los acompañaba Ratwin, con el cuerno verde a medio limpiar.

—No hay tiempo para andarse con zarandajas —dijo Ratwin—. Hemos venido a avisaros de que os vais a quedar aquí solos durante unas horas, o a lo mejor incluso unos días.

—¡Hemos recibido un mensaje! —explicó Nighthand. Una vena le palpitaba de emoción en la frente, y su mano descansaba sobre el cuchillo que llevaba al cinto—. Lo que estábamos buscando... creemos que lo hemos encontrado. ¡Las nereidas nos lo han mandado decir!

—No podría haber pasado en peor momento —se quejó Irian—. No nos gusta nada la idea de dejaros solos, pero tenemos que ir.

Esperamos que las nereidas, que se niegan a hablar con nadie más, accedan a entrevistarse conmigo.

—¿Qué es lo que estabais buscando? —preguntó Christopher.

—¿Y adónde vais? —inquirió Anya.

Irian miró a Christopher unos instantes antes de desviar la vista.

—No puedo decíroslo, pero es importante. De lo contrario, no iríamos.

Ratwin asintió.

—Es miércocoles; volveremos el viérneses.

Nighthand estaba tan ansioso por marcharse que apenas podía contenerse. Sacudió la puerta de roble de la cocina con tal impaciencia que la arrancó de los goznes.

—Tenemos que irnos, Irian. Hay que llegar antes que nadie; sería peligroso que se nos adelantase alguien.

Esta, de pie en el vano sin puerta, vaciló unos instantes.

—Tened cuidado. No sabemos qué trama Claude. Mantén la espada a mano, Christopher.

El chico asintió.

—Por supuesto.

—Anya, esto es para ti. —Se desenganchó del cinturón un cuchillo en una funda de color ámbar. A la muchacha le entraron ganas de decir: «¡No os vayáis! Quedaos, por favor», pero se limitó a hacer un gesto afirmativo, a aceptar el cuchillo e insertarlo bajo los cordones de una bota.

—He horneado galletas de avena —dijo Nighthand—. Las podéis comer para desayunar. Llevan higadillos de pollo y miel. Seguid trabajando en el locuilán.

—Y no os metáis en líos —añadió Irian.

Pero eso es algo que nadie puede prometer.

Anya y Christopher estaban en el jardín con Koo y Gallia, restregando el locuilán una y otra vez con las perlas, cuando apareció la criatura.

Oyeron por encima de ellos una ráfaga de alas y un golpe sordo en la rama de un árbol.

Anya se tragó un chillido. Alargó rápidamente el brazo para atraer a Koo hacia sí.

El cuerpo de la criatura era similar al de un león, pero con alas, y de su cabeza sobresalían dos grandes cuernos de carnero. Tenía dientes de león, pero también unos ojos y una malicia muy humanos. Su cola estaba enroscada en espiral y rematada en un aguijón de escorpión.

—Una mantícora —jadeó Christopher.

—No osováis —murmuró Gallia—. La mantícora astada no es como la común. Es más voraz, más cruel. Viven en lo alto de las montañas, al este, y alimentan mutuamente su odio.

Koo soltó una piada de perplejidad, seguida de un graznido cuando Anya, con un movimiento veloz, lo arrojó a un seto de flores blancas.

—Quédate ahí. Gallia, asegúrate de que no se vaya.

Se encaró con la mantícora. Le habría parecido hermosa de no ser por el hedor a sangre y a carne muerta que despedía, así como por su expresión despiadada.

Cuando la criatura habló, lo hizo con voz pastosa y arrastrando las palabras.

—¿Eres Anya Argen, princesa de Dousha?

Ella se planteó decir que no, pero ¿de qué serviría? La mantícora ya sabía la verdad.

—Bien. Me he encontrado con un viejo ratatoska que te vio pasar volando. Me dijo dónde estabas después de que devorara a su familia. —Respiró pesadamente—. Me han enviado a matarte.

Dicho esto, se dejó caer desde la rama que había justo encima de su cabeza.

Anya se arrojó hacia un lado sobre la hierba alta. Una garra de la criatura le rozó la piel de la pantorrilla, pero ella reculó para ponerse fuera del alcance de la uña ganchuda. Se sacó el cuchillo de Irian del zapato y se apresuró a levantarse. Cuando la mantícora se acercó, le lanzó un tajo con todas sus fuerzas mientras el flequillo le caía sobre los ojos.

Siseando, la mantícora reculó tres pasos y contrajo las extremidades, preparándose para saltar... cuando, de pronto, el sol arrancó un destello a la espada de Christopher, que corría directamente hacia la bestia. Escupiendo, apartó la mirada de Anya y Christopher, y de cada una de sus zarpas emergieron cuatro uñas, curvas como guadañas.

La criatura y el chico se contemplaron unos instantes mientras cada uno hacía acopio de fuerzas para el combate, hasta que la bestia dio un salto y lo embistió con una energía explosiva. Christopher giró hacia la derecha, rodeó el cuerpo de la mantícora y le asestó un mandoble en la cola de escorpión. Una garra le arañó la mejilla, que empezó a sangrar. Se oyó el choque de la espada contra la zarpa. La hoja de obsidiana se calentó entre las manos de Christopher cuando lanzó otro embate, esta vez a la cabeza. La espada impactó contra los grandes cuernos de la criatura, que se tambaleó, rugiendo.

Anya notó algo raro en la mantícora. Sus movimientos eran cada vez más lentos, sufrió dos arcadas y estaba sin aliento.

Anya se agachó y se puso a buscar frenéticamente piedras por el suelo. Entre los arbustos encontró dos grandes como puños. Cuando la criatura se echó hacia atrás para acometer a Christopher, Anya profirió un alarido y arrojó los pedruscos. Tuvo buena puntería; aunque la primera pasó zumbando a cierta distancia de la mantícora, la segunda la alcanzó en un ojo.

La bestia soltó un chillido que impregnó el aire de un olor repugnante. Christopher aprovechó de inmediato la oportunidad para ponerle la punta de la espada a pocos centímetros del pecho. La mantícora se quedó inmóvil.

—Dime quién te envía o te mataremos —le ordenó Anya, acercándole el cuchillo al cuello.

La criatura jadeaba, respirando con dificultad.

—Matadme —dijo—. Me estoy muriendo de todos modos. Me he envenenado.

A Anya le tembló la mano.

—¿Qué?

—Mientras volaba divisé el cadáver de un dragón. Me lo comí. La carne estaba contaminada.

—¿Un dragón envenado? —preguntó Christopher.

Anya vio en sus ojos que estaba pensando lo mismo que ella: la situación de la mantícora les brindaba una oportunidad para probar el antídoto. Habría dado cualquier cosa por que Christopher entendiera la lengua de signos de las gaganas, pero, como no era así, no le quedó más remedio que hablar.

—Tenemos un antídoto. —Eligió las palabras con cuidado, esgrimiendo cada una como un cuchillo—. Te lo daré... si juras no hacerme daño jamás. Y si me dices quién te ha pedido que vinieras.

—Tráelo —dijo la mantícora con voz ahogada—. Trae el antídoto.

—¿Lo juras?

—Lo juro. Tráelo de una vez, o será demasiado tarde.

—¿Podemos fiarnos de ella? —le preguntó Christopher a Gallia, que estaba sentada junto a Koo, al que mantenía inmovilizado contra el suelo con las alas.

Los ojos de la gagana mostraban una expresión severa.

—Es posible. Las mantícoras astadas son conocidas por las muchas formas de maldad que practican; matan por deporte. Pero nunca he oído que sean proclives a las mentiras.

La criatura se encorvó hacia delante y escupió sangre.

—¡Traed el antídoto!

—Primero dime quién te ha enviado —insistió Anya. Aunque estaba casi segura de que lo sabía, quería oírlo.

—Un humano. Su Alteza el regente Claude Argen. Tu tío.

Anya no se inmutó; no movió ni un músculo.

—Creía que las mantícoras no obedecían órdenes de humanos.

—Estás en lo cierto. Ha sido un trato, no una orden. Acudió a mí en las montañas y me hizo una propuesta. Me ofreció la carne de todos sus prisioneros, a perpetuidad. —Sus patas traseras empezaban a sufrir espasmos—. Pero me prohibió que te devorara. Dijo que debía matarte, pero conservarte entera. Quiere que lleve tu cadáver de vuelta al castillo y lo deje en el césped, frente a las puertas de roble.

—¿Delante de mi propio hogar? ¿Por qué?

—Necesita demostrar que estás muerta. —La mantícora tosió—. Para poder ser rey. —La bestia intentó acercarse a ella, pero trastabilló hacia los lados.

—Ya entiendo —dijo Anya.

—Traición. ¡Ah, traición! —musitó Gallia.

—Ahora, tráeme el antídoto.

No se atrevían a dejar a la bestia sin vigilancia. Después de parlamentar brevemente entre susurros, Christopher le entregó la espada a Anya y se alejó a toda velocidad; él corría más deprisa, y era esencial que la criatura no pereciera antes de que pudieran poner a prueba el antídoto.

—Está muy ansioso por verte muerta, tu tío. —La mantícora escupió de nuevo, saliva mezclada con sangre—. Ha dado órdenes secretas para que, si regresas, te capturen, te retengan y te envenenen. Quiere que parezca que él no tiene nada que ver. Por eso... —resolló la criatura, pugnando por recuperar el aliento— no podía enviar a un asesino humano. Levantaría sospechas. Pero nadie recela de una mantícora.

—Pues deberían —dijo ella, empuñando la espada con más fuerza.

La bestia le enseñó los dientes en una sonrisa que rezumaba maldad pura.

—Te voy a decir algo a cambio de nada, niña: ese ya no es tu hogar. No volverás viva a ese castillo. Jamás.

Christopher regresó a paso veloz con un plato entre las manos.

—Claude Argen es un hombre generoso para con las mantícoras. Me ofreció un puesto en el que mi única función es ocuparme de quienes se muestren disconformes con su reinado. Voy a darme muchos banquetes en los próximos años —comentó la mantícora—. Se supone que debo empezar por el cadáver de tu padre.

A Anya se le heló la sangre.

—¿Qué?

—Lo han declarado culpable. —La criatura desplegó los labios en una terrible sonrisa semihumana—. ¿No lo sabías?

Anya enmudeció. Christopher miró su rostro, blanco como el papel.

—Mientes —dijo —. El juicio aún no ha comenzado.

—Harías bien en dirigirte con respeto a una mantícora, aunque esté moribunda —soltó esta con aspereza—. Adelantaron el juicio. —Remedando la voz de su tío, agregó—: «Para evitar que la incertidumbre y la agitación se apodere de las ciudades». —Soltó una risotada—. La ejecución de tu padre tendrá lugar dentro de dos de tus días humanos.

A Anya se le paró el corazón.

—¿Ejecución? —musitó—. ¿Lo van a matar?

—¡No pueden! —exclamó Christopher.

—Claro que sí —dijo la mantícora—. Si el regente lo ordena, se hará.

Con el rostro crispado de indignación, Christopher dejó caer el plato delante de la bestia.

—Cómete eso. El antídoto está mezclado con la carne. Se lo he puesto todo.

Torciendo los huesos de los hombros, la criatura se agachó sobre el plato, con las costillas subiendo y bajando al ritmo de su dificultosa respiración. Se comió la carne despacio, pues le costaba tragar. Le goteaba saliva de la boca. De pronto, la recorrió un temblor que se extendió al lomo y las alas. Le lloraban los ojos.

—Ah —suspiró la bestia—. Qué bien. —Irguió la cabeza y aspiró una gran bocanada de aire, ávida y sensual. Era como si bebiera del cielo y del deslumbrante sol—. Mis pulmones —dijo—. Mi estómago. Me estoy curando. Lo noto.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido que estremeció el aire. El ruido y el olor ocasionaron que los pájaros echaran a volar de los árboles entre chillidos de alarma.

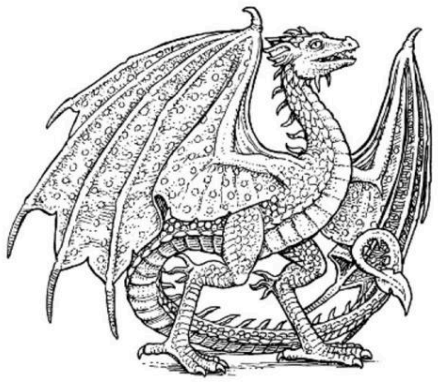
—Y ahora, puedes marcharte —dijo Christopher, con todo el cuerpo tenso como una barra de hierro.

—Puedo —repitió la mantícora—, pero me parece que me quedaré un rato más. Me ha entrado hambre.

—Nos has dado tu palabra de que no nos harías daño —le recordó Anya.

—No es verdad. He dicho que no te haría daño a ti, niña. Pero, en cuanto al muchacho...

La mantícora se abalanzó contra el pecho de Christopher.



REFLEJO DEL SOL EN LA OBSIDIANA

El veneno había debilitado a la mantícora, de modo que su salto resultó menos poderoso de lo que pretendía. No había tiempo para pensar o hacer planes: los dos salieron por piernas.

Corrían hombro con hombro. Los pies de Anya golpeaban el suelo con fuerza. Tropezó, y la bestia le lanzó un golpe con su terrible cola de escorpión, pero Christopher la asió del brazo y la aupó, de modo que ella apenas aminoró el paso.

La mantícora les pisaba los talones. La oían respirar. A Anya no le cabía la menor duda de que la criatura estaba dispuesta a matar.

Atravesaron la hierba a la carrera en dirección al huerto y los cobertizos. El sol, implacable, los cegaba a medias.

La mantícora iba tras ellos, con los labios babeantes. En dos ocasiones, Christopher se giró para plantarle cara, lanzándole mandobles a las patas y al hocico, y saltando hacia atrás cuando la criatura contraatacaba. Le hirió una pata delantera, y la bestia profirió un alarido antes de reanudar la persecución con paso renqueante.

—Anya —jadeó el chico—, separémonos. Sube a ese árbol de ahí. Ponte a salvo.

—¿Qué?

—¡Hazlo!

Christopher torció a la izquierda y se lanzó a toda velocidad hacia el cobertizo de madera. Tras vacilar unos instantes, Anya trepó apresuradamente por el árbol. Se aupó a una rama que sobresalía por encima del cobertizo y bajó la vista.

Christopher, con la espalda contra la pared de madera, respiraba agitadamente. El sol le daba de lleno en la cara y la luz le hacía guiñar los ojos, pero empuñaba la espada con firmeza.

La mantícora se aproximó. El sol relucía en la curva de sus grandes cuernos.

—¡Espera! —dijo Christopher—. ¡Me rindo! —Le tendió la espada, sosteniéndola sobre ambas manos—. Piedad —rogó—. Ten piedad.

La mantícora se rio.

—Ya he oído esa palabra antes. Suele ser la última que pronuncia la gente antes de morir. —Elevó la cola por encima de la cabeza para asestar el golpe final.

Christopher esperó, aguardó hasta que casi era demasiado tarde... y de pronto inclinó la espada hacia el sol. La luz incidió en la obsidiana, que la absorbió y, multiplicándola por diez, la proyectó de plano en los ojos de la mantícora.

Rugiendo, esta se giró con brusquedad para desviar la vista, y la punta de la cola de escorpión, lanzada en una estocada mortal, se torció con ella. Impactó con fuerza en la pared del cobertizo y se hundió profundamente en la gruesa superficie de roble. Christopher se arrojó al suelo y rodó hacia un lado. Siseando, la bestia intentó retroceder, pero tenía la cola atrapada, clavada a fondo en la madera.

El muchacho alzó la espada mientras la criatura se retorcía y chirriaba. La bestia se dio la vuelta, con las fauces abiertas en un rugido de rabia. Christopher le hincó el arma en el costado.

Se produjo un momento de caos mientras la criatura se revolvía con violencia. Cuando cayó al suelo, Christopher se apartó de ella.

Se agachó para limpiar la hoja en la hierba.

A la mantícora le temblaron los párpados y abrió los ojos. Sacó las garras tras la espalda de Christopher.

Sin pensárselo ni un segundo, Anya se precipitó desde el árbol sobre el lomo de la mantícora. Aprovechando el impulso y la fuerza de la caída, sumada a la de su cuerpo y su alma, clavó el cuchillo hasta la empuñadura en el cuello de la bestia, que se desplomó como un muñeco de trapo. Sus ojos sin vida semejaban piedras negras y frías.

Christopher y Anya se miraron. Ambos estaban empapados en sangre.

—Deberíamos lavarnos las manos —dijo ella—. El río...

Se dirigieron juntos hacia la orilla.

—Me has salvado la vida —comentó él.

—Y tú a mí —dijo Anya.

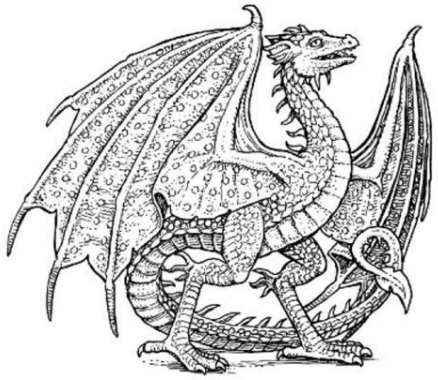
Gallia y Koo llegaron volando por encima del césped mientras Anya se agachaba sobre el agua.

El polluelo se posó en la mano de Christopher.

—¿Mío? —dijo.

—Sí —confirmó Anya—. Tuyo, creo. —Ahora todos eran de todos —. Gracias, Christopher.

En ese momento, agotados el valor y la adrenalina, le fallaron las rodillas, por lo que tuvo que sentarse en el suelo: no podía pensar más que en su padre, encerrado en su celda, aguardando la muerte.



LA TORRE BAJO LAS ESTRELLAS

Anya no pegó ojo esa noche. La desesperación se había adueñado de su cuerpo; esa angustia auténtica que revuelve el estómago y llena los pulmones de tierra.

Eran más de las once. Se puso el abrigo, Gallia voló desde su percha hasta su hombro, y juntas recorrieron los pasillos hasta llegar a una portezuela situada al fondo. Al abrirla, descubrieron una escalera ascendente. Anya se asomó a la ventana del pasillo y vio que se trataba de la más alta de las torres de marfil. La escalera subía y subía en espiral, hasta que llegaron ante una puerta aún más pequeña. Estaba cerrada con pestillo, pero ella consiguió abrirla pegándole tres patadas. Salió a la azotea de la torre.

Tumbada boca arriba sobre la helada piedra, contempló el firmamento y pensó en su padre. Él no podía ver las estrellas.

Intentó concentrarse en el inmenso cielo nocturno, pero se le aparecía el rostro sonriente de su tío. Él había ganado.

¿Cómo hay que actuar frente a los hombres malos, protegidos por personas fuertes y servidos por vasallos débiles?

Pensó en Rillian Gerund, en Samvel y en la ballesta con la que el guardia había apuntado a su corazón. ¿Cómo hay que actuar cuando uno descubre que hay tantas almas humanas resentidas y cobardes? ¿Dónde podía guardar el horror que arrastraba desde entonces? Era tan pesado, y ella estaba tan cansada...

La desesperación la paralizaba. Su mente se negaba a viajar: estaba congelada.

—El bien que hay en mí está muerto —le susurró a Gallia—. No puedo seguir adelante. —No se veía capaz de levantarse al día siguiente, darle de comer a Koo e intercambiar bromas con Christopher; no podía, sabiendo que su padre iba a morir.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Nunca se había sentido tan mayor y, a la vez, tan lastimosamente joven. Los sollozos estremecían su cuerpo en el suelo. No era una princesa ni una guerrera: solo una chica.

La puerta se abrió con un leve chirrido.

—¿Anya? —dijo Christopher.

Llevaba puesta la chaqueta, pero iba descalzo. Sin decir nada, se tendió junto a ella sobre la piedra.

Anya notó que su calidez llenaba el espacio que los separaba. La respiración de Christopher apaciguó la suya. Sus sollozos remitieron. La noche aún los envolvía, infinita, pero la presencia del chico había abierto una pequeña grieta en su desesperación, en su miedo.

—¿Estás viva? —preguntó él.

—Estoy viva —confirmó ella.

—Menos mal.

—Tengo que volver, Christopher —dijo—. Debo regresar al castillo y hablar con mi pueblo. Necesito conseguir que me crean.

—Lo sé —respondió él—, pero por más vueltas que le doy, no se me ocurre una manera de convencerlos.

Ella inclinó la cabeza en un brusco «no», y Gallia graznó.

—Tiene que haberla —dijo—. Haré lo que sea.

—Ya has oído a la mantícora. Te matarán si te ven: te apresarán, te atarán, te envenenarán. Ella misma lo ha dicho. No conseguirás entrar con vida en el castillo.

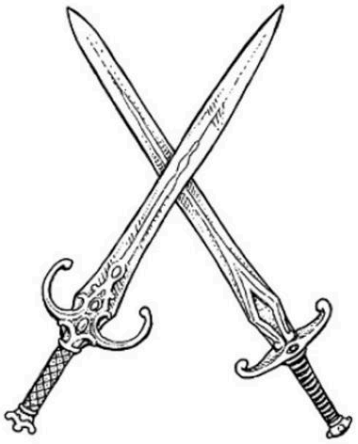
Las palabras quedaron flotando en el aire durante un momento frío e iluminado por las estrellas. «No conseguirás entrar con vida en el castillo». De pronto, Anya se incorporó. La idea la mordió como un león. Sabía lo que había que hacer.

El miedo produce ese efecto: una de sus propiedades más siniestras es que enturbia lo que en otras circunstancias quedaría muy claro. En el miedo de Anya se había abierto una grieta, una fisura minúscula, pero que permitía entrar la luz. Las estrellas ardían en lo alto.

—Christopher —dijo—. ¡Christopher!

TERCERA PARTE
VENGANZA





SIEMPRE ADELANTE

El barco, *Siempre Adelante*, el velero de la Inmortal, aguardaba, con sus costados de madera marrón teñidos de plata por la luz de las estrellas. Habían pasado dos horas, y las campanadas del reloj marcaban la una de la madrugada.

Nighthand le había hablado a Anya del navío; estaba construido con madera de dríade y seguía el rumbo que se le indicaba, casi sin necesidad de usar el timón. Ella sabía que no estaba bien llevárselo..., pero lo necesitaba.

Con la ayuda de Gallia, había preparado una bolsa con pan y fruta, y había llenado de agua dos latas grandes. Llevaba el locuilán al cuello y el cuchillo en la bota. Dejó a Koo sobre una de las latas con un puñado de pasas masticadas para mantenerlo ocupado. Christopher la seguía con pasos silenciosos.

—El plan me sigue pareciendo tremendamente peligroso —dijo este.

—Ya lo sé —afirmó ella—. Ya me lo has dicho. —Le había llevado un buen rato persuadirlo; habían mantenido una larga discusión en la azotea de la torre, y la convicción de Anya no había hecho más que crecer mientras hablaba, reafirmándola en su decisión—. Puedes echarte atrás si quieres. Soy capaz de conseguirlo sin tu ayuda, aunque preferiría no tener que hacerlo. —Y le había dedicado una sonrisa que no figuraba entre las veintiuna oficiales: la radiante sonrisa de la amistad.

—Irian y Nighthand no dudarían en impedírtelo si lo supieran.

—Y por eso me alegro de que no estén aquí —dijo ella.

Les había dejado a las criaturas agua y comida para varios días, y le había entregado a Meri una nota para Irian y Nighthand. El ratón había mostrado un entusiasmo casi histérico ante aquella oportunidad de ayudar.

—Tu padre intentaría disuadirte —insistió Christopher.

—Ya. —Sin embargo, acometer un acto imprudente e irreversible por amor constituye un derecho humano.

Jacques inspiró por la nariz.

—Deja que la niña haga lo que le venga en gana. Su vida es cosa suya, ¿no? Yo no creo en la realeza. No me parece bien que herede una isla entera, pero esta pequeña malcriada sabrá lo que hace con su pelo, su cara, su sangre y su alma.

El barco se deslizaba jubiloso sobre las olas, como si se alegrara de haberse hecho a la mar.

Anya estaba inclinada sobre la lata de agua, llenando unas tazas para Christopher y para ella, cuando un hule verde enrollado cerca de la proa del velero habló.

—Hace un calor insoportable aquí, y a la cabra le apesta el aliento.

Anya pegó un chillido. Christopher soltó una palabrota. El hule se levantó, y una cabeza de león se asomó al exterior, seguida de una

testuz de cabra.

—Os oímos hablar en la torre —comentó la cabra—. El león tiene muy buen oído. Siempre habíamos querido viajar.

El barco avanzaba a gran velocidad; era más rápido que cualquier velero impulsado por medios naturales. Debido al fuerte oleaje del estrecho de Litia, la cabeza de cabra se mareó; las otras dos no, lo que desencadenó un intercambio de recriminaciones.

—No paran de hablar de tu olor —le dijo la serpiente a Anya mientras navegaban hacia el norte—, pero yo no tengo olfato. Yo percibo las cosas con la lengua. Deja que te pruebe.

—Yo no se lo permitiría —advirtió la cabra—. Ni siquiera nosotros sabemos lo que haría, y eso que somos el mismo ser.

—Si quieres mi ayuda, lo harás —insistió la serpiente—. Deja que pruebe tu mano.

Anya, que ya había dejado atrás el miedo, alargó el brazo hacia ella, con la palma hacia arriba.

De inmediato, la serpiente se irguió y la atacó..., pero se detuvo, con los colmillos al descubierto, a menos de un centímetro de su piel.

—¡Era broma! —exclamó.

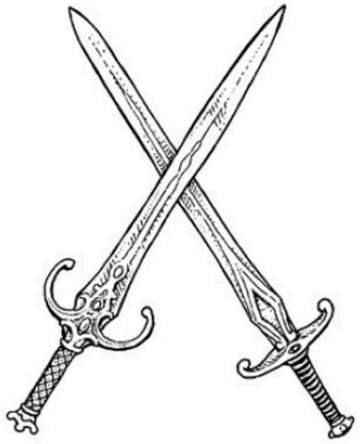
—Me parto de risa —dijo Anya.

La serpiente le deslizó la lengua por la muñeca y entornó los ojillos.

—Aaah —dijo—. Qué rico. —Y la lamió de nuevo, con fruición, recreándose—. Esta chica sabe a caos inminente. Qué delicia. —A partir de entonces, Anya y la cabeza de serpiente se hicieron amigas, en cierto modo.

Jacques soltó un grito, y Koo, piando de emoción, se elevó en el aire, una bolita de algodón negro azabache recortada contra el sol.

—¡Tierra! —exclamó Christopher—. ¡Tierra a la vista!



LOS COLORES DEL CIELO Y DEL FUEGO

No era la isla de Dousha. No irían directamente al castillo. Antes tenían que hacer una cosa.

Anya así lo había acordado con Christopher. La vida de su padre y la de los dragones: si las dos eran infinitamente valiosas, había que tratarlas como tales.

La subida hasta la cueva de Edem les llevó un tiempo del que no disponían. Iban lo más rápido que les permitía el cuerpo y sin parar a descansar; ninguno de los dos lo propuso, aunque ambos tenían el rostro empapado en sudor y Anya estaba sin aliento.

El sol dorado brillaba en lo alto cuando llegaron a la meseta, con sus arbustos de olor dulce en torno a la entrada de la cueva de los dragones. Anya abrazó contra sí a Koo y a Gallia mientras Christopher extraía de su bolsa la carne de venado picada que habían llevado. La habían mezclado con antídoto, una segunda tanda que habían elaborado hacía solo unas horas en la cocina, a la luz del quinqué, mientras esperaban a que las campanadas de

medianoche indicaran que la hoja de somulenta estaba lista para ser recogida.

—¡Arach! —gritaron lo más cerca de la boca de la cueva que se atrevieron a situarse—. ¡Arach, sal!

Anya temía que el gran dragón les lanzara una llamarada desde dentro o que saliera en tromba mostrando los dientes para embestirlos con una furia ciega y vengativa. No ocurrió ni una cosa ni la otra.

¿Habían llegado demasiado tarde? ¿Habían fracasado, después de todo?

Christopher se llevó el diente de esfinge a la boca.

—¡Arach! —gritó—. ¡Último dragón superviviente de las cuevas de Edem! ¡Sal! ¡Te hemos traído una cura! —Ningún movimiento perturbó la tranquilidad de aquella mañana despejada.

—Deberíamos irnos —opinó Gallia.

—Un segundo —dijo Christopher—. Esperemos solo un minuto más.

De pronto, el suelo comenzó a vibrar bajo sus pies. Anya se agachó para apoyar la mano en la piedra.

—¡Ya viene!

Las escamas que tenía Arach en torno a la boca habían empezado a secarse y desprenderse, y respiraba con mucha dificultad. Más que caminar, se arrastraba hacia delante. Estaba muy próximo a la muerte.

—Toma —dijo Christopher, acercándole la carne de venado tanto como se atrevió.

El dragón se la comió sin mostrarle su agradecimiento con palabras o gestos. Apenas podía tragar.

Acto seguido, se estremeció y soltó un gruñido dragontino tan profundo que Anya lo notó más en el pecho que en los oídos. Luego

inspiró con tanta fuerza como para atraer un barco desde el otro lado del mundo. Abrió los ojos, los cerró y los abrió de nuevo.

—Luz. —El dragón alzó al cielo su enorme cabeza de lagarto. Y, aunque aún tenía los ojos nublados y opacos, añadió—: Veo... luz. ¿Es de día?

—Sí —confirmó Christopher—. El sol está bien arriba.

—Veo el sol. —A continuación, murmurando en el idioma antiguo que solo Christopher entendía, dijo—: Veo los colores del cielo, los colores. Azul, amarillo... Creía que nunca volvería a ver los colores. —Arach se levantó con esfuerzo sobre las cuatro patas..., y profirió un rugido que ocasionó un desprendimiento de piedras por la ladera. Lanzó una oleada de llamas que irradiaban tanto calor como un horno. La roca ardía bajo sus pies—. ¡Veo el color de mis llamas! —exclamó—. ¡Los colores del fuego! —Volvió la cabeza a ciegas hacia Christopher y Anya, guiándose por su olor—. Mataré una vaca y la compartiré con vosotros en señal de agradecimiento.

—No hace falta que nos muestres tu gratitud —dijo Christopher con formalidad y sumo tacto; al fin y al cabo, se encontraba ante un dragón—. Y, por desgracia, el tiempo apremia: debemos partir de inmediato.

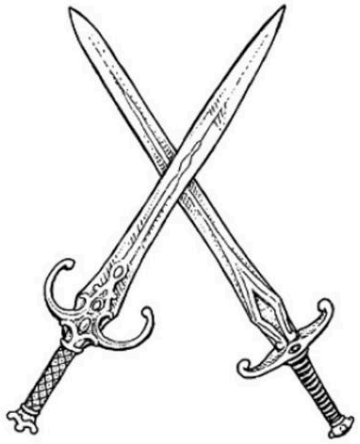
—Quedaos solo un poco más —les pidió Arach, tosiendo fuego—. Cinco o seis salidas del sol, siete como máximo. Para entonces, habré recuperado las fuerzas suficientes para ayudaros. Haré lo que queríais pedirle a Sarkany: llevaros volando al castillo de Argen y reducir a cenizas las torres. Liberaré a vuestro padre.

Para un dragón, un día equivale a una hora humana. Sin embargo, por más que Anya hubiera querido, no cabía la posibilidad de esperar.

—Gracias, pero no disponemos de cinco días. No podemos perder ni uno solo.

El dragón no se lo discutió. Por lo general, los de su especie no discuten con humanos: o les permiten vivir su vida o se los comen, con pocas opciones intermedias. Anya y Christopher dejaron a Arach frente a la entrada de la cueva, arrugando el rostro para saludar al sol.

Qué estupendo sería guarecerse tras la majestuosidad de un dragón, pensó Anya. Pero, dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio que ser su propio dragón.



LOS UNICORNIOS ALADOS

La luna estaba saliendo cuando avistaron la cala Alada, que se extendía al pie del castillo de Argen y donde era sabido que se bañaban los unicornios voladores. Anya divisó a tres docenas de ellos a lo lejos, en la playa, con los cuernos relucientes bajo la luz de las estrellas, comiendo hinojo marino a la orilla del mar.

Una pequeña barca de pesca pasó muy cerca de ellos, a oscuras. No llevaba luces, ni redes o sedales a la vista, y las figuras sombrías ni siquiera la miraron.

Un temor repentino asaltó a Anya.

—¡Rápido! —dijo—. Apagad los faroles del barco.

—Hay muchos escollos por aquí —precavió Gallia—. Es peligroso navegar por estas aguas sin luz.

—Apagadlas de todos modos.

Esperaron flotando en la oscura superficie a que el bote de pesca se alejara hasta desaparecer, y entonces, guiados por la aguda vista

de la cabeza de serpiente, maniobraron despacio por las negras aguas hasta atracar en la arena.

Cuando desembarcaron, los unicornios se dispersaron en un caos de alas doradas y voces ásperas y agudas. Pero, cuando Christopher se llevó a la boca el diente de esfinge y soltó un relincho, regresaron con un golpeteo de cascos y se quedaron piafando en la playa, a una distancia prudencial.

Normalmente, los unicornios no se comunican mediante sonidos, sino a través de los movimientos del cuerpo, la respiración y las expresiones faciales. Sin embargo, a veces utilizan unos pocos ruidos: relinchos, chillidos y murmullos, todos ellos con significado, pero difíciles de traducir.

En respuesta, Christopher emitió un resoplido grave y gutural.

Un unicornio corcoveó, asombrado, y se acercó trotando. Los demás miembros de la manada alargaron los blancos y plateados cuellos para mirarlo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Anya a Christopher—. Porque ha sonado como si tuvieras el pecho tomado.

—He intentado explicarles lo que queremos. No sé si me han entendido.

El unicornio respondió con un movimiento amplio de la cabeza y una voz grave.

—Dice que sí —tradujo Christopher. Estaban dispuestos a llevar sobre su lomo a los dos jóvenes.

—¿Les ha quedado claro que tú vas al bosque y yo al castillo? —preguntó Anya—. ¿Han comprendido que es esencial que pases inadvertido? ¿Que tienen que volar muy alto, entre las nubes?

—Eso espero. Me parece que su lenguaje se basa sobre todo en el instinto y no en el habla, como el nuestro.

—Tendremos que arriesgarnos. Deprisa —dijo Anya. Gallia y Koo se posaron sobre los hombros de Christopher. Hasta Koo, tan pequeño y cariñoso, parecía consciente de la importancia de lo que estaban haciendo, así que se abstuvo de mordisquearle la oreja al muchacho.

El unicornio dejó que Christopher se le acercara, pero protestó por la presencia de la quimera. Le dijo al chico que ella no podía acompañarlos, pero entonces la bestia volvió hacia él un rostro orgulloso, otro inquieto y otro suplicante, y el unicornio, con un relincho de exasperación, accedió. Con movimientos poco elegantes, la quimera se subió a la espalda de Christopher, y de ahí, a la del unicornio.

—Estamos preparados —le dijo el muchacho a Anya.

—¿Y tú, Jacques? —preguntó ella.

El jáculo se irguió cuan largo era, es decir, unos siete centímetros.

—Nunca en toda mi longeva vida he estado más preparado. —Agachó la cabecita hacia la mano de Anya—. Tal vez mi biografía debería titularse *El dragón al que, pese a su falta de fuego, se le permitió contribuir*.

La quimera estaba desconcertada, y todas sus caras así lo reflejaban.

—Pero ¿adónde va?

—Ya hemos explicado qué es lo que le corresponde hacer a Jacques —explicó Christopher.

—Pero ¡no podrá defenderse! —exclamó la cabeza de león, con un brillo de indignación en sus ojos jóvenes y amarillos—. Decís que Claude Argen es un asesino de dragones, ¿y aun así lo enviáis directo al castillo? ¡No deberíais pedirle eso, sabiendo que ha perdido la capacidad de escupir fuego! ¡Podrían abatirlo de un

espadazo, o atraparlo con las manos, como un pájaro o un murciélago!

—Ellos no saben que no tengo fuego —repuso Jacques—. Aunque me haya quedado sin llamas, mantengo mi fama de fiero.

Y el pequeño dragón parecía tan lleno de valor, orgullo y un miedo tan palpable que a Anya le entraron ganas de agarrarlo y estrecharlo con ternura contra su corazón. Pero no lo hizo, por supuesto, porque eso habría representado la peor ofensa posible para él.

En cambio, Anya le dedicó una reverencia, la que le habían hecho practicar desde que había dado sus primeros e inseguros pasos y estaba obligada a ejecutar cada vez que se encontraba en presencia del rey. Sin embargo, esta era distinta. Una mano se elevó como un pájaro, un pie se deslizó detrás del otro, y la princesa Anya Argen, duquesa de las montañas Plateadas y condesa de los bosques Alados, se inclinó hasta el suelo en homenaje a un dragón minúsculo.

Se trataba de un gesto de lealtad, honor o gratitud. Casi siempre se le da un uso incorrecto: como muestra de servilismo hacia los ricos y poderosos de nacimiento. En ese momento de ese día, se utilizó correctamente.

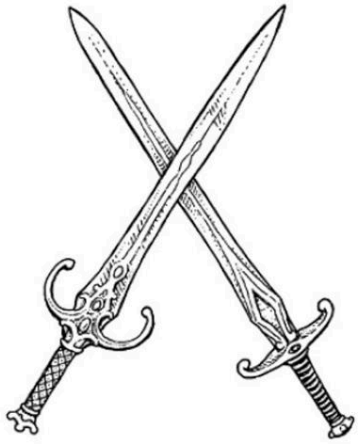
Sin decir nada, Jacques les dirigió una mirada larga e intensa a Christopher y a Anya antes de echar a volar y alejarse veloz y decidido como una flecha recién forjada en dirección al castillo.

Christopher, con la mano en una ijada del unicornio, esperó un momento antes de montar.

—Anya..., aún puedes cambiar de idea. Lo sabes, ¿verdad? No es demasiado tarde.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa—. Pero tengo que hacerlo.

—Creo que comprobaréis que, en efecto, es demasiado tarde —dijo una voz entre las sombras, al pie de los acantilados—. Para los dos.



BALLESTA

Era Roegan, el guardia. Tres soldados —uno con el mentón afilado y cara de comadreja y dos corpulentos con una expresión cruel en los ojos y en la boca— lo flanqueaban. La barca de pesca estaba anclada entre las sombras, bajo el acantilado.

—Espías —jadeó la cabeza de cabra.

La luna relucía en los galones plateados del uniforme azul de Roegan, así como en la mira metálica de la ballesta que apuntaba al pecho de Anya.

—Princesa —dijo este—. Anya Argen, te hemos pescado como a una lubina.

—Estábamos patrullando la costa cuando hemos visto vuestro barco —explicó el soldado de ojos fríos—. Deberíais haber tenido más cuidado.

—El regente se pondrá contento —comentó Roegan—. Tu tío es un hombre al que más vale no decepcionar, pero sabe cómo recompensar a quien lo merece.

—¿Y el muchacho? —preguntó la comadreja.

—Podéis deshaceros de él —respondió Roegan. Llevaba una mano cubierta de vendas y le faltaba la punta del pulgar—. Argen no querrá que queden testigos. Matad al chico, prended a la chica.

Todo ocurrió antes de que Anya tuviera tiempo de pensar. Christopher se le plantó delante, interponiéndose entre ella y los soldados. Dio un grito con el diente de esfinge aún en la boca. Los unicornios se volvieron y se lanzaron a la carga.

Estas criaturas poseen una precisión extraordinaria. Cuando hubo pasado la estampida, Anya y Christopher estaban intactos, mientras que los guardias yacían enroscados en el suelo, gimiendo. Los dos más voluminosos habían quedado fuera de combate.

—Deprisa —dijo Christopher—. Hay cuerdas en el barco.

Anya corrió a buscarlas. Se acercaron a Roegan.

—Idiotas —gruñó este, limpiándose la sangre del labio y poniéndose trabajosamente a cuatro patas—. No sé qué estás tramando, princesa, pero más vale que te olvides. No eres consciente de los horrores que es capaz de perpetrar Claude Argen.

—Sí que lo soy —replicó ella—. Es él quien no se imagina los horrores que soy capaz de perpetrar yo.

Roegan se abalanzó de repente hacia la ballesta. Christopher se apresuró a recogerla, y el hombre reculó.

—¡No, por favor! ¡Tengo hijos! ¡Ellos me admiran, no les queda nadie más en el mundo!

Christopher simplemente torció el labio en una mueca de desprecio, hizo girar el arma por encima de la cabeza y la arrojó al mar. Cuando desenvainó la espada, Roegan se dejó caer de nuevo en la arena. La comadreja se encogió de miedo a su lado.

Gallia voló hasta posarse en la bota de Roegan y ladeó la cabeza dos veces hacia la derecha.

—Tengo una idea —dijo Christopher—. Anya, coge tú la espada.

Acto seguido, obligó a Roegan a entregarle la chaqueta, el pantalón, el gorro y los papeles de identidad. Ató de pies y manos a los cuatro guardias y, con mucho esfuerzo, los arrastró por encima de la línea de la marea alta. Roegan, en chaleco y paños menores, fue el último.

—Diles a tus hijos que se busquen un mejor modelo de conducta —le aconsejó Christopher. Se vistió a toda prisa con la ropa de los guardias—. Esto me será útil —comentó—. Ahora, si me ve alguien, no pasará nada.

Anya le dio el último tallo de rascovnic que le quedaba.

—Para la puerta del castillo —dijo.

Entonces Christopher lanzó una voz y reaparecieron dos unicornios. Alzó el rostro hacia el morro de aquel sobre el que cabalgaba la quimera, y el animal le echó el aliento; un soplo de glimor.

—Gracias —dijo. Montó sobre la criatura y le dedicó una mirada intensa y prolongada a Anya, esbozando una media sonrisa. Inclinó la cabeza dos veces hacia arriba, y dos veces hacia abajo—. O «te admiro mucho» o «estás en peligro de que te ataque un rebaño de ovejas que merodean por aquí» —tradujo.

Y, acto seguido, se marchó.

Anya subió sobre el lomo del segundo unicornio, temblando un poco, pues su fuerza correosa la llenaba de emoción. El plan le latía en el pecho como un organismo vivo. Pensó en su padre. Evocó su rostro —la efusividad con la que la saludaba cuando ella iba a buscarlo—, y el resplandor de su mirada que vio en su imaginación la impulsó a seguir adelante.

Aunque nevaba cuando partieron, el estremecimiento que la recorrió no era de frío, sino de fascinación. Nunca había tocado un

unicornio.

Alzaron el vuelo. El suelo se alejó. Se elevaron más y más, hacia la luna, y Anya divisó el castillo. Su padre estaba ahí dentro, aguardando.

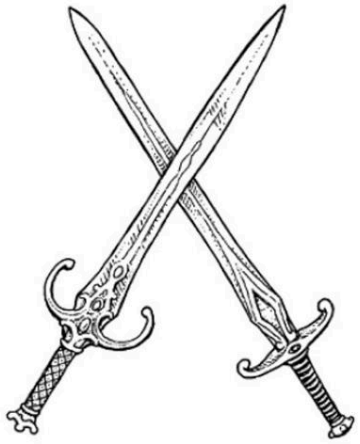
El miedo y la furia que tan bien conocía ya volvieron a asaltarla, pero esta vez estaba preparada y se los tragó enteros. «Bien. Que vengan».

Alcanzaba a ver el césped decorativo, con sus soldados y rostros que tan familiares le resultaban: escribientes de la biblioteca y un par de viejas duquesas que daban su paseo vespertino. Era esencial para su plan que la vieran llegar.

El unicornio aterrizó con suavidad sobre la hierba. Delante de Anya, de pie frente a las puertas de roble del castillo, la esperaba un hombre.

Había acudido a la convocatoria de Jacques, tal como habían planeado. El jáculo había volado por todo el castillo, esquivando las manos que intentaban pillarlo y pregonando su mensaje a pleno pulmón: «¡Anya Argen ha llegado! ¡La princesa ha vuelto! ¡Ha regresado a casa! ¡Id a avisar al regente!».

Claude Argen sonrió a su sobrina. Por primera vez en muchos años, se trataba de una sonrisa de verdad.



EL SABOR DEL VENENO

Anya estaba sentada en el estudio de su tío, bajo las tenues llamas de la lámpara de araña, única fuente de luz en la oscuridad creciente de la habitación.

Claude la había abrazado en el jardín. Había derramado lágrimas auténticas.

—¡Estábamos desesperados, Anya! ¡Por la Inmortal, esto es un milagro!

Una calma absoluta se había apoderado de ella; la misma calma leonina que había experimentado en el bosque. Se había dejado abrazar; le había permitido llorar. Había visto que él llevaba en el pecho el medallón dorado de su abuelo: la insignia del poder. Había tomado buena nota de él; su vista nunca le había parecido tan aguda.

—Mi sobrina, mi niña, sangre de mi sangre... —le había dicho su tío—. ¿Qué ha pasado? Nos dijeron que unos guardias renegados atentaron contra tu vida. ¡Qué barbaridad! Creemos que fue un

intento de derrocar nuestro gobierno. Ya nos hemos encargado de ellos. ¿Te hicieron daño, mi dulce niña?

—Sí —había respondido ella—. Me hicieron daño. Y me asusté mucho. Conseguí huir y esconderme en el bosque. —Era importante que se mostrara dócil, cómoda, para que él no se sintiera amenazado. Había intentado recordar qué tono habría empleado antes de que todo cambiara. Un tono serio, ansioso—. Pero comprendí que debía volver a casa.

—Te llevaré a un lugar donde estarás más calentita —había dicho él—. Tienes que comer algo. Cuidaremos bien de ti.

Y ahora, ella estaba sentada a la mesa de Claude, esperando, con las manos ocultas. Las manos revelan muchas cosas. Se introdujo la izquierda en el bolsillo, y sus dedos se cerraron sobre lo que había dentro.

Al fondo de la estancia, su tío preparaba una bebida en la mesilla de centro. A continuación, se le acercó con los ojos brillantes para ofrecerle un plato con dulces de almendras y una copa de plata.

Percibió el aroma: zumo concentrado de fresa —su bebida favorita — y, por debajo, un aroma desconocido, metálico. «Dócil —se dijo—. Dócil como una paloma».

—Gracias —dijo, y aceptó la copa. Respiró hondo antes de toser; se trataba de la señal convenida, aunque era una tosecita suave, tierna e inocente.

Con un impetuoso aleteo, Jacques irrumpió por la ventana con un vaso de agua en las fauces.

Chocó de lleno con la lámpara de araña, ocasionando que oscilara con violencia, colgando de sus cadenas. Exhalando grandes vaharadas de humo negro, voló en círculos, vertiendo agua sobre las llamas. Pese al terror que la embargaba, a Anya le dio ánimos: así

había chocado Coren contra el candelabro del pasillo hacía cinco días, cuando el mundo era un lugar diferente.

De pronto, el estudio quedó a oscuras, caía líquido y cera de vela por todas partes, y el aire estaba impregnado del humo negro y asfixiante de Jacques.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Anya—. ¡Tío Claude! —Solo los ojos más agudos habrían captado el movimiento rápido de su mano derecha mientras hablaba.

De pronto, el dragón se marchó, la humareda empezó a despejarse y Claude estaba al lado de Anya.

—No te preocupes, hija. Alguna criatura atolondrada ha entrado sin querer por la ventana. —Tenía las manos y el cabello salpicados de líquido y de cera caliente; se los limpió en la chaqueta—. Fuera lo que fuese, ya se ha ido.

Claude buscó a tientas unas cerillas con las que volver a encender las velas. No la vio llevarse la mano izquierda a la boca, ni reparó en el movimiento de su garganta al tragar.

Pronto Claude Argen encontró lo que buscaba, y el estudio quedó alumbrado de nuevo.

Anya continuaba sentada donde él la había dejado, con los ojos muy abiertos y una expresión anodina. Su tío echó un vistazo a la copa de plata; el líquido seguía intacto, y, aunque a duras penas, sus sentidos captaban el tenue olor metálico.

—Bebe, mi niña. Come, bebe. Estás cansada.

Anya se acercó la copa a los labios. Percibía en su interior el olor de la muerte. De pronto, en el momento decisivo, se echó a temblar. «Valor, Anya».

Las campanadas del reloj marcaron la hora.

—Por mi padre —dijo—. Por Argus Argen. —Y bebió.

¿Eran imaginaciones suyas, o de pronto a su tío le titilaron los ojos de espanto y una sombra de duda le cruzó el rostro? Por un instante, a Anya le pareció que iba a hablar, y se le encogió el corazón, pero él se agarró del borde de la mesa sin decir nada.

Ella dejó la copa. Empezó a ahogarse. Se apretó el cuello con las manos.

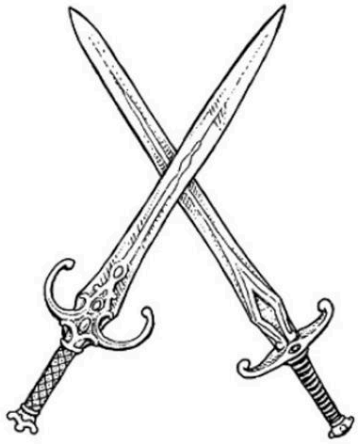
Creía que no le iba a doler, pero aquello era insoportable. Era el peor dolor que había experimentado jamás. Le desgarraba los pulmones, el pecho y el estómago. Un terror auténtico surgió en su interior, y se le nubló la vista. Se le estaba cerrando la garganta. Anya pugnaba por respirar. Al intentar levantarse, echó hacia atrás la silla, que se volcó con gran estrépito. Empezó a sufrir temblores y luego espasmos.

Cayó de rodillas. Alzó la vista hacia su tío. Durante un terrible instante, sus miradas se encontraron. Y entonces ella se desplomó de bruces en el suelo.

Claude soltó un siseo largo y bajo. Le palpó la muñeca. La chica no tenía pulso. Le acercó los dedos a la nariz. No respiraba. Le tocó el cuello en busca de latidos; solo notó el frío de la piel. Le levantó un párpado. No vio el menor asomo de movimiento. Dio un paso atrás.

La muchacha yacía inmóvil a sus pies. Claude Argen se dio la vuelta. Ya nada se interponía entre él y el trono. Primero se celebraría un funeral, y luego, una coronación.

—Viva el rey —dijo.



CHRISTOPHER EN EL BOSQUE

Christopher avanzaba tan deprisa como podía por aquel laberinto de árboles que tan poco familiar le era, adentrándose cada vez más en la espesura, cuando oyó una voz.

—¿Quién vive? ¡Deteneos, en nombre del regente! —Del follaje emergió un soldado alto y de cabello reluciente que estaba de patrulla.

Christopher dio gracias en silencio por la oscuridad y por su estatura. Nadie lo habría tomado por adulto en pleno día, pero en las sombras colaba como soldado.

—Formo parte de la guardia privada del regente —respondió, señalando su uniforme con un gesto.

—No me suena tu cara —dijo el hombre—. Y conozco a todos los hombres del regente.

—Le han encargado una misión especial. No le hagas demasiadas preguntas —dijo la cabeza de cabra de la quimera.

—Ssserá mejor que te vayasss —siseó la serpiente—. O atente a las consecuenciasss.

—¿Qué consecuencias? —preguntó el soldado, con la mano en la empuñadura de la espada.

—¿Qué es lo peor que se te ocurre? —dijo la cabeza de león.

—Pues multiplícalo por dos —remató la cabra.

Con un gruñido, el hombre retrocedió, y de pronto reparó en las gaganas.

—¡Gaganas! ¡Esos pájaros atacaron a mis hombres! ¡El regente ha prohibido su presencia en palacio!

De pronto, Christopher lo comprendió.

—Eres Samvel. El hombre que intentó matar a Anya.

El soldado arqueó el labio superior.

—¿Y tú quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre? —Sacó la espada con un floreo..., pero a Christopher no le apetecía perder el tiempo con aquel matón elegante.

—¿Puedes morderlo sin matarlo? —le preguntó a la serpiente—. ¿Solo lo justo para dejarlo inconsciente?

—Sssí.

—Pues ha llegado el momento de ponerte en acción.

Se internaron aún más en el bosque.

—Ya casi hemos llegado —dijo Gallia.

La fragancia de la vegetación que los rodeaba se hizo más intensa. Christopher se imaginó a Anya viviendo entre aquellos árboles con sus decenas de aves. Acto seguido, se la imaginó en el palacio en esos momentos, enfrentándose sola a tantos horrores.

Ella podía parecer una muñeca con la que el mundo había decidido jugar, pero se trataba de una impresión engañosa. Era

generosa, amable y estaba llena de ira. Era como una flecha en pleno vuelo. Su relación con ella se le antojaba extraña, no porque fuera una princesa, sino porque ofrecía su amistad como un pájaro, primero con cautela y luego de golpe. Era como ser amigo de una insistencia.

Oyó un susurro en los arbustos que tenía a la izquierda. Se quedó paralizado, pero no era más que un avanc de dientes largos que pasó corriendo en medio del crepúsculo. Mientras esperaba a que se alejara, siguió pensando en Anya. Le gustaban su determinación y su entusiasmo; su sed de justicia y su furia. Le había venido bien contar con su compañía en las cuevas de los dragones de alas rojas. Le venía bien volver a tener a alguien con quien moverse por el mundo. El universo parecía menos hostil cuando se contaba con una amiga.

Lo que más le encantaba y admiraba de ella era su valentía. Una persona dispuesta a luchar a muerte por lo que ama es digna de confianza.

De pronto, los relojes empezaron a marcar la hora por toda la isla. El sonido le llegó entre los árboles y lo golpeó como un mazazo.

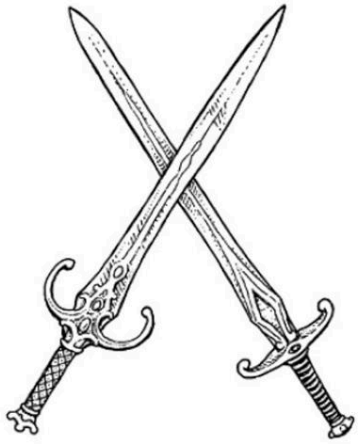
—Se habrá tomado el veneno —dijo—. Ya está.

Gallia soltó un gemido lastimero. Christopher apoyó la mano en el lomo de la quimera. Preso de una angustia profunda, escupió bilis sobre el follaje del bosque. La muerte acechaba cerca.

Respiró hondo. Ella le había encomendado una tarea. Si fallaba, su sacrificio habría sido en vano.

—Ahí —dijo Gallia—. Entre aquellos árboles.

El muchacho se introdujo el diente de esfinge en la boca y silbó. Un destello rojo y dorado salió velozmente del bosque hacia él.



EL FUNERAL

El sol lucía frío y brillante la mañana del funeral de Anya Argen.

Habían pasado doce horas. Habían dispuesto de ese escaso tiempo para vestirla, amortajar su cuerpo y convocar a los dolientes. Por mano humana y por el vuelo de las criaturas se había difundido la noticia de que la princesa del cabello del color de la luna, la muchacha que se había pasado la vida corriendo por el bosque y por el castillo rodeada de pájaros dorados y plateados, había muerto.

Las paredes del salón Ámbar estaban cubiertas de seda blanca, el color del luto por la muerte de un niño. Aunque en la estancia cabían quinientas personas sentadas, la multitud, demasiado numerosa, se apretujaba al fondo, de pie. La voz se había corrido rápidamente: la princesa había muerto de un ataque al corazón por la impresión que se había llevado al enterarse de que iban a ejecutar a su padre.

Muchos lloraban, por la muchacha y por lo que representaba: el mundo antes de aquella reciente conmoción. Unos pocos

comentaban por lo bajo que no les parecía muy normal que una chica tan joven falleciera tan de súbito. Uno lo había dicho abiertamente, frente a una taberna, a altas horas de la noche, y un soldado lo había oído. Nadie lo había vuelto a ver.

Sonaron unas trompetas, y un tambor apagado marcaba el ritmo. El gentío se estremecía a causa de los sollozos: los ayudas de cámara, los cocineros, las duquesas y los diplomáticos. El dolor por la pérdida inundaba la habitación. Solo los soldados, con sus galones dorados, permanecían al margen del mar de dolientes, apostados a lo largo de las paredes, inmóviles.

Los portadores del cuerpo avanzaban por el pasillo del gran salón. Anya Argen tenía el cabello extendido como un abanico en torno a la cara, y a su paso se hacía el silencio.

Anya no yacía en un ataúd, sino en una camilla de madera tallada, rodeada de flores, para que le quedara el rostro a la vista. Claude Argen así lo había ordenado. No debía quedar la menor duda de que estaba muerta. Tenía la tez pálida y los labios descoloridos. Llevaba un vestido blanco y le habían puesto sus joyas: ópalos en el pelo, pulseras de rubíes y el locuilán sobre el inerte pecho.

Nadie veía el dragón en miniatura que estaba oculto entre sus cabellos. Se había negado a apartarse de su lado.

En el otro extremo de la sala había una tarima. Habían retirado el trono y, en su lugar, había una mesa de mármol, adornada con flores blancas, lista para recibirla. Su tío, de pie a un lado de la mesa, en el lugar que habría ocupado un sacerdote, observó cómo depositaban su cuerpo sobre ella.

Con el rostro tenso de emoción, Claude se dirigió al pueblo. Que ahora era *su* pueblo.

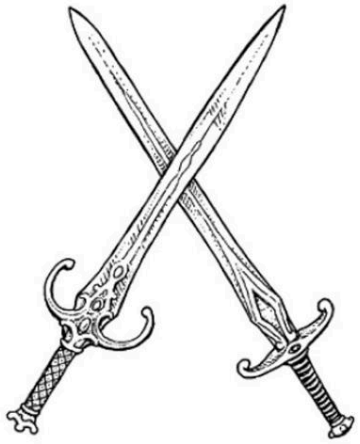
—Nuestra bienamada princesa ha muerto —anunció.

La sala prorrumpió en manifestaciones de tristeza.

—Es una tragedia. Tenía el corazón débil. Cuando se le comunicó que su padre estaba condenado a muerte, su delicado cuerpo no pudo soportarlo. La impresión la mató. —Inspiró profundamente—. Quizá sea mejor así: se ha ido a un lugar libre de sufrimiento.

Se oyó un estrépito al fondo de la estancia y las puertas se abrieron de golpe.

—Tu sufrimiento, en cambio, no ha hecho más que empezar —dijo una voz.



ACUSACIÓN

Aunque el muchacho que se acercaba a grandes zancadas por el pasillo era muy joven, la ira le confería la autoridad de un guerrero.

Llevaba el uniforme de la guardia, y el olor del rascovnic que había utilizado para abrir las puertas aún era intenso. Mientras avanzaba, se despojó de la gorra y de la chaqueta, dejando al descubierto la espada de obsidiana que llevaba al cinto.

Dos gaganas volaban a su lado, y lo seguía una quimera, con sus tres caras lívidas de determinación. Se oían gritos ahogados a su paso.

—¡Ciudadanos de Dousha! —gritó el muchacho—. Tenéis delante a un asesino. Claude Argen es culpable por partida triple: de la muerte de su padre, el viejo rey; de tenderle una trampa a su hermano, el rey legítimo; y ahora, del asesinato de su sobrina, Anya Argen, princesa de Dousha.

Las dos gaganas se adelantaron y aterrizaron sobre el cuerpo de la niña.

A Claude Argen se le aceleró la respiración. Les hizo una seña a los soldados.

—¡Guardias! ¿Quién es este mocoso? ¡Prendedlo!

Ellos se acercaron en tropel, lo que desató la tensión. Un rumor de confusión y rabia recorrió la multitud de dolientes.

Sin embargo, Christopher Forrester no tenía miedo; la luz del día había penetrado en su torrente sanguíneo y destilaba una euforia fiera.

—¡Alto! Tengo la prueba de que la princesa ha sido envenenada. No me marcharé hasta que la escuchéis.

—¡Soldados! —bramó Claude—. ¿A qué esperáis? ¡Apresad al crío! —Dos de los guardias más altos desenvainaron la espada.

—¡No! —gritó alguien—. ¡Dejad que hable! —Era Rillian Gerund, el ministro del Tesoro, que se levantó sobre piernas temblorosas. Nunca había alzado tanto la voz en su vida—. ¡Vais a dejar hablar al muchacho!

—Claude Argen —dijo Christopher—. La prueba está en tu piel, en tu ropa, en tu pelo. Estás cubierto de tu propio veneno.

—¡Eso es absurdo! ¡Lleváoslo de aquí! ¿Puede alguien sacar a este niñato de la sala?

—Anya salpicó tus manos, tu pelo, tu medallón, tus zapatos, tu chaqueta y tu piel antes de beberse el veneno en la oscuridad. No eran más que unas gotitas, pero el líquido no se va.

—¿Por qué? —preguntó Rillian Gerund—. ¿Qué estás diciendo?

—Anya Argen sabía que su tío pretendía envenenarla. Sabía que nunca estaría a salvo mientras él continuara libre. Y ella no podría vivir si no se le hacía justicia a su padre. Le dijeron que nunca entraría en el castillo ni volveríais a verla con vida, así que decidió hacerlo muerta.

Su voz rezumaba una ira brutal: los más viejos y los más sabios se estremecieron al oírla.

—Era la única prueba que sabía que os convencería: su cuerpo inerte, tendido frente a todos vosotros, y las manos manchadas de Claude Argen.

—Es vergonzoso que vengas a contar esa disparatada historia precisamente hoy. ¿Es que nadie piensa llevárselo de aquí, por la Inmortal?

—¡Un momento! He dicho que dispongo de la prueba. ¡No espero que me creáis a mí, sino a ellos!

Entonces Christopher Forrester se llevó el diente de esfinge a la boca y emitió un silbido; un sonido agudo y como de otro mundo. La Bandada Antiveneno, con las plumas ardiendo con un resplandor rojo sangre, entró volando majestuosamente en la sala.

Los pájaros de fuego no habrían atravesado las murallas del castillo para acudir a la llamada de un desconocido, salvo si se trataba de un muchacho provisto de un diente de esfinge que les hablaba en su idioma; un chico que contaba con una alianza con todas las criaturas.

Christopher Forrester, futuro guardián del pasaje, silbó de nuevo, y la Bandada Antiveneno voló más deprisa en torno a la cabeza de los asistentes en un carrusel de plumas y garras.

—Detectan sustancias tóxicas. Si no has manipulado ninguna, te ignorarán, al igual que al resto de los presentes en esta sala. En cambio...

A Christopher no le hizo falta terminar la frase.

Los pájaros de fuego se dirigieron veloces hacia Claude y se detuvieron para mordisquearle el cabello, los zapatos y la capa, así como para picotear la cadena que llevaba al cuello.

La estancia se sumió unos momentos en un silencio sepulcral antes de estallar en gritos, imprecaciones y rugidos.

—¡Traición!

—¡Infamia!

—¡Asesino!

La doctora Ferrara se puso de pie.

—¡Cerrad las puertas!

En medio del caos, nadie estaba mirando la mesa de mármol sobre la que descansaba el cuerpo de Anya salvo las dos gaganas, el joven y la anciana, que no habían despegado los ojos de ella ni un instante.

Entonces Gallia paseó la mirada por la sala y le chasqueó el pico a Koo: había llegado el momento. Este le dio a la niña un golpecito en el pómulo con el pico, cerca del ojo cerrado, en un gesto de amor puro. Una gotita de sangre brotó de su pálida piel.

—Mía —dijo Koo—. Mía.

La voz de Claude Argen se oía por encima de las demás. Aunque los pájaros seguían revoloteando a su alrededor entre chillidos agudos, él gritaba más fuerte.

—¡Los pájaros mienten! ¡Esto es ridículo! Ya estoy harto. ¡Prendedlo! ¡Matad a las criaturas!

Los soldados cercaron al gentío y avanzaron hacia Christopher, formando en torno a él un círculo de espadas desenfundadas.

El chico desenvainó la suya, preparado para luchar. La quimera dejó al descubierto todos los dientes.

Se oyeron protestas entre la multitud cuando los soldados se abrieron paso a empujones.

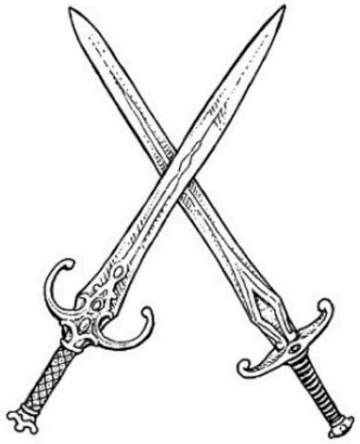
Y, de pronto, una voz.

—Guardias reales, os ordeno que os detengáis.

Era una voz tan sonora, clara y nacida de la rabia que ninguna de las personas que la oyeron la olvidaría jamás.

La muchacha fallecida se puso en pie y ejecutó una profunda reverencia, dedicada a la sala, a los pájaros y al mundo en general.

—Claude Argen, duque de las montañas Azules, señor de las Aguas de Dane, príncipe de Dousha. Eres un embustero. Me mataste a mí, así como asesinaste a mi abuelo, pero yo me he negado a morir.



LA PRINCESA IMPOSIBLE

Se impuso un silencio tan absoluto que se oía la respiración de cada uno de los presentes; mil alientos entrelazados.

—Encontré un antídoto, y lo preparé con la ayuda de Christopher. —Se volvió hacia el muchacho y sonrió.

Él se acercó a la tarima sobre la que se encontraba. Le devolvió la sonrisa, una tan radiante que habría resultado visible desde la luna. Sacó la espada y se la tendió. Acto seguido, dio un paso atrás y se quedó esperando, preparado. Era un guardián de nacimiento, pero también por su voluntad férrea.

—Tengo el libro que robaste en las Tierras Comunes, Claude —desveló ella—. Un dragón tradujo las runas. Me dijo que el antídoto contenía el poder del glimor.

Era el momento de Jacques. Volando alto, tendió la vista sobre la multitud.

—El corazón de las ranas de bosque se congela en invierno. Se quedan como muertas, hasta que las despierta el calor del sol. Las

runas decían: «Quien toma el antídoto antes de ingerir el veneno cae en un estado similar a la muerte. Pero se le puede despertar por medio de un pinchazo que haga brotar la sangre y reactive la circulación por las venas». —Se posó en el hombro de Anya—. Según el libro, nunca se había probado en humanos. Anya Argen decidió correr un riesgo enorme.

—Tenía que intentarlo, porque los dragones a los que asesinaste para apoderarte de su oro no contaban con este remedio. —Alzó la voz como en un sollozo—. Y mi abuelo tampoco. Tu padre, Halam Argen, al que asesinaste para hacerte con el trono.

—¡Guardia! —berreó Claude, desesperado—. ¡Miente! ¡Está confabulada con su padre!

Tres hombres con cara de rata acudieron solícitos a cumplir sus órdenes, pero los cinco cocineros del castillo, bajos, robustos, fuertes y furiosos, se interpusieron en su camino.

—Quietos ahí —bramó la jefa de cocina—. Ni un paso más.

Los otros guardias permanecían inmóviles, con la mano en el pomo de la espada, el gesto torcido y la vista fija en el general, a la espera de sus instrucciones.

—Milord —dijo este—. Ya no aceptamos vuestras órdenes. Tenéis ante vos a Anya Argen, heredera al trono. Estamos a su disposición.

Claude Argen abrió la boca para decir algo..., pero en ese momento se oyó un estallido de vidrios, un ruido de piedras que se desmoronaban, y una bestia alada roja, negra y escamosa irrumpió volando a través de la ventana... y de parte del muro.

La muchedumbre soltó un alarido de confusión que subió de tono hasta transformarse en pánico cuando comprendió qué era aquello que había aterrizado en el suelo blanco del salón. Anya oyó a Christopher ahogar un grito de admiración y asombro..., pues la

belleza del dragón bajo la cristalina luz de la mañana quitaba el aliento.

Arach se detuvo frente a la tarima, en medio de los escombros y de los vidrios rotos, y plegó las alas. Una película cubría la superficie de su ojo izquierdo, y sus patas se movían de forma espasmódica, pero, aun así, irradiaba un poderío monumental. Cuando habló, su voz retumbó en aquel enorme espacio.

—Claude Argen. No es la primera vez que estoy en tu presencia. En aquel momento me hallaba ciego, pero reconozco tu olor. Llegaste envuelto en la oscuridad, como un ladrón, para sembrar el caos y la destrucción en mi familia. He venido a hacerte pagar por ello.

Claude retrocedió tres pasos, preso de un auténtico terror. Pero Anya se acercó, con los cristales crujiéndole bajo los zapatos y enredándose en su vestido blanco. Posó las manos en el morro del dragón, por encima del labio.

—No —susurró—. Déjamelo a mí. Es mío.

La bestia alada la miró a los ojos. Vio en ella a uno de los suyos.

Permanecieron un segundo interminable frente a frente, el dragón y la chica. Al fin, Arach asintió. Desplazó su enorme cuerpo hasta situarse detrás de Anya, proyectando su sombra sobre ella como un guardaespaldas gigantesco.

El general de la guardia se armó de valor y rugió una orden.

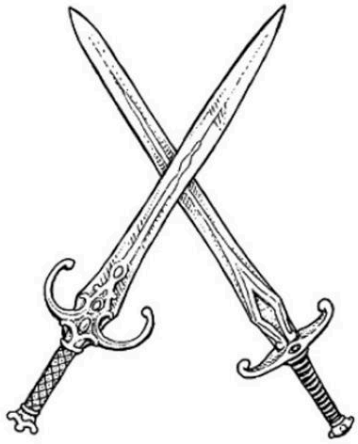
—¡Escuadrón! ¡Detengan a Claude Argen!

Una docena de hombres y mujeres se encaminó hacia la tarima.

—¡No! —les gritó Anya—. ¡Atrás! ¡Es mío! No quiero que nadie me ayude. Me corresponde a mí poner fin a esto. ¡No dejéis que se acerquen! —les indicó a Arach, a Christopher y a la quimera. El dragón se giró y lanzó un rugido tan grande como el castillo, y tanto los soldados como los dolientes que tenían detrás retrocedieron.

Solo quedaron la tarima, los cristales rotos, una extensión considerable del salón, Anya y su tío.

—¡Cuidado, Anya! —gritó Gallia al ver que Claude se llevaba la mano al cinto—. ¡Tiene una espada!



VENGANZA

Su tío tenía una espada, en efecto, pero Anya no solo iba armada, sino que también contaba con un pelotón de pájaros leales y furiosos.

Claude se abalanzó hacia ella; Anya alzó con las dos manos la hoja de obsidiana para parar el golpe. Cuando él lanzó una estocada, Gallia chilló: «¡Ahora!», y por la ventana rota entró un torrente de gaganas.

Volaron hacia él: pese a los espadazos y cuchilladas que asestaba, se vio rodeado por una nube vengadora de alas y garras. El viejo Vrano le aleteó en los ojos. Koo aterrizó sobre su espalda y le acribilló el cuello a picotazos. Claude intentaba rechazarlas con la espada, pero las aves volvían una y otra vez para arañarle los ojos y la cara.

Gallia se inclinó en el aire. Bajó en picado y le asió la muñeca a Claude con el pico, clavándoselo en la carne. Anya arremetió contra su tío, blandiendo la espada con todas sus fuerzas, de modo que él

se tambaleó y cayó al suelo. Coren, Koo y Gallia descendieron rápidamente, recogieron el arma entre los tres con el pico y la tiraron por la ventana.

Anya se acercó a su tío, que pugnaba por levantarse.

—No te muevas —le advirtió, y él se quedó paralizado en una postura de rodillas—. Estabas dispuesto a ahorcar a mi padre. A tu hermano, que te quería.

—Argus habría sido un rey débil —argumentó Claude, jadeando—. ¡Me avergüenza ser su hermano!

—¡Cállate! ¡No te atrevas a hablar de él! ¡No pronuncies ni su nombre! —dijo Anya.

—Sabía lo que había que hacer. Nací para reinar. Desde pequeño sé lo que es el poder, y que lo mueve el oro. Tu padre nunca lo entendió. Con las riquezas de los dragones, nos habríamos convertido en la isla más potente del Archipiélago.

—¡Es oro robado! Mataste por él.

—¿Quién echará de menos a un puñado de dragones? No habría habido nadie más poderoso que yo. ¿Lo comprendes, Anya, o eres demasiado ingenua y bobalicona para saber lo que significa eso? —Alzó la voz y adoptó un tono burlón—. ¿Tu papá le enseñó a su niñita a creer que el oro no importa? Eso es una mentira que se cuentan a sí mismos los pobres y los vanidosos. No hay nada que uno no pueda hacer cuando está respaldado por cantidades suficientes de riquezas y miedo.

—Te he dicho que te calles. —Anya levantó la espada y se la puso al cuello, con la punta en contacto con la piel—. Deberías estar suplicándome que no te mate.

El rostro de Claude reflejaba desprecio.

—Adelante —dijo—. Hazlo, niña.

La espada le pesaba en la mano, que le temblaba.

—No te atreverás —insistió él—. No tienes lo que hay que tener.

—Yo habría pensado lo mismo —comentó ella.

Deslizó la espada hacia arriba y le rebanó la parte superior de la oreja. La sangre le resbalaba por el cuello, y Claude se quedó inmóvil.

—Resulta que sí que lo tenía, pero muy oculto dentro de mí. Tú lo has hecho salir.

Claude intentó enderezarse, pero ella le asestó un tajo en diagonal hacia abajo, y la sangre le salpicó la manga.

—Como vuelvas a moverte, lo haré —advirtió ella—. Te mataré.

Con un gemido de dolor, su tío se agachó para agarrarse el brazo, y ella blandió la espada de nuevo, que le arañó a Claude la punta del mentón.

—Te he dicho que no te muevas. —Le zumbaban los oídos—. Pon las manos detrás de la cabeza.

Él obedeció. Se le había demudado el rostro. Por primera vez, estaba aterrorizado. Se le notaba en la expresión. Veía en la chica que tenía delante la capacidad de matar.

En ese preciso instante, Anya comprendió que, en efecto, podía hacerlo. Aunque, en el fondo, siempre había albergado dudas, de pronto lo sintió en la sangre. Era capaz de matar. Empezaron a rodarle lágrimas por las mejillas, pero no despegó la espada del cuello de Claude.

Notó el sabor salado del llanto en la boca, pero reprimió las ganas de sollozar. No dejó que ninguna convulsión alterara la firmeza con la que sujetaba la espada.

«Mátalo —le decía su corazón—. Asesinó a tu abuelo. Quería ejecutar a tu padre. Y te mató a ti.

»Mátalo».

Las lágrimas le resbalaban por la barbilla. Una cayó en el locuilán, seguida de otra. Tres, cuatro lágrimas. Ocho, diez. Doce.

Un espasmo le recorrió todo el cuerpo, y la espada por poco se le resbala de las manos.

Era el locuilán. De su superficie reluciente brotó un abanico de luz que se extendió como una pantalla por la sala; se vio a sí misma en aquella cortina luminosa como si se mirara en un espejo.

La Anya del reflejo se encontraba de pie junto a su tío, con la espada contra su garganta.

—Esto va por mi padre —dijo, y, cerrando los ojos, le hundió la hoja en el cuello.

Anya notó que la carne cedía, y que la obsidiana chirriaba al rozar el hueso. Vio que la sangre manaba a borbotones hacia ella.

De pronto, un resplandor blanco cegador inundó la escena y le ardió en los ojos. Cuando se le aclaró la vista, se vio de nuevo a sí misma, pero esta vez convertida en una persona adulta.

Su belleza era sobrecogedora. Llevaba un vestido blanco de seda y, sobre la cabeza, la corona de su abuelo. El rostro se le había alargado, y se le habían afilado las facciones, tan hermosas que parecían cinceladas en mármol. Las arrugas de su tez le indicaban que no sonreía a menudo.

Anya notó que algo la atravesaba como una flecha. Estaba dentro de aquella otra Anya, su yo del futuro.

Se encontraba sentada en el trono de su abuelo, en torno al que se arracimaba la gente. Resultaba evidente que la temían; estaban aterrorizados. Algunos, dentro del miedo que sentían, la admiraban, otros le guardaban rencor. A ella le daba igual. Unos querían engatusarla para que los ayudara. Otros pretendían amedrentarla, hacerle daño o conquistarla.

Esa era la Anya que había acabado con la vida de Claude Argen. El acto de matar a su tío se había filtrado en su torrente sanguíneo y en su corazón. Percibía la presencia de la muerte y el poder que ejercía sobre ella. Era despiadada. La llevaría dentro hasta el fin de sus días.

La muerte de Claude no había aplacado su aversión hacia él. La venganza los había unido para siempre. Seguía aborreciéndolo. El odio había anidado en su alma. Era un veneno. Había emponzoñado a su tío, y la emponzoñaría a ella también.

Anya —la auténtica, la joven, la viva; la Anya cuyo corazón seguía entero y latía desbocado como el de un pájaro— soltó un grito. Se tambaleó hacia atrás, alejándose de la luz del locuilán, hasta regresar a su cuerpo.

Su tío aún estaba arrodillado a sus pies; ella empuñaba la espada, pero respiraba como si hubiera corrido un kilómetro. En su rostro, el sudor se mezclaba con las lágrimas.

Miró a Claude a los ojos. Podía traer la muerte a la sala. ¿Acaso él no se lo merecía?

En ese momento, lo supo con una certeza meridiana: no quería tener nada que ver con la muerte.

No quería saber nada de finales. Solo comienzos: nuevas ideas, nuevos planes, nuevas alegrías, nuevas realidades y nuevos futuros. Ninguna de esas cosas podría salvar el abismo de la muerte para llegar hasta ella.

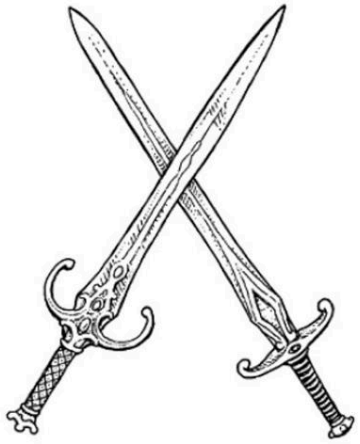
—No te mataré —dijo—. No renunciaré a mi corazón solo para verte muerto. —Dirigió la vista hacia el trono que descansaba sobre el estrado—. Y no gobernaré desde ese trono; jamás. Nadie debería ostentar tal poder. Encontraremos un sistema mejor. —Dejó caer la espada al suelo y le hizo una señal con la cabeza al general de la

guardia antes de bajarse de la tarima—. Que lo trate la doctora Ferrara —dijo—. Está herido.

Dio media vuelta y enfiló el pasillo, entre las miradas fijas y estupefactas de la gente. A nadie le sorprendió ver que el dragón la seguía caminando despacio.

A su paso, todos los hombres se inclinaban profundamente y todas las mujeres doblaban las piernas en una genuflexión; esta vez no era un homenaje a su sangre real, sino a su valor.

Las gaganas se arremolinaron en torno a ella mientras avanzaba; decenas de aves revoloteaban alrededor de su cabeza en una procesión de destellos de color oro y plata en honor de la reina que ella había decidido no ser.



ARGUS

Argus Argen estaba en las mazmorras, en las entrañas del castillo. Caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado, esperando. Había salido el sol, pero eso no le importaba. Le habían dicho que su hija había muerto. La noche se había apoderado de su alma y ya nunca lo abandonaría.

A la hora en punto, irían a buscarlo para conducirlo a la horca.

Según el reloj, faltaban cuatro minutos. Al fin, Argus Argen detuvo sus idas y venidas y aguardó a que lo engullera la oscuridad.

Faltaban tres minutos para la hora en punto. No había llegado una contraorden. La puerta se abrió; se puso tenso. Eran los dos guardias, que habían venido para llevárselo; uno viejo y uno joven, fuertes y amables. Cerraron la puerta a su espalda con delicadeza y, en un tono oficial, leyeron en voz alta su condena. Cuando terminaron, lo tomaron de los brazos.

Faltaba un minuto.

El sonido de unos pies que corrían resonó por el pasillo. Eran más ligeros y rápidos que los de cualquier guardia; los más rápidos y ligeros que habían corrido jamás por ese pasillo.

La puerta se abrió de golpe con la fuerza de una explosión, y una niña se lanzó por el aire a los brazos de su padre.

Argus soltó un grito que retumbó por el castillo y estremeció hasta los cimientos de piedra.

—¡Anya!

Ella se abrazó al cuello de su padre, rodeándole el torso con las piernas, apretándolo con tanta fuerza que no lo dejaba respirar.

¿Qué necesidad tenía de respirar? El oxígeno era para los demás. Él tenía a su hija viva entre los brazos.

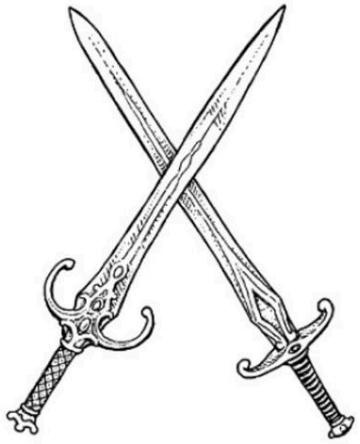
El guardia joven rompió a llorar de alivio. Nadie se dio cuenta.

Anya estrechó a su padre contra sí, cada vez más fuerte. Él le besó una y otra vez la mejilla, y su olor familiar la envolvió. El ardor de la garganta había desaparecido.

—¡Papá! —exclamó ella. Su cuerpo entero era un corazón palpitante que proclamaba «gozo, gozo, gozo».

—Mi dulce niña —dijo él.

Anya Argen sonrió y decidió no corregirlo.



DOUSHA

Abolir un sistema de gobierno y establecer uno nuevo no es coser y cantar; pero eso no significa que sea imposible.

Anya opinaba que el derecho de nacimiento era un criterio absurdo, frívolo y demencial para decidir quién debía gobernar un reino. El heredero al trono quedaba expuesto a las traiciones de sus hermanos.

Al final, tras una deliberación con el Senado Volador, se constituyó un parlamento integrado por cincuenta humanos —veinticinco hombres y veinticinco mujeres— y cincuenta criaturas: gaganas, dríades y una sirena a la que transportaron desde el mar en una enorme jofaina plateada para que hablara de las necesidades de las aguas que bañaban las costas. Los unicornios alados insuflaban valor a los participantes. Había desacuerdos, tensiones y caos, por supuesto, pero, en general, se trataba del sistema con el mayor margen posible para la sensatez.

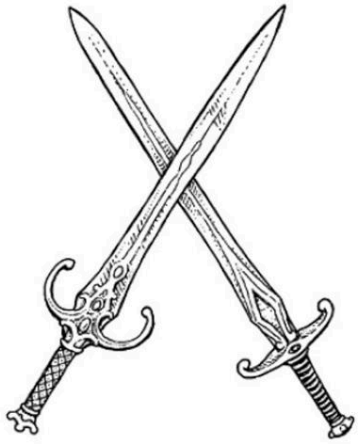
Quedaban por estudiar y solucionar algunos detalles. Los detalles llevan su tiempo; es su naturaleza. Sin embargo, el cambio había comenzado, y por fin se había abierto una rendija por la que entraba luz a raudales.

Claude Argen había acumulado una cantidad pasmosa de oro. Habría bastado para reunir el mayor ejército del Archipiélago, pues siempre habrá hombres y mujeres dispuestos a luchar por dinero. Casi todo fue encontrado y devuelto a los dragones, pero más tarde se descubrió que Claude había escondido una parte.

Un mes después de su detención, el guardián de las mazmorras se encontró con que Claude se había fugado. El oro que guardaba había bastado para sobornar a uno de los carceleros. Se había organizado una búsqueda por todo el Archipiélago.

Anya se había puesto a vociferar cuando se había enterado, pero Christopher y ella contaban ahora con la fórmula del antídoto, lo que al menos les permitiría proteger a quienes más lo necesitaban.

Iba a marcharse de Dousha junto con su padre. Ya habían preparado el equipaje. Ella se llevaría consigo sus vestidos, pero tenía otros planes para la diadema y las joyas. No le harían falta en el lugar adonde iba, pensó: ya era bastante bello de por sí.



EL ESCUPEFUEGO AZOTE DE LA INJUSTICIA

Así pues, tras menos de un mes desde aquella noche en la que había corrido por las almenas con el huevo de gagana, Anya se marchó del castillo. Abandonó la isla, que era lo único que había conocido, y viajó —no a lomos de una esfinge ni de un unicornio volador, sino en un velero robusto y bien aprovisionado— al islote de Glimt.

Había sido idea de Irian. «Un destello de inspiración», habría dicho ella. «Una genialidad», habría opinado Nighthand.

—Si queremos que esto sea un refugio para criaturas, ¿no deberíamos ofrecer ayuda también a los humanos, Nighthand? Podríamos acoger a los jóvenes que necesitan cuidados, protección o educación, ¿no?

Al principio, el berserker no las tenía todas consigo.

—¿No suelen entonar cánticos joviales? No pienso consentirlo.

Pero había tardado poco —muy poco, pues se trataba de Irian— en dejarse convencer.

—El año que viene enviaremos a Ratwin a buscar algunos jóvenes inusuales. Pero no pienso permitir retozos ni jueguecitos inocentes en mi presencia, ¿entendido?

El padre de Anya la había acompañado en el viaje, inclinándose sobre el costado del barco para estudiar las algas al pasar. Irian le había escrito para informarlo de que necesitaban un jardinero.

Anya no había sido la primera estudiante recibida con los brazos abiertos en la isla, sino la segunda.

Al primero lo descubrió en el jardín de Glimt, arrancando abrojos del pelaje de un al-miraj.

—¡Christopher! —De repente se sintió la persona más afortunada del mundo—. Pero ¡si habías vuelto a las Tierras Comunes! Creía que tu padre...

El chico se rio.

—Tuve que pelear un poco. Al principio, se negó a dejarme regresar; no paraba de hablar de exámenes, colegios y solicitudes de ingreso en la universidad..., pero Frank me echó una mano. Dijo que yo necesitaba aprender más cosas sobre el Archipiélago.

—Pensaba que tu abuelo iba a necesitar tu ayuda en el pasaje, ahora que está siempre abierto...

—Tiene una nueva ayudante. Una mujer llamada Petra Ferrara.

—¿Qué? ¡La doctora Ferrara! ¿Cómo es posible?

—Se conocieron hace años. Al parecer, nunca se olvidaron. Ella vino a buscarme. Regresamos juntos a través del pasaje.

—¿Y el de Paraspara, el que estaba custodiado por una quimera?

Había aparecido muerta. Le habían robado todos los ojos.

—Hay un nuevo guardián. Según el Senado Volador no es más que una solución temporal, pero, si te soy sincero, no creo que

consigan sustituirlo si él no quiere.

Arach estaba junto al pasaje, con sus grandes alas rojinegras plegadas. Había recuperado la vista por completo. Como duermen muy poco, los dragones son buenos guardias, y excelentes guardianes. Sí, esto suponía un mayor riesgo de muerte y digestión para quienes deseaban viajar a través del pasaje, pero todos estaban de acuerdo en que estos matices se irían puliendo con el tiempo.

La acompañaban las gaganas: Gallia, Coren, Koo y las demás.

De entrada no estaba muy segura de si era justo pedírselo.

—Ya no soy miembro de la realeza. Las gaganas reales solo siguen a la familia real, y yo ya no formo parte de ella.

Gallia nunca había ofrecido un aspecto tan temible.

—Yo tampoco soy real; nadie lo es. Por lo tanto, tengo la libertad de hacer lo que quiera. Y lo que quiero, Anya, es dormir en el cabecero de tu cama. ¿O acaso no te dije que te seguiría siempre?

Aunque la mayoría de las gaganas construyeron sus nidos en el bosque, Koo dormía en la almohada de Anya, enredado en su pelo, roncándole estentóreamente a la oreja. A veces, ella se despertaba gritando en plena noche por haber visto a su tío en sueños, pero entonces siempre oía, en medio de la oscuridad absoluta, el susurro de las alas que su pequeña bandada agitaba con suavidad.

Si bien el padre de Anya solo se había llevado un pequeño baúl con ropa, había llenado el resto del barco de plantas.

El segundo día, Argus fue en busca de Jacques. Lo encontró en el jardín con Christopher.

—Estoy dictando mi autobiografía —dijo el jáculo—, y el chico la está poniendo por escrito. Hemos llegado a la parte en la que ayudo a salvar la isla de Dousha. ¿Se te ocurre alguna frase promocional? O si te apetece entonar un canto de alabanza, eso siempre tiene buena acogida entre el público lector.

—Ni frases promocionales ni cantos de alabanza —se negó Argus. Aunque desplegó una amplia sonrisa, sus ojos aún denotaban una profunda tristeza. La verdad sobre su hermano lo había herido en lo más hondo, y esa herida tardaría años en cerrarse; tal vez no llegara a hacerlo nunca—. Pero quiero ofrecerte otra cosa. Tengo entendido que has perdido la capacidad de escupir fuego. ¿Es así?

Jacques miró a Christopher, escandalizado.

—¡Se suponía que era un secreto personal y privado! ¿Es que no tienes sentido de la decencia ni de la lealtad? Me están entrando ganas de arrancarte de un mordisco la uña del meñique del pie a modo de represalia.

—Me lo dijo Anya, no Christopher —repuso Argus.

—¡Pues entonces la morderé a ella!

—No te precipites. He estado cultivando una planta llamada rascovnic, que posee unas cualidades desbloqueantes extraordinarias. Creo que quizá te podría ayudar.

—¿Por qué? No soy una puerta, ni ningún otro elemento arquitectónico.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor tu fuego no se ha perdido o agotado, sino que está... bloqueado. Realizaste un esfuerzo enorme hace un año, al lanzar tus llamas en la isla de Arkhé. Además, sufriste una pérdida: la Inmortal, a quien querías mucho, pereció ese día.

—Menuda bobada —desdeñó Jacques—. Los dragones no queremos a los humanos, ni siquiera a los inmortales. Sería indecoroso e indigno de nuestra especie.

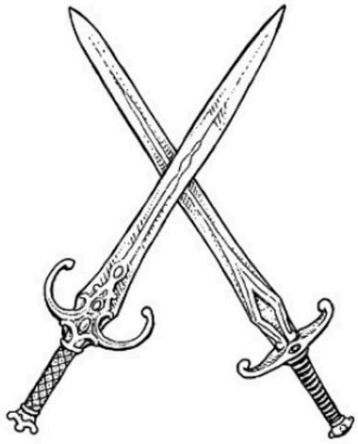
Argus sonrió.

—Sea como sea, pienso que tal vez el rascovnic podría desbloquear tu fuego.

Le tendió los tréboles: eran tres, quince preciosas hojas en total sobre la palma de su mano. Jacques hizo una mueca, como una duquesa a la que le hubieran ofrecido sopa de rata, pero aun así voló hasta Argus y se tragó las plantas.

De pronto, su cuerpo entero empezó a cambiar; temblaba como si una fuerza extraordinaria obrara efecto en su interior. Su cara de color verde plateado se tornó roja de repente, y luego dorada.

—¡Christopher! —exclamó Jacques, y su voz se transformó en un sonoro y magnífico rugido—. ¡Christopher, toma nota! ¡Estoy a punto de dejarte a cuadros! —El dragón aspiró... y de su boca brotó una llamarada que atravesó el jardín hasta la albufera, donde hizo burbujear el agua—. Tienes que cambiar el título de mi biografía a: *El escupefuego azote de la injusticia: el jáculo agradecido*. Lo resume todo muy bien.



FIDENS NIGHTHAND, IRIAN GUINNE

En su segundo día en el islote de Glimt, mientras comían ciruelas en lo alto de la escalinata del palacio, Anya y Christopher fueron testigos de una escena. Ninguno de los dos la entendió del todo..., al menos hasta que cumplieron unos cuantos años más.

Tuvo lugar entre Irian y Nighthand. El hombretón se preparaba para partir de la isla. Tenía el baúl listo y estaba despidiéndose de su amiga.

—No puedo quedarme —dijo—. Si me quedo, dejaré de ser un berserker.

Irian, al pie de la escalera, se volvió hacia Nighthand. Rodeada del florido jardín del palacio, fijó en él la mirada.

—¿Y si lo intentáramos? ¿Y si te decidieras a hacer el experimento de convivir con otra persona, los dos entrelazados? ¿Qué pasaría?

Él crispó el rostro en un gesto de dolor.

—No puedo. El amor es un lujo que los berserkers no podemos permitirnos. Amar es temer. No me reconocería. ¿En quién me

convertiría si tuviera miedo? ¿Para qué serviría?

—El miedo es un precio justo que pagar por el amor, Nighthand. —Lo miró—. El miedo te aporta sabiduría, si sabes tratarlo.

Un grito —un grito sincero— surgió de la gigantesca mole granítica que era el hombre.

—Pero es que no sé.

—Nadie sabe. Ninguna persona tiene por qué amar de la misma manera que otra. Todos inventamos desde cero el amor por cada individuo. Nosotros construiremos así el nuestro. —Se rio—. El amor es la mejor arma contra las crueldades del mundo, Nighthand. Incorpóralo a tu arsenal.

Él posó la vista en ella, poderoso, y, por primera vez en su vida, desesperado.

Irian subió los tres escalones que la separaban de él. No le resultó fácil: era algo que requería inteligencia y osadía.

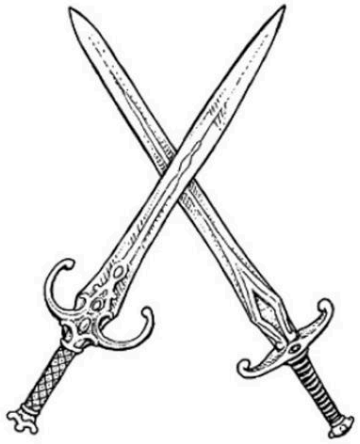
En silencio, Nighthand se agachó y le tendió la mano. Ella la aceptó.

—Irian —dijo, temblando visiblemente, como golpeado por una brusca ráfaga de viento. Las arrugas de su rostro asumieron una forma que nunca habían adoptado. Despedía tal luminosidad que era como presenciar la primera salida de un sol recién inventado. Fue como si una montaña soltara una carcajada.

Se agachó y le levantó el rostro hacia el suyo. Se besaron; fue un beso memorable, digno de la posteridad y de los cantos de las sirenas.

Irian tendió la vista hacia el bosque y el cielo.

—Ven —dijo; y se fueron juntos.



EL FINAL DE NUESTRA BÚSQUEDA

Era el primer día caluroso de verdad de la primavera. La tierra de alrededor del palacio, calentada por el sol, despedía un aroma a raíces, a brotes de color verde pálido y a yemas frescas, tan embriagador y fragante que Anya no quiso esperarse a lavarse ni a desayunar. Se puso lo primero que encontró y salió corriendo, con Gallia, Coren y Koo revoloteando en torno a su cabeza. Las gaganas cantaban mientras surcaban el aire. Anya se unió a ellas con una voz aguda y potente. Era una canción en gagano, un idioma que apenas comparte vocabulario con el nuestro; he aquí una traducción muy libre:

Load las alas de las gaganas en vuelo,
load el cielo, que no tiene dueño,
load el cielo negro, cubierto de estrellas,
pero load más al sol, que siempre regresa.

Christopher recibió a Anya frente a la puerta principal. Llevaba dos tostadas gruesas con mermelada de los árboles frutales del huerto. Le ofreció una. Mientras comían, echaron a andar hacia la luz del sol.

Se detuvieron sobre la amplia extensión de césped y tendieron la mirada hacia la inmensa superficie de agua. El borometz se les acercó y ellos avanzaron para ponerse al alcance de su zarcillo. Anya le dio un trozo de su tostada. El fénix descendió en picado, aterrizó a sus pies y los observó con perplejidad. Y entonces se produjo un desfile de criaturas procedentes de todos los rincones del jardín, del bosque y del agua. Un kanko trepó por la bota de Anya, que se lo subió al hombro. El longma se aproximó con andar lateral y levantando mucho las rodillas, y una cría de rocho, corriendo torpemente con las garras. Gallia se posó en la mano extendida de Anya, que le rascó las plumas.

Vida: estaban rodeados de vida, la melliza tenaz, maravillosa y antitética de la muerte. La vida runruneaba, chillaba y palpitaba alrededor de Anya. El aire estaba lleno de reclamos y susurros, ruidos agradables, la suave respiración de los seres vivos. Aquella explosión de vitalidad expulsó de su cuerpo el miedo residual al castillo y a su tío.

La alegría estaba al caer, tan seguro como que se avecinaba la cosecha.

Christopher interrumpió su silencio.

—Mirad —dijo—. ¡Mirad allí!

Un barco estaba arribando al puerto de Glimt. Al timón iba Ratwin, dando instrucciones a dos marineros. Junto a ella había una mujer con un bebé en brazos. Esta tenía un rostro corriente, pero sus ojos brillaban y su expresión reflejaba bondad.

Nighthand bajó como un bólido las escaleras del palacio.

—¡Irian, Christopher! —Llamaba al chico a gritos, sin ver que estaba a solo unos metros de distancia—. ¡Christopher! ¡Lo hemos encontrado! ¡Ya viene!

—¿A quién? —preguntó Anya, pero entonces comprendió: la mirada de Christopher se lo dijo—. ¿Al Inmortal? ¿La nueva alma inmortal?

—¿Eso es lo que buscabais? —inquirió el chico.

—Hace un año comencé a enviar a una docena de hombres en su busca —dijo Nighthand—. Me he pasado todas las horas libres en la mar, buscándolo. —Hablaba deprisa y en voz baja—. Ratwin ha encomendado a tres docenas de ratatoskas la misión de encontrar a un niño o niña que haya nacido en el día y la hora adecuados.

—¿Y lo han encontrado?

—Eso decía el mensaje que nos convocaba a Irian y a mí. No se lo contamos a nadie para que no nos siguieran.

—Tuvimos que movernos deprisa y borrar nuestras huellas —explicó Irian—. Era esencial que no condujéramos a nadie hasta el bebé sin querer. El Inmortal siempre está indefenso si no se lo protege.

—Ratwin supo de su existencia a través de las nereidas —dijo Nighthand—. Lo vimos durante unos minutos. Es un niño. Una maravilla. ¡El final de nuestra búsqueda! Aún no ha pronunciado una sola palabra (no ha cumplido ni un año), pero no me cabe duda de que es él. Senan, su madre, accedió a traerlo aquí; de visita, por el momento, y quizá para una estancia más larga cuando sea mayor. Todos los que lo han conocido le han cobrado mucho afecto. Llora y ríe, y vuelve a reír. El piensanombres le puso Eterenus; los demás lo llaman Teren.

De pronto, Anya se encontró en medio de una multitud: Irian, Nighthand, su padre, el longma, el rocho y el ratón Meri («¡Huy, de

cuántas maneras lo voy a ayudar! ¡Qué suerte, poder servir al niño inmortal!»). Todos habían acudido a ver la llegada del barco.

Se oyó una voz en el cielo, y Naravirala aterrizó en el césped.

—¿He llegado demasiado tarde? Acabo de enterarme. No soportaba la idea de no verlo. —Su herida había sanado, y tenía el rostro sereno.

Solo Christopher se mantenía un poco apartado.

Estaba muy blanco. Anya fue a situarse a su lado. El barco atracó, y la mujer bajó a tierra, con el niño en brazos.

Tenía una carita traviesa y alegre, ojos grandes y el mentón afilado. A diferencia de todas las personas a las que Anya había conocido, parecía muy joven y a la vez de edad inmemorial. En la palma de una manita extendida tenía una marca de nacimiento en forma de manzana.

Su madre lo abrazaba fuerte contra su pecho, como si sostuviera una gema valiosísima, pero Teren se reía, contemplando su nuevo entorno con la ansiosa precisión de quien ha visto un millón de paisajes.

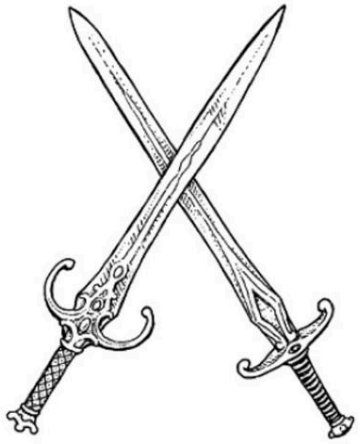
De pronto, el rostro del niño se transformó: desplazó la vista de Anya al chico que estaba junto a ella. Se le desorbitaron los ojos, que irradiaban un amor tan profundo que, de pronto, la inmortalidad del bebé se hizo transparente.

—¡Christopher! —dijo.

Y nada más. Pero esa palabra rezumaba un júbilo que iba más allá de los conocimientos de un niño pequeño... o de cualquier bebé del mundo.

Fue la primera palabra del nuevo Inmortal: una palabra positiva. Cuando apretó los puños y sacó el mentón en un gesto típico de Mal Arvorian, el corazón de todos los que lo vieron se elevó al cielo.

Christopher escrutó aquel rostro nuevo y antiguo como buscando algo en él; el brillo de sus ojos pareció indicar que lo había encontrado.



LA JUSTICIA DE LOS DRAGONES

Solo queda una cosa por contar.

Cuatro dragones de alas rojas encontraron un pozo donde antes no había nada. Aunque el agua despedía un olor acre, bebieron de ella con avidez. A un observador inteligente tal vez le habría sorprendido esa ansia, pero no había observadores inteligentes a mano ese día.

Y entonces, mientras el hombre los observaba desde su escondite, los dragones empezaron a morir. Algunas personas quizá habrían opinado que su muerte había sido demasiado teatral, pero serían personas capaces de criticar a un dragón, y de esas no hay muchas.

El hombre aguardó hasta que estuvo seguro, y entonces se acercó corriendo y llenó un saco de oro. Con eso bastaría para iniciar una nueva vida en las Tierras Comunes. Le permitiría vivir en la abundancia, rodeado de lujos. Nadie se le había adelantado.

No vio al ratón batracomiomaquiano que corría de un dragón a otro, mordiéndoles la suave piel de debajo del cuello hasta que

brotaba una gota de sangre. A los ratones batracomiomaquianos les encanta ayudar.

Tampoco vio que el dragón más grande había abierto un ojo, ni que el más fuerte se había pasado la lengua por los labios.

Claude Argen no sabía que Anya había vendido todas sus posesiones y, junto con Christopher, había repartido el antídoto a todos los dragones del Archipiélago, solo por si acaso. ¿Por qué iba a sospechar algo así? Su mente era incapaz de imaginar la profundidad de la forma de pensar de Anya.

Celebrando su astucia, Claude se alejó, y los dragones lo dejaron marchar. Permitieron que llegara a la cima de la colina.

Y entonces aparecieron sobre el horizonte, todos con el cuerpo negro y la parte inferior del ala roja, como una tempestad vengadora. Su aleteo contenía el sonido de la rabia.

Los dragones no albergan dudas ni escrúpulos respecto a la muerte. Su existencia es demasiado distinta de la de los humanos.

Él era un hombre, ellos, en cambio, dieciséis dragones; los suficientes para cubrir el cielo con las alas, para tapar el sol.

A muchos kilómetros de allí, desde lo alto de la torre de Glimt, Anya contemplaba la escena. Jamás la olvidaría.

El cielo, de pronto, se incendió. El horizonte entero se tiñó de amarillo, rojo y el más puro azul del fuego.

Y entonces los dragones alzaron el vuelo. Solo quedó la silueta de la colina, chamuscada y ennegrecida, coronada de oro fundido. Los árboles y el hombre, con su veneno y sus planes, habían desaparecido.

Ante la mirada de Anya, los dragones se movieron como en respuesta a una llamada. Girando en el aire, rodearon una vez la colina y se alejaron volando, no sobre la isla, sino directamente hacia el cielo, hasta quedar fuera del alcance de la vista humana.

EL BESTIARIO DEL GUARDIÁN

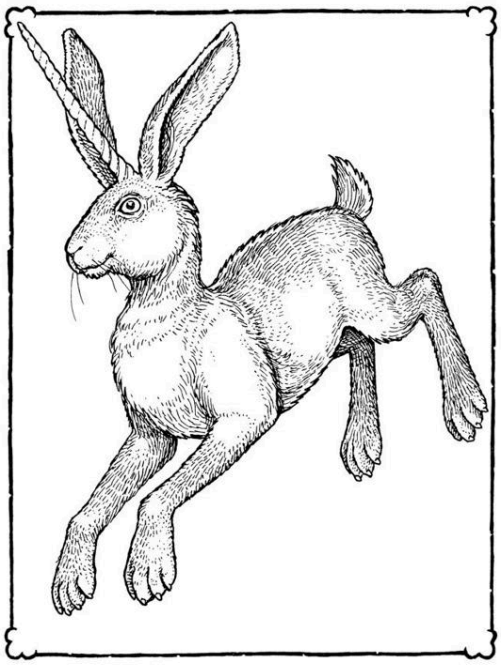


En nuestro mundo existe un emplazamiento secreto que permanece cuidadosamente oculto gracias a la magia. Es un lugar de salvaje magnificencia, una tierra donde en la actualidad siguen viviendo y desarrollándose todas las criaturas míticas. Se lo conoce como el Archipiélago de Glimoria y está formado por treinta y cuatro islas, algunas tan grandes como Dinamarca, otras tan pequeñas como la plaza de un pueblo. En estas, miles de criaturas mágicas corren y vuelan, crían a sus pequeños, envejecen, mueren y vuelven a empezar. Las tenemos medio olvidadas y hace mucho tiempo que no las consideramos más que el escenario de cuentos infantiles.

Sin embargo, no las hemos destruido del todo; siguen con vida. Son exuberantes, luminosas y reales. Se trata del último lugar mágico que ha sobrevivido hasta nuestros tiempos.

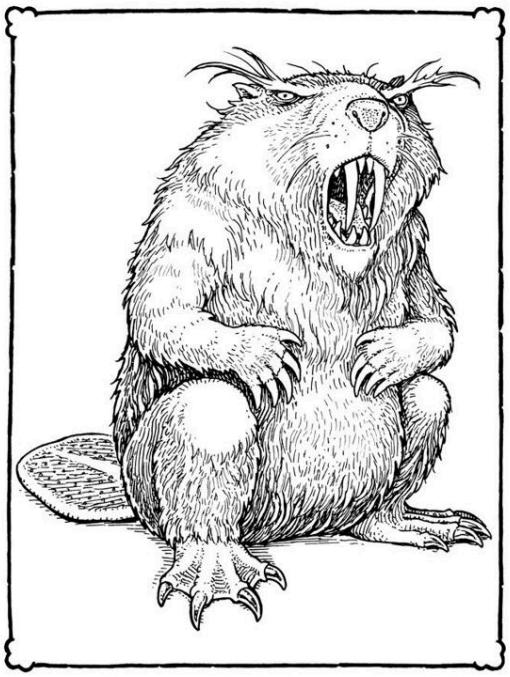
Al-miraj

Los al-mirajes son liebres de cegadora belleza provistas de un cuerno. Tienen las orejas largas y rosadas por la parte interior; su cuerno es de oro puro. Durante la época de apareamiento, allí donde pisa el al-miraj nacen brotes verdes; en solo una hora, pueden llegar a alfombrar de hierba un campo árido. Se dice que el al-miraj busca al valiente, al sabio y al bondadoso. La reina Ariana de Litia quiso regalarle uno a su prometido, pero la criatura rechazó por completo al pretendiente de la reina y, en cambio, saludó encantada a su criada. Después de aquello, la reina se casó con su criada y vivieron felices para siempre en un palacio con un jardín lleno de liebres con cuernos dorados.



Avanc

El avanc es un carnívoro que habita en los pantanos y que se asemeja a un castor con colmillos. Sus dientes, de color blanco hueso y puntiagudos como agujas, crecen dos centímetros al día, y el avanc los mantiene recortados y afilados frotándolos contra piedras, árboles y, de vez en cuando, humanos. La suavidad y la refulgente belleza de su pelaje pueden invitar a los niños a tomarse ciertas libertades. Y los niños que se las toman solo se las toman una vez.



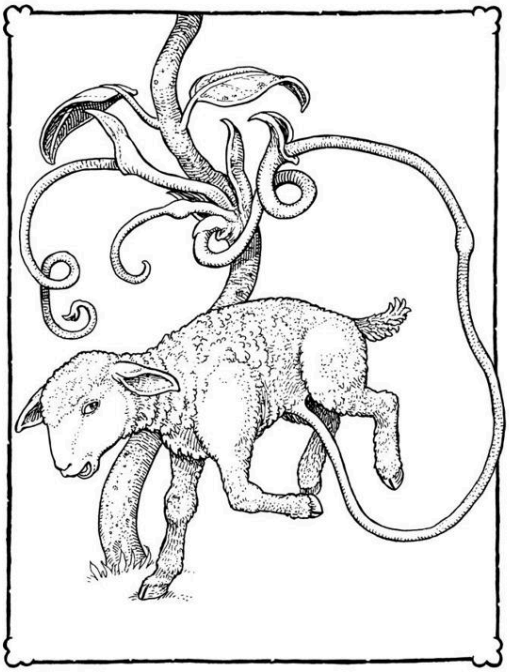
Ratón batracomiomaquiano

Los batracomiomaquianos son una variedad de ratones principescos. Las ranas son sus enemigos seculares desde que se enzarzaron en una disputa con un rey de los batracios hace más de dos mil años. Fabrican armaduras con agujas y escudos con cáscaras de nuez: resulta sorprendente el daño que puede llegar a hacer una verdura tallada en punta. Son criaturas valientes. Su carácter servicial los convierte en aliados muy valiosos, aunque diminutos.



Borometz

Conocido también como «el cordero vegetal», el borometz brota de un tallo verde, al que está sujeto mediante un zarcillo. El cordero alcanza una altura de treinta centímetros, tiene la piel verde y la lana blanca. Si el cordero come toda la hierba al alcance del zarcillo, tanto el cordero como la planta mueren. Por esta razón, mucha gente del Archipiélago lleva siempre semillas encima y las planta alrededor del tallo del borometz cuando ve uno. Su lana, que entrega gratuitamente a aquellos en quienes confía, teje la tela más suave del mundo conocido, una tela que dura centenares de años y que huele muy débilmente a tierra.



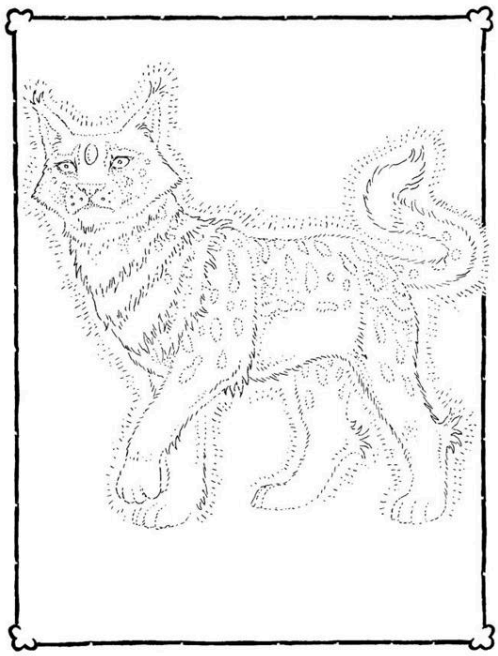
Pájaro caladrius

También conocido como pájaro de nieve, el caladrius, de magnífico plumaje blanco, posee la facultad de curar muchas enfermedades. El ave mira al enfermo a la cara y a menudo le mordisquea el labio o la mejilla para absorber la dolencia en su propio cuerpo y luego echa a volar hacia el sol, cuyo calor abrasa la enfermedad. Este sistema no sirve para combatir la resaca o el resfriado común, para los que aún no se ha hallado un remedio eficaz.



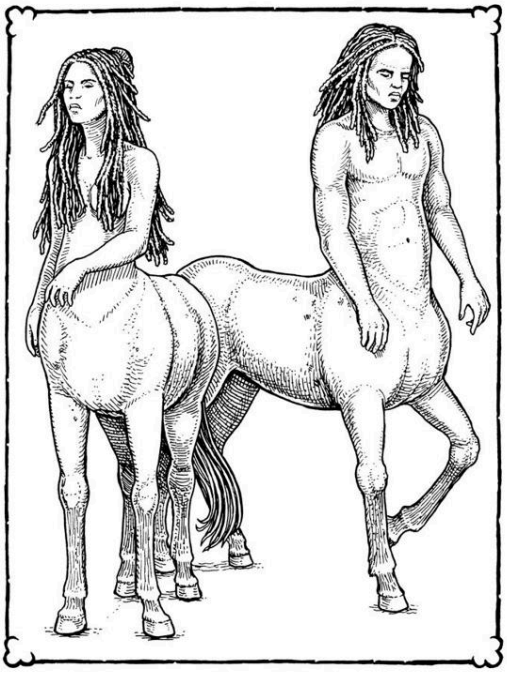
Carbúnculo

Este pequeño felino salvaje, con el pelo luminiscente y un rubí en el centro de la frente, desconfía de los adultos; solo deja que se le acerquen los niños. Entierra sus tesoros, por lo que a veces algunos humanos sin escrúpulos lo siguen con la intención de robárselos. Los resultados de esta estrategia son desiguales, pues si bien en ocasiones el tesoro de un carbúnculo contiene oro, es más frecuente que consista en un preciado trozo de rata en descomposición.



Centauro (femenino: centáuride)

Los centauros tienen cuerpo de caballo y torso y cabeza de humano. Son hábiles inventores y artesanos en una amplia variedad de oficios, desde la herrería hasta la música, pasando por la elaboración de dulces. Fue un centauro quien ideó la manera de forjar espadas con obsidiana de dragón. También el que inventó el aerobombón, que hace flotar en el aire a quien se lo come. Hay muy pocas cosas que un centauro no pueda hacer si se lo propone.



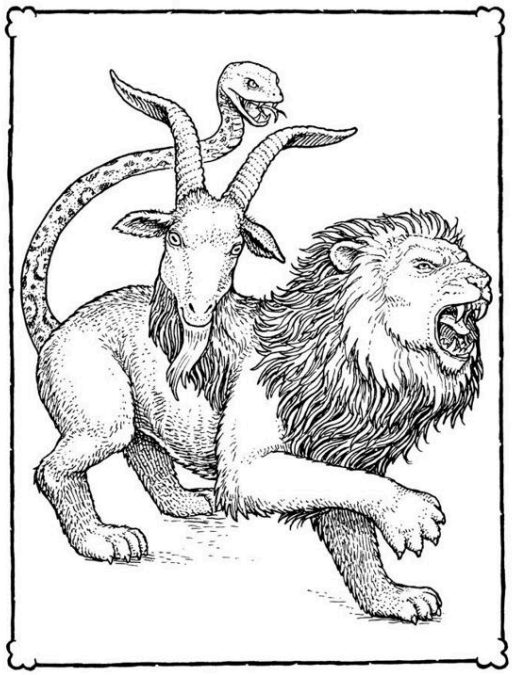
Centícora

También conocida como eale, la centícora tiene un tamaño que oscila entre el de un antílope y el de una cabra pequeña. Atenta y curiosa en extremo, ansía oler, masticar y digerir todo lo que encuentra en su camino, ya sea un arbusto, una flor o tus pantalones cuando los llevas puestos, pero si se la provoca, reacciona con ferocidad. Plinio el Viejo escribió que sus cuernos «son móviles; en las peleas los usan de forma alternada, apuntando al frente o inclinados hacia atrás, según se requiera». La leche de centícora es la bebida más fresca imaginable, y reconforta y vigoriza a quien la prueba.



Quimera

La quimera se parece a un león, pero posee una segunda cabeza, la de una cabra, y una cola que termina con la cara de una serpiente. Las tres cabezas tienen cerebro, sistema nervioso y fuertes opiniones a nivel individual. Esto dificulta que la quimera pueda causar tantos estragos como de otro modo causaría, ya que, en general, las tres cabezas no suelen ponerse de acuerdo entre ellas.



Dragón

En el Archipiélago viven treinta y siete especies de dragones. El más grande, el dragón de alas rojas, que es negro y tiene la parte inferior del ala de color rojo intenso, presenta el tamaño de una catedral. El más pequeño, el jáculo, podría incluso sentarse cómodamente en la punta de un dedo pulgar. El dragón amarillo, de alas finas y cola larga, es el más rápido en los cielos, mientras que el dragón acuático de cola de bronce puede respirar bajo el agua y pasa toda su vida adulta en el mar, emergiendo a la superficie solo de vez en cuando para cazar a algún marinero. El dragón plateado, que puede vivir hasta cuatro mil años, se considera la criatura más antigua del mundo. Tiene un carácter impredecible, tal y como corresponde a un ser que ha visto pasar tantas cosas ante sus ojos.



Dríade

Las dríades, espíritus de la foresta, tienen acceso a la sabiduría antigua de los bosques; saben muchas cosas que los humanos aún no entienden. Las dríades de los robles llegan a medir más de dos metros y medio, mientras que las de los árboles jóvenes son bajitas como niños. La madera cedida libremente por el árbol de una dríade posee propiedades extraordinarias y nunca se estropea. Una tarta preparada con manzanas, melocotones o albaricoques del árbol de una dríade es uno de los manjares más deliciosos del mundo.



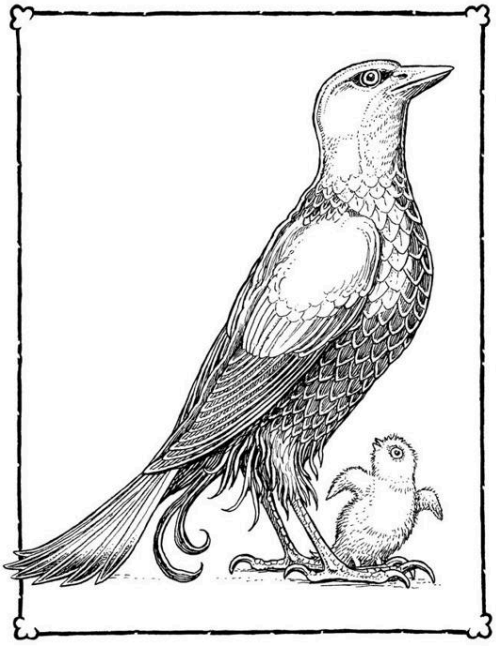
Pájaro de fuego

El pájaro de fuego está literalmente en llamas; sus alas, calientes al tacto, resplandecen con chispas eternas. Su plumaje puede ser de cien tonos de rojo distintos: granate, escarlata, carmesí, rosado, rubí... Posee un sentido del olfato excepcional: el pájaro de fuego puede oler los brotes verdes antes de que asomen a la tierra o un pedo humano a medio bosque de distancia, y se le puede entrenar para que detecte el más mínimo rastro de veneno.



Gagana

La gagana es un pájaro grande, similar a un cuervo, cubierto de plumas negras iridiscentes que, según la luz que reciben, presentan un brillo que va del rojo profundo al esmeralda, pasando por el azul marino más oscuro. La gagana común tiene garras de cobre y pico de hierro. Las gaganas reales, que solo se encuentran en la isla de Dousha, tienen las garras de plata y un pico de oro macizo lo bastante afilado para cortarle el dedo a un hombre adulto de una sola tarascada. A pesar de todo, estas aves son capaces de profesar un amor extraordinario y duradero. Aunque es muy difícil ganarse el afecto de una gagana, una vez obtenido, ya nunca se pierde.



Grifo

Los grifos tienen el cuerpo, la cola y las patas traseras de un león, y la cabeza, las alas y las garras delanteras de un águila. A pesar de que no hablan, aprenden con una rapidez sorprendente y pueden entender en pocos días la totalidad de cualquier idioma humano. Cuando alcanzan la edad adulta, la envergadura de sus alas es tan grande que incluso podrían dar cobijo a un niño. Cuando hace frío, su cuerpo irradia calor. El grifo depende del glimor que hay en la tierra y en el aire más que cualquier otra criatura; está considerada una de las criaturas más mágicas del mundo. *[Adenda de Frank Aureate: A lo largo de los últimos cinco años, los grifos se han vuelto cada vez más raros de ver. Los motivos no están claros, pero es posible que estén relacionados con un descenso del glimor. Se cree que en estos momentos están al borde de la extinción.]*



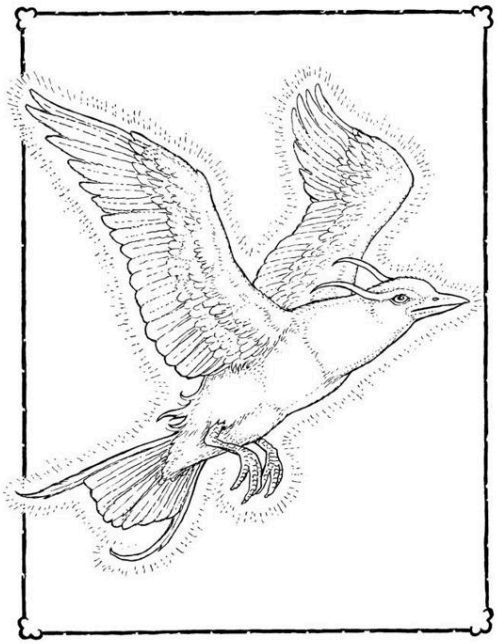
Arpía

Las arpías tienen el rostro y los hombros de mujer y la parte inferior del cuerpo de ave. Se cree que evolucionaron a partir de espíritus de la tormenta; vuelan a la velocidad del viento más impetuoso. Tenaces, tremendamente inteligentes y vengativas, las arpías pueden ser aliadas poderosas y enemigas temibles. Con frecuencia se les encomienda la custodia de aquello que requiere su férrea protección: espías, secretos de estado de las islas y bibliotecas.



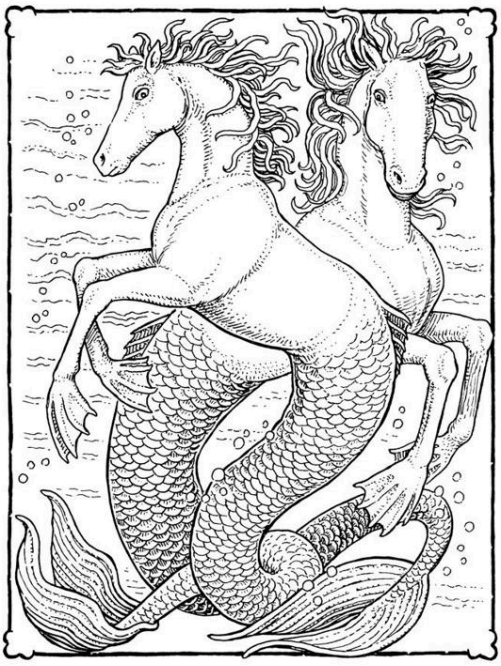
Hercinia

Ave de plumaje plateado radiante, la hercinia emite un resplandor tan intenso que, según se cuenta, ha guiado a viajeros que habían perdido el rumbo en la oscuridad. Sus huevos, finos como obleas, son de plata pura, y el polluelo nace sin plumas, con la piel plateada y un apetito insaciable. Los excrementos de hercinia, de plata líquida, son muy valorados, pues con ellos se elaboran joyas poco corrientes para los aficionados a esas cosas.



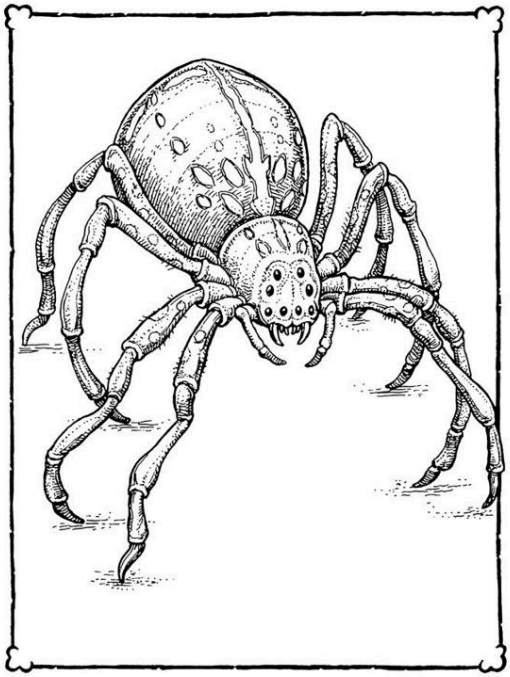
Hipocampo

Los hipocampos son los auténticos caballitos de mar de los océanos. Viven en rebaños de entre diez y veinte individuos; el macho tiene mayor tamaño que la hembra, pero esta es más veloz. Su color varía desde el verde esmeralda hasta el gris y, en el noroeste, el rosa brillante del coral. Algunos están domesticados y los cabalgan las nereidas. Todas las embarcaciones del Archipiélago deben, por ley, navegar únicamente gracias a la energía del viento o del sol, para que el agua siga impoluta y los hipocampos jóvenes (conocidos también como «hipolinos») puedan crecer hasta alcanzar su resplandeciente belleza.



Jorogumo

Las arañas jorogumo, también conocidas como joros, son endémicas del Archipiélago. Emiten un fulgor verde plateado en la oscuridad. Pueden llegar a ser grandes como rinocerontes, y se conocen casos de joros que han cazado humanos, caballos e incluso rochos; las arañas pequeñas, sin embargo, son del todo inofensivas, siempre y cuando no las toques a propósito. Si lo haces, lo que ocurra a continuación será enteramente responsabilidad tuya.



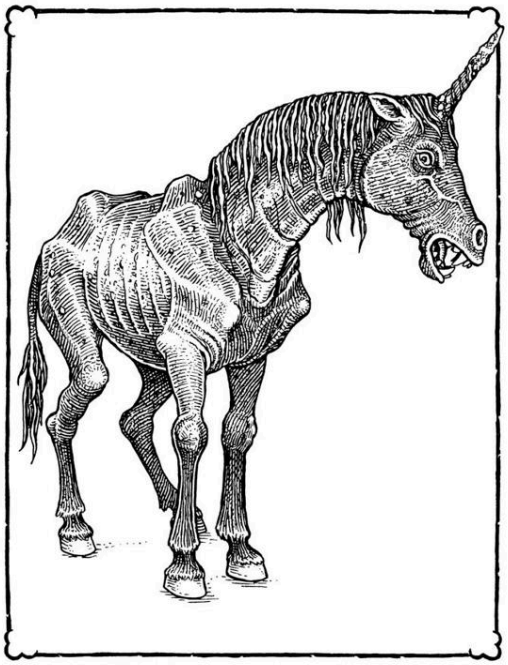
Kanko

Criatura semejante al zorro pero del tamaño de un ratón, la cola del kanko está dividida en dos, lo que le permite realizar extraordinarias hazañas de equilibrio. Conocidos también como «zorros de luz», su saliva tiene propiedades luminiscentes y se ha utilizado en pintura, especialmente en Japón, de donde son originarios. A pesar de su pequeño tamaño, el kanko posee una inteligencia rica y prodigiosa y se asegura que traen suerte. El nido de un kanko, por lo tanto, no debe ser jamás perturbado, aunque se sabe que anidan en lugares de lo más inconveniente: zapatos, sombreros, bolsillos, y se conoce incluso el caso de un ejemplar que decidió anidar en la barba de un caballero el día de su boda.



Karkadann

El karkadann es parecido al unicornio, siempre y cuando el unicornio tuviera un alma despiadada y dientes caninos. Una de las pocas criaturas del Archipiélago que mata tanto por diversión como por necesidad; se alimenta de carne, preferiblemente humana, que acompaña con hierba, para la digestión. El pelaje del karkadann oscila entre el negro puro y el morado, y la piel le cuelga de los huesos. Su cuerno es siempre negro y en su extremo lleva un veneno capaz de provocar una dolorosa gangrena, seguida por parálisis y, finalmente, la muerte. El karkadann puede mantenerse a raya con el cuerno de un unicornio, pero, ya que es extremadamente improbable tener un unicornio a mano, las posibilidades de vencerlo son francamente muy limitadas.



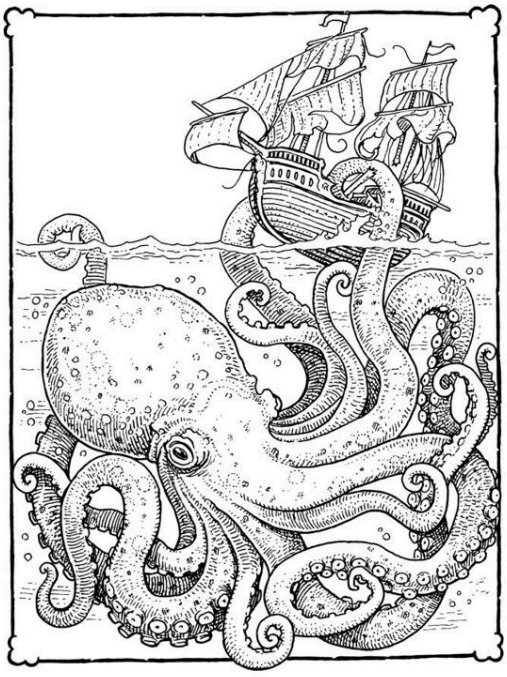
Kludde

Como un perro del tamaño de un oso, el kludde es negro en su totalidad excepto en las llamas que tiene a modo de orejas. Utiliza la luz de sus orejas para atraer a sus presas —principalmente ciervos, ganado salvaje y al-mirajes—, a las que luego devora. Puede identificarse de lejos por el sonido de su respiración, que recuerda al chirrido que produce el metal contra el metal. La única manera de acabar con un kludde es apagando sus llamas con tierra húmeda o arena. Los kluddes suelen vivir en islas no habitadas por humanos. Muy pocos habitantes del Archipiélago llegarán a ver alguno en su vida. Y los que los ven no los olvidan jamás. *[Adenda de Frank Aureate: A menos que hayan sido devorados, en cuyo caso presumiblemente lo hacen.]*



Kraken

El kraken, la criatura marina más antigua que existe, se remonta al periodo cretácico y coexistió con el tiranosaurio rex. El número de tentáculos puede ir desde ocho hasta cuarenta y seis, dependiendo de la subespecie. Resultan aterradores cuando tienen hambre; hay relatos que hablan de krákenes capaces de consumir hasta cuatrocientos marineros en un solo día, y los remolinos que generan sus tentáculos son capaces de arrastrar barcos de tamaño gigantesco hasta el fondo marino. En general, los krákenes no migran y permanecen en la zona de mar donde nacieron, razón por la cual los marineros que disponen de buenos mapas pueden normalmente esquivarlos; sin embargo, los que navegan sin mapas ponen su vida en sus manos.



Lavellán

El lavellán parece una pequeña musaraña de agua y es la protagonista de una canción satírica: «No le dejes salir de la casa y pasear entre el musgo o el bosque, porque vendrá el lavellán y lo aniquilará». No es una buena canción, aunque sí una buena advertencia. El lavellán puede envenenar una fuente de agua con solo nadar en ella y puede, a pesar de su pequeño tamaño, matar con sus dientes a un humano adulto. El lavellán no tiene ningún interés en hacer daño a los humanos a menos que se le provoque, aunque su definición de «provocación» es bastante amplia y puede incluir olisquearlo, reírse de él, así como todo tipo de danza contemporánea.



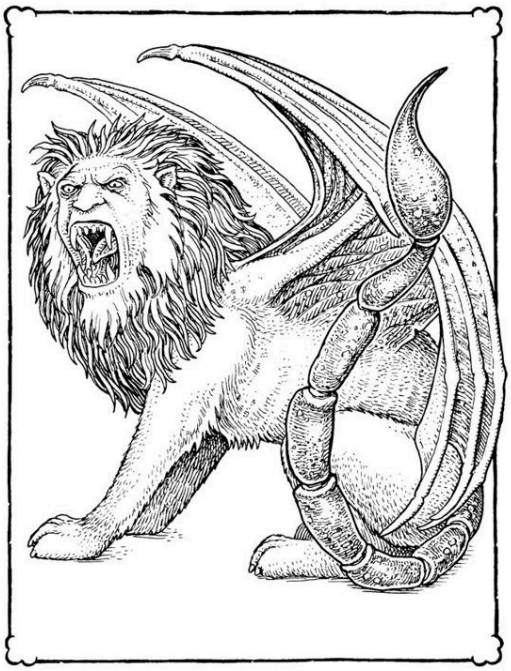
Longma

Caballo alado y cubierto de escamas, que suele ser verde o marrón y con el vientre negro, de imponente belleza y fuerza. Algunos longmas pueden pasarse la vida entera sin tocar el suelo. Preparados para volar como ninguna otra criatura, se lavan buscando nubes cargadas de lluvia y atravesándolas lentamente con sus alas escamosas extendidas. Un longma es la única criatura del mundo que da a luz en el aire: la madre levanta el vuelo todo lo que puede y de este modo, cuando la cría cae de su vientre, dispone del máximo tiempo posible para desplegar las alas antes de impactar contra el suelo. Los longmas deben ser tratados con precaución; solo un número muy pequeño llega a desarrollar vínculos con los humanos. E, incluso entonces, los humanos se despiertan a veces y descubren que les han comido alguna pequeña parte, un dedo, por ejemplo, o media oreja, que no por ello resulta menos inconveniente. Es decir, el longma totalmente domesticado no existe.



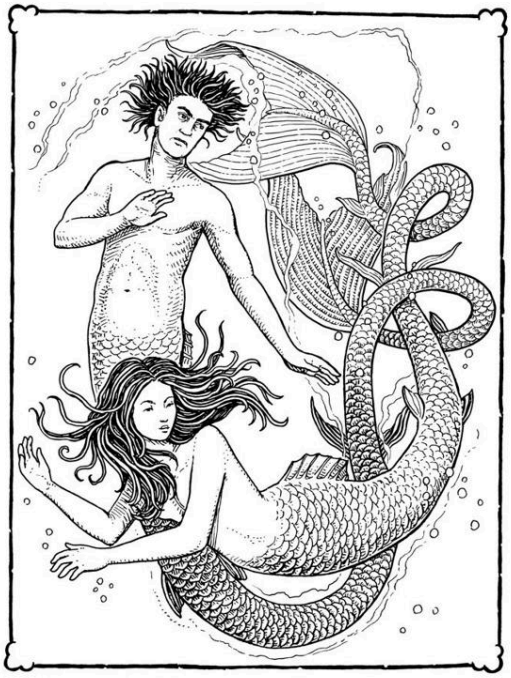
Mantícora

La mantícora tiene la cola de un escorpión, el rostro de un humano, la dentadura y el cuerpo de un león y la personalidad de un político que presume de superioridad moral. Algunas subespecies tienen alas y una bola de púas de puercoespín en la punta de la cola. Las mantícoras, al igual que los karkadannes, están entre las pocas criaturas que atacan a los humanos en cuanto los ven, incluso sin estar hambrientas. Mienten y matan por placer. Huelen a podrido. *[Nota: la subespecie astada es más violenta y terrorífica que la variedad común, y se regodea con la muerte.]*



Sirena
(véase también, **sireno**, **sirénidos**; una cría de sirena es un **sirenito)**

La mayoría de las sirenas viven en las aguas norteñas del Archipiélago. Algunos clanes, como la tribu Mariana, presentan colas de hasta diez metros de longitud. Todas las colas de las sirenas, independientemente de su longitud, poseen cuarenta mil músculos (el ser humano, en comparación, tiene cerca de seiscientos cincuenta en todo el cuerpo). Muchos sirénidos son músicos, y por ello han inventado una amplia variedad de instrumentos subacuáticos de enorme dulzura y belleza. Algunas de sus canciones, compartidas con los humanos, han entrado a formar parte de la tradición humana; se cree que Vivaldi adoptó muchas de sus composiciones de los sirénidos.



Náyade

Las náyades son ninfas de agua dulce que viven en ríos, lagos y arroyos del Archipiélago. Su piel es de color azul plateado y carecen de género, pues nacen del agua misma. Son famosas por su imprudente alegría —valoradoras apasionadas del tiempo y entusiastas vertiginosas de la verdad—, así como por ser tan ágiles y vivaces como las corrientes que custodian.



Nereida

Resulta desatinado confundir a una nereida con una sirena; las nereidas no están en absoluto de acuerdo con ello, y sus objeciones al respecto pueden ser peligrosas. Las nereidas, pese a vivir bajo el agua, no tienen cola. Su cabello y sus dedos son de plata y su piel tiene también un resplandor plateado. Su voz tiene fama de ser hipnótica; se dice que su idioma proviene directamente de la música del mar. Aunque pueden desplazarse sin problemas en tierra firme, solo lo hacen en caso de extrema necesidad. Localizadas principalmente en los mares del sur del Archipiélago, son individuos tremendamente lógicos, aunque la suya es la lógica del océano y queda lejos del alcance de los humanos. La población humana del Archipiélago trata a las nereidas con temor reverencial y mantiene las distancias con ellas. La expresión «tan inescrutable como una nereida» es muy común en las islas.



Peritio

El peritio tiene la cabeza y las patas delanteras de un ciervo, y las alas y las patas traseras de un ave. Es asustadizo, dado a morder e inteligente en extremo. Un estudioso de la antigua Grecia escribió que «cuando le toca el sol, no proyecta la sombra de su cuerpo, sino la de un hombre».



Fénix

Heródoto, el historiador de la Antigüedad que viajaba con frecuencia al Archipiélago, escribió que «el plumaje del fénix es en parte rojo y en parte dorado, mientras que su forma y tamaño coinciden casi exactamente con los del águila». Cuando envejece, prepara una pequeña hoguera con madera, lavanda, canela y mirra. Se coloca de cara al sol y comienza a arder. Lleno de alegría, abanica las llamas con las alas hasta que el fuego lo consume. De las cenizas surge un fénix nuevo, joven y muy hambriento. Si la pluma de la cola de un fénix se parte en dos, emite luz y el dulce aroma de las hogueras de invierno.



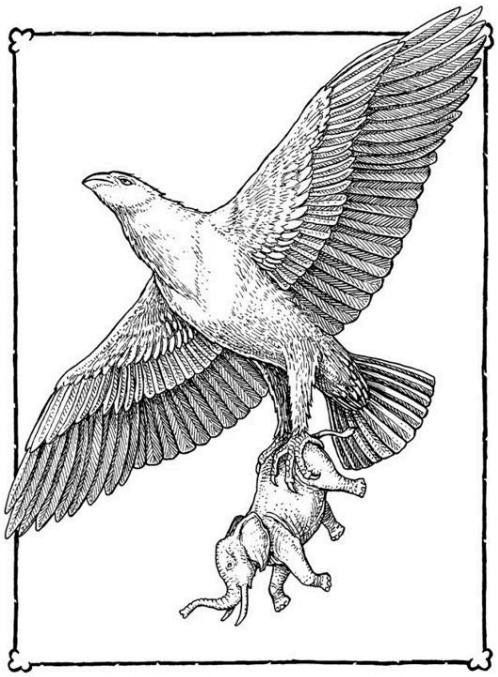
Ratatoska
(pronunciación: rata-TOS-ka. Nombre alternativo: rata-toskr)

Similar a una ardilla grande, con pelaje gris y un cuerno corto, la ratatoska se dedica a difundir noticias por todo el Archipiélago. Conoce más secretos del mundo —chismorreos, relatos fantásticos, verdades, verdades a medias y verdades a cuartos— que nadie. Las ratatoskas, pese a ser físicamente inofensivas, pueden, sobre todo cuando son jóvenes, ser atolondradas creadoras de caos que disfrutan con las travesuras. Si quieres difundir una noticia, y no te preocupa mucho que sea difundida con exactitud, cuéntasela a una ratatoska.



Rocho

El descomunal rocho, descubierto por primera vez en Persia, es el ave más grande del Archipiélago; sus alas pueden llegar a medir quince metros, lo que equivale a siete mesas de comedor puestas en fila. Según el explorador Marco Polo, cada una de sus plumas era tan grande como una hoja de palmera. Se sabe de rochos que han llegado a devorar elefantes y bégimos, después de asirlos con las garras y dejarlos caer sobre las rocas. Sin embargo, si no eres un elefante, es probable que se muestren dóciles y ansiosos por jugar. Aunque es verdad que sus juegos pueden ocasionar mutilaciones accidentales, intentan evitarlo.



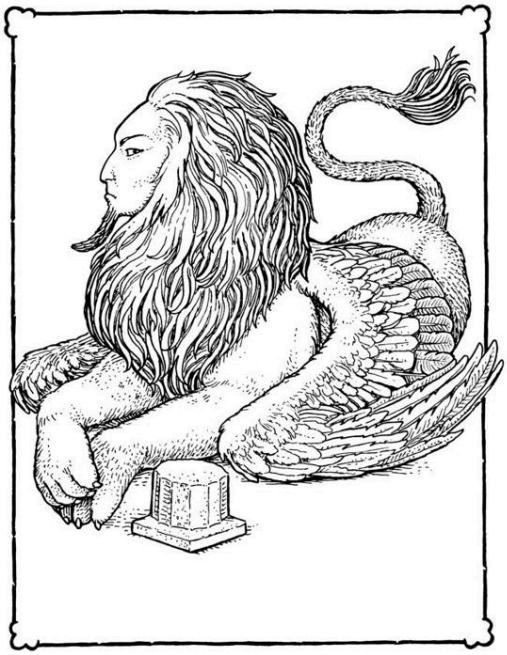
Salamandra

La salamandra es un lagarto moteado que vive entre las llamas y las arroja por la boca. El fuego de salamandra es un recurso muy preciado en el Archipiélago; si uno consigue recoger la llama exhalada por una salamandra en su último aliento con un trozo de papel o de madera, esta nunca se apaga y sobrevivirá incluso a huracanes y lluvias torrenciales. Esta operación resulta complicada debido a la toxicidad de su saliva; quien recibe el lametazo de una de estas criaturas pierde el pelo. Por lo tanto, se suele animar a los calvos a lidiar con ellas.



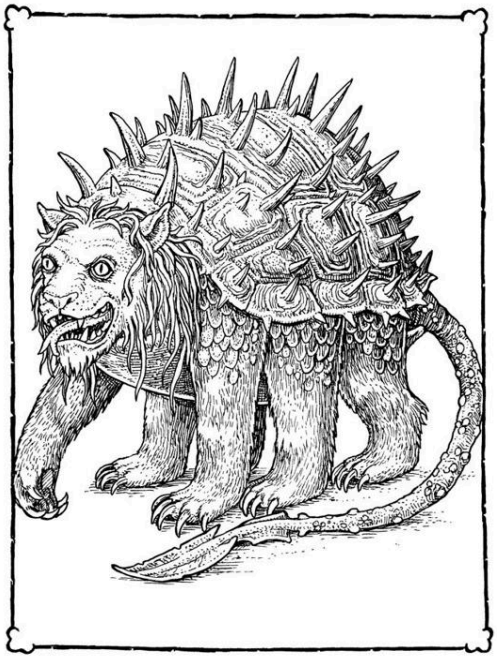
Esfinge

Las esfinges son matemáticas y eruditas de gran talento, aliadas despiadadamente leales y enemigas implacables. El diente de una esfinge, en el interior de la boca de un humano, permite a su portador entender cualquier idioma; el lametón de una esfinge cura la mayoría de las heridas. Originarias del norte de África y el sudeste de Asia, las esfinges migraron por todo el mundo hasta acabar instalándose en la península montañosa de la isla de Litia. El que desee visitar las montañas de las esfinges debe saber que, si no logra responder el acertijo que la esfinge le proponga, la criatura podrá ejercer su derecho legendario a devorarlo.



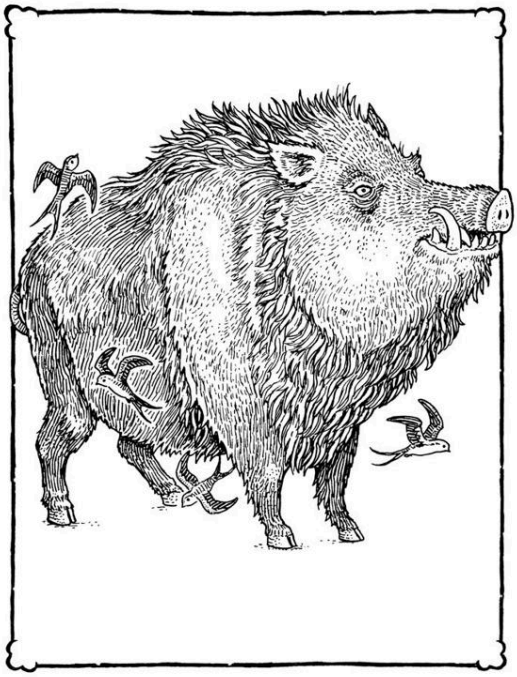
Tarasca

La monstruosa tarasca posee el físico de un tanque y la mirada fulminante de un adolescente malhumorado. Su cabeza es similar a la de un león; sus seis patas están rematadas en garras de oso, y su caparazón de tortuga está erizado de espinas retráctiles. Algunas exhalan miasmas venenosos; «aliento de tarasca» es un insulto popular entre los escolares. Aunque algunos humanos han conseguido domesticar y tranquilizar a la tarasca, son seres impredecibles y más vale mantenerse a una distancia muy muy prudencial.



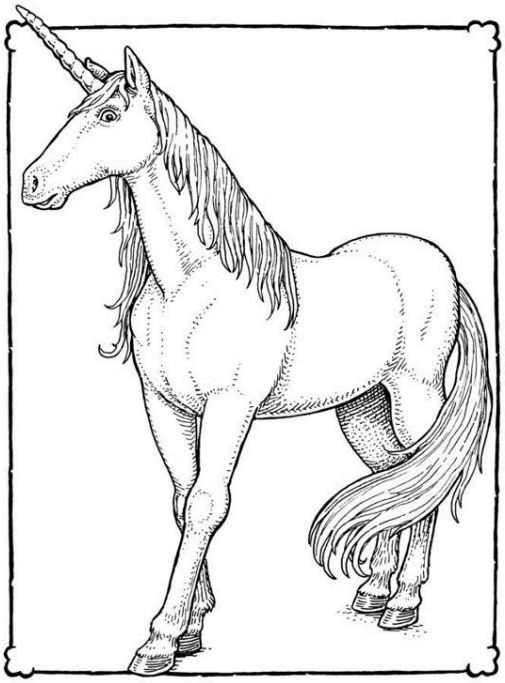
Twrch Tryth
(pronunciación: twuurk truitz)

Jabalí de color negro azulado que dicen que en su día fue cabalgado por el rey Arturo. Su pelaje tiene un brillo iridiscente bajo la luz de la luna. Este jabalí puede llegar a alcanzar el tamaño de un rinoceronte y es capaz de aplastar a quienes lo asustan o lo enojan, aunque se muestra agradable y dulce con los niños. Cuando hay tormenta, protege a golondrinas entre el pelaje de su vientre y sus axilas. Conocido como «el jabalí guerrero», el twrch tryth lucha por aquellos que ama. Torpe en tierra firme, resulta exquisitamente elegante en el agua y es capaz de recorrer a nado la totalidad del Archipiélago sin pararse ni un minuto a descansar.



Unicornio

Nacidos de color oro puro, los unicornios se vuelven plateados al cumplir su segundo año de vida y blancos al cumplir el cuarto. Prefieren las zonas boscosas y el césped blando bajo sus pies. Capaces de vivir más de trescientos años si no tienen problemas, se desarrollan sanos y fuertes comiendo hierba y arbustos, pero lo que más les gusta son las hierbas aromáticas como la citronela, el tomillo y, sobre todo, la menta. Su aliento infunde valentía a los humanos. Tejido en forma de vendaje, el pelo de su cola y su crin cura heridas mortalmente infectadas; se sabe que los unicornios han recorrido campos de batalla insuflando vida a los caídos. A lo largo de la historia se conocen relatos sobre humanos que han cabalgado unicornios, un hecho cada vez más excepcional; muchos de los que lo han intentado han acabado cortésmente pisoteados en el suelo.



Unicornio alado

El unicornio alado es un híbrido nacido de la unión entre un pegaso y un unicornio común. Su cuerno y sus alas son de oro, y alcanzan altas velocidades en vuelo; se mueven en grandes manadas y cubren el cielo de su radiante blancor. Cuando no están volando, a los unicornios alados les gusta estar junto al mar, cuya agua salada les limpia el sudor de las alas. Son buenos nadadores, y, en contacto con las olas, su aliento, rico en glimor, produce una espuma blanca que se extiende más allá del Archipiélago hasta las Tierras Comunes.



Agradecimientos

Durante el tiempo en que escribí *El rey envenenado*, recibí tanta generosidad que una lista completa correría el riesgo de ser más larga que el propio libro. Estas son solo algunas de las personas a quienes debo mi gratitud:

A Ellen Holgate y Nancy Siscoe, mis dos talentosas editoras: gracias por vuestra inteligencia, amabilidad, creatividad, paciencia y perspicacia. Tengo muchísima suerte de trabajar con vosotras.

A mis magníficos agentes Claire Wilson y Peter Knapp y a Safae El-Ouahabi, Peter Straus y todo el equipo de RCW y Park Fine.

Al maravilloso equipo de Chalcot Square. Especialmente a Eleanor Johnson y Daisy Woodley.

A todos los que hacen posible que un libro eche a volar. En el Reino Unido, estoy profundamente agradecida a Sarah Plows y Evelyn Opoku-Agyeman del departamento de Marketing, Beatrice Cross en Publicidad y Fliss Stevens, que trabaja el texto con tanto acierto. Al editor de mesa Nick de Somogyi y la correctora Anna Swan, a Ben Schlanker en Editorial, Mike Young en Producción y Laura Bird y Danielle Rippengill en Diseño, todos ellos auténticos prodigios. En Marketing Digital, Trâm-Anh Doan y Kate Molyneux; en Audio, Ashleigh James; en Ventas, al estupendo equipo formado por Cesca Hopwood, Frances Sleigh, Laura Main Ellen, Natalie Bunch, Sally Wilks y Rebecca Wynne; a Hattie Castelberg en Exportación, y a Sonia Palmisano en Australia: gracias a todos. También debo un

agradecimiento infinito a Rebecca McNally y Nigel Newton por creer en esta serie.

En Estados Unidos, mi más sincera gratitud a Barbara Marcus, Mallory Loehr y Melanie Nolan: gracias por todo. A la directora de arte Carol Ly y al mago de la producción Tim Terhune, gracias por hacer de este libro algo tan glorioso. Gracias a las correctoras Alison Kolani y Melinda Ackell y al editor de gestión Jake Eldred. Al maravilloso equipo de Marketing y Publicidad: Josh Redlich, Noreen Herits (adorada a pesar de las gominolas de maíz), Dominique Cimina, Catherine O'Mara, John Adamo, Kelly McGauley y Katie Halata. Gracias al brillante equipo de ventas dirigido por Becky Green y Mark Santella. En Canadá, mi agradecimiento a la directora editorial Lynne Missen y a todo su equipo.

A los artistas que han hecho este libro tan bello físicamente: en el Reino Unido, Daniel Egnéus por la portada y Tomislav Tomić por el bestiario; en Estados Unidos, Ashley Mackenzie por la portada y las ilustraciones interiores, y Virginia Allyn por el bestiario y el maravilloso mapa.

A Sam West por narrar el audiolibro de forma tan magistral.

A todos los miembros del St Catherine's College, en Oxford. En particular, debo una gratitud inmensa al profesor Bart van Es, que me enseñó Shakespeare hace ya tiempo, y tantas otras cosas, y a mis propios estudiantes, cuyas conversaciones, preguntas y excelentes bromas he atesorado.

Debo tanto a los bibliotecarios, los guardianes del conocimiento. Mi inmenso agradecimiento a los archiveros y bibliotecarios de la Fondazione Giorgio Cini en San Giorgio Maggiore, en Venecia, y a todos en la Bodleian, Duke Humfrey's, la Taylorian, la biblioteca del All Souls College y la Biblioteca Británica.

Al personal del Museo Metropolitano de Arte, uno de mis museos favoritos del mundo.

A Holly Snapp y Geoffrey Humphries, que me alojaron mientras investigaba en las bibliotecas venecianas.

A mis amigos, que son la gran suerte de mi vida, y en especial a mi amiga más pequeña y nueva, Jodie Chatterjee Horner: qué alegría es tenerte aquí.

A Theodora Collier, un sol, que se parece muchísimo a Anya, y a su Rainbow, Snoopy y Bowie.

A Charles Collier, que me escuchó leer en voz alta todo el libro, cuyas ideas lo moldearon y cuyo rostro y mente podrían lanzar diez mil naves.

A mi familia: mis padres, Peter y Barbara Rundell, cuyo amor y generosidad hicieron que todo pareciera posible; mi hermano Gerard, que me enseñó tanto sobre la vida, y su maravillosa esposa Karen; y, por encima de todo, a mi sobrino y a mi sobrina, Theo y Phoebe Rundell, a quienes está dedicado este libro. Qué criaturas tan brillantes, divertidas y valientes sois: más valientes que las esfinges, más hermosas que los unicornios.

Criaturas imposibles 2. El rey envenenado
Katherine Rundell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: The Poisoned King
© del texto: Katherine Rundell, 2025
Esta traducción de The Poisoned King ha sido publicada por Editorial Planeta España mediante acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.
© de las ilustraciones: Tomislav Tomić, 2025
© de la traducción: Carlos Abreu, 2025
© Editorial Planeta, S. A, 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-08-31330-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

- Portadilla
- Dedicatoria
- Cita
- Mapa
- Primera parte. El castillo
  - Advertencia previa
  - El dragón jáculo
  - Te necesito con urgencia
  - Rumbo al pasaje
  - Naravirala
  - La princesa de Dousha
  - El archipiélago de Glimoria
  - La gramática de las aves
  - El patinazo de Anya
  - Una educación palaciega
  - La pringosa belleza de una gagana recién nacida
  - Asesinato
  - El baile más espléndido de los últimos años
  - Rabia
  - A la caza del veneno
  - La doctora Ferrara
  - El regente
  - Los aposentos del rey
  - Quemados
  - Antes del amanecer
  - Corriendo
  - El vuelo de una esfinge
  - Las propiedades curativas de la leche de centícora
  - Mal
  - Manantial de agua dulce
- Segunda parte. Dragones
  - El islote de Glimt

El longma huérfano
Un festín y un plan
Palacio-refugio
Los dragones de alas rojas
La cueva
Arach
El locuilán
La puerta secreta
La biblioteca descubierta
El libro prohibido
Se descubre que las ostras parecen y saben a moco
La posibilidad de un antídoto
La quimera a medianoche
El inmenso e irresoluble problema del amor
Mantícora
Reflejo del sol en la obsidiana
La torre bajo las estrellas
Tercera parte. Venganza
Siempre Adelante
Los colores del cielo y del fuego
Los unicornios alados
Ballesta
El sabor del veneno
Christopher en el bosque
El funeral
Acusación
La princesa imposible
Venganza
Argus
Dousha
El escupefuego azote de la injusticia
Fidens Nighthand, Irian Guinne
El final de nuestra búsqueda
La justicia de los dragones
El bestiario del guardián
Al-miraj

Avanc
Ratón batracomiomaquiano
Borometz
Pájaro caladrius
Carbúnculo
Centauro
Centícora
Quimera
Dragón
Dríade
Pájaro de fuego
Gagana
Grifo
Arpía
Hercinia
Hipocampo
Jorogumo
Kanko
Karkadann
Kludde
Kraken
Lavellán
Longma
Mantícora
Sirena
Náyade
Nereida
Peritio
Fénix
Ratatoska
Rocho
Salamandra
Esfinge
Tarasca
Twrch Tryth
Unicornio

Unicornio alado
Agradecimientos
Créditos